

A163115

DR

215

L A U R A

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, Madrid, 1921.

Papel fabricado expresamente por LA PAPELERA ESPAÑOLA.



E. CLERMONT

L A U R A

NOVELA TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR LUIS BELLO



Fondo bibliográfico
Dionisio Aldruejo
Biblioteca Pública de Soria

215

COLECCIÓN CONTEMPORÁNEA.—CALPE

EMILIO CLERMONT

La vida de Emilio Clermont y, sobre todo, su muerte a los treinta y seis años en una trinchera de la Champagne, da más profundo y más poético sentido a su novela LAURA y a toda su obra literaria. Era Clermont un alma mística, inclinada a las más altas y nobles emociones; un espíritu religioso que no sabía rezar, «menos sensible al dogma cristiano que a la imponente majestad de las oraciones ajenas». Leyendo las páginas de este libro, el último que publicó, mientras se preparaba ya a trabajos de pura filosofía, aparecen todas las elevadas preocupaciones de Clermont tendiendo siempre a una liberación espiritual. La idea de un mundo diferente de éste, superior a éste, y al que se llega por la renunciación; el mundo de la más alta espiritualidad y del más alto conocimiento (conocimiento trágico) aparece lindando con la idea del mundo cristiano, pero sin confundirse con ella.

Nació Emilio Clermont en las montañas de Auvernia, junto a las minas de la Combelle, el 15 de agosto de 1880. Pero no tenía aún dos años, cuando sus padres se trasladaron, primero a Saint-Etienne y luego a Montaigu, lindo pueblecito de Bourbonnais, que recordó siempre con ternura. Perteneció a una familia numerosa, cuyos hijos son todos artistas y las hijas, de tendencia mística. Apenas salido de la Escuela Normal empezó ya a escribir. Maurice Barrés, que en toda su obra, y especialmente en las páginas de *La colina inspirada* y en *Du sang, de la volupté et de la mort*, había dado con mayor exaltación estética una nota que volveremos a encontrar más tenue, pero más serena, en Emile Clermont, dice de éste que, en esa época, al choque de la vida cotidiana, vibraba con un sonido acorde en el *Adolfo*, *Volupté*, *La confession d'un enfant du siècle*, *Le disciple*, *L'homme libre*. En su primer libro, *Amour promis*, iba persiguiendo, con las emociones más hondas, el martirio del dolor, orientado continuamente hacia lo inaccesible. ¿Puede en-

contrar la paz un alma profunda, impresionable, que tiene esa tendencia al infinito? Barrés cree que ese era el gran problema para Clermont, y que en LAURA dió una evolución negativa.

Estalló la guerra cuando esa exacerbación de la sensualidad había llegado en Clermont a un estado agudo. Tal hipersensibilidad parece que había de ser mala preparación para las fatigas, trabajos y espectáculos de la guerra. Sin embargo, en el «Diario de ruta», donde iba apuntando sus impresiones, cuando llevaba ya nueve meses en el frente, escribe: «No soy del todo desgraciado... Por ahora, y mientras dure la guerra, yo no querría estar en otra parte... Veo pasar los días sin pesar, distraído en constantes ocupaciones que no me satisfacen, pero cuya necesidad y cuyo valor he llegado a comprender... No pienso demasiado, pero estoy menos nervioso; tengo menos sensaciones de arte, pero mayor paz...; vivo en otra realidad más dura, más auténtica. Tengo, además, la impresión de asistir sin cesar a una gran tragedia que eleva la significación de los paisajes y de los días...»

Durante esos días, los más penosos para su patria, Clermont, subteniente, citado en la orden del día de la división, dió constante ejemplo de firmeza. Su espíritu había encontrado un sacrificio, un martirio. «¡Algo más grave que el amor, la sensualidad y todas las delicadezas del corazón o del alma; sentirse perdido en la colectividad, como una molécula en la noche inmensal!» Y en el proyecto de una nueva novela, que planeaba con el título de *Lo que está más alto*, apuntó estas palabras: «Llegada la edad de la acción y de la vida plena, hace falta algo más que eso: hace falta realizar, y luego, ya, morir.»

Su hermana Luisa ha recogido en un libro, *Emilio Clermont. Su vida. Su obra*, con otras páginas y notas autobiográficas, las hojas de ese Diario hasta el momento en que «el subteniente Clermont cayó noblemente, exponiéndose por asegurar la defensa de una línea que estaba encargado de vigilar.» En ese libro la personalidad del autor de LAURA, como literato y como filósofo, se dibuja con rasgos tan atractivos, que hace lamentar más su temprana muerte.

L A U R A

CAPÍTULO PRIMERO

Sólo cuando hemos recorrido tierras monótonas, sin pasado, desprovistas de historia, llegamos a penetrar el valor inestimable del ambiente espiritual que envuelve los parajes ilustrados por altos y memorables hechos. Esos lugares, teatro de algún episodio relevante en la vida del hombre, parecen saturados para siempre de su recuerdo y de su sentido, como si los revistiera luminosa aureola. Al dejar las amplias decoraciones vacías, los paisajes sin alma, evocadores de existencias vulgares, estos otros nos acogen con una sonrisa de amistad. No hace falta que los príncipes hayan entrecocado sus ejércitos allí, ni que se haya decidido el destino de un reino: un sencillo drama íntimo puede haber revestido tal sello de grandeza que baste para arrojar sobre los lugares que lo presenciaron ese reflejo de belleza inmaterial.

Casas antiguas, de persianas un poco desprendidas y separadas, castillos solitarios en los valles, ¡cuántos hay, a través de las campiñas de Francia, que conservan

aún, desde el fondo de su pasado, el recuerdo de tragedias insignes! Sacrificios, abnegaciones, piedad; profundos diálogos interiores, voluntades liberadas de los móviles habituales en nuestra sociedad, sabiduría suprema, lograda entre lágrimas, todo eso no se evapora en el momento: queda una huella, un perfume de leyenda y de prestigio. Parajes de elección, joyeles desparramados por los rincones provincianos, depositarios de los más puros restos del pasado, la más preciada herencia, la más secreta y escondida, cuyo lenguaje íntimo todavía es capaz de adaptar lentamente las almas a sus severas enseñanzas y a sus graves renunciamientos.

El rincón de tierra donde se desarrollan las incidencias de este relato carece de brillantez y de belleza pintoresca: una pradera a orillas de un río, la línea de un ribazo dominándola, un parque abajo y una capillita en lo alto de la colina. Pero, dentro de su sencillez, es de esos rincones que nos dejan al pasar como el presentimiento de una dulce intimidad. Nos obligan a meditar de cierto modo; adivinamos que no permaneceríamos allí en vano. En tales sitios, que parecen designados por la Naturaleza para imprimir su huella sobre los que allí viven, es raro que a través del tiempo no sobrevenga un día en que esa voluntad constante de los lugares sea comprendida por ciertas personas de un modo más enérgico y más distinto; entonces adquiere de pronto un poder singular sobre los destinos, y de obscura que era hasta allí, y velada y casi muerta, penetra en una luz cimera de conciencia y de realidad.

Así vemos, en el corazón de Francia, las llanuras del Bourbonnais, región sin gloria, tierra de aluviones y

pesadas colinas, de líneas un poco borrosas y fundidas, que, sin embargo, guarda entre los pliegues de sus ribazos mil delicados paisajes. Entre Saint-Germain-des-Fossers y Moulins corre el Allier una cincuentena de kilómetros por anchísimo valle, en donde pierde su lecho de arena, sinuoso, vagabundo y demasiado espacioso para su corriente. Sigue largo tiempo el lado izquierdo de ese valle, al pie de colinas que desenvuelven sin término el festón de sus curvas idénticas, redondas, rientes, cubiertas de viñedos y a menudo adornadas con una iglesia y un pueblecito. Esos ribazos amparan algunos solitarios y minúsculos valles. En algunos sitios se alzan a pico sobre el agua; otras veces el Allier se separa un poco y deja lugar al pie para una cinta de praderas.

Desde el pueblo de Ch... de H..., que domina el río con su puente colgante, arranca un camino que, después de seguir algún espacio paralelo al Allier, da la vuelta y cae rápido por los zigzags de una pendiente muy viva hasta la misma orilla. Allí los ribazos y el río, curvándose un poco a una y otra parte, han formado una pequeña llanura oval, debida al azar de esas dos curvas. El horizonte es limitado. Esbeltas hileras de álamos ocultan el río a trechos. En la cresta de una colina, avanza su faz mísera, con los dos ojos abiertos para las campanas, una capilla románica, maciza y ruda. Abajo, una granja; luego, alzándose a medias por encima del follaje de un parque, una hermosa casa antigua, de complicado estilo, hecha a retazos de distinta época y traza, gruesos y pesados torreones, torrecillas agudas, piñones y lumbreras, coronadas de techos cóncavos o bom-

beados, mohosos, cansados, casi ondulantes en algunos sitios, y enriquecida por todos los tintes apagados del deterioro. Desde que la vemos, esa casa nos gusta, como una buena persona, simpática, cuya vida y memoria nos es conocida. Adivinamos que se trata de cosa preciada y desde hace mucho tiempo amada; que entre el sitio y la casa de venerable antigüedad existe una armonía, y que no sin motivo fué preferido y elegido al fundarla. Y ese mismo designio nos mueve a buscar y comprobar el mérito secreto.

Desde la altura extiéndese la vista por un paisaje vastísimo: al Oeste aparecen las montañas; a unos veinte kilómetros alza bruscamente su mole la sierra de la Magdalena; frente a ella, las montañas de Auvernia, con su hilera de picos y de cráteres, pequeños, afilados, desgarrados, que en los bellos crepúsculos destacan su encaje violeta sobre un fondo de púrpura. La llanura del Bourbonnais, después de caminar largo rato estrangulada entre esas dos filas de picachos, queda libre aquí; se abre, ostentosa y blanda; se adorna de colinas, y toma un aire dulce, fresco, riente, voluptuoso, con esas líneas etéreas y sutiles que vemos en los paisajes florentinos. Aquí y allá, el Allier, en su vaina de arena, muestra, a través de sauces y álamos pálidos y temblantes, una curva de su corriente como un charco de luz. Muchos pueblecitos, muchos castillos: señal de riqueza y bienestar. Anchos horizontes, líneas que se alejan, arrastrando con ellas nuestro pensamiento; languidez y ensueño; tardes bellas y límpidas, en que el Sol dulcifica poco a poco su luz antes de retirarla de los prados. Nada de elevación, nada de grandeza; sino una perpetua sonrisa.

Esto es lo que aparece desde lo alto de cualquier ribazo; pero bastan unos minutos de descenso, para encontrar el estrecho paraje donde eleva sus antiguos techos la casa de la Alquería, que asoma a un costado de la llanura, como si formara parte de otro mundo distinto. Otro mundo recogido, cerrado. Ya no hay aquel ensueño sin límites, aquel despliegue abierto al infinito, aquellas primaveras tendidas hasta el último confín del horizonte, ni aquellos inmensos estíos; sino una gracia mesurada, y estaciones siempre severas. Todo el esplendor derramado sobre la llanura cambia de aspecto al tocar en esta ribera estrecha. Aquí, los detalles se reúnen y se componen conforme a otro orden de belleza, y el alma se repliega sin tregua sobre sí misma y sobre sus propias soledades. La cumbre de los ribazos cerca un pedazo de cielo breve, vecino, casi familiar; y la capillita, romana, se asienta sobre la colina — cuyos paños, regulares, caen como un manto sin pliegues —, en perpetua meditación y vigilancia.

Los ruidos son allí raros, y hacen eco: un carruaje que pasa por el camino; el grito de un pastor; en otoño, el mazo de madera de un viñador, que retumba sobre las cubas. Detrás de la casa y el parque se extienden los pantanos, cubiertos de juncos muy altos, entre los que circula un brazo del río. A veces, en la estación de la caza, suena un tiro, se alza una vedija de humo blanco por encima de los penachos rojizos de los juncos; aparece en la orilla un podenco de ojos inquietos, queda inmóvil, y luego vuelve a entrarse bruscamente en el frágil bosquecillo. Después de cortar esos pantanos, y otras praderas llanas salpicadas de sauces, llega

el camino hasta el río Sioule, que, cansado de su viaje torrencial por los montes de Auvernia, antes de encontrar al Allier y de acabar su curso, duerme perezosamente entre la hierba.

La familia Engerand ocupa esta casa y este parque desde hace casi doscientos años. A principios del siglo XVIII, un Foël Engerand, llegado de lejanas tierras, se afincó en Ch... de H..., y fué realizando en el contorno grandes compras de bienes. A su muerte, el mayor de los cuatro hijos heredó la tierra y la casa de la Mettrie, así llamada por alteración del nombre común: la *Metairie*, la Alquería. Los abundantes vástagos de esas cuatro ramas primitivas, que siguieron en la comarca con suerte y nombres varios, guardan todavía la memoria de su común origen, y con frecuencia vuelven a emparentar por medio de nuevas alianzas. Y entre toda esa parentela es tradición de larga fecha guardar particular estima por la casa de la Mettrie, la más antigua, la más bella, la más hospitalaria también, que siempre se mantuvo en el mismo rango, y que sus propietarios supieron honrar por una sucesión constante de dignidad y de mérito. Hace todavía pocos años, esa deferencia se les guardaba a los dos últimos representantes del apellido: Maximiliano Foël Engerand, de más de setenta años de edad, aproximadamente, que era como el jefe de toda la familia; y su hijo Carlos-Armando, retirado allí desde el día en que enviudó, con sus dos hijas: Laura y Luisa.

Al revés que la mayor parte de las familias bien acomodadas de la región, atendidas a un vivir estrecho y monótono, la línea de los Engerand que habitaba en la

Mettrie tuvo siempre pasión por la vida activa y aventurera. Encontrábase en ellos, de generación en generación, cierto fervor que los empujaba a una existencia más emocionada, a más nobles azares. Dos de ellos se alistaron en los ejércitos del Primer Imperio, y habían logrado distinguirse. Poco más o menos por la misma época, una Engerand, de gran brillantez por su talento y por su belleza, tomó el velo, a los veintidós años, en las Carmelitas de Moulins; llegó a ser priora del convento, dejando en él, así como en su casa, perdurable recuerdo. En el transcurso del siglo XVIII, un antepasado, gran viajero, formó parte de cierta misión enviada a una corte del Asia; trajo de allá muchos objetos raros, ofrecidos como presentes, que, conservados con esmero, maravillaban todavía con sus leyendas exóticas la imaginación de los muchachos, como una herencia novelesca. Desde la Revolución, muchos Engerand entraron en la magistratura, y ocuparon cargos importantes en Lyon y en Riom. Maximiliano había preferido vivir en el campo, atendiendo a sus tierras: era un viejo magnífico, activo, culto, de natural razonable y de espíritu ponderado. En cuanto a su hijo Carlos-Armando, después de unos comienzos brillantísimos en la Audiencia de Riom, tuvo que abandonar la carrera de la magistratura, dimitiendo a consecuencia de incidentes políticos; y, con infinita melancolía, se vió forzado a vivir en prematura ociosidad.

En aquel rincón provinciano, los Engerand habían tenido siempre inclinación por las cosas del espíritu. Su biblioteca, que iba creciendo con regularidad, reflejaba, con las aportaciones de cada época, las modas su-

cesivas del saber. Muchos de ellos habían dejado escritas sus memorias, desnudas algunas de color y de arte; pero ricas en indicaciones sobre la manera de vivir de entonces, las rentas de las familias, los productos de sus posesiones. Entre esos manuscritos, que guarnecían toda una tabla del armario, hallábanse traducciones y comentarios de textos antiguos, *summas* de teología, ensayos de constitución política y de filosofía de las costumbres, tratados sansimonianos. Aparte de ese cuidado constante por la inteligencia y el estudio, habíase perpetuado en ellos un sentido, más raro, de alta cultura moral, no sólo por honradez y probidad, sino por necesidad espontánea de una disciplina del alma, de un punto fijo de verdad y de creencia. En los comienzos del XVIII, muchos Engrand fueron ardientes jansenistas. Más tarde, convertidos en volterianos y liberales, habían roto con la religión; y luego permanecieron respecto de ella en un estado de independencia, y hasta de desconfianza, aun cuando la tradición divina, por una serie de azares y recursos sucesivos, habíase mantenido intacta en el corazón de las mujeres de la familia; y esa devoción, respetada, ya que no compartida, y aun algunas veces exigida, había mantenido alrededor de ella, por su sola presencia, el sentido profundo de la vida interior y la inclinación por las cosas infinitas.

Carlos-Armando, el padre de Laura y de Luisa, después de haber visto en su madre, y luego en su mujer, la misma inalterable fe, a fuerza de costear ese universo místico, llegó a habituarse a estimar su resplandor; aunque su inteligencia positiva, exacta, de contornos demasiado escuetos, no hubiese participado en

nada del don hereditario de espiritualidad, que iba a encontrarse de nuevo con mayor brillo en sus dos hijas.

Al comenzar esta historia, cuando la mayor, Laura, iba a cumplir veinticuatro años, habían transcurrido ya doce desde que se vió obligado a salir de Riom para instalarse con ellas en la Mettrie: época sombría, momento doloroso del pasado; era poco después de la muerte de su mujer; al duelo reciente se le añadía la amargura de ver destrozada su carrera; y hasta el último límite del porvenir toda alegría quedaba ya segada y destruída.

Había querido resistir a ciertas ingerencias políticas en el ejercicio de sus funciones de magistrado; dificultades que le sobrevinieron después, le obligaron a presentar su dimisión. Y este golpe le había amargado más porque vió en él, no sólo el término de su actividad, sino el fracaso de ideas en que siempre tuvo fe, desde su juventud. En 1876, cuando sólo era un joven auxiliar, lleno de ardimiento republicano, había sido olvidado por el Gobierno, en el orden moral; fracaso ampliamente compensado en el período siguiente, pero que unos cuantos años más adelante venía a renovarse, por costumbres políticas poco más o menos iguales. No era él de esos que se apoltronan y transigen, y estaba destinado a que le combatieran alternativamente las olas contrarias, aun siendo liberal e ilustrado y procurando con todo su corazón, acaso sin bastantes disposiciones naturales, acoger los cambios con ánimo propicio.

Tenía entonces cuarenta y cinco años, y no se sintió ya con la juventud y la fuerza necesarias para empen-

der la aventura de una nueva carrera. Su carácter, más bien inclinado a la tristeza, y, además, su poca salud, sólo le dejaban, al retirarse con su padre en la Mettrie, un porvenir de larga y austera ociosidad. Organizó su tiempo, fijándose con regularidad horas de lectura, de estudio, de paseo, etcétera: toda una serie de ocupaciones que no lograron, sin embargo, ocultarle a sus propios ojos el vacío de su existencia. Junto a su padre, cuya vida era más fuerte y más robusta, aparecía como borrado. Una dolencia del hígado, que iba agravándose, le hacía sufrir frecuentes y dolorosas crisis. Pero así sufrimientos morales como dolores físicos los disimulaba con buena cara y humor igual, a veces con valor verdaderamente estoico, no en el sentido vulgar de la palabra, sino en su sentido auténtico y preciso: porque desde hacía larga fecha había sacado de la lectura habitual de los estoicos la firme voluntad de aceptar el Destino, conservar el alma tranquila, inmóvil, en medio de los acontecimientos pasajeros, y poner el mismo rostro a la varia fortuna.

Había formado, al principio, el proyecto de consagrarse a la educación de sus hijas; pero pronto le pareció más prudente llevarlas a un colegio, para que su infancia no fuese tan solitaria. Quizá no encontrase agradable aquella tarea; Luisa, la menor, resuelta, decidida, de carácter algo voluntarioso, pero llena de vivacidad y de prontas y graciosas réplicas, le distraía; Laura, delicada y silenciosa, más reconcentrada, siempre con su aire pensativo, tenía ante su padre, no precisamente malestar, pero sí una especie de silenciosa timidez. Además, las veía a una y a otra demasiado niñas, demasiado pe-

queñas con sus nueve y sus doce años, muy pequeñas para que pudiera existir cualquier intimidad, cualquiera relación esencial entre ellas y él.

Laura también comprendía que era demasiado pequeña; sin embargo, con su callada timidez adivinaba mejor que nadie toda la tristeza que había en el alma de Carlos-Armando. Poseía extraordinario don de simpatía, que la llevaba a notar antes que los demás la señal de un sufrimiento. La muerte de su madre la había trastornado; sin embargo, la pena del padre tomó ante sus ojos infantiles una realidad más grave, más vasta, más misteriosa que su propio dolor. Comprendía cuánta tristeza le había causado renunciar a su carrera en Riom, y en los primeros años nunca subió a lo alto de los ribazos desde donde se divisaba a lo lejos la línea azul de los montes de Auvernia, sin un sentimiento de desolación. Pero nunca lo dijo; nunca lo reveló...

Así, pues, a los pocos meses de instalarse en la Alquería, Carlos-Armando estaba decidido a separarse de ellas y a ponerlas, juntas, en un colegio de Lyon. A veces, en vacaciones, hacía un viaje para verlas; el año entero permanecía en el campo al lado de su padre. Cada uno se había creado su vida aparte en aquella gran morada silenciosa — período monótono, liso, sin sucesos —. Hasta el día en que las niñas, una después de otra, salieron de la pensión, ya mayores, hechas, ya unas personas, con su voluntad y sus sentimientos formados, y, al volver, llevaron al parque y a la casa toda la luz y el frescor de sus vidas jóvenes.

El género de vida que allí los esperaba otra vez era poco más o menos el mismo de generación en genera-

ción: bienestar sin fausto, amplia abundancia; ambiente reposado, como en todas las casas ricas donde nunca fueron precisos esfuerzos por vanidad o lujo. Servidumbre numerosa, muy antigua en la casa, y más que activa, fiel; un pueblo de animales: perros, gatos, pavos, palomas y tórtolas, que paseaban tranquilamente alrededor de la Alquería, teniéndola por suya. Organización tradicional de la caridad: los pobres del martes, los pobres del sábado, socorridos según sus calamidades y la crueldad de los tiempos; sin contar los mendigos, los pobres de pedir que llaman a la verja. Puertas que dan a todos la bienvenida, siempre abiertas de par en par. Nube de parientes que vienen a almorzar o a comer cuando les parece. Y a pesar de todo, un fondo de silencio y de recogimiento. Por las estancias, vastas y un tanto sombrías, se había extendido, sobre todo desde que Maximiliano y Carlos-Armando vivían allí solos, cierto aire de vetustez; el edificio entero, construido de pedazos distintos y superpuestos, presentaba también una fisonomía fatigada, usada, venerable, y el tiempo había dejado caer poco a poco sobre las diferentes arquitecturas el deslucido de una misma pátina.

Delante de la casa aparece la terraza, terminada por una hilera de plátanos cortados, martirizados, obligados a lo ancho y a lo alto a formar una cortina uniforme y rígida. De alto a abajo se extiende un delicioso jardín, estrecho, a la manera del siglo xvii, guardado a todo lo largo — unos cincuenta metros — por los soberbios árboles del parque, con un canal de donde emerge un islote cargado de lianas y de flores. Bandas regulares de tejos, cortados muy bajos, avenidas rectas y rayas

rampantes de boj, se pierden juntas hacia el fondo, fugitivas y paralelas. Flota un vaho sobre el agua. Como suele ocurrir en los viejos jardines franceses cuando no los cuidan con bastante rigor, sus líneas, en otro tiempo rígidas, se tuercen y se doblan; parece traspasado de languidez y de melancolía; su dibujo, severo, se ha deshecho un poco: es de temer en él un desorden inminente, y ya asoman aquí y allá sobre el césped algunos sauces llorones desmantelados.

Tales son los lugares en que se desarrollan los acontecimientos de este relato. No basta una vida inquieta, mudable y entregada al azar: hacen falta este aparato, este ambiente, esta tradición; hace falta, además, este pasado casi intacto, para que se formen aspiraciones elevadas y se desenvuelvan en toda su pureza. Los dramas del destino de las almas vienen a ser en el fondo casi idénticos en todos los ámbitos del tiempo: tienen en sí mismos algo inmutable, fuera de lo temporal. Esta historia puede decirse que carece de época y de fecha: pudo desarrollarse hace dos siglos, y apenas si encontramos en ella, para traerla al día de hoy, un ligero estremecimiento.

CAPÍTULO II

Laura y Luisa estaban unidas por un afecto que todos podían ver; no sólo adhesión, confianza y atenciones recíprocas, sino algo más: un acuerdo indefinible y secreto como si cada una, en todo instante, tomase a la otra por testigo de sus sentimientos y de su conducta. Sin embargo, en cierta deferencia de Luisa por su hermana mayor, se adivinaba que ésta, aun siendo, al parecer, la más apagada, era la verdadera fuente de sus pensamientos comunes.

Iban vestidas lo mismo, habitualmente; los veranos siempre con telas claras, iluminando el soberbio cuadro de aquel jardín antiguo con sus anchos sombreros de paja y sus vestidos idénticos. Atraían su gracia exterior, su parecido, su armónica compenetración. Todos tenían que agradecerles, especialmente el padre y el abuelo, la íntima alegría que causaban sólo con su presencia. Los parientes y los vecinos quizá las encontraban demasiado reservadas, como distraídas y apartadas en su amistad. Pero su rostro proclamaba rectitud,

franqueza, pureza perfecta; sus modales expresaban sencillez, y de ellas emanaba ese encanto visible y reposado cuya impresión sentimos junto a las jóvenes que no sólo son buenas, sino que llevan además en el rostro el espejo del alma.

Una y otra daban, desde el primer momento, idea de una gran riqueza de espíritu. Pero Luisa parecía hecha para seducir más. Su fisonomía abierta, atractiva, se animaba por sus grandes ojos de claro azul, ojos brillantes, donde las emociones reflejaban con alternativas sus llamas o sus nieblas. Cuerpo y figura eran bellos y esbeltos. Fácil al entusiasmo, no vacilaba nunca en demostrar que lo sentía. Aprendía sus lecciones pronto y bien; pintaba con talento; tenía gustos de artista, y era sensible a la belleza exterior de las cosas. Sorprendía, a veces, ver el ascendiente que su hermana, más apagada y más íntima, ejercía sobre ella; pero si alguien aventuraba cualquier observación a ese respecto, ella la soportaba con disgusto y declaraba que su hermana valía mucho más. En lo cual, por otra parte, sólo expresaba la verdad.

Era Laura de aspecto más delicado que Luisa; como ella, rubia; el rostro ovalado y la tez mate. De toda su persona trascendía un aire de distinción sin frivolidad. Mezclábase poco en las conversaciones, y era lenta en los movimientos; pero quien la conociese bien hubiera visto de qué modo encarnaba el pasado de su raza, severa y pensativa. Su rostro, una vez contemplado, no se podía olvidar, porque estaba todo él revestido de expresión, como ocurre a cuantos tienen habitualmente fuerte tensión de ánimo, o a los que sufren ciertas en-

fermedades lentas que van afinando y esclareciendo cada rasgo: labios, delgados; frente, como bloque duro y pulido; ojos, oscuros, llenos, de dulce mirar, de los que se detienen largamente sobre las cosas con un matiz interrogativo: ojos bellos, hechos para la contemplación. Era de esas naturalezas singulares y raras a quienes atraen y atormentan las más altas inquietudes, y en quienes la nobleza de alma y de vida constituye la necesidad más esencial. Hay en el mundo estos seres de elección, y podemos encontrarlos aquí y allá, aunque no lo sospechemos, porque su gusto es callar y siempre crean cierta soledad a su alrededor. Pero lo que hacía más excepcional el caso de Laura es que en el transcurso de su juventud esas aspiraciones espirituales habían brotado en ella espontáneamente, como una flor desconocida, apenas sin concurso ajeno ni revelación de fuera, y se habían desarrollado casi libremente.

Su madre las había educado hasta la edad de siete y de diez años; pero de esa primera educación, muy religiosa, guardaban recuerdo confuso. De su infancia había retenido Laura otra impresión más viva, y era la estrecha amistad con su abuelo Maximiliano. Entonces iba a pasar las vacaciones con su familia en la Mettrie, y a veces la dejaban allí sola con los abuelos todo un invierno o todo un estío. Cuando Maximiliano iba a visitar sus granjas la llevaba con él en el coche: simpatizaba con su carácter serio, y le gustaba hablar con ella.

Como las cosas del campo eran su gran pasión, le complacía ver que por influencia suya nacía y se re-

anudaba en ella el mismo encanto. Durante sus paseos le hablaba de las costumbres de los animales : le contaba las tretas del zorro y de las comadrijas, los latrocinios de la urraca; es decir, historias de la astucia de los animales, que seducirán eternamente las imaginaciones infantiles. Laura le oía atenta, propicia a los mayores asombros: tenía ese sentido de lo maravilloso que en todo sabe poner honduras y lagunas. Con frecuencia su abuelo sacaba del bolsillo una lupa y le enseñaba de un lado a otro, desplegados repentinamente, agrandados, diversificados, el labrado cáliz de una flor, o, en invierno, los innumerables cristales de un copo de nieve: era esto para Laura como si hundiera su mirada en otro universo imaginario e inagotable que se extendiese detrás del primero. Así le explicaba la vida de las plantas; a veces abría con su cortaplumas el botón de las flores, y le hacía ver los estambres, los pétalos alineados delicadamente, plegados como en un armario, esperando la hora de la eclosión; admiraba la niña ese tesoro, y, apenándola que se causara el menor daño a una cosa recién descubierta, tan complicada, tan misteriosa, se dolía de ver una flor tronchada.

También solía contarle leyendas del país, llenas de animales y de duendes: las recordaba de su propia infancia, y en los ojos de Laura iba viendo, con admiración, que esas historias eran siempre nuevas y bellas. Sobre todo las que se desarrollan en el fondo de las aguas, leyendas de hadas y de ondinas, la encantaban con su poesía; y luego, al pasear por la orilla del río, tendía miradas afectuosas hacia todos aquellos animales que había visto mezclados en tan magníficas aven-

turas. Procuraba, sin embargo, Maximiliano no abusar de tales relatos, que llenan la imaginación de fantasías y mentiras: tenía criterio muy sano, buen sentido, tendencia a las realidades concretas, y tal era su fama entre los que le conocían; y como en el curso de sus explicaciones y de sus relatos ella le apremiaba siempre con preguntas para saber *si aquello era verdad*, al abuelo le complacía su afán, y a menudo pensaba y declaraba que Laura se le parecía.

A los ocho o nueve años, Luisa —la llamaban Lili—, viva, gordezuela; la frente, curva, rodeada de negros bucles; traviesa y revoltosa, contestaba con graciosas salidas; pero siempre se la veía distraída, sin fijeza, y no parecía capaz de preocuparse apasionadamente ni siquiera por las desdichas de las hadas. Su amigo inseparable era un perrito, con el que compartía los juegos violentos y el júbilo desenfrenado. Su padre la mimaba con exceso y le perdonaba todo; pero cuando, al morir su madre, tuvo que atender a la instrucción de las niñas, comprobó que era imposible fijar la atención de Lili, y aun a la propia Lili. Si la cansaba cualquier lección, o ante un mapamundi, por ejemplo, le parecía que las explicaciones frisaban en lo absurdo, Luisa saltaba de la silla, sin reparo, desdeñosamente, como persona que no quiere dejarse engañar; su perro, echado siempre en algún escabel inmediato, saltaba a tierra con un impulso paralelo, mientras que Laura seguía atenta, puesto un dedo en el rincón de la boca, con aire de obstinación dulce y reflexiva.

Más tarde, cuando entraron en el colegio de Lyon, ya las cosas marcharon de otro modo distinto al que hacían prever esos auspicios: al ir creciendo, Luisa demostró extraordinaria facilidad para el estudio, inteligencia pronta, brillante, memoria donde todo quedaba grabado en seguida; y eso, sin perder la animación primera y su natural vivacidad, con lo cual todos la estimaban y elogiaban. Laura, por el contrario, situada hasta los diez y ocho o diez y nueve años un curso más adelantada, iba manteniéndose en él con dificultad. Parecía como si nublara su espíritu un oscuro trabajo interior, de que ella misma no se daba cuenta. La juzgaban tarda, confusa, poco despierta. No sintió nunca esos arrebatos de devoción tan frecuentes en las muchachas educadas en colegios católicos: era creyente porque a su alrededor todos lo eran. El tiempo que pasó en aquella pensión no estuvo bien de salud, y, a los años años, su padre resolvió tenerla consigo en la Mettrie, mientras que la hermana se quedaba en Lyon. Tenía entonces Laura diez y seis años. Y volvió al campo, disfrutando la más viva sensación de alegría y de libertad; y, sin embargo, siempre le quedó de su permanencia en aquella pensión, situada en el ribazo de Fourvières, un recuerdo de singular matiz, algo apagado, algo melancólico, en el que aparecía, envuelta en suavísima niebla, la colina, poblada de colegios y claustros, con su aspecto misterioso, casi místico, sus jardines, sus callejuelas en cuesta, sus rincones, su silencio, y el són de las campanas que desde las iglesias a los conventos se contaban unas a otras.

Gozó desde entonces una gran libertad y todo el vagar que quisiera. Su abuelo y su padre sólo procuraban que continuara sus estudios, pero sin obligarla nada. Sucediáanse los días, iguales y apacibles, con aquella inmovilidad que invita a los corazones movibles a recogerse sobre sí mismos. Como era de natural modesto, al acordarse de las dificultades que había encontrado para aprender, se creía desprovista realmente de dones y de aptitudes. Pero si su talento caminaba a disgusto por las ciencias exactas, en cambio, cuando penetraba por la delicada región de los sentimientos y de los valores morales, se movía en plena luz; entonces tenía Laura certidumbres íntimas, inmediatas, y resolvía con claridad y con evidencia.

No se daba ella cuenta de que tales disposiciones eran muy superiores a las de cuantas personas la rodeaban. Aquella inapreciable facultad iba acompañada, como suele ocurrir, de la persuasión íntima, innata, de que tras de cuanto se ofrece inmediatamente a los ojos y al espíritu, tras de cuanto es vida exterior, imagen, apariencia, se extiende un orden de existir invisible que importa infinitamente más que el primero: convicción que pocos espíritus se formulan de una manera límpida, pero que, aun obscura e ignota, es el fermento de la mayor parte de las vocaciones filosóficas y religiosas, y que, dentro de la misma vida ordinaria, se traduce por la necesidad de sentimientos agudos, delicados y fuertes.

Sabía muy bien que los quehaceres menudos y vulgares que llenaban sus horas no habían de satisfacerla nunca: relaciones, visitas, conversaciones, todo ello no

era sino superficie, mentira casi, y no podía bastarle. Necesitaba algo fuerte, grandioso, digno de que ella se diese en alma y vida, para llegar a la plenitud íntima. Comprendía que ahí estaba la primera necesidad de su naturaleza, pero ignoraba por completo de dónde iba a brotar ese universo vago y maravilloso que había de hacerse a medida de sus deseos; porque su vida interior, aunque ardiente, estaba llena todavía de vacilaciones y de sueños.

Una persona hubo que, aun muerta desde hacía mucho tiempo, ejerció sobre ella durante esos años la influencia más pura: era aquella antepasada suya, Aglaé Engerand, que ochenta años antes se había hecho religiosa y fué priora de las carmelitas de Moulins. Tenía Laura en un medallón un retrato de Aglaé a los veinte años, miniatura que llevaba el sello vivaz y delicioso del 1800: hermosos ojos, mejillas sonrosadas, frente blanca, y en la fisonomía una expresión confiada y libre al mismo tiempo. Laura quería mucho este retrato, y a menudo quedaba absorta contemplándolo; pero, ¿por qué se había retirado al claustro de pronto? Interrogaba su mirada como si fuera de persona viviente, y trataba de penetrar su secreto.

Una noticia breve, conservada entre los papeles de la familia, decía que para tomar aquella resolución «nada hace suponer que su corazón se hubiera comprometido en ninguna inclinación imposible, sino más bien como consecuencia de su natural seriedad». Le complacía a Laura que eso fuera lo cierto, y que no hubiera entrado en su alma ninguna decepción vulgar. Al cabo de pocos años fué elegida priora del convento; pero

pronto pidió que la relevaran de sus funciones, para seguir siendo simple religiosa. «No quería dirigir por más tiempo a las otras —explicaba la nota—, por humildad y porque apenas lograba, según decía, dirigirse a sí misma. Era de naturaleza inquieta, y confesaba que nunca logró grandes progresos en muchas virtudes, singularmente en la virtud de la esperanza. Murió de treinta y dos años, y parece que había expresado el deseo de que se grabaran sobre su tumba estas dos palabras latinas: *Quod potui*, que significa «Cuanto pude». Por ellas quería, sin duda, expresar que en el transcurso de su vida había hecho lo que sus fuerzas le permitieron, o acaso que esta muerte, y esta tumba, y este destino, eran todo lo que había podido...»

Laura sabía esas frases de memoria, y su pensamiento se volvía con frecuencia a esa vida reverenciada, experimentando siempre un placer luminoso y dulce, como ante la única cosa entre cuantas llegó a conocer que fuese absolutamente perfecta: era una antepasada, una amiga; y aquella vocación, aquellos deseos, aquella elevada libertad fuera del mundo, aquella existencia siempre dominada por eternas perspectivas, la exaltaban. Pensaba que ella también escogería para entregarse por entero la más alta perfección, y que se consagrara a ella, costara lo que costara. Pero no sabía, entre las nieblas de sus diez y ocho años, cuál iba a ser ese bien superior a todo; sólo una cosa estaba decidida: que en su vida no había de figurar sino lo más profundo que hubiera en su corazón.

Encontraba Laura en su abuelo la mejor ayuda para sus nacientes aspiraciones y para aquel cultivo del alma que era para ella tan necesario. De talento un poco tardo, pero reflexivo, abierto, instruído, hablaba de buen grado con ella sobre los asuntos más diversos, y a todos llevaba el mismo juicio prudente y apacible. Carlos-Armando, por el contrario, de naturaleza más enfermiza e inquieta, más sensible, y, sin embargo, temeroso hasta el extremo de las manifestaciones de sensibilidad y de emoción, sea por este motivo, sea por el temor de extender sobre la juventud de su hija, si la acostumbraba a sus ideas, una sombra de melancolía y de desengaño, no seguía con ella conversaciones que traspasaran el nivel de los estudios en que se ocupaba o que llevaran a cuestiones íntimas y personales. A veces, Laura, por menudos indicios, presentía en él delicadeza más viva que en su abuelo y, por decirlo así, de otra categoría; pero su padre se mantenía separado por una frágil barrera de silencio y de tristeza.

En Maximiliano todo revelaba fuerza, dominio de sí mismo, equilibrio y sana razón. Era de alta estatura; los hombros, robustos, nada inclinados; hermoso, y abundante cabello blanco e imponente aspecto. Su familia, y aun la vecindad, tenía costumbre de consultarle en las graves ocasiones. Su pensamiento fué el que influyó sobre el de Laura hasta que tuvo ella veinte o veintidós años. Durante la primera época que siguió a su regreso a la alquería, trabajaba casi todas las mañanas con él o con su padre. Carlos-Armando le enseñaba las ciencias, que la interesaban poco. Con Maximiliano estudiaba la Historia, e Historia Natural; trató además

de hacerle conocer los principales clásicos griegos y latinos. Junto a él aprendía con gusto; por lo demás, aquellas lecciones no fueron pronto sino conversaciones regulares y continuadas, en las que iba dándole cuenta de sus propias reflexiones y de sus recuerdos. En el curso de su fructuosa vida, supo llevar a todas partes aquel sentido de los problemas del más allá, casi hereditario en su familia, pero con un optimismo confiado, sin inquietud y sin atormentarse. Tenía el discernimiento y el gusto de las verdades de orden general; sin embargo, su filosofía —palabra acaso demasiado ambiciosa— no era sino una manera de ser personal que irradiaba sobre el conjunto de sus actos y de sus pensamientos; lo que Laura apreciaba era una gran libertad de opinión, su tendencia a comprender más que a juzgar, su absoluta falta de envidia y su hábito de mirarlo todo, personas y cosas, con desinteresada benevolencia.

Por su parte, a él le satisfacía encontrar una inteligencia viva y abierta, donde pudiera reflejarse como en claro espejo su tesoro de prudencia y de verdad. Laura le escuchaba siempre atenta, con sumisión que en ella era espontánea cuando se hallaba ante alguna autoridad verdadera; pero las ideas de orden más elevado tenían en su ser resonancias y ecos que Maximiliano no podía sospechar.

Su sensibilidad no se alteraba espontáneamente por iguales motivos que la de todo el mundo. Los detalles de la vida diaria la interesaban poco, y era difícil conseguir que les dedicase atención e interés. Pero cierta clase de ideas que para el común de las gentes perma-

necen frías, lejanas, inertes, las que se relacionan con realidades de orden universal e infinito, infinito del cielo, infinito del espacio y del tiempo, condición y destino humano, eternidad, ideas que, en el transcurso de la vida, para la mayoría de los mortales sólo en algunas circunstancias singulares tienen poder de evocación, en ella, por el contrario, parecían brotar de sentimientos vivos y precisos y eran activas, esenciales, dominadoras. Sin duda, ella entonces no se daba cuenta, sino confusamente, de su poder, y sólo a medias se abandonaba a su inmenso atractivo; y, sobre todo, ignoraba por completo que fuese aquélla una distinción original y rara. Nacen así algunas personas, que, según una frase célebre, «quedan presas en lo eterno como en un lazo sagrado»; indiferentes a todo lo que no lleve en sí una huella sublime, experimentan, por el contrario, una felicidad conmovedora cuando hallan cualquier indicación en el sentido de sus aspiraciones soberanas. Maximiliano no sentía, como Laura, a su alrededor esa especie de envoltura de lo infinito; en ningún modo sentía la fuerza patética; de aquí nacería, acaso, el germen de un desacuerdo futuro; pero, por el momento, Laura, todavía incierta e ignorante de sí misma, tenía por él admiración y gratitud, cuando, en el curso de sus conversaciones y de sus paseos, expresaba él sentimientos en que, de pronto, podían reconocerse los suyos y detenerse a reposar.

Nadie hubiera sabido hablarla como él de la Naturaleza, por ejemplo, y hacérsela amar, precisamente de acuerdo con la inclinación secreta que ella tenía. Una vez, cierto día del mes de julio, Laura se le había en-

contrado en medio del campo; detuviéronse en la linde de un bosque, sobre un prado, en el que trazaba el follaje inmóviles sombras; ante ellos, a poca distancia, tendíase en pleno sol un campo de trigo, ya granado y maduro, amarillo como un tapiz de oro. El calor agobiaba; el aire caía como plomo; no se movía una hoja de árbol; todo reposaba. Maximiliano contemplaba con placer este espectáculo.

—No hay ni un insecto que rebulla —dijo—. En tales momentos decían los antiguos que Pan duerme. Y no les faltaba razón; escucha: parece que alrededor y cerca de nosotros está tendido un gran ser que dormita.

Laura prestaba oídos, con el corazón palpitante, como si de pronto se la hubiera revelado la presencia propinqua de un ser invisible; creía que su abuelo decía la verdad y que se encontraba en el umbral de un misterio confuso, del cual ella hubiera querido saber más; trataba de interrogar a Maximiliano; pero él no sabía más que describirle al mitológico Pan, andariego y maligno, con pies de cabra, como el diablo... Otra vez —ocurió esto un espléndido día que habían subido de excursión a la montaña—, treparon juntos a una elevada cumbre desde donde se descubrían a lo lejos, fuertemente iluminados por el sol, otros picachos, luego una cañada y después otras llanuras. Estas lejanías eran tristes e inmóviles, en una atmósfera clara, luminosa. Maximiliano dijo:

—¡Qué suelto se encuentra uno en estas alturas! ¡Qué libre! ¿No es verdad?... Y al mismo tiempo se siente el espíritu invadido de una impresión seria. Se

diría que un soplo sublime y eterno vaga de monte en monte; ¿es que tú no lo notas?

Sí, Laura lo percibía, y estaba ya traspasada por aquella inmensidad, y la encantaba que su propia emoción, tan honda que no podría explicarla, se encontrase realzada y exaltada de aquel modo por la autoridad del abuelo. Aquellas palabras se grababan en su memoria, y, en un confuso impulso de todo su ser, imaginaba que lo esencial de su vida había de componerse de encuentros así, tan profundos y tan emocionantes, pero con una grandeza todavía mayor. Maximiliano rara vez la hablaba de cosas religiosas, porque sus simpatías no iban por ese lado. Alguna vez, conversando con Laura sobre el cristianismo, la hacía notar que, en muchos casos, la religión nueva había continuado el culto pagano en lugar de destruirlo y le había sustituido, especialmente, para continuar sus fiestas. Era espontáneamente inclinado a tener confianza en el orden de las cosas naturales. En otro tiempo, había leído y estudiado mucho la literatura de los griegos, de la que hablaba a Laura con frecuencia, y tenía de ellos esta opinión, en armonía con su carácter: que, en el fondo, todo está bien. «A pesar de tantas desdichas —dice, en una tragedia de Sófocles, Edipo, ciego y mendigo, a su hija Antígona—, a pesar de tantas desdichas, mi edad avanzada y mi grandeza de alma me hacen encontrarlo todo bien.»

—Mira, Laura, qué admirable es esto y cuánta nobleza, cuánto desinterés y cuánta energía de alma son necesarias, en efecto, para afirmar, aun en medio del dolor, lo que hay de bondad y de belleza en el universo... Es que todos estos antiguos tenían el senti-

miento de una justa ordenación de la Naturaleza. Escucha, por ejemplo, lo que dice Homero a propósito del Cíclope: «Que ejercía sus oficios inicuos en la soledad». También esto es magnífico; ¿te representas tú al gigante aquel, alejado del hombre y de sus semejantes, que por su maldad turbaba todavía el orden del mundo y se conducía mal hasta con los seres inanimados?

La hizo leer a Homero y también a Plutarco, donde conoció las grandes hazañas de la antigüedad; los héroes griegos, con su valor, su raciocinio, sus locuras, su voluntad de alzarse por cima de los humanos, a la luz libre, al lado de sus dioses. Lo que ella admiraba, sobre todo, es que la vida pueda tener tan magnífico empleo, y conservaba el recuerdo de estas historias como una promesa de felicidad. Cuando Maximiliano, en el curso de sus lecturas o de sus conversaciones, veía animarse en la mirada de Laura una llama entusiasta y bella, juzgaba que ya hacía algo útil para formar su corazón. Casi no la daba para guiarla otro consejo que el de abandonarse a los impulsos generosos de su inclinación:

—Tú sabes bien —la decía alguna vez— que eres incapaz de cometer una acción vil o baja.

A lo cual, Laura respondía —«Sí»—, sin vacilar, con una seguridad absoluta.

Le hacía ver al hombre como el remate de toda la vida natural, del lento esfuerzo ensayado en las plantas y en los animales; como el efecto de la más prolongada, la más paciente y la más triunfadora voluntad; le mostraba el desarrollo de facultades superiores, como la suprema dilatación del universo, como algo profundamente noble y feliz. Laura no lo comprendía todo, algu-

na vez, en sus explicaciones; pero de las ideas de ese corte guardaba en su espíritu una percepción viva y llena de imágenes, acompañada, además, de un cierto más allá trágico que no llegaba a pronunciar. Así, estaba habituada a representarse alrededor de ella una naturaleza bondadosa, bien dispuesta, amiga del hombre como de un niño preferido; con frecuencia, sentada a solas en el parque, entre la florescencia de la estación feliz, el verdor de los árboles y el rumor del follaje, brotaba de ella, en una especie de somnolencia, una gratitud amorosa hacia todo aquello que la amparaba y la acogía, y la convicción de un parentesco íntimo con ellas, sin nada material, nada sensual; la impresión de ser como el último escalón de la infinita serie de seres; en la cumbre, la más alta y la más sabia.

A los veinte años tenía el alma ardiente, fuerte, tensa; odiaba todo lo mediocre, y, a poder, habría elegido una existencia heroica. Pero ¿cómo? ¿Entregándose a cuál empresa? ¿A cuál obra? No lo sabía. Suele ocurrir que las personas dotadas del sentido de las realidades sublimes, lo que se llama en los manuales cristianos la grandeza de Dios, reciben aquella disposición de maestros que les inclinan desde luego a una solución determinada y no despiertan esa divina luz sino para plegar el alma con mayor seguridad dentro de dogmas ya establecidos. Laura, por el contrario, no había recibido influencia exterior sino para enseñarla a confiar en sus propias aspiraciones, y así, ese tesoro de sentimientos infinitos se encontraba en ella como un don maravilloso y puro, pero con un destino indeciso.

Vivía para sí, en perfecta inocencia, el eterno por-

blema de concordar con una vida humana las grandezas que atraviesan el mundo, de abrirlas un hueco en la trama vulgar de los días y las horas. Sin embargo, a través de la monotonía de los años, aprendió poco a poco a tender sobre la realidad una mirada más certera, y comprendió que la hacía falta ceder mucho en sus sueños intransigentes. Se preguntó si no serían inútiles, engañosos, y de ahí vino un desasosiego, una melancolía... Hacia la época en que comienza esta historia, cuando Laura iba a cumplir veinticuatro años, la voluntad heroica de su primera juventud comenzaba de este modo a dulcificarse por obra del tiempo, de la experiencia.

Su ocupación, su recreo y su alegría durante aquellos años estuvieron en la perfecta amistad que la unía con su hermana. Luisa había salido del colegio a los diez y ocho años. Como la habían colmado de esos elogios que se conceden con tanta facilidad a una joven dotada de inteligencia y atractivo; como en todas partes era mejor acogida y más agasajada que Laura, pudo temerse que, viviendo junto a su hermana, adoptara con ella, ligeramente, cierto tono de superioridad. Pero un día que su padre, por precaución, quiso darla un consejo a ese respecto, Luisa se defendió como de un reproche injusto y desagradable. Y, en efecto, no sólo se mostraba deferente con Laura, sino que, al poco tiempo de vivir siempre una al lado de otra, pareció someterse a su autoridad, la aceptó, se inclinó, y se hizo en su espíritu, bajo la influencia de Laura, un cambio tan grande, se afirmó entre ellas un afecto tan vivo, tan raro, tan único, tan bello, que años más tarde, después de tantos

acontecimientos como sobrevinieron, sólo el recuerdo bastó un día para trastornar toda su vida.

Era distinta de Laura, más bullidora, más soñadora, más sentimental; en el sentido usual de la palabra, más apasionada, según la gente... Pero también ella había heredado de su raza el sentimiento innato de que hay en el mundo realidades más graves que las que se revelan en las ocupaciones y en las conversaciones ordinarias; y como consecuencia, desde muy joven, un amor a la independencia y un cierto desdén hacia los modos de pensar comunes y convencionales. Así, pues, un lado fútil y un lado profundo; bajo las inclinaciones fáciles de su naturaleza, una fuente lejana de claridades más altas; y ese resplandor incierto, de orden confusamente místico, fué agrandándose al contacto de Laura, hasta brillar sobre el resto de sus pensamientos. Estaba en la edad en que las jóvenes tienen mayor vagar, cuando su alma es generosa y siente más ardor por entregarse a cualquier ideal que esté sobre ellas, y se sometió a la influencia de Laura, por su bondad, y también por el impulso de su corazón.

Admiraba en su hermana, además de aquella privilegiada y hasta entonces desconocida superioridad, su vida interior, siempre recogida en sí misma; fuerte, pura, abrigada, intacta; hubiera querido parecerse a ella; en Laura el alma estaba constantemente en presencia, con sus lejanas reservas mentales. Luisa mostraba mayores disposiciones para encontrar en la vida de relaciones, en el arte, en el lujo, un placer que le satisficiera; y aunque capaz de conmoverse por las mismas ideas y de experimentar la misma fuerza de exaltación, no tenía el

sentimiento inevitable de su alta y suprema verdad. Laura lo comprendía, sin hacerla por ello ningún reproche; la veía más despierta, más bella, más solicitada y, con un matiz de afecto protector, la quería más aún tal como era.

Tales diferencias perdíanse entonces en la felicidad de una armonía sin nubes. Era una confianza continua, hasta en el silencio; un cambio incesante de pensamientos, de matices instantáneamente comprendidos, un ir y venir de ideas ligero y alado. Por cima de su vida material, de sus cuidados y sus obligaciones, había como una vestidura del alma; sus secretos, el eco, que en ella despertaban los incidentes del día un dominio de libertad viva, feliz y chispeante; todavía más: una mirada sobre un saber misterioso.

Así transcurrió el tiempo; las dos iban unidas, enlazadas, casi idénticas. La una era para la otra casi toda su sociedad. El parque, con su fausto antiguo, patinado y desvanecido por el paso de dos siglos, daba a sus sueños y a sus diálogos una decoración que ellas preferían a todos los paisajes. ¡Cuántas veces, en las noches serenas, se quedaban horas y horas asomadas a la terraza que dominaba el jardín y el estanque! Viéndolas unidas hasta ese punto la una a la otra, podía pensarse que deseaban permanecer así, de modo que nunca tuvieran necesidad de separarse; sin embargo, ambas habían llegado a esa hora grave, esa hora de sazón, ese momento rápido en que, de un modo u otro, es preciso que la vida de una joven se decida y que se inclinen sus destinos.

CAPÍTULO III

En los primeros meses del año 189... sobrevinieron dos circunstancias que habían de ocasionar grandes cambios en aquella apacible morada. La primera fué una agravación rápida y peligrosa de la enfermedad de Carlos Armando. Hasta entonces, aunque sufría bastante, se dominaba lo preciso para no dejarlo comprender; pero ya las señales llegaron a ser harto evidentes. Vióse obligado a guardar cama algunas semanas, y aquella crisis le dejó muy quebrantado. Sus hijas se sobresaltaron, pero sin hacerse cargo, realmente, de que podían perderle, porque desde su infancia no habían visto desaparecer a ninguna persona cuya existencia fuese mezclada con la suya, y cuando falta esa experiencia la muerte es muy difícil de imaginar.

Aconsejaron a Carlos Armando que consultara en París a un especialista conocido, y cuando estuvo algo aliviado se resolvió a hacerlo. En aquel viaje le acompañó Laura. Era a principios del mes de mayo.

Fué con su padre a casa del médico a la hora con-

venida. Auscultó éste con mucho cuidado a Carlos Armando, y, entre otras prescripciones, le ordenó que pasara lo antes posible una temporada en Vittel. Le comprometió a volver a verle en el otoño. Sólo mucho más tarde comenzó a recordar Laura y a comprender las miradas que el médico la dirigió a hurtadillas; miradas graves, cargadas de sentido, donde se trasparentaba el deseo de expresar algo que las palabras no podían decir. Cada vez que la miraba, sentía extraordinario desasosiego, y, sin embargo, no le comprendió; por otra parte, era tan arraigado el hábito de confiar en su padre, que no se la ocurrió la idea de informarse ella sola haciendo al médico una nueva pregunta. Volvieron a la Mettrie, y desde el comienzo de la temporada Carlos Armando fué a instalarse en Vittel. Su permanencia allí debía durar más de un mes; había alquilado de antemano una *villa*. Llevó consigo a Luisa. Laura, por el contrario, permaneció en la Mettrie acompañando a Maximiliano.

Por ese tiempo fué cuando llegó a visitar la Mettrie un primo suyo, de unos treinta y cuatro años de edad, que anunció su propósito de quedarse a vivir en el país e instalarse en la mansión de su familia, situada en los alrededores de Ch... de N..., mansión que tenía abandonada desde hacía mucho tiempo. Se llamaba Marcos Vindré. Su abuela era prima hermana de Maximiliano; como había perdido a su padre y a su madre desde muy niño, ella fué quien le educó, precisamente en aquella casa en que deseaba vivir otra vez. Pasaron allí los dos una existencia casi recoleta; no recibían sino muy raras visitas, alguna vez durante semanas enteras, Mar-

cos no veía a otra persona que al cura de la parroquia vecina, que venía a enseñarle latín. Y así hasta que tuvo trece o catorce años; entonces, un día resolvió por sí mismo entrar en condiciones de vida más normales, y, a pesar de las lágrimas de su abuela, se hizo llevar al colegio de Moulins y luego a París. Terminados sus estudios, permaneció en París, donde siguió con éxito la carrera de Medicina. Continuó entonces viniendo durante las vacaciones a casa de su abuela, y durante esos descansos iba gustoso a la Mettrie para ver a Maximiliano y a Carlos Armando, que le guardaban buena amistad, y que, según su costumbre, le retenían largas horas para conversar con él.

Laura y Luisa se acordaban muy bien de la abuela a cuya casa habían ido muchas veces cuando eran niñas, porque la anciana señora pedía con frecuencia que las llevaran. Entonces las vestían. Ella las recibía en el salón grande. Era una excelente persona, gruesa e imponente; muy corta de vista; las instalaba frente a ella en grandes butacones oro y carmesí; luego, en tono quejumbroso, les hacía las confidencias más serias del mundo, sobre todo lo que la concernía: sus asuntos, sus criados, las desdichas de la vejez, la maldad de los hombres. Inevitablemente llegaba a hablar de su nieto, y entonces, aunque no tuviese sino motivos de satisfacción, se enternecía y sollozaba, sumergiéndose en su pañuelo. Las dos chiquillas, en sus butacones, con sus sombrillitas en la mano, a un tiempo honradas y cohibidas por tan grave conversación, comprendían mal y no se atrevían a removerse. Luego las llevaba al comedor y las hartaba de pasteles y confituras. Más tarde,

cuando Laura y Luisa veían a Marcos en la Mettrie, alzaban una mirada inquieta hacia aquel primo suyo que tanto le hacía llorar a su abuelita.

Murió ésta cuando Marcos tenía veintitrés años. Durante los primeros años que siguieron continuó visitando la casa desierta, hasta que perdió la costumbre. Enviaba de tiempo en tiempo noticias suyas a Maximiliano; sabían que había emprendido largos viajes, pero ya no venía... Aquella mansión donde ahora proponía vivir estaba situada a una quincena de kilómetros de la Mettrie, al otro lado del Allier, sobre los ribazos próximos a Montoldre. Era una especie de castillito Luis XIII, coquetón y pintoresco, formado de un cuerpo principal bastante alto, que flanqueaban dos alas más bajas, de ladrillo rojo y blanco, con encuadramientos de piedra gris de Auvernia guarneciendo las ventanas. Del remate pendía, como pesado cortinaje, un lecho macizo de pizarra, de donde emergían algunas chimeneas anchas y planas. Delante, una bella escalinata blanca dominaba el patio, de grandes losas; más lejos, macizos de boj, césped, avenidas de árboles que bajaban la colina hacia una terraza, desde donde se descubría, en horizonte abierto, la llanura del Allier... Desde hacía largo tiempo todo aquello estaba cerrado, abandonado. Un jardinero, que habitaba en una casita minúscula, cerca de la verja de entrada, velaba por la conservación del castillo y del parque; pero como era hombre de edad, y su amo se mostró poco exigente, contentábase con ir los días que hacía buen tiempo a abrir las ventanas del piso bajo, para que entrase en las habitaciones el aire y el sol. Poco a poco llegó a confinar su trabajo al huerte-

cito, que le rendía provecho. Así es que reinaban por todas partes la libertad y el desorden; algunas avenidas comenzaban a obstruirse, porque los pinos extendían sus ramas con exceso y echaban vientre, en detrimento suyo; el estanque, cubierto de musgo inmóvil y glauco, estaba entregado a los mosquitos y a las ranas...; pueden imaginarse fácilmente los mil detalles de un parque abandonado. Y cuando está, como aquél, cerrado y rodeado de muros, puede decirse que no entraban en él miradas humanas, lo cual es la perfección de la vida natural.

Pues ese mismo año Marcos quiso habilitar de nuevo el castillito; proyectaba casarse y dejar correr allí el resto de sus días, ocupándose de sus tierras, cazando en el otoño, viajando alguna vez y llevando en fin, la existencia descansada de tantos propietarios de esas nuevas o antiguas casas señoriales que abundan en las llanuras fértiles, y de las que se ve, al pasar por los caminos, las alegres fachadas y las torrecillas al final del césped de los parques. En otro tiempo había tenido mayores ambiciones. Al principio, a los diez y ocho o los diez y nueve años, había decidido ser un escritor célebre; luego, con bastante rapidez, esa esperanza y aun ese gusto se disiparon. Empezó entonces, en gran parte por consejo de Maximiliano, sus estudios de Medicina, con intención de consagrarse más tarde a investigaciones científicas; trabajó muy asiduamente, pero suspenso en el internado; este primer fracaso empezó a descorazonarle. Una vez doctorado, se hizo agregar a un laboratorio de estudios de París, y allí siguió durante varios años una vida severa, difícil, absorbida en trabajos mi-

nuciosos, que exigían toda su atención; allí se dió cuenta de que, aun en el orden de los descubrimientos y de las invenciones, hace falta paciente y dura disciplina para resultados mínimos y siempre problemáticos. Rico, tentado por la posibilidad de una existencia más cómoda, al cumplir los treinta años dijo adiós a los anhelos de su juventud, sin amargura, por otra parte, sin sentimiento, solamente por haberse formado una opinión nueva acerca de lo que vale la pena de ser ambicionado. Viajó por algún tiempo. Fué a Oriente; luego, al Extremo Oriente, donde permaneció, realmente deseoso ya de poner término a aquellas excursiones errantes.

De sus estudios habría conservado una disposición de espíritu más bien escéptica y positiva. Era elegante sin pretensiones, bastante alto, rostro expresivo, mirada clara y elocuente; voz muy matizada, llena de verdad y de acento; sin embargo, nada en sus maneras de lo que se llama comunmente seducción; más bien un sello de seriedad.

En los primeros días que siguieron a su regreso —el cual había sido, desde luego, anunciado por carta—, se dirigió a la Mettrie, donde fué acogido con agrado. Allí vió a Laura y a Luisa. Tuvo ocasión de dejarse decir que deseaba casarse. Era ello precisamente en los días en que Carlos Armando volvió de París, sabiendo que estaba gravemente amenazado, lo cual era una razón más para que desease establecer a sus hijas cuanto antes, sobre todo a Laura, cuyo porvenir le inquietaba, a causa de su particular manera de ser, que él conocía acaso mejor que nadie. Todo era favorable; una relación antigua, gustos distinguidos, fortunas parejas, aquel cas-

tillo gracioso, casi poético; aquel parque inclinado en el flanco de la colina. Pensó, pues, que aquel matrimonio debía agradar a su hija; y como tenía que marcharse otra vez, animó a Marcos a que continuara visitando la Mettrie, mientras quedaban solos en ella Laura y Maximiliano, invitación que aquél aceptó de muy buen grado.

Así, pues, luego que Carlos Armando y Luisa hubieron emprendido su viaje, vino más a menudo, casi siempre después de comer, porque entonces estaba seguro de encontrar a Maximiliano. Llegaba a caballo, al caer la noche, en aquellos crepúsculos de junio, bellos y tardíos. Solía encontrar a Laura y a su abuelo paseando delante de la casa; entraban juntos y se instalaban para la velada en el despacho de Maximiliano.

Laura tomaba su sitio a la luz de la lámpara, junto a la mesa de trabajo, que estaba en el centro de la habitación, y allí se entretenía en alguna labor. Maximiliano y Marcos, un poco apartados, en la penumbra, de donde emergía confusamente el desorden de los muebles y de los libros.

Casi siempre sentábase Laura en el mismo sillón antiguo, guarnecido de cuero oscuro, de respaldo alto y casi recto. Habitualmente iba vestida de blanco, con una gasa sobre los hombros y una flor en el pecho; el círculo de luz que proyectaba la pantalla la envolvía, caía sobre sus cabellos y su rostro, sobre el vestido, hasta los pies, y luego bruscamente comenzaba la sombra. Alrededor de su frente, inclinada, venían alguna vez a revolotear mariposillas locas, porque las ventanas permanecían abiertas sobre las noches apacibles de

aquel comienzo del estío, nada caluroso aún, pero ya lleno del perfume de sus flores efímeras.

Maximiliano encendía su pipa, y, sin dejar de fumar, preguntábale a Marcos sobre sus estudios o sus viajes, comunicándole también sus recuerdos, sus lecturas, reflexionando, comparando; manera de conversar a la que Marcos se había acostumbrado ya con él desde mucho antes. Con frecuencia se hablaba también de las nuevas instalaciones que Marcos proyectaba en su casa, del estado de sus propiedades, de los trabajos que habían de hacerse en sus fincas. Algunas noches Laura leía en alta voz las cartas que venían de Vittel; se mezclaba ella poco en la conversación, y solamente si lo solicitaban, lo cual ocurría porque Marcos consultaba su opinión o Maximiliano trataba de hacerla intervenir, diciendo: «¿Sabe usted?, Laura entiende mucho de eso.» O bien: «Laura y yo hemos hablado bastante del asunto, ¿no es verdad?» Laura, inclinada sobre su labor, alzaba la cabeza y respondía en seguida, sin distraerse, con frases cortas y precisas. De este modo, como sentían su pensamiento despierto y en constante atención, encontrábase ella casi en el centro de la conversación, hasta por su mismo silencio; y, como si emanara de ella dulce y perceptible influencia, Maximiliano y Marcos, juntos, experimentaban por su sola presencia un gran bienestar.

Lejos estaban, sin embargo, uno y otro, en el curso de aquellas veladas apacibles, de suponer el tormento que la agitaba. Decíase ella que acaso un día Marcos la pidiera en matrimonio; presentía el avance de un momento decisivo en su vida, y una inquietud conmovedora la apretaba en ocasiones el corazón. Seguramente no se

había presentado ni se presentaría otro partido tan aceptable, y, sin embargo, adivinaba que Marcos no se le parecía; que en la existencia que él iba a ofrecerla, aquella suerte de esperanza maravillosa, en la que había vivido toda su juventud, permanecería como realidad extraña, remota, para siempre sin empleo. Gustábale Marcos, sin embargo; le placían sus maneras corteses, su sinceridad, el timbre de su voz y cierta autoridad que se descubría en él; sentíase atraída hacia él, aun resistiéndose a consentir esa inclinación. Pero ¿qué diría él sólo con llegar a saberlo? Y, por otra parte, si no se parecían, ¿quién de los dos iba a tener razón entre él y ella?... Bordando a la luz de la lámpara, silenciosa, inmóvil, presa, a pesar de todo, en el encanto de aquellas horas, escuchaba al mismo tiempo la conversación que vagaba alrededor de ella y el inmenso murmullo de su terrible duda.

Aquellas visitas a la Mettrie tenían para Marcos cada vez mayor atractivo; deseaba agrandar a Laura, y día por día iba precisando más la intención de pedir su mano. Al afecto de simpatía se juntaba cierto respeto y cierta admiración indefinida; hasta entonces había pensado en el matrimonio como en una conveniencia, una necesidad, una costumbre, la más cómoda; pero Laura no se parecía nada a la mujer que vagamente se había imaginado como su compañera; sin saber por qué, presentía en ella algo superior, raro, una especie de belleza íntima, como claridad de fuente escondida. Tenía ella por aquellos días, quizás a causa de su misma emoción, un nuevo encanto que la rodeaba; sus actitudes y sus movimientos llevaban impresa una perfección

segura y armónica, muy grata de admirar. Acaso ella misma sentía ese influjo luminoso a su alrededor; sus recuerdos guardaban una aureola brillante; vagaba sobre sus labios la sonrisa como un secreto retenido, y con frecuencia al llegar Marcos se asombraba de experimentar una alegría nueva y confusa, al entrar juntos en la casa, cuando el criado encendía la lámpara, antes de morir los crepúsculos, azules todavía. Maximiliano estaba satisfecho de que Laura tuviese tal encanto y de que en todo pareciese perfecta; veía con placer esta buena armonía, este conjunto de circunstancias propicias para llegar a aquella unión, y estas veladas íntimas y transparentes, tan parecidas a las hermosas aguas de un apacible río que les arrastraba.

Las visitas de Marcos, cada vez más frecuentes, continuaron durante más de un mes, porque la temporada de Carlos Armando en Vittel hubo de prolongarse, de manera imprevista, por una recaída en sus dolencias, que le obligó a suspender algunos días el tratamiento. Marcos proponíase pedir la mano de Laura cuando volviera; pero como hasta entonces no había hablado sino muy brevemente con ella, y además siempre, por una especie de acuerdo tácito y tímido, ambos habían evitado tratar de nada que les concerniese directamente, deseaba, antes de emprender esa gestión decisiva, tener con ella algunas conversaciones que le aclarasen mejor sus disposiciones y su carácter. Se le presentó la primera ocasión una mañana en que vino temprano a la Mettrie para pedir a Maximiliano un consejo sobre sus asuntos: tenía que ver a alguien cerca de la finca para hacer una compra. Maximiliano se prestó a acompa-

ñarle, y salió a disponer que engancharan el carruaje. Marcos, solo, estuvo un momento paseando delante de la casa y preguntándose si sería buena hora para tratar de ver a Laura; pero, al acercarse a la escalera que conducía desde la terraza al jardín, la vió subir las gradas de piedra. Salió a su encuentro y la explicó por qué había venido. Entonces resolvió, de pronto, aprovechar los pocos minutos que la ocasión le proporcionaba, para indicar a Laura sus pensamientos y sus intenciones, y la preguntó si quería pasear un poco con él mientras Maximiliano despachaba. Su voz temblaba ligeramente. Laura aceptó, también muy conmovida; tendió sobre él una furtiva mirada, y luego bajaron juntos las gradas que ella acababa de subir.

Era una mañana de sol, fresca y clara. Fueron bordeando el canal. Laura, desde el primer momento, estaba casi segura de lo que iba a decirle. Llegaron al extremo del estanque, donde acoge las aguas de un arroyo que desciende monte abajo.

—¡Laura! —dijo Marcos, de pronto.

Ella se detuvo en seco, y se volvió hacia él.

En frases un poco embrolladas, expresó Marcos todo lo que sentía hacia ella: su deseo de asociarla a su vida; pero, vacilando cada vez más, porque Laura, impresionada por tener que responderle y cautiva de su propia emoción, se mantenía inmóvil frente a él, sin un gesto ni un signo. Cuando Marcos hubo callado, y ella se vió, a su vez, en la necesidad de hablar, dijo, sin pasarse casi a reflexionarlo, y con la sensación de entregarse a un profundo y misterioso azar:

—¡Pero usted no me conoce bien!

Quedó él un tanto cohibido; sin embargo, respondió con acento de persuasión:

—Sí, Laura, sí; yo la conozco a usted.

La recordó que desde hacía muchas semanas iba asiduamente por la Mettrie; que no iba sino por ella; que además la había visto desde que era niña, agregando también algunas palabras de cumplimento.

Laura, sin dejar de mirar la arena del paseo, dijo:

—No.

Y al mismo tiempo movía la cabeza con cierto aire meditativo y apenado, que le conmovió.

Hubo un instante de silencio. Marcos, confuso, preguntó:

—En fin, ¿esto es una negativa?

Otra vez, y ésta ruborizándose, movió ella la cabeza para decir que no. Luego, comprendiendo que su actitud era demasiado enigmática:

—Quiero decir, sencillamente —explicó—, que yo hubiera preferido que me pidiera usted en matrimonio después de conocerme bien, tal como soy..., mientras que ahora lo que usted sabe de mí podían ser también cualidades de otra persona muy distinta.

Su voz, al comenzar firme, vaciló en seguida, se quebró y casi se extinguió de emoción.

Su acento, su franqueza, tranquilizaron a Marcos; tuvo la impresión, viva y fragante, de encontrar una alteza de sentimientos y un orgullo delicado que le conmovieron. Temió haber herido su legítima susceptibilidad, y, deferente, presto a dar sus excusas, la preguntó:

—Así, pues, ¿no es usted como las otras?

—Yo no sé —dijo Laura—; pero, vea usted, debo

decírselo, porque es verdad, porque siempre lo he pensado y no puedo ser de otra manera: hay muchas conveniencias que parecen colmar los deseos de la mayor parte de la gente, como el bienestar, la fortuna, la vida cómoda y tranquila, y en las que yo no encontraría una gran felicidad.

Volvió a decir «una felicidad». Tenía el aire de excusarse; pero, al mismo tiempo, de expresar una cosa que era absolutamente necesario decir, tímida y a la vez resuelta.

Marcos se asombró de nuevo, no viendo en el acto ninguna relación entre lo que acababa de oír y el deseo que él había formulado. Sin embargo, se acordó del tiempo en que él hubiera expresado de buena gana sentimientos semejantes, cuando era, poco más o menos, de la edad de Laura, y todavía más joven, y creía que no era lícito contentarse con la existencia perezosa y vulgar que se abría naturalmente ante él. Una muchedumbre de hermosos anhelos, ya olvidados, proyectaron viva luz sobre el instante presente y le hicieron comprender lo que acababa de decir Laura; y aunque ahora consideraba aquellas aspiraciones un poco pueriles, le conmovió volver a encontrarlas, de pronto, en ella, puras y vivientes.

—Usted juzga —la dijo— que la vida que yo me propongo llevar, y que habría usted de compartir, es mediocre y vulgar. No se disculpe de ello; tiene usted razón —repitió—. Tiene usted mucha razón. Pero ¿tendría usted bastante confianza en mí para decirme qué es, a punto fijo, lo que usted anhela? ¿Es pedir demasiado?

La interrogó con la mirada, persuadido de antemano de que ella no debía saberlo exactamente.

Y Laura, en efecto, consintiendo en su idea y bajando la frente, le dijo con acento de tristeza:

—Yo no lo sé.

Luego, alzando bruscamente la cabeza, agregó:

—Bien; veo que en todo esto que digo hay algo de ridículo, y, sin embargo, así es.

Pronunció estas últimas palabras con una especie de heroica seguridad.

Marcos comprendió cuán profundamente arraigado estaba aquello en su corazón, y que no eran sino pequeñas partículas de su pensamiento, que desbordaban al azar como de una copa demasiado llena. Por un momento imaginó que había llegado a la fuente de aquella sensación de limpidez y de frescor, que tantas veces había tenido al acercarse a Laura. Su silueta, espiritualizada por la más delicada emoción, destacábase graciosamente en el cuadro de la arboleda y el estanque; se había puesto un poco pálida; la miró, como si la viese por primera vez, con inquietud y admiración al mismo tiempo.

Las ruedas de un carruaje chirriaron sobre la arena del paseo, y el criado de Maximiliano apareció en la escalinata, evidentemente buscando a Marcos.

—No puedo detenerme más —dijo—, porque su abuelo de usted me aguarda. Pero hemos de hablar más sobre este asunto. ¿No es verdad?

Laura asintió con un gesto y le tendió la mano.

Se alejó. El recuerdo de aquellos minutos dominó sus pensamientos durante todo el día; pero la emoción que un instante había experimentado no tardó en desvanecerse. Los sentimientos descubiertos en Laura le complacían, como indicio de un natural generoso, pero

ya no veía en ellos sino quimeras que un poco de experiencia se encargaría de dispersar. Estaba, además, encantado y hasta halagado de no encontrarla segura de sí misma, sino, por el contrario, incierta, sensible y dolorida, hablando con acento algo abatido, como si pidiera aprobación y apoyo.

También en Laura vibró aquel recuerdo y se prolongó. Temía haberse presentado como una mujer extraña; pero, por eso mismo, le estaba más agradecida de que la hubiera comprendido, y guardaba a pesar suyo, la idea de que de allí podría nacer un gran bien; pero jera con la esperanza de que Marcos se pareciera a ella, o, por el contrario, estaba ella dispuesta a recibir sus consejos? Laura misma no hubiera podido decidirlo.

* * *

Marcos volvió al día siguiente, al mediodía. Habló con Maximiliano en su despacho, preguntó luego por Laura, y, habiéndola encontrado, volvió a pasear con ella por el jardín.

—Acabo de ver a su abuelo de usted —la dijo sonriendo al acercarse a ella—; le he explicado que iba a buscarla a usted y que tenemos que examinar graves cuestiones filosóficas.

Bromeaba un poco; sin embargo, Laura supo leer en su rostro tanta franqueza y buen humor, que no se lo tomó a mal, y aun llegó a repetir, casi con su mismo tono y su sonrisa:

—Sí, desde luego; tenemos graves cuestiones que examinar.

Pero luego siguió diciendo, ya con otro acento:

—He debido parecerle a usted rara el otro día...

Deseo que me crea usted también muy razonable.

Y como Marcos tardase en responderla, agregó:

—O, al menos, capaz de llegar a serlo.

Detuvo sobre él una mirada tímida. Marcos sintió el placer de verla así, temerosa ante sus propios pensamientos, y la respondió, con familiar seguridad:

—No; nada de rara, créalo usted... Yo conozco esas ideas..., las he tenido yo también y, sobre todo, las he encontrado con frecuencia a mi alrededor.

La habló de las primeras ambiciones de su juventud, hablando de ellas ligeramente; la contó que, hacia los veinte años, todo lo que podía él esperar de la vida le parecía inútil, insuficiente. Muchos jóvenes son así, y muchas jóvenes también, indudablemente... Es la melancolía, es el ensueño...

Laura le escuchaba sin aprobar, con sonrisa fría y lejana y con expresión hermética.

Marcos no lo notó y creyó que aquella dificultad estaba ya vencida. Dijo que sentimientos tales como aquellos de que acababa de hablar no tenían sino una edad y un tiempo y se desvanecían pronto; que, por consecuencia, haría mal en preocuparse por ellos; que el estremecimiento que sentía ante la perspectiva de una vida vulgar y demasiado llana era poco importante y no descansaba en base firme... Pero entonces notó la sombra de disgusto que resbalaba sobre la frente de Laura. Se detuvo, y dijo con pena:

—Pero ya veo que no la convengo. Presiento que usted ya no me cree.

Marcos no comprendía por qué se mostraba algunas veces conciliadora, sumisa, y estaba otras rebelde y ofendida; no comprendía que ella tan pronto cediese a su simpatía hacia él, tan pronto al atractivo de sus inclinaciones constantes.

—Sí, le creo a usted —dijo ella—; usted tiene más experiencia y saber que yo. Hay que darle de buena gana la razón; pero esos sentimientos tienen para mí una significación alta, superior, exaltante; si ellos desaparecieran, me parecería que alguna cosa inmensa se perdía; y, al contrario de lo que usted supone, no es una dicha para mí pensar que lo mejor que hay dentro de nuestra alma es un sueño...

En el acento íntimo de Laura, Marcos adivinó que se trataba para ella de una realidad más profunda que lo que sus palabras pudieran alcanzar. Se sintió cohibido. Hubo un silencio. En seguida murmuró:

—Laura, es verdad, es usted extraña... Luego— añadió— temo que no hablamos de las mismas cosas.

Y él la apremió para que se explicara mejor.

—¡Oh! ¡No sabría! —dijo Laura—. Además, ¿para qué? He hablado demasiado; usted lo sabe. Dejemos este punto, que ahora me disgusta, puesto que usted mismo me lo aconseja.

Como insistiese Marcos, agregó Laura que tenía miedo de que se burlara de ella; pero él prometió que esto no ocurriría nunca.

—Después de todo —dijo ella con vivacidad y casi ingenuamente—, ¿es tan raro querer llevar a nuestra vida algo que la dé mayor mérito, algo más valioso que lo que encuentra la mayoría de las gentes?

—No hay que esperar demasiado, ni pedir demasiado —dijo Marcos, moviendo la cabeza.

—¿Cree usted? ¿Por qué? ¿Por qué no pedir mucho? Y continuó, con una sonrisa:

—Hace algunos años yo hubiera querido afrontar grandes pruebas, desplegar una extraordinaria valentía. Sufrir mucho, si era preciso, incluso sacrificar mi vida, con tal de que todo eso fuera por aspirar a un fin muy alto. Ahora ya no soy la misma, es verdad; soy más prudente, según el consejo de usted; pero todavía me cuesta pena imaginar delante de mí toda una serie infinita de días perdidos en ocupaciones o distracciones mezquinas, en las que yo nunca tendría, por decirlo así, necesidad de mí misma.

—Esa es —dijo Marcos— nobilísima disposición... Pero, no crea usted, aun en las condiciones ordinarias de la existencia, se ofrecen a menudo ocasiones de un verdadero heroísmo; estas ocasiones, por otra parte, no son muy de desear, y ya es mucho saber que no hemos de estar por bajo de lo que algún día pueden pedirnos.

—Sin duda —respondió Laura—; pero aun no es eso precisamente todo lo que yo quería decir. No es eso todo, no es nada de eso...

Pronunció estas últimas palabras lentamente, buscándolas; luego se calló. Marcos insistió de nuevo para que siguiese. Ella reflexionó, y luego, mirándole, y sin cesar vacilante, como si con el más ligero motivo fuera a detenerse:

—Por ejemplo: suponga usted que de ordinario, cuando se piensa en la vida, en vez de verla de un modo corriente, como si ella fuera el centro, la medida de

todo, como si no existiera ninguna otra cosa, se la ve, por el contrario, en conjunto, tal como es: breve, pequeña, limitada. Entonces, ¿no cree usted que será difícil dejarse arrastrar por los días, sin pensar en nada más grave? Así como tenemos ideas distintas que la mayor parte de la gente, desearíamos también que la vida fuera otra cosa para nosotros que para ellas, y anhelamos que todo traspase a un plano más elevado.

Marcos no la aprobaba; también hablaba ella sin seguridad, como si, a medida que hablaba, fuese lamentando sus palabras.

—De modo —preguntó Marcos— que ésa es su manera de ser ordinaria.

—¡Oh!, no, no...

Sin embargo, prosiguió tímidamente interrogándole.

—Pero, me parece que, si eso pudiera ser, estaría bien...

Marcos la miró poco más o menos como se mira a un niño de corazón noble, pero muy ignorante e inocente.

—Yo he encontrado —dijo— personas que tenían esos sentimientos, pero se destinaban al claustro.

—No, yo, no... —dijo Laura, siempre vacilando.

—Sin embargo, ¿es usted religiosa?

—Sí; pero esa idea de encerrarme en un convento jamás me ha seducido, y aun puedo decir que no la he tenido nunca. Al contrario, lo que siempre me ha halagado es una existencia que sea plena, y hasta hermosa, si es posible.

Marcos la dijo afectuosamente:

—Me tranquiliza usted, Laura; me proporciona una

satisfacción; veo que, a pesar de todo, no está usted tan lejos de mí, de nosotros, como yo temía. Ahora usted puede vivir en las mismas condiciones que las demás personas; poco a poco, con el tiempo, las costumbres, las ocupaciones, usted irá viendo cómo todas esas ideas son de muy poco uso...

Añadió, mirándola con una sonrisa:

—¿Y usted no lo ha pensado ya?

A esta pregunta, Laura no respondió, asintiendo, acaso, con su silencio.

Ya no hablaron más aquel día.

Al día siguiente Marcos volvió, deseoso de hablarla de nuevo. Vió que Laura le acogía con placer; ella misma le dijo espontáneamente que estaba muy contenta de tener ocasión de pedirle su parecer de una manera más precisa y explicarse mejor.

—Yo no quería —dijo sonriendo— que usted creyese, después de lo que le expuse ayer, que sueño con catástrofes y dramas. Usted habrá podido suponérselo; lo he comprendido en seguida. No; lo que yo desearía es de orden interior, es difícil de explicar, pero muy sencillo de hacer; voy a darle un ejemplo, en el cual he reflexionado... A la edad de catorce o quince años tenía la tristeza espantosa de envejecer; encontraba trágico de ver todo lo que se va; tampoco podía comprender que las demás personas pareciesen no preocuparse de ello, y que no hubiera sobre los pensamientos, sobre la conducta, la señal de una verdad tan cierta; esto me ofuscaba; yo me decía que, por mi parte, yo

no podría ser así... Y, en efecto, aun ahora me parece que es mucho mejor, que es más noble poseer ese saber en el fondo de uno mismo; en el espíritu todo prende; esta idea, y algunas otras que son de la misma progeñie, por la presencia misma revelada, hacen que los sentimientos sean más amplios, más verdaderos; diríase que a su resplandor comienza otro mundo, rico y vario, lleno de la memoria de cosas infinitas... He aquí lo que debí haber dicho ayer; pero entonces no lo pensaba yo todavía de una manera tan precisa. Sin embargo, durante tantos años, mi hermana y yo hemos vivido así, poco más o menos, en un acuerdo ilimitado, yendo de las cosas invisibles a las más vulgares. Lo que yo desearía es una concordancia de esa especie, no sólo con ella y para algunos años, sino para todo el porvenir; esto no es todo, absolutamente todo, pero es lo que deseo más vivamente y lo mejor que puedo imaginar.

Calló, un poco cohibida por haber hablado tanto. Comprendió él la súplica, el ruego que encerraban aquellas palabras. Le complacieron, en el fondo, y la dijo, con tono conciliador:

—La admiro a usted muy sinceramente, y me parece que por instantes voy dejándome aturdir y persuadir; sin embargo, de lo declarado, ni mis ilusiones ni aun mi anhelo de felicidad van tan lejos como todo eso. Vea usted, Laura, cómo nadie se le parece y cómo, por eso mismo, los deseos de usted toman el aspecto de ilusiones. Yo las tengo por herencia de aquellas devotas abuelas nuestras que quisieron vivir por la fe en un universo sin medida con el nuestro; a usted le ha quedado una nostalgia extraña, a despecho de otras inclinacio-

nes muy diferentes. Pero estoy convencido de que, poco a poco, llegará a ser menos exigente y más capaz de acomodarse con sencillez a la realidad... Laura, es usted como una fuente: pura, intacta; se irán nuestros sueños, un poco vanos, y eso es lo único que quedará.

—¡Oh! —dijo ella, con un movimiento desolado—; esos sentimientos, como le he dicho a usted, son para mí más reales, más halagadores que ningunos otros. Y, sin embargo, ¡usted piensa que no son nada! De una vez para siempre, esto es lo esencial; lo que hay que saber de una vez es sí, a pesar de esta presencia y aun de este vértigo, no son, en efecto, más que ceniza y sueño...

—Yo lo creo —dijo Marcos con dulce autoridad—, y creo también que, de aquí a pocos años, usted misma tendrá la prudencia de no dudarlo. Tales aspiraciones son muy hermosas, pero a condición de que no duren más de cierta época; si no se expone a malograr toda la vida en anhelos quiméricos.

Viendo que Laura no protestaba, se dirigió a ella en tono más decidido, como si hiciera a su corazón y a su raciocinio un llamamiento muy serio:

—Laura, respóndame; ésta es una pregunta grave: ¿se siente usted con fuerzas para desprenderse y olvidar esa peligrosa inquietud? Es que una existencia pacífica, rodeada de cariño, con un hogar, con hijos y muchos años de tranquila dicha, ¿es que para usted todo eso no sería nada?

—Pues sí —dijo ella, conmovida ahora ante aquella otra perspectiva—. «Pues sí, mucho».

Y como si tuviera que hacerse perdonar algo, insistió mucho en esta afirmación.

—No piensa usted que hay allí algo que compensa tantos ensueños vagos y tantas esperanzas imprecisas.

—¡Sí, sí! —volvió a decir ella.

Marcos siguió imaginando lo que podría ser aquella dicha prudente y limitada, y ella respondía siempre lo mismo. A pesar de todo, creyó leer todavía una vacilación en su consentimiento, y como la preguntara, acabó por decir que ella sería capaz, indudablemente, de olvidarlo todo, a condición de encontrar un amor grande.

Después de esto, permanecieron algún tiempo silenciosos. Maximiliano vino a su encuentro, y Marcos se fué pensativo.

* * *

Al día siguiente, como se enterara de que Carlos Armando y Luisa volvían al otro día, quiso, antes de su regreso, tener otra conversación con Laura y resolvió dirigirse aquella noche a la Mettrie. En el curso de aquellas horas se acordó de que las palabras de Laura le habían encantado, y más de una vez casi le habían turbado; y aunque no viera en ellas sino una exaltación de la juventud, reprochábase no haber concedido algo más a sus sueños, para contentarla.

Por otra parte, ella, durante aquellos dos días, a causa de un espejismo semejante, mientras vagaba por el solitario jardín, dejaba perderse poco a poco en la sombra el recuerdo de las diferencias que los separaban. Nueva a las emociones del amor, en medio de aquel insólito desvanecimiento, no guardaba de los instantes de intimidad y confianza sino un recuerdo brillante y una esperanza inexplicada.

Pues a los dos días de su última conversación, vino una carta de Luisa diciendo que su padre iba mal y que llegaría con él al día siguiente por la noche, habiéndose decidido a precipitar el regreso por consejos de los médicos.

Se avisó a Marcos aquel mismo día, y vino después de anoecer, entre ocho y nueve. Encontró a Laura y a su abuelo sentados en la terraza. Maximiliano parecía inquieto, atormentado. Subió a su cuarto en seguida, diciendo que tenía que escribir una carta; de modo que Laura quedó sola con Marcos.

Le habló ella de su padre y le contó su pena, viendo que volvía de la cura más enfermo que cuando se fué. Marcos trató de consolarla; pero, en el fondo, no ignoraba él cuán grave era el estado de Carlos Armando.

Luego la dijo:

—Laura, ésta es la última velada que pasamos como hasta aquí; mañana ya todo habrá cambiado —agregó—: Por eso he querido venir.

La respiración de Laura se hizo más breve y apresurada.

Siguió el:

—¿Quiere usted que salgamos un momento? ¡Hace esta noche un tiempo tan admirable!

Se levantaron; siguieron el canal, cuyas aguas inmóviles reflejaban el cielo y las estrellas. Era una de esas noches claras de principios de julio, que son breves, rápidas y magníficas. La Luna dormía en el cenit sobre un cielo de suave y aterciopelado azul.

Pronto brilló a trechos el Allier, a sus pies, entre la negra silueta de los árboles. Más allá aparecían, como

masas confusas, algunas granjas que dormían; y, todavía más lejos, hasta perderse de vista, se extendía la llanura, gris y violeta, del polvo de la Luna.

Por todas partes corría sobre el horizonte un anillo diáfano, una blancura pálida y cernida. En la cúpula del cielo se desplegaba la claridad de la Luna, y más allá de aquel lienzo de luz se entreveían abismos azules, con el tenue resplandor de las estrellas.

Miró Laura, con los ojos muy abiertos. Los ruidos vagos de la noche, el reclamo de un pájaro, el lejano latir de un perro, el murmullo del viento, parecían insignificantes y menudos, como aplastados contra la Tierra.

Marcos la dijo que durante aquellos dos días habría reflexionado mucho sobre las recientes conversaciones. Laura, dirigiendo los ojos hacia él, dijo también lo mucho que había pensado.

Agregó Marcos que estaba muy contento de que, al fin, hubieran llegado a encontrarse de acuerdo; y Laura, comprendiendo que aquello envolvía una pregunta, le dijo:

—Sí, sí...

Y luego alzó otra vez la mirada hacia el cielo.

Marcos dijo:

—Yo me he preguntado si en nuestra conversación no la habré causado molestia alguna vez.

Ella respondió con negligencia:

—No; ¿por qué?

Después de un silencio comenzó, con acento de reproche:

—Laura, tengo la impresión de que usted está en

este momento lejana, distante...; usted no me dice exactamente todo.

—Sí, Marcos —respondió ella con vivacidad—, y me produce gran alegría que usted esté aquí. Sólo que esta noche, es verdad, estoy como aturdida..., mareada con tantas cosas a la vez —y añadió—: «Y por esta grandeza de la noche...»

El tono con que dijo sus últimas palabras dejó tras sí un silencio.

Se pusieron en marcha.

Laura, extendiendo el brazo, de un lado de la llanura, dijo:

—Es una cosa extraña: qué luminoso parece hoy el cielo a nuestro alrededor por todo el horizonte.

Marcos la explicó:

—En estos días del año el globo terráqueo se inclina a través del espacio y se sitúa frente al Sol de tal manera, que el dominio de la noche viene a ser en nuestras regiones muy reducido y el alba comienza a blanquear el Oriente aun antes de que el crepúsculo se haya borrado.

—Así —dijo Laura lentamente, con la mano siempre extendida—, es por eso por lo que vemos este círculo de luz alrededor del mundo...

Y continuó:

—Mire usted las estrellas, qué raras son hoy y qué lejanas. La noche es demasiado clara para que las veamos. Esta blancura del horizonte sube tan alta en el cielo, y por la otra parte la luz de la Luna se coloca y descende tan baja, que ambas se juntan, se confunden y forman unidas como una cortina ante la inmensidad.

Hablaba con emoción, como si se tratara de objetos que se refirieran a ella personalmente, porque esta visión del infinito volvía a juntarse con sus pensamientos para formar un cielo único.

Marcos sospechó de aquella espléndida melancolía, y la dijo dulcemente:

—Usted ve, Laura, que, si se quiere, es posible detener la mirada en esta primera cúpula de luz, y ya es bastante; no hace falta ir más allá en busca de estrellas quiméricas. Se puede, si se quiere...

Pero Laura movió la cabeza, y él trató atraer de nuevo su atención sobre lo que les rodeaba.

—Fíjese cómo, cerca de nosotros, la Naturaleza tiene un aspecto feliz y casi encantado. Cada árbol y cada pradera que miramos se vuelve de una hermosura insólita. El aire es suave. Veamos, Laura, dígame de una vez, sencillamente y sin reservas, qué estima un bien que estemos aquí juntos en esta hermosa noche...

—¡Sí!, sin duda está bien —respondió ella—; pero yo querría por mi parte, Marcos, que, al menos un instante, fuera usted como yo, con el mismo sentimiento que yo.

Marcos esperaba otra respuesta, y no comprendió la profundidad de aquella súplica.

Continuó Laura, con acento soñador y apasionado:

—Ya lo sé bien; va usted a decirme otra vez que soy extraña, Marcos; pero, ante un espectáculo sin límites, como éste, me parece que tengo el alma muy lejos de todo, y que, sin embargo, todo puede herirme... Querría olvidarme de mí misma y que hubiera en mí alguna cosa vasta, intacta, límpida como la noche.

Estaba completamente sumergida en sus palabras, y Marcos, adivinando este vértigo, se sintió apenado de que hubiera hecho en ella tan fuerte presa la inmensidad.

En aquel momento que dominaba su vida, Laura tendió la mirada, como desde una cumbre, a la vez sobre sus antiguas voluntades y sobre la nueva existencia a la cual iba a comprometerse; se desplegaba ante sus ojos, con sus cortos senderos, demasiado floridos, demasiado fáciles, y, a pesar suyo, tenía la idea de otro deber más severo, de otra misión más áspera y más exaltada, venida directamente de las profundidades del infinito. Por eso se veía vacilante y atormentada. Marcos sintió que su alma se le escapaba, que ella misma no la podía sujetar, y la miró tristemente, bajo la desolada inmensidad del cielo, como se mira a un niño enfermo.

Por primera vez, y ésta de una manera definitiva, tuvo entonces la visión del abismo abierto entre ella y él. Permaneció un momento silencioso, y luego dijo:

—Se lo aseguro, Laura; me asusta usted un poco.

Y fué tan seria su voz, que Laura comprendió que, durante aquel silencio, algo grave acababa de pasar.

Sabía ella bien que le amaba, que estaba ya ligado a sus pensamientos, que por causa suya estaba aquella noche tan sensible y tan emocionada. Acordándose de sus últimas promesas, tuvo el temor de haberlas traicionado, y bruscamente se volvió hacia él, para hacerle entrega de su alma.

—Marcos —dijo en tono de ruego—, no ha visto usted bien, se engaña usted; yo sé que eso no debe ser, y ésta será la última vez.

Por amor suyo dijo adiós Laura a todo lo que había imaginado aquella noche con tanta violencia, a sus esperanzas de otro tiempo, a lo que hasta entonces había sido. Para someterse a él y al amor que sentía por él, lo abandonó todo con un solo gesto, con la idea de que aquello ya no volvería nunca. Inmensa y penosa despedida, sin desgarramientos, sin sollozos, sin la impresión vertiginosa de perder un mundo y de retirarse de todas las playas de lo infinito.

Así le dió su consentimiento a la vida nueva, como pudo, mal, con palabras oscuras, que acudían a sus labios.

Sintió, como cosa real, su alma que regresaba, toda estremecida, de sus profundidades, resbalando hacia él; le tendió lentamente sus dos manos, pálida e inclinada, y elevando hasta en el renunciamiento a sus voluntades ideales la imagen de espirituales nupcias y de místico matrimonio.

Confiada en su sacrificio, para el cual sabía bien que no había premio posible, se figuraba que era comprendida; pero Marcos, por su parte, y no sin motivo, pensaba que sus promesas eran vanas, y no la creía. Su espíritu, además, no iba tan lejos ni tan alto, hasta los campos espléndidos y solitarios donde lloraba Laura y donde se enlazaban sus juramentos.

Al contrario: cuando la vió ya plegada, rota, comprendió, en un instante de viva lucidez, que no sentía amor por ella. La juzgó débil, enferma. Con delicada emoción, desde luego, se prometió, puesto que había de ser su mujer, protegerla y curarla.

No la comprendió entonces, y esto es sin duda lo

que le justificará en el porvenir. Y por eso también la renunciación de Laura era infinitamente trágica, encontrándose sin eco en la noche, como un sonar de violines! puro, maravilloso y perdido.

Mientras Laura inclinaba así hacia él su alma, de donde huían las estrellas, Marcos, pensativo, miraba sus pupilas llenas de resplandores, y decía lentamente, impregnada la voz de tierna compasión:

—¿Qué pasa en esos ojos? ¿Cuál es esa desgarradura de los pensamientos que la ocasiona tanto daño? ¡Ay, ¡Herida, enferma!... La han dejado harto sola para buscar, para reflexionar. Ahora le pesa demasiado, es demasiado rico el corazón... ¡Cómo no ha de ser usted la más enferma!

Pero Laura, para quien la consecuencia y orden de sus sentimientos eran muy claros, murmuró:

—No, no; nada de enferma. ¡Oh!, Marcos, enferma, no...

Tenía, sin embargo, confianza en su juicio, como si viera más lejos que ella. Le parecía que en adelante su alma había de estar unida a la de él, sellada, como delante de testigos eternos, y que, sin duda, hacía falta ese sacrificio sin límites para poner ese anillo en su corazón.

Volvieron en silencio por el parque hacia la casa. Caminaba Laura sobre la húmeda pradera, por donde se arrastraba una niebla blanquecina a la luz de la Luna, alejándose y descendiendo... Flotaba un velo de muselina sobre sus hombros. Después de aquella tormenta, estaba cansada y destrozada. Marcos la había tomado del brazo, y ella se apoyó ligeramente en él, casi dis-

traída ahora, casi absorta, y acaso más sensible de lo que ella misma hubiera creído a los perfumes de la noche.

* * *

En la noche del día siguiente, a eso de las nueve, Laura y Maximiliano paseábanse ante la pequeña estación de H..., situada en medio del campo, a pocos kilómetros de la Mettrie, esperando la llegada de Carlos Armando y de Luisa. No hablaban nada; los dos, inquietos e impacientes, pensaban en aquel tren que se acercaba y en todo lo que podía traerles. El cielo estaba nublado. La estación, casi desierta, vibraba con un campanileo interminable. A la puerta no había más carruaje que el ómnibus que acababa de traerles, y los grandes faroles, proyectando dos conos de luz, hacían que las sombras fueran más oscuras.

Laura, a pesar suyo, tenía el alma llena de su secreto de la víspera, que, de tan fuerte, casi le parecía presto a desvanecerse; luego, aquella alegría, bruscamente, chocó contra las impresiones y la ansiedad de la espera.

El tren llegó con retraso. Entró lentamente en la estación; era largo e iba casi vacío. Maximiliano y Laura fueron hacia el andén. Cuando el tren paró, vieron a lo lejos abrirse una portezuela; un cuadrado de luz cayó sobre el suelo. Luisa descendió, y, mientras se aproximaban, Carlos Armando bajó también. Al divisarlos Laura, a la luz cruda del vagón, quedó impresionada. ¡Cuán cambiado le pareció! Estaba todavía a algunos

metros, cuando se paró bruscamente, con una sensación de angustia imprecisa, pero violenta; llegaron los mozos, cogieron el equipaje, y ayudaron a Carlos Armando a andar. Laura lo vió todo con una agitación extraña. Pero se repuso y pudo abrazar a Luisa y a su padre.

Se dirigieron todos juntos hacia la salida, y Laura, cuanto más miraba a Carlos Armando, más sentía afirmarse su primera y súbita impresión. No había solamente en él una fatiga extrema; notaba, además, su rostro hundido, su actitud deshecha; más aún: ciertos signos mortales, que ella no había visto nunca en nadie, y acerca de cuyo sentido, sin embargo, no guardaba ninguna duda.

Se aproximó a su hermana y la dijo en voz baja:

—Pero, Luisa, ¿está muy enfermo!...

—Ha estado muy enfermo allí —dijo Luisa rápidamente—; no he querido asustaros. Esta noche se resiente, sobre todo, de las fatigas del viaje...

En estas palabras, Laura comprendió que su hermana no había tenido nunca la impresión que ella acababa de experimentar, aquella sospecha inevitable y funesta.

Ya Carlos Armando había montado en el ómnibus, y Maximiliano le había ayudado a instalarse. El cochero aproximó una linterna, que alumbró vivamente el interior del coche.

Laura y Luisa, de pie ante la puertecilla, miraban; y en aquel momento, Luisa, como si la influencia misteriosa de su hermana hubiera hecho aparecer de repente ante sus ojos lo que nunca habían visto, se sintió con-

movida por la misma idea que ella, con igual evidencia: la idea de que iban a perderle.

No dijo nada; pero, instintivamente, buscó la mano de Laura y la apretó con fuerza, de manera que las dos se comprendieron. Quedaron allí, inmóviles, con lágrimas en los ojos. Laura murmuró muchas veces, con suave entonación de reproche:

—¡Pero Luis! ¡Pero Luis!

Luego ocuparon también su sitio en el coche, que se bamboleó.

Una vez en la Mettrie, Carlos Armando pareció reponerse un poco; habló algunos instantes; luego se hizo conducir a su habitación, donde le acompañó Maximiliano.

Cuando Laura y Luisa estuvieron solas, ésta rompió en llanto; sus nervios, fatigados por el silencio y la soledad, se distendieron; dijo que había pasado junto a su padre días muy penosos, que le había hecho falta todo su valor, y que, sin embargo, aquella noche, por primera vez, presentía que ya no iba a curarse nunca, porque, de otro modo, hubiera escrito en términos muy distintos. Entre lágrimas aseguró muchas veces que había hecho todo lo que sabía. Laura se esforzó en consolarla.

Se había ofrecido a sí misma hablarla en cuanto la viera de los acontecimientos ocurridos durante su separación y de sus probables desposorios; pero ahora ya separó la idea de aquella confidencia, casi con molestia, como si no fuera pertinente. Por la noche se quedaron hablando largo rato, contando Luisa los incidentes de su estancia en Vittel; a pesar de la alegría de volver a

verse, tenían la sensación de una pena infinita que cercaba sus pensamientos.

Volvió Maximiliano, que había dejado todo dispuesto para que velaran a Carlos Armando. Parecía conmovido. Ahora se reprochaba no haber ido a Vittel, y lamentaba que Luisa no le hubiera informado mejor. Sin embargo, no quiso hacer a este propósito ninguna observación.

Se separaron. Laura subió a su cuarto, se acostó y se durmió; pero su sueño se turbó muy pronto; le parecía divisar, bajo pálida claridad, el rostro fino de su padre, con su barba de plata, su mirada honda y dolorida, medio ahogado en una sombra misteriosa y triste.

Pero, mirando mejor, le parecía que aquella sombra, con la confusión ordinaria de los sueños, llegaba a ser la desdicha, la muerte, la desesperanza sin límites de los abismos fríos y fatales. Se despertó bruscamente, y entonces tuvo un momento de espanto al encontrarse, en la realidad, precisamente con el mismo dolor que en los sueños.

Encendió una luz, y, de codos sobre la almohada, permaneció largo tiempo conmovida. Sí; era verdad que se abrían delante de ella, en una sombra próxima, separaciones, adioses, toda una inmensidad de males insondables. Casi con asombro tendió una mirada hacia atrás sobre su vida, hasta entonces tan llena, tan apacible, tan bien guardada en la deliciosa ignorancia de la desdicha y de la necesidad. Le pareció avanzar hacia los umbrales de un mundo desconocido...; su afecto por Marcos, su nuevo júbilo, aun ocupando su corazón, no la ayudaba entonces, no la socorría.

Tardó mucho tiempo en volver a dormirse, y luego, durante todo su sueño, siguió oprimiéndola ese recuerdo helado.

Cuando despertó brillaba el sol en su cuarto, contrastando con sus angustias nocturnas. Eran ya cerca de las nueve. Supo por un criado que su padre había pasado la noche bastante bien. Agregaron que su hermana, levantada ya hacía mucho tiempo, estaba en el jardín, y quiso ir a su encuentro. Entonces ocurrió una circunstancia que, aunque en sí misma insignificante, la impresionó vivamente. Al abrir la puerta del vestíbulo divisó a Luisa en la terraza, a muy poca distancia, conversando con Marcos. Estaban uno y otro en pie, al sol, cerca de un cestillo de flores, y Luisa tenía llenas las manos de pequeñas bayas, de un rojo deslumbrante, que sin duda acababa de coger entre las rosas del macizo. Era una mañana cálida y dorada. Llevaba Luisa su ancho sombrero de jardín, cuya sombra caía sobre el rostro y el vestido. Laura la veía de perfil. Pues bien: parecía ella cortada; bajó los ojos, mirándose las manos, y luego, ruborizándose, dirigió hacia Marcos, que la sonreía, una mirada de asombro.

Laura se detuvo un instante en el dintel; no podía adivinar los sentimientos ni las palabras que acompañaban a aquellas actitudes; un día le había declarado a Marcos que ella no sabría comprometer su vida sin el consentimiento de su hermana, y Marcos, que había venido a preguntar por Carlos Armando, en el curso de su conversación con Luisa, a quien había encontrado al llegar, la dijo, mitad en serio, mitad en broma, al mismo tiempo que señalaba sus manos, y sin explicarse más,

que en ellas estaba su destino; Luisa, un poco confusa, no le comprendía.

Se acercó Laura, y la conversación tomó otro giro. No trató ella de saber de qué hablaban. Pero luego muchas veces volvió a ver aquella escena, un poco enigmática, en la clara mañana de julio; el grupo que los dos formaban, la actitud de Luisa, sus manos entreabiertas, en las que parecían brillar al sol gotitas de sangre, y su mirada incierta, que iba desde el rostro de Marcos al fruto rojo de los rosales.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

La crisis que aquejaba a Carlos Armando se prolongó una decena de días, durante los cuales su estado inspiró la mayor inquietud. Después sobrevino una mejoría, y fué restableciéndose lentamente. Opinó luego el médico que el peligro se había alejado por algún tiempo; pero no disimuló que, después de una tregua más larga o más corta, era muy probable una recaída en la enfermedad, y entonces el riesgo era más grave todavía. Después de aquella alarma tan aguda, mientras Carlos Armando recobraba poco a poco sus fuerzas, volvió la casa a entrar en su vida ordinaria, pero con un fondo de ansiedad y de tristeza, conservando cada uno en su ánimo una reserva silenciosa y una previsión temida. El enfermo no se levantaba todavía; estaba muy débil y, con frecuencia, sufría mucho. Sin embargo, sus padecimientos no habían alterado en lo más mínimo su vigor moral; si conoció el peligro que corría, no lo dió a entender nunca; no cesó de interesarse en los asuntos y cuidados de los que le rodeaban, y trató siempre de

alejarse de sí mismo y de su enfermedad la conversación y la atención.

En la ansiedad de los primeros días, en medio del desarreglo, de las idas y venidas, de las zozobras continuas, no tuvo Laura ocasión de contarle a Luisa sus conversaciones con Marcos y lo que había pasado entre ella y él. Se limitó a decirle que Marcos la había demostrado la intención de pedirla en matrimonio; pero sobre sus sentimientos personales, sobre aquella entrega de su alma, eje alrededor del cual venía girando hasta entonces su vida, guardó silencio, pensando que el momento no era oportuno; agregó que más adelante la enteraría de todo y la pediría su opinión. Luisa la escuchó, interesada en el primer instante; pero luego le pareció aborrida, distraída. Pensó Laura que, en medio de su común tristeza, su hermana se asombraba de que pudiera tener preocupaciones tan distintas, y que se sentía casi solitaria y desligada; por eso se apresuró a decirle, con vivacidad, que en aquellos momentos también se trataba para ella de cosas muy distintas.

Una y otra, con Maximiliano, pasaban la mayor parte del día junto a Carlos Armando, y le velaban alternativamente. Marcos venía también a todas horas y prestaba servicios inapreciables por su saber, por su constancia, dando pruebas de tal solicitud y tal olvido de sí mismo, que le atraieron todas las simpatías. Notó Laura que para él, acostumbrado en otro tiempo a vivir entre los enfermos, una persona paciente y en peligro era, por eso mismo, más valiosa, y merecía todos los sacrificios, sin que significaran nada las molestias y los trabajos que se tomara en atenderla. Como ella se sentía

muy diferente, y su propia enfermedad física no la interesaba, admiró aquella abnegación espontánea e imprevista, y se lo agradeció en el alma. Luisa, sin mayor experiencia que ella, llevaba, sin embargo, su papel de enfermera con una habilidad innata: sabía tener la misma vigilancia delicada que Marcos, la misma precaución en sus cuidados y un don parecido de memoria y de previsión. Así es que cuando había de recomendar algo, o a la cabecera de Carlos Armando necesitaba a alguien, dirigíase de mejor grado a Luisa, la cual, no sólo se mostraba contenta de ser útil, sino que además revelaba una especie de docilidad y de aplicación sumisa que su hermana no tenía. En cuanto a su padre, se habituó muy pronto a la presencia de Marcos, y frecuentemente la solicitaba.

Los padecimientos de Carlos Armando y la desesperada situación en que le vieron durante tantos días, obraron sobre el espíritu de Laura de modo muy distinto que sobre Marcos y sobre Luisa. Como se distraía con mayor dificultad que ellos con preocupaciones exteriores y materiales, sufría un dolor más total y más profundo. La perspectiva de aquella separación inminente le hacía representarse por primera vez la muerte en su brusca realidad; y como todo lo que la conmovía fuertemente adquiría en seguida dentro de su espíritu un plan de significación superior, al verse de modo repentino en presencia de aquel mal formidable, tan esencial y tan general, se asombró de haberlo ignorado, por decirlo así, hasta entonces, y de haber vivido siempre cerca de aquel abismo en una confianza ciega y feliz. Aquel dolor, aquellas reflexiones, evocaron poco a

poco y reunieron sus creencias religiosas, hasta entonces sin duda estables, seguras, pero lejanas, abstractas, vacías, adormecidas, dándolas una fuerza viva y real.

Una mañana de aquellos inquietos días acababa de entrar en el cuarto de su padre. Aquella estancia, situada en el primer piso, era vasta, un poco vacía, con su mobiliario antiguo y su entonación clara, ligeramente desvanecida; dos ventanas muy anchas daban sobre el parque. El lecho de Carlos Armando se hallaba a la derecha, en una especie de entrante del muro, formando alcoba; de manera que al entrar no se le veía desde la puerta. Laura había atravesado parte de la habitación con paso suave, cuando percibió el rostro de su padre sobre la almohada; acaso porque acabara de despertarse, su fisonomía no era abatida y fatigada como los días anteriores, sino animada, adornada de su expresión habitual e iluminada por una sonrisa. Le dió los buenos días. Pero entonces se detuvo; el pensamiento de que acaso iba a morir acudió bruscamente a su espíritu, y el alcance de aquella palabra: *morir*, se le apareció de modo tan violento, que sintió una sacudida; le pareció que por primera vez penetraba todo su sentido. En aquel momento su padre era lo que siempre había sido; sus facultades, sus sentimientos, permanecían intactos; y, sin embargo, aquel a quien estaba viendo, a quien amaba tanto, iba a desaparecer, a no existir ya nunca, a aniquilarse; y, siguiendo sus ideas por esa pendiente, la hacían chocar con mil imágenes espantosas. Entonces, al descubrir aquella realidad, permaneció inmóvil, traspasada de horror como ante un misterio incomprensible, y dispuesta a llorar por la inaceptable injusticia.

Mirándola, la preguntó por qué se quedaba parada, sin moverse, a pocos pasos de él.

Ella no respondió, y fué a sentarse a su cabecera, con ánimo de hablar con él; pero aquella visión desesperada continuó haciéndola sufrir tanto, que su espíritu, su ser entero fué de pronto invadido por la necesidad resuelta, absoluta de que haya otra ordenación del mundo distinta de la que se acaba con la muerte; un mundo sin relación con éste, una ciudad de las almas, un universo celestial. Sus ideas sucediéronse rápidas, precisas. Imaginó que si su padre moría, para no ser destrozada por tanto dolor, necesitaba, en absoluto, aquella certidumbre de que su alma flotaría, libre, radiante, por encima de los que le lloraban; sin eso, ¿cómo aceptar?, ¿cómo soportar? Veía y conservaba la doble imagen: el cortejo fúnebre en el pórtico de una iglesia, y más arriba, la iniciación espléndida de la eternidad.

Así se despleaban y se justificaban a sus ojos las enseñanzas religiosas que había recibido, y, por primera vez, tuvo la sensación de que las divisaba en su interior a una luz clara que la maravilló.

Miró a su padre; ¿cómo hubiera deseado en aquel instante que él tuviese un sentimiento parecido al suyo, que tuviese también la esperanza, la certidumbre de un más allá en donde se borraba cuanto se ha de sufrir en este lado del mundo. Lo hubiera dado todo en aquel minuto por coincidir con él en ese extremo pensamiento, y también por que hiciese el acto de confianza y de fe, único capaz, según las ideas cristianas, de abrirle las puertas celestes.

Cuando su padre fué recobrando la salud, estas im-

presiones se atenuaron. A veces, Laura daba con él largos paseos por el parque, sosteniéndole del brazo para ayudarle a andar, rodeados de la fastuosa decoración de los días de agosto. Le veía reanimarse, conversar, sonreír; renacían también en ella la seguridad y el contento. Pero, no obstante, se acordaba de que hay un punto dolorido en el que el universo parece romperse, desdoblarse, donde el alma, demasiado estrecha en el orden de las cosas naturales, ve surgir más allá de todas las ruinas un templo de líneas puras, alzado en una luz sublime y reposada. Hablaba entonces con Marcos muy poco; sin embargo, la hubiera encantado pedirle consejo sobre aquellos puntos.

Durante los días en que más se temió por Carlos Armando, le confió una vez a su hermana el deseo de que, si hubiera de morir su padre, abandonara la vida dentro de los sentimientos cristianos. Luisa también había tenido el mismo pensamiento. Pero como Carlos Armando nunca había revelado nada que autorizase ese deseo, ambas se inclinaron más bien a la reserva; hablaron a Marcos, que, visiblemente, encontró aquella preocupación inoportuna y superflua, y dijo que ya era bastante por de pronto con los cuidados de que su padre tenía manifiesta necesidad. No dudaba de que aquella opinión era la única razonable, y también Luisa pareció persuadida.

* * *

Laura, por el contrario, al oírle se sintió apenada; encontró que respondía a su pregunta de una manera

demasiado sumaria; ya, muchas veces, durante los últimos días, había observado que ya no procuraba, como en las anteriores semanas, penetrarse cuidadosamente, cuando ella hablaba, de sus sentimientos y de sus razones. No se ofendía, no le quería mal por ello; al contrario, procuraba siempre borrar de su espíritu una impresión que, de pararse demasiado en ella, la hubiera proporcionado un sentimiento desproporcionado con la causa y capaz de llevar lágrimas a sus ojos.

La hubiera gustado también que Marcos se hubiera dirigido con más frecuencia a ella, para pedirla ayuda, cuando cuidaban a su padre. Veía con gusto las relaciones afectuosas que se habían establecido inmediatamente entre él y todas las personas de su familia; pero hubiera deseado que con ella revelara más claramente los indicios de un acuerdo más profundo, que calara más en el corazón y en la memoria.

En los primeros días, y en medio de los nuevos cuidados que creaba la enfermedad de Carlos Armando, no se asombró de aquel ligero cambio sobrevenido en su actitud, y casi no llegó a notarlo. Pero cuando su padre comenzó a reponerse y fueron disipándose las primeras inquietudes, prestó más atención a las señales de aquella naciente indiferencia, y concibió mayor disgusto, sin llegar todavía a leer nada concreto.

Sin embargo, debía declararse a sí misma que sus conversaciones con Marcos eran cada vez menos frecuentes y menos prolongadas. Hasta observó que aquellos diálogos, cada vez más espaciados, iban tomando un giro menos íntimo que antes, como si Marcos no se propusiera ya suscitar sus confidencias. ¿Es que creía

conocerla ya bastante? ¿No quería aconsejarla ya ni influir sobre su espíritu? ¿Habría renunciado a ello?... De muy buen grado, sin embargo, estaba dispuesta a aceptar sus consejos; y esto mismo ella hubiera querido hacérselo saber, pero sin que viera exactamente el porqué; no era tan fácil declarárselo, y la ocasión no se presentaba. A decir verdad, no sabía qué reproche dirigirle a Marcos; no había cesado de mostrarse con ella solícito, amable, deferente, y lo que la apenaba era sólo un ligero matiz; algo faltaba, apenas perceptible; acaso aquel interés primero y esencial que le guiaba al principio; parecía haberse roto un hilo misterioso, que antes, cuando existía, apenas si se había dado cuenta de él.

¿Observó él que no se había mantenido el mismo respecto de Laura? Por lo menos en los primeros días no se lo hubiera confesado; pero, a pesar suyo, el desacuerdo capital aparecido la última noche en que se habían paseado juntos, y que de pronto le había alejado de ella, proyectaba poco a poco sobre sus sentimientos consecuencias inevitables y crecientes. El no había visto exactamente, desde luego, lo que pasaba en el corazón de Laura. Ella, por su parte, procuraba abstenerse todo lo posible de indagar y de dudar; sin embargo, unos veinte días después del regreso de su padre y de Luisa, bruscamente, una vez, sus indicios, sus presentimientos, acudieron y se juntaron, para hacer brotar en su espíritu, con claridad cruel, la idea de que Marcos no la amaba.

Era una tarde; encontrábase Laura en su cuarto escribiendo sobre una mesa, frente a las ventanas abier-

tas. Oyó la voz de Marcos, que llegaba, junto a la escalinata; no percibió las palabras, no pudo distinguir tampoco quién era la persona que le respondía en un tono mucho más bajo. Prestó oídos. Sonaron pasos en las gradas de piedra; luego, la puerta del vestíbulo, que había estado abierta, se cerró, ahogando súbitamente el ruido de las voces; sólo subsistía un ligero rumor que, dentro de la casa, se perdía y se alejaba.

¿Por qué tan minúsculo incidente, que no tardó en pasar sino algunos segundos, la agitó hasta el fondo del alma? En un relámpago, sólo con el timbre de aquella voz, midió Laura el inmenso intervalo en sus relaciones con Marcos, entre el presente y lo que existía un mes antes. Ahora ya no venía sólo por ella, con el corazón lleno de ella, contento de volverla a ver. Sin duda no era precisamente esto lo que revelaba el acento de sus palabras, y, sin embargo, al oírle tuvo de pronto la más firme persuasión. Y tampoco a ella le causaba su llegada una alegría perfecta, sino que más bien venía a causarla una inquietud y un tormento. Sí; era cierto, y esto llevaba ya varios días. ¿Cómo no se lo declaraba a sí misma abiertamente? Hubo un momento en que rodeaba a sus relaciones un ambiente de felicidad que ya se había desvanecido.

Esto era, pues, que Marcos ya no la quería... Ante aquella suposición amenazadora, no se rebeló, ni se deshizo en lágrimas; pero, dejando resbalar la pluma entre los dedos, puesta de codos sobre la mesa, hundió la cabeza entre las manos, porque sentía que la frente le pesaba demasiado. Aun no apreciaba las consecuencias de aquel suceso; sólo veía que, de no engañarse, choca-

ba con algo inmenso, trágico, doloroso, que iba a gravitar sobre su vida por mucho tiempo, acaso por siempre.

La idea de acusar a Marcos no se la ocurrió; no dudó un momento de su lealtad, de su rectitud. Y luego, ¿tenía sentido reprocharle la falta de un sentimiento semejante al que ella experimentaba?

Además, recordándolo bien, ¿la había hablado él alguna vez de amor? Había tenido la voluntad de casarse con ella, y por sólo su intención se había imaginado ella que la amaba, y esto era todo... No, no; sin embargo, había habido en Marcos cierto afecto por ella, una inclinación primera y espontánea; y si ahora notaba diferencia con el pasado era, precisamente porque éste no existía ya. Entonces, con un movimiento de orgullo, estimó que en aquellas condiciones el matrimonio sería imposible. Marcos tendría razón en no volver a hablar de él, y en cuanto a ella, hacía ya mucho tiempo que se había jurado no consentir jamás en un enlace que no estuviera amparado por las promesas y los comienzos de un verdadero amor.

Tal fué su primer impulso; pero, puesta de tal modo frente a frente de la separación y de las perspectivas de aquel adiós, se sintió de pronto débil y abatida. Por primera vez se la ocurrió el pensamiento y se aterró; sintió que aquello era demasiado fuerte, que no lo podría soportar. La entrega de su alma era real, definitiva; era un acto preciso que había dejado impresos su sello y vibración. Había comprometido, otorgado su existencia hasta el fondo del porvenir, de la dicha que con los años pudiera alcanzar. Y ahora, ante la idea de que de

aquello no quedaba nada, que aquel lazo se rompía, su amor ignorado le pareció tan terrible, que prefirió creer en alguna imposibilidad.

Quiso arrancarse a aquellas cavilaciones, en las que naufragaba su voluntad. Bajó al vestíbulo y allí encontró a Marcos, en compañía de Maximiliano y de Luisa; permaneció con ellos, atenta y desolada, buscando en vano el indicio que había de sacarla de la duda en que vacilaba su vida.

Era natural que durante la primera quincena Marcos no hubiera hecho a Carlos Armando la petición de matrimonio; pero, al presente, Laura decíase que existía sin duda otro motivo. Con frecuencia volvía a ella la misma idea, sin alterar por eso la calma de sus actitudes y la impassibilidad de su rostro.

Una tarde de esta semana en que tanto se atormentó, sola en su cuarto, cuando todos los ruidos de la casa fueron apagándose, permaneció largo tiempo sin poderse dormir. Entre once y doce de la noche, viendo la ligera claridad lunar que llamaba a sus cristales, se levantó y, echándose un peinador sobre los hombros, entreabrió la ventana. Sombrías nubes, extendidas como un enorme cielo raso de un lado a otro del firmamento, dejaban solamente estrecha banda entre el horizonte y su límite siniestro; allá, en aquel espacio libre, despojado de estrellas, brillaba, cerca de la cenefa de plata de las nubes, una pálida media luna en creciente, sola, perdida, triste, entre algunos negros álamos; sus rayos, muy pálidos, eran como una mirada oblicua que deslizase sobre el mundo. Invenciblemente, el pensamiento de Laura se transportó unas cuantas semanas más atrás

a aquella otra noche inundada de luz... Pues, mientras ella miraba de este modo, pensando en el mudable aspecto de las noches, oyó sobre ella un ruido ligero, como un soplo de viento en los pinos; no, más bien un suspiro, un sollozo. Luisa, en su cuarto, encima del de Laura, estaba también a la ventana y lloraba. ¿Por qué lloraba? ¿Cuál era su pena desconocida? Tuvo intención de subir a verla, y, sin embargo, no se decidió... Le parecía que aquella pena, al caer, se sumergía en la suya para prolongarse sin término; de una sola ojeada se vió, a un tiempo, ella misma, y la noche lúgubre y la imagen de la hermana llorando; sintióse rodeada de una tristeza tan grande, que por todas partes la envolvía...; pero, aun así, ¿por que lloraba Luisa?

* * *

Se separó de la ventana, pero aquella pregunta permaneció toda la noche fija en su espíritu. Su primera idea fué que Luisa estaba impresionada por la enfermedad de su padre, pero separó tal suposición, ya que el estado de Carlos Armando no la justificaba. Luego, como si volviera a sus ordinarios pensamientos, y soñando que no había dejado de ser la prometida de Marcos, imaginó de pronto que el disgusto de su hermana podía venir de una comparación, de una melancolía.

Reflexionó que Luisa podía creer, en efecto, en su probable enlace; ¿no se lo había anunciado casi? Pero ¡cuán vanas eran sus lágrimas, si corrían por tal motivo!

Así llegó, insensiblemente, a la idea, que jamás

hasta entonces había rozado, de que hubiera podido nacer en el corazón de Luisa una inclinación hacia Marcos. Impresionada por aquel vislumbre, lo rechazó; luego, volvió a acogerlo. En realidad, ¿por qué había de ser imposible? Se acordó de que les había visto juntos con frecuencia, especialmente a la cabecera del lecho de su padre, unidos en las mismas preocupaciones y las mismas inquietudes... Entonces acudió otra suposición, paralela a la otra. ¿Por qué no había de quererla Marcos? ¿Es que no existían mil razones para eso, para que amara a Luisa, más bien que a ella? Ante aquella idea, ya no respiró: tan violenta era su atención, y tan tirante. En seguida sacudió bruscamente aquellas sospechas, que no descansaban en nada. ¿Estaba cierta ni siquiera de que Luisa había llorado? Y luego, ¿a qué esa manía de imaginar lo peor para ahondar las heridas y encontrar en ello una secreta complacencia?

Al otro día, el primer recuerdo de sus canciones le hizo el efecto de un sueño penoso y hueco. Sin embargo, continuaron por sí mismas representándose en su memoria; y cada vez que reaparecían era para llegar más cargadas de posibilidad y de verosimilitud. Al fin ya no pudo vencerlas. Y cuando al silencio de Marcos y a su propia inquietud agregaba lo que había imaginado sobre los sentimientos de Luisa, llegaba a un punto tan doloroso, que todos sus pensamientos quedaban en suspenso.

Aquel día Marcos iba a comer en la Mettrie. La perspectiva de encontrarse junto a él, atormentada por aquella sospecha, le pareció tan odiosa, que quiso informarse, tranquilizarse. Fué en busca de Luisa. La hizo

notar que desde hacía algún tiempo apenas si hablaban, y la preguntó si la esquivaba.

Luisa demostró el mayor asombro en su fisonomía, pero también cierto aturdimiento, y respondió que no.

Insistió Laura, diciéndola con alguna autoridad:

—Tienes secretos para mí.

Luisa frunció las cejas, y de nuevo se defendió, con tono negligente. A lo cual Laura dijo, ya esta vez de un modo vivo y resuelto:

—¿Por qué llorabas ayer?

Entonces tuvo la sorpresa de ver que acababa de tocar un punto sensible. Luisa se estremeció; desapareció su aire de indiferencia, se ruborizó, se azoró, y luego levantó hacia su hermana una mirada, en la que ya parecían venir las confesiones.

Pero Laura, a su vez, tuvo miedo de saber demasiado, y no preguntó nada más; de manera que permanecieron enfrente una de otra, en un silencio embarazoso.

Pensó Laura de pronto que, desde hacía tantos años, nunca habían estado separadas como en aquel minuto, y dijo, no ya para interrogar, sino como quien hace constar un hecho:

—Así, pues, ¿es verdad que hay algo que te ha separado de mí?

Luisa no respondió, como si no quisiera negarlo.

—¿Tengo la culpa yo? —preguntó Laura.

—¡Oh!, no —dijo con ímpetu—. Yo sola, al contrario...

Laura repuso:

—¡Qué grave es lo que dices, Luisa! ¿Tú no sabes lo grave que es?

—Sí —respondió Luisa.

Laura no la preguntó más, y en seguida la dejó. Estaba convencida ya de que no se había engañado. No tenía que dirigir cargos contra Luisa, que se mostraba más bien afectuosa y sincera; pero cuando la imagen de este afecto se atravesaba en sus propios sentimientos hacia Marcos, algo se revolvía en ella, violento, indomable, casi fiero. Porque ¿y si Marcos la amase también? Al comprobar la primera parte de su suposición, encontraba ya la otra más natural y casi inevitable. No había nada en su espíritu que no fuera un punto sensible y dolorido; incapaz de tranquilizarse, no supo hacer más que esperar el paso de las horas.

Sin embargo, cuando Marcos llegó, tuvo, con su presencia, una influencia bienhechora; la paz, el orden, hasta el valor, volvieron a su corazón. Sus pensamientos ya no la enloquecían, ni tenía tanta prisa por saber.

Comieron. Las ventanas del comedor permanecieron abiertas a la luz suave de un hermoso crepúsculo. Maximiliano, Marcos, su hermana y ella estaban sentados alrededor de la mesa; Carlos Armando faltaba. En aquel ambiente apacible, la conversación siguió tranquila su curso acostumbrado. Todo lo que era cruel, pareció separado, desvanecido, desaparecido. Laura pensaba cuán sencillo sería, cuán maravilloso, que las cosas fueran simplemente tal como parecen.

La impresión de calma que sentía en aquel momento, no se borró, sino que, al contrario, fué prolongándose hasta el fin de la velada, velada dolorosa, sin em-

bargo, casi trágica en su sencillez; todo se desarrolló en silencio, en el secreto, en la sombra; apenas si fueron pronunciadas algunas palabras.

Como habían empezado muy temprano, era de día aún cuando se levantaron de la mesa, y salieron al parque. Maximiliano leyó su periódico mientras se le permitió la luz del día; luego volvió a su casa. Marcos y Laura pasearon juntos por una avenida. Luisa les acompañó un rato; luego se detuvo, y los dejó solos. Todo dormía pesadamente en el jardín, cargado de flores y de hojas. Era un hermoso anochecer sin nubes, celeste y dorado, lleno de paz y de serenidad. La luz se fundía, huyendo por transiciones insensibles; hubo un momento de esplendor inmóvil: el crepúsculo extendió su limpidez desde el suelo hasta el cenit, uniendo cielo y tierra en un color malva, de armonía única.

El paseo por donde caminaban Marcos y Laura era muy largo; a los dos lados le bordeaban nogales espesos de sombrío follaje, verde o rojizo. Luisa, que se había detenido en uno de los extremos, al pie de la terraza, sacudía, por entretenerse, las ramas de los nogales, de manera que la muchedumbre de pájaros que iban a dormir en ellas, despertaban y huían de pronto, ruidosamente, aislados o en bandadas, batiendo las hojas con sus alas; un perro, de largo pelo, rojo, de mirada llameante, presto a saltar, miraba, tan pronto a Luisa, tan pronto al macizo, palpitante deavecillas. El vestido claro de Luisa brillaba a la luz del crepúsculo, al final del paseo, y Laura, que alternativamente se alejaba o se acercaba a ella, considerando sus gestos abstraídos y los pájaros ahuyentados, sufría con el contraste entre aquel pasa-

tiempo fútil y la pena y las lágrimas que la noche antes había sorprendido.

Así fué, mientras paseaba con Marcos por el parque, como se hizo la luz en el corazón de uno y otro sobre lo que ya estaba irremisiblemente cumplido. Marcos, sin violencia, sin ruido, en la calma del crepúsculo, sintió, ya firme en él, la persuasión, lentamente adquirida, de que se había engañado el día en que creyó unir, para la dicha, su vida a la de Laura; de ello había tenido ya el presentimiento muy preciso antes de volver Luisa; y después, a causa de la presencia de ésta, había visto crecer de día en día la idea de ese error y de esa imposibilidad. Decididamente, Laura difería de él demasiado... Hablaron un momento, como solían hacer estos últimos tiempos, de asuntos que no les concernían, y Laura, al escuchar aquellas palabras tan distantes, se repetía muy bajo, para sí misma, como una verdad evidente y sin límites: «Marcos, ya sé que usted no me ama...» Por otra parte, Marcos, cada vez más apremiado por la certidumbre que se había apoderado de él, y acordándose de las promesas que se sentía incapaz de mantener, se cansó de aquella vana conversación, y la dejó morir. Hubo un silencio, miró a Luisa y vió que movía lentamente la cabeza, y al mismo tiempo creyó escuchar como un soplo, apenas perceptible, que murmuraba su nombre. Sin embargo, no estaba seguro: tan ligero fué el rumor y tan semejante era su tono al reproche que, precisamente en aquel segundo, se dirigía en el fondo de sí mismo... Ir y venir secreto de pensamientos, rozar de ideas, murmullo; supuso que Laura lo sabía ya todo. Una expresión de pena se transparentó

en su rostro, y, como rogándola, dijo: «Laura, tenga confianza en mí...» Sin figurarse bien lo que podía deducir de aquellas palabras, Laura las creyó; eran para ella como un descanso. Pero desde entonces quedó persuadida de que no se había engañado en sus suposiciones; y, ahora que no dudaba, le parecía entrar en otra época de su vida. Todavía caminaron juntos un momento.

Pero, acaso por la magnífica belleza de la noche, el dolor que se abría ante ella, en vez de torturarla, se fundía en otro pensamiento más alto: en la percepción de una fatal necesidad. Acordándose de todo lo que por ella había pasado, recibió la impresión de haber sufrido en el fondo del alma una historia inevitable que afectaba a todo su ser; prestó espontáneamente a Marcos y a Luisa sentimientos tan invencibles y tan plenos, y los vió a través del cristal de la misma necesidad. A unos treinta metros, Luisa, blanca entre los sombríos nogales, permanecía inmóvil, caídos los brazos, un poco inclinada la cabeza, cansada ya de inquietar a los pájaros. Laura estaba segura de adivinar sus pensamientos; creía leer también en el corazón de Marcos. Viendo, alternativamente, primero a sí misma, luego a ellos, le pareció que, entre los tres, algo se cumplía por encima de sus voluntades, algo se anudaba y se desataba en un coloquio confuso, como si estuviera oyendo en la noche, que avanzaba, la queja o el cántico de sus tres destinos.

Ya, luego, no volvió a encontrar ese sentimiento total, al mismo tiempo elevado y sumiso, extremado y apacible, que parecía desvanecerse más allá del sufri-

miento. La limpidez de la tarde estaba ya alterada, y ahora el resplandor único del crepúsculo se matizaba y dividía. El cielo se había teñido de un azul transparente, apenas blanquecino en lo más bajo de la cúpula, mientras se extendía sobre la tierra fino tapiz de oro, ligero, oscuro y suntuoso. Continuaron caminando algún tiempo; sus pasos iban por la sombra dorada; luego, cohibidos por el silencio, se acercaron a Luisa y se detuvieron junto a ella.

Les explicó que se le había caído una sortija, y la ayudaron a buscarla, mirando todos el oro rojo del camino e inclinándose hacia todo lo que brillaba. En la fugitiva e indecisa claridad, Laura notó en su hermana un encanto atractivo, armonioso, infinitamente flexible y femenino; le pareció inevitable que cautivara y que agradase. Sus gestos y sus actitudes concordaban con los de Marcos, como si una inteligencia incontrastable flotara entre ellos. Pensó que ella no poseía la gracia sensible y atractiva de su hermana, y que si había algún punto en donde el alma de Luisa fuera débil, incierta, descuidada, era en lejanías que nadie penetra. En fin: vió que se parecían, y que ella, por el contrario, era diferente, solitaria... Se separó, y traspuso algunos escalones de la gradería que daba acceso a la terraza. La noche continuaba anegando la tierra con sus delicadas ondas.

Ocurrió que, en aquel minuto puro y profundo, un cuerno de caza, que alguna vez oían a lo lejos, comenzó a sonar, y aquella música de vibraciones áureas, tuvo de pronto la expresión soberana, y fué como el epílogo de la tarde maravillosa. Como un umbral que traspasa-

ra, como una correría por el sentimiento exaltante de la hora, como llamamiento mágico que parecía penetrar en el corazón de las cosas ideales. En medio de su pena, Laura fué de pronto conmovida, arrebatada hacia el misterioso más allá. Luego, por contraste, se acordó de la promesa, absolutamente contraria, que había hecho a Marcos otra noche de aquel mismo verano; comprendió que, en este preciso momento, faltaba, una vez más, a aquel compromiso, temerario por demasiado prudente, y que se había engañado acerca de sus inclinaciones más ciertas, que su promesa había sido vana, y su juramento, casi una mentira. Las primeras estrellas salpicaban el cielo, claro todavía, y de un azul transparente como superficie de manantial; las lágrimas acudieron a sus ojos, y, cubriéndose el rostro con las manos, lloró sobre su propia alma.

* * *

Más tarde, durante la noche y, sobre todo a la mañana siguiente, cuando se despertó, tuvo de su dolor una impresión distinta; no ya aquella visión todavía nueva, amortiguada por el arte y la idea del destino, sino una certidumbre seca, aplastante, brutal, como si hubiera aprendido demasiado durante su sueño.

Pasó un día cruel, viendo alterarse de hora en hora sus sentimientos, no sólo porque iba adquiriendo más conciencia de aquel dolor en el que había entrado al principio a tientas como en las tinieblas, sino también porque nacían espontáneamente en ella una multitud de ideas violentas y malditas, imágenes desusadas, sos-

pechas odiosas, contra las cuales no podía defenderse, y cuyo carácter bajo y vulgar le hacía fijar muchas veces una mirada atónita dentro de sí misma.

Inútil era que tratara de huir y de alejarse por el pensamiento; su desdicha la acompañaba, haciendo hotar siempre la misma ola de celos, la misma rebelión contra tanta injusticia, las mismas suposiciones ofensivas para Marcos y para su hermana. Sus ensueños heroicos huyeron de cumbre en cumbre; no le quedaba sino un recuerdo lejano, como si hubiera caído de muy alto y no debiera ya nunca levantarse de aquella caída en el sufrimiento.

Por la tarde cambió el tiempo, y la lluvia empezó a caer. Nerviosa, impaciente, esperando acaso substraerse de algún modo a su ansiedad, cambiando de lugar, pidió a Maximiliano, que salía en carruaje, que la llevara. Salíó con él y no volvió hasta las seis. Recostada en el fondo de la victoria, mientras veía por el ángulo de la capota echada los paisajes borrosos por la lluvia, esforzábale por no pensar en nada y cerrar su memoria.

Al volver subió a su cuarto para dejar el abrigo. Estuvo allí apenas un minuto, cuando entró Luisa, y, al verla, hizo un movimiento casi de temor; hubiera preferido rehuirla, para no tener que sufrir el contraste de tantos cargos y tanta amistad.

Luisa llegó hasta el centro de la habitación, y la dijo que durante su ausencia Marcos había venido a verla. Se expresaba lentamente, con cierto aire meditabundo.

Después de un silencio, continuó:

—Le ha contrariado mucho no encontrarte; te quería hablar; ha dicho que volverá mañana al caer la tarde.

Se calló y permaneció inmóvil; se hubiera dicho que sus propias palabras la llenaban de pensamientos.

Laura preguntó:

—¿Entonces, mañana, a esta hora?

—Sí.

—Y ¿no te ha dicho para qué quería verme?

—No.

—Tú has hablado con él.

—Un instante nada más...

Seguía Luisa de pie en medio de la habitación. Laura vió claro que tenía otra cosa más importante que decir. Pero no la preguntó.

Sin embargo, Luisa, como si cediera de pronto a un impulso interior muy fuerte, llegó hasta ella; luego, inclinando un poco la frente, le dijo, en voz baja y quejumbrosa, como si pidiera favor o excusa, que era muy desgraciada. Ella no sospechaba que ya el principio de su confianza era doloroso para su hermana. Adivinaba Laura que aquella gestión inesperada tenía por causa precisamente la conversación que pedía Marcos; pero no se explicaba por qué.

Luisa la dijo que desde que conocía la intención de Marcos respecto de ella y de su probable enlace, no había cesado de pensar en ello y que, a pesar de sus esfuerzos, la idea le parecía cada vez más cruel; que era preciso perdonárselo; que muchas veces ya había intentado en vano decírselo; que había formado el propósito de irse porque ya era para ella un sufrimiento real seguir allí; que la rogaba a Laura, con toda su alma, que la ayudara en el cumplimiento de ese designio, y mientras tanto, que la evitara sufrir. Parecía además, al ex-

presarse de tal modo, más bien fórmular con violencia su pena que declarar una intención determinada.

Laura quedó estupefacta; le costaba trabajo creer que su hermana viera realmente con tan poca claridad la conducta y los sentimientos de Marcos. ¿Era verosímil que pudiera engañarse hasta ese punto? ¿Cuál de las dos era la que no sabía ver? ¡Oh! En cuanto a ella estaba segura de haber comprendido bien... La confianza y el ruego de su hermana le parecieron tan vanos, tan absurdos, tan cruelmente inoportunos, que los soportó con indignación, y, por un instante, hasta vaciló en admitir su sinceridad.

En su rostro se pintó una expresión contrariada e impaciente. Con cierta brusquedad la dijo:

—Luisa, ¡mírame!

Levantando la cabeza, vió Luisa en sus ojos el resplandor fugitivo de una sospecha. Ella esperaba, al venir en busca de Laura, una acogida confiada, cariñosa. Así, la dijo con acento de reproche:

—¡Oh! Laura, ¡como me hablas!

Al oír aquella voz franca y desolada, Laura quedó confusa; tuvo vergüenza al acordarse de que, en efecto, hasta entonces, en tantos años pasados, nunca la habló de semejante manera. Por ello, en un segundo, volvió a mirarla como antes, y fué un relámpago de amable memoria y de amistad. A punto estuvo de pedirla perdón y hasta de estrecharla en sus brazos... Pero se detuvo; no, no podía; acaso fuera capaz otro día, más tarde; pero ahora sentía demasiada amargura en el corazón.

A su vez, tomó un tono de súplica para decirla:

—Oye; vamos a dejar ese asunto, no hablemos más...

Y agregó luego, con mucha firmeza:

—Tranquilízate; verás cómo las cosas se arreglan tal cual tú desees.

Demostraba con aquel tono que era una resolución, y que ya no agregaría nada.

Ante tan breve respuesta, Luisa murmuró:

—Ya veo que hubiera hecho mejor en callarme. Por eso he vacilado tanto tiempo...

Se volvió para salir, y Laura, aun sintiendo que saliera ofendida y dolorida, no la llamó.

Sola en su cuarto, se dijo a media voz:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Y Marcos quiere hablarme también!

* * *

Al día siguiente no trató de acercarse a Luisa. En presencia suya sentía, contra su propia voluntad, cierta reserva hostil. Esperando la hora en que llegaba Marcos, la fué imposible distraerse ni ocuparse en nada; no tenía ya ninguna duda acerca del sentido de lo que iba a decirle, y, sin embargo, en el torbellino de sus inquietudes, no cesaba de imaginar y de suponer.

Como la víspera, llovió también, y gran parte del día una tormenta prolongó, de hora en hora, sus ráfagas y sus truenos. Laura, en el cuarto, nerviosa e impaciente, iba y venía a la ventana, alzaba los visillos, miraba al cielo, siempre bloqueado de nubes; los árboles, sacudidos por el viento..., y se veía a sí misma andar, obrar, pensar, como si viera a otra persona.

Poco antes de la hora indicada, es decir, a las cinco

próximamente, oyó la campanilla en el portal, ruido de puertas y voces; luego, otra vez el silencio; comprendió que acababa de llegar Marcos. Maximiliano había salido, Luisa estaba no sabía dónde, y Laura se dispuso a recibirle.

Antes se aproximó al espejo; pero encontró en su propia mirada una expresión tan rota, tan deshecha, que la pareció mal bajar así, de golpe, como una extraña, llevando en el corazón tanto desorden y tanta debilidad. Se apartó vivamente de su imagen. Una vez más se puso a la ventana; no llovía ya; la cúpula de nubes parecía ya menos sombría; entonces se separó, con un suspiro. Luego se detuvo de pronto, asombrada de sus movimientos y de sus pasos.

Sin embargo, al llegar junto a Marcos había recordado gran parte de su valor y de su orgullo.

También él, sin duda, se había armado de resolución, porque desde que la saludó en el portal y luego en el saloncillo, cuyos muebles, claros y ligeros, contrastaban con el decorado un poco macizo del resto de la casa, se adelantó a ella, y, casi sin preámbulos, la dijo, como quien hace un esfuerzo inmenso sobre sí mismo:

—Laura, quiero hablar con usted de un asunto muy importante... Usted me juzgará luego como quiera... Hace ya muchos días que hubiera debido decidirme a hablarla; si he tardado, ésta será una equivocación más...

Laura no esperaba menos; así es que permaneció impassible. Marcos quedó sorprendido; así es que preguntó vacilando:

—¿Es que sospechaba usted ya lo que voy a decirle?

—¡Oh! Puede ser...

Tendió sobre ella una mirada escrutadora, cargada de inquietud, en la que había, sin duda, un matiz de compasión; Laura pudo observarlo, y quedó yerta; decía que, por lo menos, la quedaba el derecho de guardar su secreto y de que él no supiera su dolor.

Marcos, por otra parte, no se había imaginado nunca con exactitud los sentimientos de Laura, y no sabía hasta qué punto, al alejarse de ella, podía ofenderla y herirla.

—Me ha dicho usted muchas veces, hace algunas semanas, cuando hablábamos, que para usted sería imposible un matrimonio en el que usted no estuviera segura de encontrar perfecta comunión de aspiraciones y de gustos, un eco de todos sus pensamientos. Yo he reflexionado mucho en esas palabras... Laura, es preciso que lo declare: yo me conozco bastante para saber que esa inteligencia no podría existir entre usted y yo. Mentiría si dejara suponer lo contrario...

Laura no respondió; sabía que aquel escrúpulo no carecía de fundamento; pero como pensaba, sobre todo, en la inclinación de Marcos hacia Luisa, quedó asombrada del inesperado giro que tomaba su explicación, y le preguntó a Marcos si era absolutamente franco. El, sin embargo, fueran los que fuesen sus sentimientos por Luisa, no se creyó obligado a hablar; pensaba evitarle el disgusto a Laura callando sobre ese punto, y había preferido justificar mal su despedida antes que ofenderla.

Conmovido, la dijo:

—Yo la pedí a usted que tuviera confianza en mí. Sé que desde aquel día quedé comprometido...

Laura protestó:

—¡Oh!, no, Marcos; comprometido, no...

Siguió él:

—Y creí, durante algún tiempo, que yo me parecía a usted bastante...; pero he comprendido que no era así, y esto es cosa grave también para mí. Soy culpable por varios modos... Voy a partir, Laura, voy a dejar mi casa, me alejaré... Reflexionaré...

Laura, otra vez un poco ofendida, le interrumpió con vivacidad:

—¿Reflexionará usted? Pero, Marcos, ¿qué quiere usted decir?

Comprendió su error, y viéndola tan rebelde y tan sensible, replicó con voz decaída:

—Entonces, ¿es preciso decir que todo ha acabado?

A lo cual respondió Laura con gran naturalidad y sencillez:

—Pero, Marcos, evidentemente...

Por un instante permanecieron silenciosos. Vió pasar ella por el rostro de Marcos una impresión de sentimiento doloroso. El habló primero:

—Laura, pase lo que pase, el recuerdo que yo guardo de usted es elevado, noble y lleno de admiración.

—¡Oh! ¡Se lo suplico!... —dijo Laura, rogándole que no continuara.

—Pero —siguió Marcos—, puesto que así es, en efecto...

Aquel vano elogio, acompañado de los motivos que daba Marcos, apenábala tanto más cuanto que en aquel momento, a cambio de un poco de amor, hubiera traicionado fácilmente sus esperanzas y sus anhelos de

otros tiempos. Y, mientras que toda su debilidad la inclinaba hacia Marcos, se preguntaba ella merced a qué valor, a qué exceso de falsedad, lograba contraer del delante de él una actitud libre y glacial.

Por otra parte, Marcos no supo leer en ella más allá del frágil orgullo que retenía sus sollozos. Se inquietó, sin embargo, ante su reservada frialdad, no sabiendo lo que podría encubrir.

Pensaba él que su conducta era, por lo menos, leal. Se marchaba, y si rompía la promesa que ya no podía mantener, no era para entregarse libremente a sus nuevos sentimientos; al contrario, se había prometido a sí mismo no ceder jamás.

Continuó, en tono grave:

—Por consiguiente, Laura, voy a partir...

Ella preguntó:

—¿Pronto?

—Sí, pronto.

—Y ¿por mucho tiempo?

—Por mucho tiempo. Ya la he dicho a usted, Laura, que iba a partir. Puede juzgarme muy severamente, lo comprendo... Sin embargo, acaso algún día me sea posible explicarme mejor y aun justificarme... Crea usted que yo no soy feliz.

Continuó, pero su voz, que vacilaba, dispuesta a detenerse, se hizo humilde y suplicante:

—Todavía vendré una vez antes de mi partida; pero puesto que ahora es cuando de veras me despido, hay una cosa que desearía saber, la más importante en este pasado que abandono: ¿He cometido yo realmente muchos errores, son muchas mis culpas con usted?

Laura movió la cabeza, denegando, y dijo de una manera bastante desprendida:

—¿Es que yo debo ser sincera, cuando usted mismo lo ha sido tan poco conmigo?

Ante aquel reproche directo, Marcos enrojeció. Sin embargo, preguntó sin aturdirse demasiado:

—¿Por qué tan poco? Laura, ¿qué quiere usted decir?

Ella le invitó con un gesto a no defenderse inútilmente.

—Lo he adivinado —dijo—, lo sé...

Ante aquel tono, Marcos comprendió que ella juzgaba insignificantes las explicaciones que había dado y que conocía bien sus verdaderos sentimientos.

No protestó, ni trató de negar; más bien experimentó un desahogo al poder expresarse sin fingimiento. Ni uno ni otro pronunciaron el nombre de Luisa, pero se comprendieron. Y así, sucedió que, después de haber escuchado la confidencia de su hermana Laura, oyó la de Marcos:

—No me acuse usted demasiado —dijo—, si no he hecho espontáneamente la confesión que me reclama. Quería yo que eso fuera una cosa muerta, borrada; parto de aquí; lo que a usted no la he dicho, créame, ni lo he dicho ni lo he demostrado a nadie... Sin duda, he sido débil; pero ahora, ¿qué voy a hacer? No depende de mí más que marcharme, y yo he querido tomar una resolución que, por lo menos, no la ofenda a usted.

Laura apenas le escuchaba; respondió, distraída:

—No sé.

Marcos vió que no obtendría ninguna palabra pre-

cisa. Pensaba estar más tiempo, pero se separó de ella diciendo que volvía a su casa.

Al salir él, Laura se sentó, agobiada; con la cabeza entre las manos y sin pensar en nada, repitió, entre lágrimas, muchas veces:

—¡Yo, que le quería tanto!

Había asociado a Marcos tantos pensamientos, que ahora todo lo sufrido e imaginado y soñado, no sólo en las últimas semanas, sino desde hacía mucho tiempo, le parecía hundirse y aniquilarse; toda esa muerte ocurría dentro de ella... Alzó la cabeza después de un momento, y vió que fuera había sucedido a la luz confusa de la lluvia, una claridad más viva. Distraídamente, fué a la ventana y la abrió.

Alejábase la tormenta, y el parque, lleno de arroyuelos, descansaba de los aguaceros. En el anochecer que empezaba, el tono gris perla de la atmósfera reanudábase lentamente en opulento color rojo. Neblinas errantes a poca altura iban fundiendo todavía sus largos velos en una llovizna lenta, como fatigada. Todos los colores de la tierra, en el árbol, en la flor, rejuvenecidos, húmedos, perlinos, brillaban en aquella claridad encarnada y rosa que venía no se sabe de dónde.

Distraídos, al azar, los ojos de Laura, a través de aquella luz que parecía bañarse en lágrimas, divisaron de pronto a Marcos y a Luisa, hablando a un lado del camino, al pie de la terraza, cerca de la avenida resguardada por macizos de árboles. Iban juntos, y en aquel momento acababan de salir de la casa.

Antes de que ella hubiese imaginado, pensado nada, al primer choque, el verlos sólo, la trastornó. Vió cómo

llegaban al extremo del paseo y cómo volvían luego. Luisa iba con la cabeza descubierta, y sobre los hombros había echado un chal oscuro. Entre los árboles todavía les vió un momento Laura, hasta que se alejaron.

No tuvo tiempo de reflexionar. Aquellas vacilantes sospechas concebidas la víspera sobre la sinceridad de Luisa, y hacía un instante sobre la de Marcos, volvieron violentamente, en ondas venenosas, a su memoria. Quedó aturdida como por una brutal evidencia. ¿Es que se habían dado cita allí? ¿Habían mentido los dos? Estaban de acuerdo, sin duda... Celos, despecho, negras suposiciones, es decir, todo lo que había sufrido aquellos últimos días, convergiendo de los más diversos puntos de su alma, vino a fundirse y a reunirse sobre aquel instante.

Cegada bruscamente, no tuvo más que un deseo: ir a ellos, ponerse ante su vista, demostrarles que lo sabía, que los había comprendido. Salió, pues, y se dirigió hacia aquel lado... Pero al pasar los umbrales de su casa, se detuvo un momento y dirigió una mirada a lo que estaba haciendo.

Se dió cuenta de que parecería que había estado espiándolos, que sólo los celos la empujaban, que su conducta, así como su desconfianza, eran vulgares y feas; que la adivinarían, que la verían... Pero el orgullo que momentos antes la sostenía, por sí solo ahora estaba ya roto; ni siquiera trató de ocultar las señales de que había llorado; sintió que le faltaba ya la valentía, la fe en sí misma, que era como una hoja entregada al viento; y, estremeciéndose ante ese humillante conocimiento, se dirigió hacia ellos.

Más tarde no podía acordarse de si al encontrarlos

pronunció alguna palabra; no volvía a ver con precisión más que esto: que se había colocado entre los dos y que fueron andando juntos algún tiempo, en silencio. Sentía el corazón dentro del pecho en su forma carnal, herido, frágil, dolorido, y le parecía que al menor choque se iba a romper. No sólo se veía envuelta por el sufrimiento, sino que, además, a causa del tumulto maligno que se había levantado en ella, veíase relajada, decaída, por decirlo así, sin alma. No temía Laura que ellos leyesen en la frente su vértigo; pero, con su sola presencia, ella, por el contrario, demostraba cuán falsa y vergonzosa era su conducta; ella por un lado y ellos por otro, lo sabían todo y caminaban juntos en la misma miseria.

Pronto, sin embargo, quedó sorprendida de ver que Luisa deslizaba su mano en la suya y luego detenía suavemente sus pasos para hacerla quedarse atrás. Dejando pasar a Marcos delante, se detuvieron a un tiempo, y Luisa, de pronto, dijo con ímpetu y con una voz desolada:

—Laura, perdóname. Marcos acaba de decirme que parte, que se va por mucho tiempo. ¿Has sido tú quien lo ha querido? ¿Ha sido por lo que yo te he dicho?... Pero, Laura, ¡si era yo, al contrario, quien debía partir...!

Laura, asombrada al principio, comprendió que Luisa la creía causante de la marcha de Marcos, como si la hubiera deseado, como si, después de la confidencia oída la víspera, hubiera decidido ahorrarla por este medio una presencia o un espectáculo doloroso. Luisa se engañaba; pero su misma ignorancia y su inocente error disipaban todas las sospechas; era, pues, verdad que de

sus recíprocos sentimientos nada se habían dicho Marcos y ella. Alzaba hacia su hermana los azules ojos ingenuos, y al sumergir Laura los suyos en aquella mirada franca, leyó en ella un sentimiento tan límpido, que sus dudas ofensivas se desvanecieron en un instante. Aquel minuto bienhechor le trajo la alegría de encontrar otra vez la sinceridad de Luisa, que, con sus generosos escrúpulos, volvía de pronto a la antigua y amada fuente de su amistad. Ante aquelpreciado contacto, lo más elevado de su alma, lo que durante varios días estuvo agobiado y oscurecido, volvió a alzarse en una ascensión radiante, y por encima de su dolor flotó, envuelta en luz, una alegría llena de encanto, de juventud y de reconocimiento. Quedó tranquilizada y transformada. Siguió con los ojos sumergidos en los de su hermana, y Luisa, que esperaba su respuesta, se asombró de ver cómo lentamente serenábase la mirada y acudía a los labios su más bella sonrisa.

Entre los mil recuerdos que brotaban en la memoria de Laura, pensó que hacía mucho tiempo se había prometido a sí misma ser siempre y en todo lo mejor que ella pudiera concebir; después de aquellos minutos de loca confusión, se juró no volver a caer en celos y sospechas, de que ahora se avergonzaba, y de mantenerse por encima de su agitación y de su debilidad. Fué resolución de un instante, pero precisa, valerosa, definitiva.

Marcos se acercó a ellas para despedirse; luego se alejó.

Cuando hubo salido, Laura, que hasta entonces no había pensado en ello, imaginó que, ocultándose mutua-

mente su inclinación Marcos y Luisa, por consideración a ella; estando ya a punto de separarse por muy largo tiempo, y habiéndole hecho uno y otro la confianza que entre sí habían callado, ella era, ella, por ahora y por siempre, la única depositaria y dueña de su doble secreto. ¿Era eso posible? ¿Estaba bien que eso ocurriese? Fué una sorpresa, un espanto; no bastaba que en aquel momento fuera ella el único obstáculo entre los dos, sino que además sólo de ella dependía que se separaran o se unieran. Era preciso, no sólo apartarse para dejarlos libres, sino además acercarlos ella misma el uno al otro. ¡Era preciso hacerlo! Quedó oprimida, yerta, y en el primer momento rechazó de su pensamiento tan elevado sacrificio.

Porque si ella callaba, nada sucedería, nadie sabría, siquiera, su silencio... Y, sin embargo, vió que guardar de esta manera en la mano cerrada los dos destinos, sin abrirla jamás, sería para ella una carga demasiado pesada, un egoísmo que la haría morir... Así, pues, ¡era preciso! Pero ¿cómo?, ¿cómo podría?, ¿cómo tendría fuerzas para ello? Quedaría destrozada, deshecha; era esto superior a ella, y la imagen de su renunciación, tan gigantesca, que la sobrepujaba; tan total, tan íntegra, tan dura, se la apareció en lejanías maravillosas, envuelta en extraña y fugitiva claridad. Sintió que no podría elevarse hasta allí ayudándose sólo de los sentimientos y motivos que formaban su vida ordinaria; que no bastaban las razones de este mundo, pues todo lo terrenal era demasiado mezquino, demasiado pequeño, ligero y vano, para sostener una resolución en la que había de morir la mitad de su alma. Pero entonces, ¿dónde?, ¿en

qué rincón de sí misma había de hallar energías de un orden tan elevado como las que necesitaba? Buscó, sin saber si llegaría a encontrarlas.

Tan cansada se vió, que, después de dar algunos pasos junto a su hermana, se sentó en un banco mojado, y Luisa siguió en pie delante de ella, mirándola.

Habían llegado a la terraza. Había obscurecido ya, y las tintas rosas, que durante algunos minutos iluminaron las últimas gotas de lluvia, parecía que, al borrarse, dejaban un rastro de tristeza y de frío. El cielo, del lado de la llanura y hacia el poniente, estaba todavía cerrado por una inmensa nube siniestra, de color gris de hierro y violáceo, maciza, opaca, en la que estallaban a veces fatigados relámpagos, mientras se alejaba lentamente, llevándose todas sus amenazas.

Pues en ese instante, como suele ocurrir después de las tormentas, una luz, de extraños matices amarillos se extendió de pronto. Era una sábana de rayos de sol que enviaba el Poniente por una abertura de las nubes, y que se extendían por encima de la casa y de los árboles. Su claridad era intensa, fuerte y trágica, y recorría limpiamente en la penumbra de la tarde tempestuosa.

Desplegándose sobre el obscuro parque, y tocándole apenas, fué a herir el cinturón de altozanos que dominan la Mettrie. Entonces, la capillita romana, con sus vitrales, su rosetón y su blanca y venerable fachada, resplandeció de pronto en lo alto de la redonda, colina. Destacábase en el centro de la claridad violeta, como si, por austera y elevada y solitaria, la designara por señora de aquel reino. Una bandada de pájaros asus-

tados se arrojó voltigeando en la extraña luz y paseó por las laderas del montecillo las locas sombras de sus círculos.

Laura, que lo miraba, quedó aturdida, como si en aquel instante hubiera resplandecido para ella alguna mística indicación. Bruscamente se acordó de que hacía algunas semanas, hallándose a la cabecera de su padre enfermo, había visto en una hora de fe partirse y desdoblarse el universo; al reaparecer aquella imagen, desplegóse en el espectáculo presente con amplitud simbólica, por encima del dominio terrestre, miserable lugar de la vida mortal, del dolor y desfallecimiento; le pareció que se alzaba otro mundo espiritual, radiante, libre y lleno de visiones de la eternidad.

Esta patria, más alta, así evocada e imaginada, brilló para Laura con atractivo sublime. Sabía muy bien que con su amor acababa para ella todo amor aquí abajo; y por otra parte, después de tanta agitación y debilidad, había perdido ya la confianza en sí misma; deseó vivir allí, refugiarse allí en espíritu, con la idea de que en aquel mundo contrario al mundo podría desprenderse de sus sufrimientos y acaso desinteresarse de los sacrificios que su destino la exigía.

Al llegar a tan alto anhelo, dirigió una mirada al pasado y se asombró de haber podido vacilar tanto tiempo, creer que las nobles aspiraciones despertas en su alma y las ambiciones de su espíritu tenían su centro en este lado del mundo. Pero ahora estaba ya roto el anillo de sus brevísimos esponsales.

Al cabo de pocos instantes, el haz de luz, que llegaba por una grieta de la tormenta, se replegó en la nube;

la capilla volvió a ser pálida, indiferente, y pronto los esplendores que Laura había entrevisto en lo más hondo de su ser, se eclipsaron también, dejando como ceniza tras de sí. Ahora su resolución quedaba aislada, temerosa, sin lazo alguno con la exaltación que le había suscitado; pero Laura sabía que aquel universo de desprendimiento místico podía resurgir de la sombra siempre que el dolor lo evocara. Inmensa fatiga calmó y adormeció su espíritu; sus pensamientos se distendieron en una especie de cansancio, e inclinó la cabeza bajo el peso de la doble historia que acababa de sufrir: una, terrenal; la otra, divina.

Irreprimibles lágrimas vinieron a sus ojos y, a pesar suyo, delante de su hermana, consternada, corrieron abundantes, silenciosas, sin un sollozo. Las lágrimas la calmaban.

Hacía esfuerzos por dominarse, pero a cada instante surgía alguna idea que traía un nuevo motivo de llanto. Sin embargo, veía claramente que, para allanar el camino de sus designios, era preciso a toda costa guardar el secreto de su destruído amor.

Moría la tarde. Un arco iris, roto, vacilante, se iniciaba, elevándose apenas sobre los árboles del parque, en los que parecía apoyar sus colores difuminados y paralelos; era como pilar en ruinas, como fusta de columna rota, pero inclinándose a pesar de ello, encorvándose ya para una ascensión celeste. Una niebla gris, hecha de polvo de agua, se elevó del suelo y flotó en las avenidas sobre las copas de los árboles. La obscuridad, dueña ya de los macizos, empezó a desbordarse y extenderse por todo alrededor.

Dominando sus lágrimas, Laura se levantó, y, cogida del brazo de su hermana, la dijo:

—Tú no puedes saber por qué he llorado; crees acaso adivinarlo, pero te engañas. No es, de seguro, nada de lo que tú imaginas; no busques, por consiguiente; es inútil... Ahora vamos a casa, el aire está muy frío, y pronto será de noche.

Caminando, una al lado de la otra, atravesaron juntas la terraza, subieron los peldaños de la escalinata, y luego, una vez dentro, cerraron sobre la obscuridad, que inundaba ya cielo y tierra, la puerta de la casa.

CAPÍTULO II

Como había anunciado al separarse de Laura y Luisa, Marcos volvió al día siguiente a la Mettrie para despedirse.

Llegó en carruaje, hacia las once de una mañana sombría y nublada. Vió primero a Maximiliano, que estaba en su despacho, y le comunicó la resolución que había adoptado de alejarse por tiempo que aun no podía determinar.

Su aire grave y resuelto, su viaje tan brusco y aquel proyecto de una ausencia larga, sorprendieron mucho a Maximiliano. Le miró un instante, silencioso, y luego le expresó su sentimiento.

—Estoy obligado —dijo Marcos evasivamente.

Maximiliano se abstuvo de preguntarle.

—Para nosotros ésta es una cosa inesperada —se limitó a decir.

Se ofreció a anunciar a Laura y Luisa su presencia.

—Se lo agradeceré a usted —dijo Marcos.

Y agregó que ya las había anunciado su despedida.

—¿De verdad? —dijo Maximiliano asombrado—.

No nos han dicho nada.

Llamó para enviar un criado, y a los pocos instantes entraron las dos juntas. Se sentaron junto a su abuelo; se le preguntó a Marcos dónde iría, qué haría. Pero todos guardaban demasiados secretos, demasiadas reflexiones, para que la conversación no fuera difícil, decaída y yerta.

Maximiliano creyó notar que Marcos llevaba su propia resolución como una carga muy pesada, y que desde el momento en que llegó Laura se pintaba en su rostro un malestar cruel.

En seguida dijo Marcos que deseaba despedirse también de Carlos Armando, y rogó que le llevaran a verle.

—La noticia no le hará ningún bien —dijo Maximiliano levantándose.

Preveía, en efecto, que Carlos Armando, cuya salud era siempre inquietante, habituado como estaba a la asistencia de Marcos, y simpatizando tan vivamente con él, había de afectarse mucho con aquel viaje.

Subieron juntos al primer piso, y entraron en la alcoba de Carlos Armando. Se aproximaron a su lecho y, al ver sus rostros preocupados, se incorporó un poco, como si saliese bruscamente del sueño o de una gran lasitud; paseó a su alrededor durante algunos segundos una mirada flotante y vaga, que a todos oprimió el corazón. Preguntó luego:

—¿Qué sucede?

Marcos le dijo que venía a despedirse de él, porque salía de viaje.

Carlos Armando detuvo los ojos en él con expresión de contrariedad.

—¿Y a dónde?

—A París, ahora...

—Pero luego, ¿volverá usted?

Marcos, vacilando, contestó:

—No.

Carlos Armando, asombrado, frunció las cejas y continuó, interrogándole con la mirada:

—Entonces, ¿parte usted para mucho tiempo? —repuso con una expresión amarga en los labios—. ¡Cómo! ¡Por mucho tiempo!

—Sí, creo —dijo Marcos conmovido.

—¿Así es que me abandona usted?

Tenía el rostro un poco febril. Preguntó a Marcos con cierta vivacidad:

—Pero ¿por qué se marcha usted?

Marcos no había previsto una pregunta tan directa. Le repugnó contestar con explicaciones fantásticas, y, después de una vacilación, permaneció sin decir nada, interpretando cada cual aquel silencio según su saber o sus sospechas.

De todas las personas presentes, Laura era la más desolada por la pena de Carlos Armando. Se decía: «Si yo no estuviese aquí, Marcos se quedaría... Ni él ni mi hermana serían desgraciados. No tengo más que decir una palabra y luego desaparecer; pero me faltan las fuerzas; no puedo.»

Muy conmovida, volvió la cabeza y se separó un paso. Sin embargo, la tranquilizó pensar que aquella solución ahora ya era imposible, que con la mejor voluntad del mundo no lograría que la aceptara nadie. «Esto será —se dijo— algún día, más adelante...» Se lo prometió, y, sintiéndose fortalecida, volvió a mirar y a oír.

Carlos Armando, con voz más reposada que la fiebre ya no agitaba, dijo a Marcos afectuosamente:

—Le echaré mucho de menos... No ha debido usted acostumbrarme tanto a su presencia y a sus cuidados. Ya lo ve usted, si ahora me quejo es porque ha hecho usted demasiado por mí.

—He hecho lo que he podido —contestó Marcos—. Ahora es preciso partir. Además, usted mejorará de día en día. Eso es indudable.

Carlos Armando esperó un instante. Luego repuso con gravedad:

—No, Marcos, eso no es indudable.

Comprendieron que, en efecto, lo dudaba mucho. Sus ojos parecieron sumergirse a lo lejos, en el porvenir.

Repuso:

—¿Cuándo volverá usted?

—No lo sé.

Después de un silencio meditabundo, dijo:

—Si estuviese más enfermo... o si, por casualidad, en alguna ocasión tuviera necesidad de usted, ¿podría yo contar con que usted volvería?

Marcos no había previsto tal pregunta. No quiso negarse, y aunque con algún embarazo, contestó:

—Sí; bastará con que usted me escriba...

Laura se estremeció.

Hasta un extraño que por azar hubiese oído aquella conversación lenta y cortada, habría observado cuántas resonancias despertaba en cada uno de los que la escuchaban y con cuánta solemnidad, por el tumulto de las almas, se desenvolvía.

—Se lo agradezco —dijo Carlos Armando.

Pero, enmendándose en seguida:

—¿Y si conviniéramos otra cosa? Vuelva usted dentro de tres o cuatro meses. ¿Podrá usted? ¿Querrá usted?

Marcos, cuyos proyectos se veían así trastornados, se inclinó, sin embargo, y ofreció de nuevo acudir cuando se le llamara.

Laura, por su parte, vió con emoción cerrarse de repente el porvenir. «Dentro de tres meses», pensó. Para aquella fecha Marcos probablemente estaría de vuelta; habría llegado para ella la hora de cumplir el designio que tenía concebido; pero una vez más se preguntaba: ¿Podré? Conmovida ante aquella perspectiva y aquella duda, apenas si oyó el último adiós:

—Yo le escribiré a usted —decía Carlos Armando.

Siguió a su hermana y a su abuelo, que acompañaban a Marcos hasta el vestíbulo. Nadie decía nada. Fúnebres presentimientos, penas mil ocupaban los espíritus. Marcos descendió solo los peldaños de la escalinata; su carruaje le esperaba abajo; antes de subir, volvióse para saludar, y se le vió que estaba muy pálido.

* * *

El sentimiento tan vivo que acababa de demostrar Carlos Armando no obedecía sólo a motivos personales. Lo que, en realidad, le hería más profundamente en el anuncio de aquella ausencia ilimitada, no era tanto verse privado de Marcos, aunque eso también fuera un punto sensible; lo principal era que había visto hundirse en un instante un proyecto largamente meditado y

que por completo le satisfacía. Al volver de Vittel había sabido por Maximiliano las visitas de Marcos, su solicitud respecto de Laura y la simpatía con que su hija pareció corresponderle; desde ese momento, como Marcos continuase viniendo asiduamente a la Mettrie, nada le hizo presentir la ruptura de aquel acuerdo comenzado. El mismo se había aficionado a verle y a estimarle; así es que deseaba vivamente unirle con su hija. Era aquello, en la melancolía de su decadente salud, uno de los pocos pensamientos en que su espíritu descansaba con felicidad. De aquí su decepción ante aquel adiós súbito y definitivo; sin adivinar nada aún, pero más avisado de lo que parecía, trató de evitar que cualquier dificultad, acaso pasajera, o cualquier movimiento irreflexivo, acarreasen consecuencias que luego nadie podría reparar.

Luego martirizó su ingenio largo tiempo, tratando de descubrir la causa de aquella separación. ¿De qué podía provenir que Marcos se alejase de pronto, rompiendo proyectos que él mismo había anunciado? ¿No tenían sus relaciones con Laura algo que ver con tan repentina resolución? Volvía con frecuencia a esa hipótesis, dándola vueltas en todos sentidos, particularmente por la noche, durante sus largas horas de insomnio. Habló a Maximiliano, que no pudo informarle. Laura, por otra parte, no decía palabra, y sobre este punto tan delicado vacilaba mucho antes de interrogarla.

Después de haber examinado varias hipótesis, tuvo por verdadera la más sencilla y la que parecía más probable: que Marcos había declarado su deseo de pedir la mano de Laura y éste le había contestado con una ne-

gativa. Carlos Armando no se asombró demasiado de ello, porque conocía el natural singular y raro de su hija, y aun no le hubiera sorprendido que la sola idea del matrimonio le fuera antipática.

No quería aventurar consejos sobre una probabilidad tan difícilmente fundada. Sin embargo, desde los primeros días comprendió Laura, por algunas palabras suyas, que había pensado en aquel enlace y la había asociado a Marcos en su pensamiento. Por ello sufría; sin embargo, por encima de todo, temía tratar aquel asunto.

Decíase, en efecto, apenas hubo partido Marcos, que debía callar y ocultar su pena para siempre. Al principio la perspectiva de aquel silencio la aterraba por su crueldad y por su grandeza; pero luego vió que sólo así, en la soledad de aquel secreto, lograría reservar su libertad; caso contrario, ¿cómo podría desenvolverse en el porvenir, si el conocimiento de otro se sumergiera, como una mirada constante, sobre el mal interior que la guiaba? ¿No tendría siempre el temor de ser adivinada y de ser compadecida, el temor de la piedad? Si se sospechara cuán profundamente la hería aquel matrimonio de Marcos y de Luisa, que a ella le incumbía preparar, no podría realizarse; ni ellos, sin duda, ni su padre, lo consentirían. Además, aquel sacrificio era demasiado esencial, demasiado íntimo para dicho, puesto que iba a gravitar sobre ella... Y luego, ¿para qué dar a entender, por una parte, que no podía obrar de otro modo, y por otra —y a pesar de todo—, que se trataba de algo peligroso e inmenso?

Durante los primeros días quedó encorvada, aplas-

tada bajo su dolor, y entregada a él no podía mirar más allá; aquella decepción sin límites abarcaba todo el porvenir. Pero poco a poco su innata nobleza de alma la socorrió, y, semejante a un metal muy puro que no puede dar sino sonidos bellos, ante el mal que la golpeaba no tuvo más que sentimientos de valor y de dignidad. Lo imposible para su ardiente corazón era sufrir indefinidamente aquella desesperanza, tal como la veía, brutal e inútil, cerrándola el horizonte; era preciso que de un modo u otro viniera a ser fecunda, que se extendiese en reflexiones, en nuevos pensamientos, y así su espíritu se hallaría conducido insensiblemente a una especie de superación y de conquista.

Entró resuelta en la soledad y en los caminos espirituales que le eran propicios. Aquel conflicto con el dolor la liberó de una multitud de opiniones medias incapaces de prestarla ayuda, y, entregada a sí misma, cedió por completo al atractivo del infinito, que desde largo tiempo flotaba en las profundidades de su alma. El sentimiento grave y conmovedor de la vida que había tenido desde su infancia se desplegó en ella y la dominó; y entonces se le apareció que el alto pensamiento cristiano se desarrolla precisamente, contra el tiempo y contra el destino, en aquel plano espiritual adonde había llegado. Así se realizó el presentimiento que la sobrecogió en el umbral de aquellas desoladas semanas; al influjo de su nueva comprensión, las enseñanzas católicas que había recibido en otro tiempo se reanimaron y brotaron por todas partes flores y ramaje.

De sus meditaciones como de sus pesares se veía

precisada a no decir nada a su hermana, y Luisa, creyendo que la causa de aquel silencio eran las confesiones que había hecho, las temía cada vez más. Adivinaba mal las consecuencias, suponiéndolas tanto más enojosas cuanto que Laura no había querido hablar de ellas. Algunas tentativas hizo para hacerla salir de su reserva, pero Laura las rehuyó. Una vez quiso volver a hablar de su proyecto de abandonar la Mettrie, pero Laura la interrumpió a las primeras palabras, aconsejándola que no pensara más en ello y que no se atormentara con el porvenir. Se negó resueltamente a explicarse más. A decir verdad, la presencia de su hermana despertaba en ella demasiados pensamientos de amargura, para que sus tiernos y nobles propósitos no fueran con frecuencia combatidos. Pensaba que aquel afecto volvería a florecer más tarde; pero, por el momento, sentía su corazón demasiado sensible y se contentaba con obrar siguiendo la línea ideal de su antigua y perfecta amistad.

Continuaron saliendo juntas y aun conversando, pero sus diálogos ya no las acercaban. Aquel secreto tan absoluto que había sucedido a tanta confianza; aquella discordia obscura que no comprendía Luisa, proyectaron en la comunidad de su vida un malestar, que algunos meses más adelante ni una ni otra hubieran juzgado soportable. Luisa sufría por ello como ante una injusticia, pero Laura se acordaba de que su silencio era voluntario, y en cierto modo estaba protegida contra aquella pena por otras penas más profundas.

Pasaron dos semanas, y ya el año se inclinaba a su término. En esos confines de Auvèrnia, desde que pasa el mes de septiembre, abundan los días oscuros, llu-

viosos y fríos. Laura y Luisa, siguiendo una antigua costumbre, se paseaban todos los días, al comenzar la tarde, por los senderos de las colinas o a orillas del Allier.

En esa estación el ancho y llano valle de arena toma en los días brumosos y pálidos una fisonomía extrañamente severa y triste. Ningún paisaje es más sensible al tiempo: un rayo de sol hace brillar las ondas y los guijarros; pero casi siempre está todo mudo, desierto, desolado; siéntese que allí reina el otoño. El Allier, crecido, agitado por remolinos amarillentos en las ensenadas y escotaduras de sus orillas. Pasaban bandadas de aves emigrantes. Barría el viento las lanas de arena, en las que el cielo parecía, tender, a lo lejos, sus cortinajes para cerrar el horizonte.

Una de aquellas tardes, grises y nubladas, Laura y Luisa caminaban junto al río, estrechando contra ellas sus mantos. En el curso de la conversación, Luisa llegó a quejarse de la actitud de Laura y de la poca confianza que la demostraba. Laura respondió que desde hacía algunos meses, y principalmente desde la enfermedad de su padre, se había operado un gran cambio en su espíritu, y, aunque no quería dejarlo conocer, la preocupaban, sobre todo, reflexiones y sentimientos religiosos.

Su hermana la miró con alguna sorpresa, pero no insistió.

Un momento después, Luisa murmuró:

«¡He sido tan desgraciada!» Dirigió los ojos a su alrededor y preguntó: «Es que a ti no te traspasa la tristeza de este día de otoño, y el viento, y el frío.»

Señaló con un gesto la extensión desolada de las arenas.

Laura la dijo que ella no se paraba en eso. Se acordó de que en otro tiempo también estaba sometida al tiempo, a los otoños, a los inviernos; pero le parecía que lo que ella experimentaba ahora era demasiado intenso para depender todavía de esos influjos fútiles, y que por obra de sus propios pesares se había puesto al abrigo de todas las inclemencias.

* * *

Uno de los primeros efectos del continuo sufrimiento en que vivió durante aquellas semanas, fué el de hacerla simpatizar con todo el que sufría. Ahora, cuanto hallaba a su paso dolorido u oprimido, solicitaba su mirada; hasta ahí, al contrario, había estado casi ciega, indiferente; fué esto como si se rasgase un velo ante sus ojos; se admiró de que hubiera en el mundo tanto dolor y de no haberse dado cuenta de ello.

No solamente vibraba su alma ante las desgracias ajenas, sino que, además, todo el sufrimiento que descubría a su alrededor se convertía en algo íntimo, personal, como si allí se la hubiera revelado un mal único y universal, y entonces hubiera aprendido a participar en él.

Un día ella y su hermana se encontraban junto a su padre, en momentos en que éste sufría mucho. No se quejaba; hacía, al contrario, esfuerzos para dominarse; su rostro, contraído e inmóvil, no respondía a ninguna pregunta. Laura, acordándose de que estaba desahuciado, se aterraba al pensar que sus tormentos, como

su valor, eran perdidos, vanos, absurdos; chocaba su espíritu, descorazonado, contra esta fatalidad incomprendible y maligna; y en tal angustia sintió la necesidad de verse, al menos en comunión del alma, con alguien.

De pronto, se volvió hacia su hermana, vió sus ojos arrasados en lágrimas, y en los rasgos expresivos de su rostro impresa la desolación. Luisa compadecía a su padre, e inclinada sobre él se afanaba, con ansiedad, ofreciéndole su cariño y sus cuidados. Pero aquellos sentimientos no estaban en proporción con los que Laura experimentaba, y al ver así a su hermana, absorbida en el presente, dedicada a su afectuosa y delicada piedad, le parecía encontrar en ella algo limitado, débil, breve, insuficiente, que no la ofrecía ningún consuelo.

Entonces miró a su padre; le sintió más cerca de ella, y, sin embargo, ni aun en él encontraba su propia angustia correspondencia exacta ni reposo. ¿Por qué? Se lo preguntó a sí misma, y la sola respuesta que la vino a los labios fué que no lo sabía. ¿Qué era, entonces? ¿Qué es lo que no sabía? No podía formularselo con precisión, y, sin embargo, lo que pensaba era justo; había alguna cosa que ella no sabía.

Acaso habría hecho falta que él conociese bien toda la extensión del mal que padecía, no solamente de la fatal amenaza suspendida sobre él, sino de todo el sufrimiento en su humana generalidad que arrojase sobre tanto dolor una mirada triste, libre y profunda. Pero ahora, luchando contra el absorto, en la idea de su propia firmeza, acaso esperando todavía, no experimentaba,

sin duda, nada de la su vasta emoción total desinteresada, que desbordaba el corazón de Laura.

Volvió los ojos y, bien fuese por casualidad o voluntariamente, los llevó hasta un crucifijo de marfil, que desde hacía tiempo se encontraba en el cuarto de su padre, clavado en la pared, bastante lejos de su lecho.

Entonces, desde el primer segundo que vió la imagen de Cristo, la impresionó vivamente la idea de que El por lo menos podría acogerla y comprenderla por completo. Porque el Cristo conocía todo dolor. ¿Cuál no había soportado? ¿En qué copa de amargura no había bebido? No existían escondrijos de dolor, ni detalle que El ignorase. Laura lo vió en aquel momento como si nunca jamás hubiera pensado en ello. Su compasión era la más vasta, la más amplia. ¿Quién, pues, llegado de este modo a la cumbre del sufrimiento, lo había experimentado, no sólo como su propio dolor, sino como el dolor del mundo, proyectando sobre él una mirada de tan sublime sabiduría? Así, por vez primera, sus pensamientos fueron gradualmente hacia él, desde lo más íntimo de su propio ser, por la necesidad en que se hallaba de encontrar el más elevado conocimiento y la mayor piedad.

Pocos días después, Laura salió sola una tarde para visitar a una pobre familia que algunas veces socorría con sus limosnas. Volvió impresionada con lo que había visto, con aquel espectáculo de enfermedad y miseria casi incurables. Regresaba por un sendero solitario... Como suele ocurrir a los que viven con algún pesar hondo, sus penas, que parecían adormecidas aquel día,

volvieron a afluir de pronto con renovados bríos, rompiendo la frágil barrera del olvido.

Una lluvia fina rasgaba el aire y la extensión de los campos; sus hilostenues, a veces cruzados y como tejidos por el viento, tendían un velo de tul sobre las colinas.

Entre dos lomas de hundido perfil, una aldehuela se amparaba contra su iglesia. A poca distancia de Laura guardaba su ganado una pastorcilla, haciendo media, de pie, contra el tronco de un árbol, con los hombros cubiertos con una toquilla roja. Aquel paisaje, bañado de lluvia y silencioso, tenía, en el orden de las secretas desolaciones, algo tan acabado, tan completo, que daba casi necesariamente la sensación del alma dolorosa de la Naturaleza. Volvió Laura al camino y siguió por él; la lluvia cayó con más fuerza, lenta, continua, y dando sobre el suelo con un murmullo sordo.

Después de haber caminado algunos minutos, encontró un mendigo.

Era un viejo harapiento. Apoyábase en una muleta y, aunque hacía esfuerzos por apresurarse, avanzaba muy lentamente. Laura se detuvo y le vió acercarse con una conmiseración sin límites.

Iba encorvado. La barba blanca y el rostro casi digno. Parecía tener dislocada una pierna. Cuando se le acercó le dió algunas monedas. Laura hubiese querido hablar con él; le preguntó adónde iba, pero el pobre se contentó con indicarle el camino adelante con un gesto vago; con la contera de su cayado señaló también el cielo, preñado de nubes, con una breve observación acerca del mal tiempo; luego, sin querer entretenerse, siguió su penoso camino.

Aquel instante fué para Laura como el símbolo y resumen de toda miseria; le siguió con los ojos, viéndole alejarse, y cada paso suyo le hacía daño; nada humano podía ampararla contra la pena ilimitada que le causaba. Sentíase con tanta fatiga, que, sin preocuparse de la singularidad de sus actos, paróse a descansar al borde del foso, vuelta hacia el camino, sin cubrirse siquiera con el abrigo. Llevaba un vestido azul muy visible, y permaneció allí, a la intemperie, aguantando la lluvia que seguía cayendo, inclinados los hombros, la cabeza entre las manos, bajo la inmensa pesadumbre de su piedad.

Y ocurrió que, estando en aquella inmovilidad, por contraste, o acaso por alguna misteriosa intervención, entreabrióse como una decoración, como un telón que se levanta, y aquel camino llano, aquel paisaje entre la lluvia se desvanecieron, como si se fundieran, y en su lugar vieron los ojos de Laura una visión resplandeciente y grave que se desplegaba en medio de maravillosa primavera.

Era un recuerdo que se remontaba a los catorce o quince años, a un viaje que hizo durante las vacaciones, con su padre y su hermana, a la costa de Normandía. Ante ella, las rocas escarpadas del país de Caux se limpiaban de brumas y alzaban su perfil poderoso en el azul radiante de una mañana primaveral. Brillaba el cielo como si fuera de plata, y la rodeaban los blancos manzanos en flor; sonaban las campanas.

Era domingo de Pascua... Aquel día se había encontrado, en compañía de Carlos Armando y de Luisa, en un pueblecito normando, labrado junto al mar, en lo

hondo de una estrecha cortadura del acantilado. Llegaron la víspera por la noche, y habían querido subir por la mañana hasta lo más alto, metiéndose por un sendero que iba dando vueltas por la empinadísima cuesta. Los tejados de pizarra de la aldea parecían humillarse, aplastarse a sus pies, y a medida que avanzaban, el paisaje, como liberado, se ensanchaba en todos sentidos: tierra, cielo y océano.

Era después de misa mayor, a eso de las once y media, y una procesión invisible caminaba por la calle; hasta ellos llegaban sus cánticos. Eran coros de mujeres, voces sencillas, francas, unidas; luego, continuaba sola una voz de hombre y resonaba por todo el valle, voz de creyente, grave, penetrada, magnífica, que era grato oír, rogando y extendiéndose. En los himnos aparecía continuamente una palabra que sonaba hasta la orilla de las rompientes: *Resurrexit, Resurrexit.*

El mar era de un brumoso color violeta, jaspeado, por momentos, de oro; un barquito de vela, blanco, movido por las olas, parecía flotar sobre la feliz inmensidad. Las gaviotas giraban en pleno sol. La hierba estaba sembrada de margaritas. Por todas partes vagaba el perfume del campo y del mar. Sólo veían juventud, novedad, frescor. Y parecía también que el santo himno conducía en alas de sus estrofas toda la alegría que exhalaba el mundo: *Resurrexit...*

Laura, asociada a la oración invisible, exaltada por aquella magnificencia, aquellos coros, aquellos símbolos, avanzaba embebida en un éxtasis... Y como caminara de este modo, pisando con su padre y su hermana el montuoso sendero, ocurrió que encontraron al Crucificado.

Le divisó de lejos. Estaba a un lado de la vereda; alrededor de él se alzaba un ramillete de árboles de ramas flacas y negruzcas, todavía sin hojas. Estaban sus miembros fijos a la cruz por enormes clavos negros; extendíase por todo su cuerpo un color lívido, algo violento, y brutales plaquitas de sangre rodeaban sus heridas, y sobre el pecho pendía la cabeza lamentablemente.

A su lado, nadie. Ni siquiera flores u ofrendas; yacía solitario, abandonado en el camino sin sombra. Y, a medida que se acercaba, veía Laura cómo aquella humilde imagen de leño expresaba cada vez más el dolor y la agonía.

Sin duda en otra ocasión hubiera pasado con indiferencia; pero en aquel momento de rezo y de oración, el terrible espectáculo la conmovió. Veía a Cristo como presente en su imagen; y ante tanta aflicción, tuvo, en medio de aquella fiesta, la impresión de haber llegado bruscamente a orillas de un temeroso misterio, de haber penetrado, por el azar de aquel encuentro y de aquel símbolo, en una realidad infinitamente profunda. Porque, ¿cómo era que aquel a quien todos amaban, cuya gloria y perpetuidad celebraban con fiestas; cómo era que aquél, manantial y semblante de la nueva alegría, en el corazón de todo *Resurrexit* continuase sufriendo?

Herida por tan solemne contraste, junto a la cruz y en medio del silencio en el que zumbaban las abejas, se detuvo con el corazón palpitante. En aquel minuto entrevió confusamente que no es, indudablemente, la alegría lo más esencial, lo más real que hay en el mundo;

que acaso aquella fiesta, extendida sobre la tierra, como la luz y el oro tejidos por mano de la Primavera, eran un velo de mentiras que se desgarraba aquí y allá sobre el divino dolor. No descendió hasta el corazón de aquella inmensidad de pena que el Cristo parecía guardar y recoger, porque hasta el pensarlo le pareció terrible. Después del primer impulso, temerosa casi, se alejó.

Ahora, sentada al borde del camino, encorvada bajo la lluvia, mientras lloraba de compasión, volvió a surgir en su memoria aquella imagen de agonía, en el centro de una decoración espléndida.

Y entonces, sin dudarlo, sin esfuerzo, con un movimiento inmediato de simpatía, su alma, mejor enterada, se unió a la imagen del dolor eterno.

Y estando abandonada, perdida en aquel sentimiento universal, experimentó una especie de liberación, un olvido bienhechor y maravilloso; era como si Cristo, a cambio de tan profundo don, hubiera tomado para sí toda pena terrestre, mientras hacía brillar, a lo lejos, por los caminos de su amor, una alegría a la cual nada podía compararse. Así comprendió Laura cómo Cristo podía ser a la vez dolor y gozo, y entre uno y otro, anillo de perpetua alianza. Por eso, pronto la resplandeciente visión, alzada en el camino de sus lágrimas, como la primavera y su encantadora juventud, le parecieron en la lejanía del pasado que las idealizaba, armonizarse con el sufrimiento de Cristo, emanar de El, irradiar en torno, y veía las blancas gaviotas que le coronaban con su vuelo, como aves místicas de su reino.

¡Grandeza prodigiosa de la liberación, para quien ha

conocido una vez el orden de la miseria infinita!... Con un signo, por sobre el mal ilimitado, guiándola fuera de las mundanas apariencias, Cristo se la revelaba como Salvador y Mesías; luego, siempre que caía en tales extremos de piedad, volvía a hallar el sentido total de aquella misión sublime y su inmenso patético... En estos caminos de desprendimiento, un día se le apareció revestida de atavíos resplandecientes la idea de la pureza mística. Sin duda, ya la había presentido y sospechado; pero en aquel momento vió bien claro —tan mágicamente bella se le apareció, tan conmovedora y alucinante—, que hasta entonces nunca la había conocido. Experimentó la atracción espléndida; ser intacta, cerrada, para siempre sin mancha; ser, sobre la tierra, peregrina, extranjera de ojos distraídos, solitaria, blanca, aérea, alma profunda que no vive sino su vida de alma, cuya mirada no puede descender demasiado lejos en los abismos de la pasión mundana... Así rompía con todo su pasado; y seducida por el espejismo de una vida verdaderamente nueva, tendía las manos hacia aquel tesoro, el más embriagador y el más peligroso de la tierra.

Dábase cuenta, sin embargo, de que aquella no era sino una primera ojeada; que sólo había llegado al umbral de la poderosa esperanza; que aun estaba ligada por completo al mundo, desgarrada, palpitante, ¡ay!, sujeta por su propio dolor...; y, a pesar de todo, confiada, segura de que un día iba a tener la fuerza necesaria para el renunciamiento supremo, donde ya nada subsistiría de sus pasiones atormentadas. Y eso había de ocurrir cuando bebiera en las fuentes de aquella pureza liberadora.

* * *

Deslizábase monótono el tiempo semana por semana. Llegó noviembre, con sus hermosos días resplandecientes, entreverados de niebla y de bruma.

La salud de Carlos Armando, a pesar de aparentes progresos, no se restablecía, y el temor de un desenlace fatal se agravaba para Laura con otra angustia. El pensamiento de que su padre podía morir sin haber entrado en la comunión de la Iglesia la desesperaba, y aquella ansiedad, ya antigua en ella, se agrandaba ahora con todo el ardor de su reanimada fe. Era el destino eterno del alma de su padre lo que se debatía en aquellas horas definitivas; Laura, llena de certidumbres, pues las palabras de infinito y eternidad habían tomado para ella desde hacía algunos meses una realidad sensible y viva, le veía, según su elección última y decisiva, perdido o salvado para siempre. No se había atrevido a decirle nada por consideración a sus propias disposiciones y también por temor a revelarle la gravedad de sus dolencias; pero muchas veces, sentada en silencio a la cabecera de su lecho, oía estremecida cómo se deslizaba el tiempo, formidable y acompasado.

Le envolvía a veces en una plegaria tan ardiente, que esperaba verle influido al fin por el misterioso contacto. Llena de la visión de cosas celestiales, le parecía que en fuerza de retener presente y cautivo junto a él todo un universo ultraterreno, algún rayo divino acabaría por penetrar hasta su espíritu.

En ocasiones permanecía así largo tiempo, sin hablar. Carlos Armando gustaba de su presencia discreta y pensativa. Con su enfermedad el carácter se había hecho más benévolo, más desinteresado, con una nueva

amenidad. Laura lo observaba y creía que ahora empezaba a conocerle.

Ella era la que ordinariamente le servía de secretario para las pocas cartas que escribía aún.

Un día que estaba en su cuarto, entretenida en colocar sobre la mesa todas las chucherías, la llamó junto a su cama; acercóse Laura, impresionada ya por el tono de su voz, que anunciaba una conversación premeditada.

La preguntó al principio, como una simple noticia, si había venido durante las últimas semanas alguna carta de Marcos; pregunta supérflua, pues él no podía suponer que hubiera llegado nada sin darle cuenta.

—No ha habido carta —respondió Laura.

Era, después de los breves comentarios provocados por la partida de Marcos, la primera vez que le oía a su padre hablar de él. No por eso interpretaba su silencio como señal de olvido.

—Es raro— dijo Carlos Armando reflexionando—; sólo nos ha escrito una vez, hace ya mucho tiempo... Ya te acuerdas que me había prometido volver al cabo de tres o cuatro meses; pronto se acerca ese plazo... Me gustaría volver a verle.

Agregó:

—Puesto que él no escribe, debería escribirle yo...

La proposición estaba hecha, sobre todo, para solicitar el parecer de Laura; pero como ella no contestaba, la preguntó:

—¿Qué te parece?

Laura dijo sencillamente que, pues Marcos había prometido venir, no veía inconveniente en recordarle su palabra.

Carlos Armando espiaba su respuesta; parecía satisfecho y lo dejó ver. Dijo:

—Puesto que eres de mi opinión, ¿por qué retrasarnos más?... Si tú quieres, vas, como de costumbre, a escribir por mí. A menos que esto te contraríe... Es cosa de unos instantes. Yo dictaré.

Laura no esperaba conclusión tan brusca ni que fuera ella la que había de escribir. Las primeras palabras pronunciadas por su padre a propósito de Marcos y de su próximo regreso le habían atravesado dolorosamente el corazón, y le parecía de pronto que otras palabras y otros sucesos iban a ocurrir para hacer sangrar aquella herida; durante un segundo su pensamiento vaciló. Pero acordándose de que aquélla era una prueba prevista, aceptada desde hacía tiempo, obedeció sin vacilar.

Colocó ante la ventana una mesita estrecha, en la que solía trabajar, y se sentó. Carlos Armando la veía desde su cama de perfil, a la luz del sol, que daba sobre ella.

Lo dispuso todo; luego esperó sus palabras; tranquila en apariencia, pero con el ánimo tenso y temblando, se volvió hacia él.

Comenzó a dictar y escribió Laura las primeras líneas; pero se detuvo, de pronto, al oír esta frase: «Desde que me ha dejado usted, mi salud no ha mejorado nada, y, al contrario, desde hace algunos días me siento peor.»

Levantó la cabeza y le miró con inquietud.

—¿Cómo? ¿Desde hace algunos días te sientes peor?

—Algunos momentos —respondió.

Y como Laura continuase mirándole, agregó:

—Tengo a veces un malestar, como me ocurría antes de la última crisis.

—¿De veras? —exclamó Laura.

Y se levantó.

Su padre la hizo señas de que se sentara.

—¡Oh! No es nada grave —siguió de una manera negligente, sintiendo, sin duda, lo que acababa de decir—. Y, además, yo no afirmo nada... Muy bien me puedo equivocar.

Y agregó con decisión:

—Pero ahora dejemos ese asunto.

En vez de seguir dictando permaneció silencioso, y luego preguntó:

—Realmente, Laura, ¿no te contraría que yo le escriba a Marcos diciéndole que venga?

—No —respondió ella.

Pero se ruborizó ligeramente.

Reflexionó Carlos Armando, y luego siguió en tono que súbitamente había adquirido más gravedad:

—Escúchame, Laura: sin duda, yo tengo personalmente necesidad de que Marcos esté aquí; pero si he de decirte toda la verdad, es por otra razón por lo que deseo que venga éstos días...

Laura no hizo ningún movimiento. Su padre levantó la cabeza y se puso de codos sobre la almohada. Continuó:

—Ya lo comprendes, Laura; yo no he de restablecerme nunca...

—¡Oh! ¡Padre! —interrumpió ella, e hizo un gesto para protestar.

—Déjame hablar. Aun sin prever ningún accidente, esta enfermedad, que se prolonga, me debilita de día en día. Vuestro abuelo es ya muy anciano. Estais expuestas tu hermana y tú a encontraros absolutamente solas, acaso muy pronto... Y es para mí un cuidado muy grave, el más grave de todos, tener que deciros adiós antes de que esté decidido vuestro porvenir.

Vió a su hija un poco pálida, con cierta crispación en su rostro, y se detuvo, vacilando en completar su pensamiento, pero Laura le adivinó; dióse él cuenta, y ella, en respuesta a sus palabras, sólo empezadas, le dijo en voz muy baja, pero clara:

—Padre mío, yo no puedo saber por qué supones que Marcos se casaría de buen grado con alguna de nosotras dos; sea por lo que sea, si él ha dejado traslucir ese designio, se trata de Luisa y no de mí.

Carlos Armando quedó estupefacto; experimentó un sentimiento vivo y amargo. Siempre se había fiado a las reflexiones que hizo cuando Marcos partió. No sólo aquellas conjeturas, largamente forjadas, y sus más vivos deseos venían a romperse contra las pocas palabras de Laura, sino que además tuvo la sensación de haber causado torpemente un pesar a su hija. Se arrepintió en seguida y su rostro se ensombreció.

—Perdóname —dijo con vivacidad—. He hablado ligeramente... Yo me había figurado, por lo que he visto, por lo que tu abuelo ha visto también, por ciertas cosas que hablaron él y Marcos...

Aquí se interrumpió, porque una duda acababa de atravesar su pensamiento a propósito de lo que afirmaba Laura.

—Pero tú, ¿qué sabes —dijo— y de qué tienes esa certeza?

Laura alzó los ojos y dijo:

—De él, padre.

Entonces se persuadió y no preguntó más. Después de una pausa, replicó a media voz:

—He obrado con ligereza. Perdóname, niña mía.

Y para explicarse mejor dejó caer su mano sobre el lecho con un gesto amplio.

—Yo lo hubiera querido...

Afectuosamente, hizo signos de que viniera a él y la cogió la mano. Pero Laura, temiendo ya haberse traicionado, afectó no comprender de que deseaba él excusarse, y mientras él alzaba hacia su rostro una mirada serena, llena de sentimiento y de ternura, ella, en vez de contestar, se enderezó heroicamente contra toda emoción para estar segura de guardar fuera de todo ataque su silencio y su secreto.

Luego dijo deliberadamente.

—Es un matrimonio que deberá hacerse.

Carlos Armando no respondió.

Volvió Laura a su sitio, se sentó y propuso continuar la carta.

—Al instante —dijo Carlos Armando.

Siguió un largo silencio.

Tuvo Laura tiempo para reflexionar sobre lo que acababa de ocurrir. La invadió multitud de pensamientos crueles, y entre tantas amenazas del porvenir se acogió y refugió toda en un solo deseo: ¿es que no iba a lograr, por lo menos, que el alma de su padre fuese iluminada por la divina claridad? Y aun que hasta enton-

ces había temido hablarle del asunto, ahora, por el contrario, quizás a causa del cariño que la demostraba Carlos Armando, o por aquel grave silencio, que era como una especie de prelude, le pareció casi natural iniciarlo.

Así, pues, se resolvió a decirle su íntimo deseo, y lo hizo en pocas palabras, con voz ténue, vacilante, que temblaba al influjo de su emoción infinita.

El rostro de Carlos Armando no dejó transparentar ninguna sorpresa, y respondió en seguida con tono benévolo:

—Me aflige, hija mía, tener que contrariarte otra vez y en punto que te conmueve tanto... Yo sé cuáles son tus sentimientos a ese respecto, y en otros tiempos he visto ya a mi alrededor otras personas, muy queridas también, con la misma fe ardiente que me ha parecido descubrir en ti esta última época. No te censuro ni te apruebo tampoco, y en todo caso no te sigo... Es posible que yo no haya recibido la misma inspiración o no tenga iguales dotes que tú; es más: ni siquiera lo dudo. Pero, en fin, así es: en toda mi vida, sobre esas cosas esenciales, mis ideas se han mantenido idénticas. ¿Voy a cambiarlas ahora? Yo no soy rebelde, no me cierro a la luz; pero ¿qué novedad ha ocurrido que pueda comprometerme en este momento a desmentir todo mi pasado? Busco y no veo nada... ¿Será mi enfermedad? ¿El peligro en que estoy de morir? Pero ¿piensas tú que yo no he previsto la muerte y que no he pensado nunca en ella?

Su tono la vedaba insistir.

Aquella negativa, que para Laura cerraba una eter-

nidad, llevó a su pecho sorda desesperación. ¡Cuánto la era preciso sufrir!

Una vez más, sin embargo, se dominó. Volvió a coger la pluma y se ofreció a seguir la carta interrumpida.

Carlos Armando vaciló.

—Como tú quieras, Laura... ¿Hay que seguir?

—¿Por qué no? Sin duda —dijo ella.

La dictó, apresuradamente, las últimas frases. Mientras corría la pluma sobre el papel, la miraba. Veía su perfil inclinado, finas sombras iban a dibujarse en su rostro subrayando las facciones, ligeramente maceradas. De su valor, como de su decepción, quedaba sobre su rostro una expresión a la vez frágil y fuerte, dolorosa y valiente; con la más viva intuición, el padre adivinó hasta qué punto aquella naturaleza libre, cultivada, palpitante, estaba rodeada de peligros y de pesares. Se dolió de haberla afligido dos veces en aquellos minutos: «¡Hija mía, hija mía!», murmuró. A punto estuvo de llamarla otra vez junto a él, pero no se decidió, porque era imposible volverse atrás de lo que había dicho.

* * *

Cuando estuvo solo y rememoró las palabras de Laura, vió que no iluminaban en absoluto el pasado. Porque, en efecto, ¿cuál era el motivo del viaje de Marcos? ¿Le había mostrado Laura antipatía? No. Lo que Laura había dicho de aquel matrimonio «que debía realizarse», no autorizaba a suponerlo. Entonces, ¿por qué aquella ausencia a la que Marcos no había querido fijar límites?

Recordaba Carlos Armando la actitud y el tono de su hija, la impresión que acababa de recibir de su disgusto, y sospechó, aunque ella lo ocultase, qué género de oscuros incidentes habían podido atormentarla. ¿Sentía inclinación hacia Marcos? Pero, entonces, ¿cómo era que ella misma parecía favorecer y aun desear el otro matrimonio? No sabía qué pensar. Después de lo que acababa de ocurrir, le era desagradable insistir con nuevas preguntas, tanto a ella como a Luisa; pensó que acaso tendría más fácilmente la explicación por el propio Marcos cuando viniera; pero sabía muy bien que, en cualquier caso, había de sentir repugnancia por favorecer una unión que desgarrara el corazón de Laura.

En cuanto a ella, había creído dar en aquella ocasión un paso decisivo hacia el sacrificio que meditaba; por primera vez decía una palabra destinada a preparar el camino, y, sin embargo, ¡qué lejos se hallaba todavía de consentir íntimamente! El anuncio del probable regreso de Marcos había bastado para alterarla. ¡Cómo se compadecía a sí misma si tenía que arrancarse así, una por una, todas sus ilusiones! ¡Con qué fuerza hubiera deseado romper de una vez todos sus lazos y elevarse de una vez por encima de aquella difícil y penosa lucha!

La carta destinada a Marcos y dirigida a su casa, le alcanzó en Inglaterra; al cabo de unos ocho días llegó la respuesta; anunciaba su regreso para fecha muy próxima que no podía fijar exactamente. En aquellos días, su próxima llegada fué para Laura como una amenaza continua y su espíritu estaba dominado por la perspectiva de aquel momento capital.

En aquellas mismas horas precisamente, la enfermedad de Carlos Armando se agravaba con rapidez; veían multiplicarse los signos precursores de sus crisis; una fiebre, a menudo violenta, frecuentes dolores, y, a veces, estados de postración casi completa, despertaban a su alrededor la inquietud evidente de que sus días estaban contados. Segunda tragedia en el corazón de Laura, que desesperaba, a un tiempo, de su vida presente y de aquella salvación eterna, junto a la cual ninguna cosa de la tierra tenía valor.

Así llegó a una de esas horas extremas que en la existencia de una persona ven cruzarse y chocar todos los dramas que pueden amenazarla. Ocurrió que en aquellos días de ansiedad, Maximiliano tuvo que ir a cierto monasterio, situado a una veintena de kilómetros, donde le llamaban asuntos importantes, y rogó a Laura que le acompañara. No era la primera vez que iba allí con su abuelo, quien se había ocupado antes en la administración de tierras pertenecientes a la comunidad. Había ido siendo niña y se acordaba de cómo, después de larga carrera en carruaje, veía surgir en las lejanías de una llanura rasa y solitaria las paredes blancas de un inmenso cercado y encima las masas regulares de altas edificaciones. Siempre tenía que hacer largas esperas en la plaza del monasterio, a la sombra de la capilla, aguardando a que su abuelo fuera a reunirse con ella, una vez terminados sus quehaceres. Sin embargo, no había vuelto en seis o siete años y aquella especie de peregrinación, surgida por azar, justamente en aquella difícil hora, se le apareció como un respiro. Era un relámpago de claridad en la noche de sus penas y sus-

pendió allí de antemano sus pensamientos con la esperanza de una grata jornada.

No se engañó, por cierto, en esperarlo así, y aquel día quedó en sus recuerdos aureolado de singular resplandor. Salió con Maximiliano al empezar la tarde; el coche corría en pleno sol a través de anchos paisajes ondulados que apenas empezaba a desnudar noviembre; sutil ceniza de bruma dormía sobre las praderas, sobre las aguas, apagando el azul y los horizontes lejanos. Iba Laura hacia aquellos lugares consagrados como si tuviesen un alma para recibirla; como si aquella casa, aquellas paredes fuesen a derramar sobre su espíritu una especie de dulce amistad, ahora que volvía a ellas, no ya como una niña distraída, sino enterada, experimentada, instruída de su profundo destino.

Cuando llegaron eran, aproximadamente, las tres. El carruaje pasó bajo una bóveda y penetró en el primer patio del monasterio. Dos hermanos, vestidos de paño pardo y encargados de la puerta, reconocieron a Maximiliano y se acercaron a él. Separóse de Laura diciendo que volvería dentro de una hora y penetró en el edificio principal.

El patio, cuyo recuerdo había guardado Laura exactamente, era rectangular y bastante reducido. Estaba plantado de plátanos que se deshojaban. En el centro corría una fuente; al fondo, alzaba el convento las líneas rudas de su fachada, mientras a la derecha surgía la capilla, donde las formas delicadas y la piedra blanca, labrada, contrastaban con los ladrillos desnudos de las otras construcciones. Estaba aquella capilla un poco empinada y alrededor del atrio extendíase una dece-

na de escalones formando como una especie de gradería.

Llegó un grupo de personas solicitando visitar el convento; eran gentes que se apeaban de sus automóviles, y se oía de vez en cuando el trepidar de los coches que habían quedado en el camino. Como sólo se autorizaba a los hombres la entrada en el interior, las señoras, en número de tres o cuatro, ricamente vestidas y acompañadas de sus niñas, se sentaron en un banco, al extremo del patio, y esperaron charlando... Frente por frente de ellas, un tropel sórdido de mendigos se acomodaba en los peldaños de la capilla. Había unos quince, la mayor parte viejos. Escalonados en la gradería, llegaba el grupo desde el suelo hasta el atrio; eran los que se ven constantemente por los caminos. El lego explicó a Laura que venían todos los días porque se les daba de comer a cierta hora, y que los padres bajaban a servirles por turno. Con su cayado en la mano, esperaban gravemente, en extraño reposo, mirando ante ellos casi sin expresión; parecían arrojados allí como despojos de un naufragio. Caía el sol sobre el polvo de sus harapos; no hablaban, no se movían; no parecían ni impacientes ni desesperados. Laura les contempló durante largo tiempo.

El hermano la preguntó si prefería echar un vistazo a las tierras pertenecientes al convento situadas al otro lado de las construcciones. Aceptó de buen grado; el fraile la hizo apartarse de la capilla y la llevó hasta un paraje de donde, por un amplio portal, penetraba la vista en el inmenso cercado; la dejó allí, en sitio que no había pisado nunca, y pronto el espectáculo sobrio y

grandioso que encuadraba el arco de la portada ejerció sobre ella un dominio violento.

Ante sus ojos se extendía, bajo la polvorienta luz otoñal, un terreno vastísimo limitado por las murallas blancas, llano, desnudo y extraordinariamente árido; allí trabajaban los frailes en gran número, dispersos por toda la extensión del cerco; aislados o en grupos, tachonando con sus ropas la monotonía de los campos. Ningún árbol; nada de verdor; en el primer plano desplegábase ancha superficie de rastrosos grises, y más lejos, Laura divisó las viñas con sus cepas cortas, negras y retorcidas. Los frailes estaban inclinados hacia la tierra; tenían el capuchón echado sobre los ojos y observaban riguroso silencio; sus movimientos eran todos parejos: lentos, medidos, cortos. Habríase dicho que todos se encorvaban al peso de una voluntad única, cautivos de un solo pensamiento, tendido sobre aquella tierra como una inmensa red. Laura veía cerca de ella dos frailes trabajando con lentitud e imposibilidad; una pareja de pajarillos blancos que saltaban y revoloteaban en los surcos negruzcos del arado eran los únicos que llevaban un poco de vida ligera y caprichosa a los dominios de la oración.

Aquel tapiz de tierra cortado así, liso, sin horizonte, sin lejanías, ofrecía al cielo el aspecto terrestre más desolado que pueda concebirse, el marcado con mayor dureza por el infinito; por eso, sin duda, parecía que el amplio cielo mate bajaba a él para tenerle, para oprimirle... Laura imaginaba, por instantes, que oía el rumor de aquella muchedumbre trabajadora; pero puesto el atento oído, no halló mas que el magnífico silencio,

intacto, que ella misma se sintió obligada a respetar como una de las invisibles grandezas que flotaban sobre aquellos lugares.

Aquella imagen áspera del renunciamiento se impuso a su alma en extremo ávida y preparada desde largo tiempo. Sintió que había entrado en contacto con las realidades superiores y, a la vez sumisa y ardiente, esperó un alivio sublime o alguna misión de lo alto.

Permaneció allí algunos minutos.

Detrás de ella, a poca distancia, estaba una puerta lateral de la capilla. El acceso era libre a aquella hora y entró.

Al principio no distinguía nada; entre los pilares, una espesa sombra, agujereada por raros vitrales, parecía luchar suavemente contra la invasión de su luz; vió las bóvedas y una nave de costados muy bajos. El coro, en tinieblas, estaba cerrado por una verja alta, y sobre el altar velaba la llama de una lámpara roja suspendida con doradas cadenas.

En aquel recinto recogido, de helados e inciertos contornos, volvía a encontrar enmedio de un silencio distinto, pero más familiar, los mismos abismos profundos. Le pareció que se disipaba la emoción sufrida minutos antes, que adquiría extraordinario dominio sobre sí misma, conservando solamente en su espíritu una fuerza superabundante e ideas intensas que se sucedían con esplendor y rapidez.

Rezó. Ante sus ojos brillaba todavía como un tesoro extendido en aquella penumbra la extensión de los campos áridos. Entonces aspiró a parecerse a ellos, a entregarse como ellos a lo infinito, despojada de todo

lo que pudiera servir de obstáculo ¿No era ya tiempo? ¿No lo había deseado, no lo había esperado bastante? Llegaba la hora. Era preciso, podía hacerlo; la acometió el placer casi cruel del heroísmo y del sacrificio, pareciéndola que en aquel minuto arrancaba de sí misma todo lo que le apartaba todavía del orden divino.

Así, entre tantos sentimientos antiguos como iba desgarrando, se rompió también la ligadura que por tantos meses la había hecho sufrir; y cuando tuvo de ello plena sensación, se encontró como en una alta cima, desde la cual viera muy bajas, a sus pies, humilde y casi incomprensible, aquel amor humano. Y ahora la separación era definitiva, real; no balbuceos ni ensayos; tenía la certidumbre, y, si fuera preciso, la imagen abraçada de aquellos campos monásticos sería entre ella y su renuncia una eterna intercesión.

Después de tan amargo combate consigo misma se abrazaba a aquella victoriosa certidumbre, cuyas ondas la anegaban como en un hermoso río de sangre púrpura.

Inclinó la cabeza y esperó... Vió entonces que al triunfar del más poderoso de todos sus deseos acababa de romper toda alianza con el orden de las cosas naturales. Lo que durante esos meses había llorado, lamentado y maldecido, yacía ante ella, inánime. Así, pues, había traspasado el umbral de la maravillosa pureza... Libre, ligera, viva, flotando en un impulso de juventud y de júbilo, sintióse transportada por encima de sí misma a los dominios del conocimiento más alto y del mayor amor. Hija de otro universo, avanzaba, dejando caer a sus pies, como un ropaje marchito, miserable, todas las imágenes de éste. Volvió los ojos al pasado;

siguió con la mirada el largo camino recorrido durante aquellos meses de prueba; vió todo lo que había adquirido, aprendido, conquistado. ¡Cuán profunda era su transformación, su elevación! Y entonces estalló en su pecho, de pronto, un grito de gratitud hacia el dolor... Luego pensó que ya era tiempo de salir; franqueó la puerta principal de la capilla y se encontró en el atrio, que domina el gran patio del convento. Allí permaneció un instante; la luz plena la hería en los ojos; asombrábase de volver a encontrar al salir de sus lejanos pensamientos el mismo aspecto de las cosas, común y familiar. Vió los árboles, la fuente; más allá del camino y de la pared del cercado, entre las bardas de ese muro y la línea azulada del horizonte, sonreía en los rayos declinantes del sol un trozo del paisaje polvoreado de oro, prados, un canal recto y unas finas hileras de álamos. Pero todo eso, para ella, estaba muerto. Venía de otra parte, iba a otra parte. Detuvo un rato sobre el vano esplendor de la tarde una mirada de extraño, de extranjero.

Volviendo en seguida los ojos hacia el patio, reconoció a los mendigos; rebaño infortunado que yacía, como desgranado, en las escaleras del atrio.

De nuevo la sobrecogió su solemne, su imponente miseria. Aquellos errabundos de las manos vacías, perpetuos peregrinos, simbólicos elegidos de la desventura, le parecieron también, en medio de las apariencias terrenales, que se desvanecían, tocados de pronto por un rayo supremo de realidad y de grandeza. Entró de un paso en el sentimiento cristiano de la Altísima Pobreza y se inclinó ante ella. Entonces, ella, que acababa

de salir de las filas del dolor, fué hacia ellos para darlos cuanto llevaba, no sólo por la compasión, sino como señal y prenda de una renunciación más grande.

Dió algunos pasos hacia ellos. Ninguno la había visto, porque todos estaban vueltos del lado del patio; le tocó en el hombro al primero, que se volvió y que, asombrado de la expresión luminosa de su mirada, se levantó con cierto respeto. Aquel movimiento atrajo la atención de su vecino, que le imitó; y así, de arriba abajo de las gradas, lentamente y en silencio, se volvieron uno después de otro.

Tomó algunas monedas de oro y se las dió; sacó las sortijas de sus dedos y se las dió; luego, un brazalete; después, los pendientes de sus orejas. Muchos mendigos se habían acercado, inclinándose y tendiendo la mano. No la parecía obrar bajo el imperio de una exaltación violenta; al contrario, se sentía calmada, dulce, igual a sí misma, simplemente elevada por su última meditación y mantenida a la misma altura; y en aquel sentimiento de serena piedad, casi limpio de la piedad humana, dejó caer sus joyas y su oro en el otro plano del mundo.

Divisada aquella escena desde todos los puntos de la plaza, provocó la sorpresa y casi el desorden. El grupo de visitantes se acercó y se veía en su rostro la desaprobación y la molestia; las damas gritaban. Los dos hermanos de sayal gris acudieron levantando los brazos; llegaron al pie de la escalera, y la expresión de su fisonomía oscilaba entre la admiración y la contrariedad.

En aquel momento Maximiliano volvía a la plaza, y vió también a Laura inclinarse hacia los mendigos. Se detuvo bruscamente y ya no vió mas que a ella. Desde

luego le impresionó la emoción que brillaba en su rostro; en aquel acto imprevisto leyó con tristeza un largo porvenir y todo un destino.

Llegó hasta la victoria que esperaba. Cogió al caballo de la brida y condujo el carruaje ante la puerta de salida situada frente a la capilla, y allí, en pie, esperó a Laura. Ella le divisó, bajó los peldaños y fué a su encuentro, atravesando las miradas vulgares clavadas en ella; y al avanzar así hacia él le agradecía íntimamente que no leyese en su rostro ninguna expresión de asombro y que no mostrase disgusto, ni por él ni por ella, de las opiniones ajenas. El, por otra parte, mientras la veía acercarse, acordándose de la tradición de ardiente piedad que sin cesar renacía en su familia, compadecía-se de tanta juventud y de tanta fatalidad.

Tomó asiento en el carruaje.

Uno de los frailes se acercó a Maximiliano para devolverle las sortijas, que había vuelto a coger de manos de los mendigos. Maximiliano le separó con un ademán.

—Respetad —dijo— esas cosas, que ya han sido dadas.

Partieron. Laura estaba apenada ante la idea de que su abuelo pudiese juzgar irrazonable una acción que había realizado en la plenitud de su voluntad, y para demostrar su libre albedrío intentó varias veces entablar con él conversación sobre asuntos que les eran familiares, pero él se prestó mal; así es que tuvo que renunciar. Permaneció silenciosa, mientras la noche descendía sobre los caminos.

Marcos llegó dos días después a la Mettrie. Eran las nueve de la noche. La víspera habían mandado a preguntar en su casa si tenían ya noticias del regreso, y estaban enterados de que debía llegar aquel día, sin saber la hora; le rogaron que sin pérdida de tiempo fuese a la Mettrie.

Carlos Armando les inquietaba cada día más; en las últimas semanas su enfermedad había hecho rápidos progresos y no dejaba ninguna esperanza. El médico, siempre que salía de su cuarto, movía la cabeza con aire preocupado, y muchas veces sus hijas se separaban bruscamente del lecho con los ojos llenos de lágrimas. En cuanto a él, nadie sabía con exactitud lo que pensaba; a pesar de su gran debilidad y de una fiebre continua, conservaba lucidez de espíritu; a menudo, después de largos y terribles silencios, se le oía hacer preguntas de una precisión sorprendente acerca de asuntos o de personas en quienes los que le rodeaban estaban muy lejos de pensar.

En la confusión de aquella inminente desdicha las costumbres de la casa estaban revueltas. Ese día, Maximiliano y Luisa se pusieron a cenar muy tarde, y aun estaban a la mesa cuando anunciaron a Marcos. Laura permanecía en el cuarto de su padre.

Maximiliano fué a recibirle al vestíbulo y le llevó al comedor. Marcos se acercó a Luisa, que le tendió la mano.

Se sentó junto a ellos. Maximiliano le dió noticias de Carlos Armando y le expresó sus temores.

Agregó:

—Se alegrará de verle, y voy a anunciarle que ha

llegado usted. Le encontrará hablando, como de costumbre.

Hizo avisar a su hijo, que, en efecto, llamó a Marcos en seguida.

Maximiliano le acompañó; entraron en la vasta estancia, por la que se extendía una luz pálida e indecisa. Encontraron a Laura, que quiso al principio retirarse.

Carlos Armando la hizo permanecer allí. Pero la llegada de Marcos, imprevista en aquel momento, le causó de pronto una agitación que no supo dominar. Volvió a ver el día en que se despidió de ella, precisamente en aquel mismo sitio; ahora regresaba en ocasión más conmovedora: al llegar el término solemne, para el cual ya se sentía preparada. Estaba, en efecto, dispuesta, libre, resuelta. Sin embargo, el encuentro despertaba en ella al principio tales resonancias, que prefería alejarse.

Salió, pues; apenas si, al pasar, cambió algunas palabras con Marcos.

Pronto Maximiliano se retiró también.

Marcos se había sentado cerca de Carlos Armando, el cual, cuando se vió ya a solas con él, le dijo muy bajo, en tono de grave confidencia:

—Marcos, estoy muy mal.

Marcos, conmovido, le cogió la mano, tocó su frente y trató de tranquilizarle. Pero Carlos Armando le detuvo en seguida y cambió de conversación.

Desde hacía un instante pensaba en lo que Laura le había dicho con respecto a los sentimientos de Marcos y habría deseado provocar por parte suya una palabra clara sobre asunto que tanto le preocupaba.

Su conversación les llevó a ello con bastante natu-

alidad. Tomó un giro bastante amplio y desinteresado; habló de lo que había sido de su vida, de los suyos, de la situación en que iban a encontrarse; luego preguntó a Marcos qué proyectos tenía, y como él respondiese de modo vacilante e indeciso, Carlos Armando creyó que en aquel momento podía aludir a la confidencia que le había comunicado Laura respecto de su hermana.

Pero entonces vió aparecer en el rostro de Marcos una expresión viva de sorpresa y de molestia.

Y una vez más tuvo la sensación de tropezar con un enigma.

Sin abandonar su tono, libre y benévolo, continuó:

—¿Se ha engañado Laura?... Ella me lo dijo un día y yo lo he repetido; no pensaba contrariarle a usted... Pero si lo prefiere, no hablemos más.

Marcos, asombrado, acababa de incorporarse. Respondió:

—No. Yo no pretendo que lo que ha dicho Laura sea inexacto; pero ella ha adivinado más de lo que yo he dicho, y por mí nadie lo ha sabido aparte de ella.

La primera suposición, irreflexiva, de Marcos fué que Laura había contado a su padre todo lo ocurrido. Pero pronto vió que se había engañado. Carlos Armando, asombrado a su vez, le preguntó:

—Así es que... ¿es un secreto?

Luego agregó en tono resuelto:

—Pues bien, yo no comprendo nada; no hablemos más...

Hizo un ademán como para separar el asunto, sorprendido de encontrar otra vez un misterio que se obscurecía a cada tentativa de exploración.

Su diálogo no se prolongó mucho, porque después del esfuerzo que acababa de hacer le invadía la fatiga. Marcos salió y fué hasta el comedor, donde esta vez encontró a Laura sola.

Después de salir Marcos, Carlos Armando continuó, casi a pesar suyo, reflexionando sobre lo que acababa de oír. Volvió a ver la pena de Laura, que en cierta ocasión, hablando con ella, le había producido impresión tan viva; pensó en la confidencia de Marcos, de que ella era única depositaria, y uniendo todos los elementos de verdad que ahora poseía, vió al fin salir lentamente de la sombra lo que en realidad había pasado.

Después de buscar y pensar, dudó, y aquella inquietud aumentaba su cansancio y su fiebre. Compadecía a Laura. Se decía que si su hipótesis no era equivocada, Marcos había hecho bien en querer alejarse para siempre y lamentaba haberle llamado... Pero, por otra parte, ¿cómo era que Laura le había hablado del matrimonio de Luisa y Marcos como de cosa que ella deseaba? Y otra vez sus conjeturas caían por tierra y no comprendía nada.

* * *

Mientras tanto, Marcos, hablando con Laura en el comedor, hacía, a propósito de lo que acababa de oírle a Carlos Armando, reflexiones de orden completamente contrario. No podía menos de decirse que si Laura había repetido a su padre la confidencia que recibiera de él, a tal punto que Carlos Armando había visto el indicio de un enlace posible o deseable, esto quería

decir, por consiguiente, que ella misma aceptaba sin pena semejante perspectiva. Esta convicción le traía un gran respiro, porque hasta entonces conservaba, respecto de ella, una especie de remordimiento, y una duda, y una inquietud; veía abrirse ante sus ojos un nuevo porvenir, satisfaciendo un anhelo en el que nunca se hubiera atrevido a detenerse.

Sucedíanse en él aquellos pensamientos mientras hablaba con Laura y la observaba, sentado frente a ella.

Después de estar con su padre toda la tarde sin tener tiempo de cenar, había venido al comedor y se había sentado a la mesa, no levantada aún. Marcos manteníase a cierta distancia, frente a ella, fuera del círculo de luz intensa que proyectaba la pantalla de la lámpara colgante. Laura no comía. Sin embargo, continuaba en su sitio, viendo desde allí confusamente, en la penumbra, las facciones del rostro de Marcos.

Le preguntó cómo había encontrado a su padre. Marcos respondió de manera evasiva.

Laura no insistió. Una atmósfera de tristeza reinaba en la habitación.

Dirigió a Marcos algunas preguntas sobre lo que había hecho durante su ausencia. En vano esperó de ella alguna palabra o algún signo que aclarara sus dudas; sólo notó que hablaba con tono reposado, tranquilo, indiferente. Creyó ver también en sus facciones una expresión firme y voluntariosa en la que nunca había reparado. Las preguntas que le había hecho iban separadas por largos intervalos. El, por su parte, respondía sin precipitación, dando, sin embargo, explicaciones y

detalles, aunque adivinase bien que el pensamiento de Laura estaba lejos, distraído y dominado por preocupaciones muy distintas.

Ella le oía, sensible a veces al sonido de su voz, a las cosas que decía, sencillas y corrientes; luego, de pronto, sentíase a prodigiosa distancia de él, separada del pasado por abismos. Entonces se asombraba hasta de que aquel mundo místico donde al presente vivía hubiese dependido de la inclinación contrariada que sintiera hacia él; es decir, que hubiese nacido, íntegro, sobre tan pobre raíz. La apenó aquella idea, la ofuscó; y quiso rechazarla como para proteger su tesoro ideal y para estimarle más.

Mientras sus reflexiones se desarrollaban así, oyó su propia voz, que interrogaba a Marcos, tomar un acento gastado, vacío, incoloro, como si estuviera al borde de un abismo de emoción; bruscamente, se calló. Pero luego, para romper un silencio demasiado lleno de conjeturas, se levantó vivamente de la mesa, fué a la chimenea donde ardían los leños, acercó una silla y se sentó; luego tendió sus manos hacia las llamas como para calentarse.

Entonces empezó a hablar de su padre, y en frases presurosas, rápidas, le expresó su deseo de que no muriese fuera de la comunión de la Iglesia; y toda la vida de su alma pareció ponerla en aquel deseo. Marcos dijo:

—Yo no sé; yo no soy como usted...

Después de un silencio, Laura prosiguió:

—Este es un drama en comparación del cual todos los demás dramas se borran y no significan nada.

Pronunció estas palabras con tono tan insistente, tan cargado de expresión, que Marcos, asombrado, alzó los ojos hacia ella, pero no advirtió nada de particular en su mirada, que parecía vagamente fija en su mano abierta y extendida hacia el fuego. Entonces él se puso a mirar en silencio sus menudos dedos, que, ante las vacilantes llamas, tenían contornos rosados y casi transparentes.

En aquel momento entraron Maximiliano y Luisa; habían esperado a Marcos en el recibimiento; veinte minutos próximamente habían pasado desde que hablaba con Laura.

Marcos se levantó. Creyó hacer bien diciendo cuál era el asunto de su conversación y expresando delante de todos el deseo de Laura.

Al mismo tiempo que Marcos, ella se había levantado, manteniéndose en pie junto a la chimenea; hicieron círculo a su alrededor. No vaciló en decir que ya había expresado sus deseos a su padre y que éste no había accedido. Bien claramente vió que censuraban su insistencia y que no la comprendían. Sólo la mirada de Maximiliano, sumergida en la suya, parecía compadecerla. Entonces, en medio de un silencio de desaprobación, como bajo una carga demasiado pesada, pareció vacilar; luego puso el codo en la chimenea, apoyó la frente en la mano y murmuró:

—Es que hay cosas que vosotros no sabéis...

CAPÍTULO III

Marcos se ofreció a permanecer aquella noche junto a Carlos Armando. Veló hasta por la mañana en el despacho al lado de su cuarto y luego se fué a acostar.

Carlos Armando pasó una mala noche, muy agitada. Sólo pudo dormirse al rayar el alba. Marcos se había acercado a él sin que lo advirtiera y sin que pareciese reconocerle.

La aurora, tardía y pálida, se despertó aquella mañana lentamente, entre brumas. El río había extendido durante la noche una niebla espesa y helada que anegaba el llano, el parque, la casa, y subía hasta la cúspide de las colinas. En los paseos, al soplo de un viento imperceptible, giraban multitud de pequeños flecos grises que llegaban como ondas a estrellarse con sus remolinos en las paredes de la casa y que se veía resbalar contra los cristales. Durante toda la mañana parecía como si se estuviera perdido en el fondo de un océano de bruma; lo que causaba una sensación penosa y agobiadora.

Laura se levantó muy temprano. Deseaba no retrasar el momento en que se decidiese la unión de Marcos

y Luisa. Tomó la resolución de llamar primero a Marcos; le avisó que hiciera el favor de dirigirse, cuando bajara de su cuarto, al saloncito del recibimiento donde iría ella a buscarle. Estaba decidida a obrar a cierra ojos según el plan que se había trazado; quería olvidarse de sí misma, no retrasarse en vigilar sus propios sentimientos; tanto tenía que hacer aquel día y tan pesada era su tarea.

Por otra parte, en el fondo de su alma el sacrificio estaba, y cumplido; la ejecución era de importancia secundaria y había de costarla menos.

Cuando la previnieron que Marcos esperaba se dirigió al saloncito. Allí, precisamente, Marcos se había despedido de ella hacía algunos meses y allí habían hablado por última vez. Al verle, no temió recordárselo, pero con idea de hablar en seguida de la confianza relativa a Luisa, que entonces la había hecho él. Le dijo que desde aquel día se había propuesto comprometerle a pedir la mano de Luisa, y que había esperado su regreso con este pensamiento, estando segura de que su padre y su hermana habían de dar con gusto su consentimiento.

Se expresó Laura sin emoción, abstraída por completo en su designio. Aunque preparado, Marcos dejó notar su sorpresa y su tortura. Respondió que, pensara él lo que pensara acerca de los sentimientos de Luisa, nunca hubiera intentado, por su parte, tomar una resolución como la que en aquel momento le aconsejaba. Hasta había llegado a adoptar el propósito de renunciar de una vez para siempre, y así lo había demostrado con su conducta.

Laura le dijo muy sencillamente que su determinación no estaba bien fundada; más aún: que no tenía razón de ser. Creía comprender lo que él quería decir y el escrúpulo en que se paraba; pero, agradeciéndole su delicadeza, debía advertirle que acaso se hubiera hecho ilusiones; bien sabía él, en lo que a ella concernía, que sus gustos no la inclinaban nada al matrimonio; ya en otra ocasión se lo había dicho y luego había sentido mayor repugnancia hacia ese estado. Lo único que deseaba pedirle es que no hablara a Luisa de los incidentes ocurridos en otro tiempo entre ellos. Ahora deseaba vivamente ver realizado el matrimonio, y esperaba que Marcos hiciese la petición a su padre aquel mismo día; para él había de ser motivo de gran satisfacción, y ella misma sería feliz viendo la unión bendecida por él; para eso era necesario apresurarse...

Seguía viendo en Marcos, sin embargo, un resto de malestar y de duda, y quiso disiparlo. Agregó que ya le había hablado a su padre de aquel proyecto. Marcos, recordando la conversación de la víspera, contestó que lo sabía, y, finalmente, persuadido, agradeció a Laura tan imprevista felicidad. Así parecieron arreglarse las cosas.

Ella le rogó que permaneciese en el salón y la esperara.

Luego se dirigió al cuarto de Luisa y la encontró acabando de vestirse. La comunicó cuanto había ocurrido en aquel momento entre Marcos y ella. Luisa se puso muy pálida; permaneció inmóvil, mirando a Laura, como si no la hubiera comprendido. Su hermana repitió la explicación diciendo que desde el día en que

Luisa le hizo sus confidencias pensó en preparar aquel matrimonio porque estaba convencida de que Marcos accedería. De lo cual acababa de tener la mejor prueba.

Luisa, como es natural, en el primer instante fué asaltada por el pensamiento de que aquel proyecto rompía con lo que antes parecía acordado entre Laura y Marcos; de ahí su sorpresa, acompañada de una inquietud indefinible y una especie de desconfianza. Pero, por otra parte, no se paró a imaginar en su hermana una abnegación y un renunciamiento cruel, porque el tono de Laura, su manera de ser, tranquila y afectuosa, y aquella misma intervención, con más todo lo que sabía acerca de su carácter, la hacían suponer, por el contrario, que estaba ya desinteresada. No obstante, algo quedaba en aquel acontecimiento que no podía comprender y que la impedía admitir la realidad y acogerla con júbilo. Abrazó a su hermana, agradeciéndola su cariño, pero sin entusiasmo; al contrario, con un embarazo y una vacilación que Laura supo estimar en el fondo de su corazón.

Laura la dijo que debía llevar su respuesta a Marcos, que la aguardaba; bien sabía cuál iba a ser el sentido de esa respuesta, y, por consiguiente, no había para qué retrasarla; tanto más, cuanto que ella deseaba vivamente que su padre diera el consentimiento, que acaso mañana no se le pudiera pedir.

Le propuso que fuera con ella en busca de Marcos.

Luisa rehusó, diciendo que antes quería reflexionar. Aceptó Laura sus escrúpulos, sonriendo. Pero pronto vió que, según había previsto, su hermana estaba demasiado conmovida para meditar seriamente, y que,

en realidad, no pensaba en nada. Así se lo dijo, y Luisa convino en ello. Luego la preguntó por qué hasta entonces no había hablado de aquel propósito, y Laura respondió que antes era preciso haber hablado con Marcos.

—Es decir —replicó Luisa con un poco de amargura—, que sin ti él no lo hubiera pensado y has sido tú quien lo ha dispuesto todo... Ya comprendes que, para mí, eso no es aceptable.

Una vez que se hubo tranquilizado acerca de ese punto, tomó ella misma el partido de acompañar a su hermana al saloncito donde aguardaba Marcos.

Luisa y él, delante el uno del otro, dejaron aparecer en su rostro y en su actitud alguna confusión. El comenzó diciéndola lo que Laura acababa de aconsejarle y cómo le había prometido que su petición sería bien recibida. Luisa no pudo responder sino balbuceando, y toda la conversación se habría reducido a eso si Laura no hubiera agregado algunas palabras. Además, el estado desesperado de Carlos Armando, presente en el espíritu de todos, daba a aquella escena un fondo de tristeza severa y proyectaba sobre la misma felicidad su sombra grave.

Para obrar con los mayores cuidados posibles respecto de Carlos Armando y evitarle emociones que pudieran serle peligrosas, Laura ofreció prevenirle de la gestión que iba a hacer Marcos. Saliendo del salón Luisa, dijo a su hermana que no había querido hablar de cómo llegó a conocer sus sentimientos, y la comprometió a no decir nada más.

Luego, ya tomadas sus disposiciones, se dirigió al cuarto de su padre.

Pero allí encontró dificultades inesperadas.

Acercóse al lecho de Carlos Armando; parecía muy abatido; tenía los ojos cerrados; al abrirlos, su rostro se iluminó con una sonrisa cuando vió a Luisa a su lado. Con voz débil la dijo que estaba contento de que hubiese venido.

—He pensado mucho en ti toda la noche —agregó—. Y hasta he llegado a tener alguna vez pensando en ti una especie de angustia...

Laura le miró con sorpresa.

—Ayer tarde —explicó— he hablado de ti con Marcos, y cuando luego he reflexionado en lo que él me ha dicho, he quedado muy inquieto.

Laura frunció las cejas y preguntó:

—¿Qué te ha dicho?

Carlos Armando no respondió directamente. Esperó algunos segundos y luego murmuró con dulzura:

—Hija mía, he tenido miedo de que en algo te hayan herido...

Latió más fuerte el corazón de Laura, comprendiendo que su padre debía de haberlo adivinado todo. Carlos Armando siguió su explicación y al mismo tiempo sus preguntas con voz muy lenta.

—Ya ves; ayer me dijo que sólo tú conocías sus sentimientos respecto de Luisa, que era un secreto para todos menos para ti; entonces yo he buscado el porqué de ese secreto y también la razón de su repentino viaje.

Aquí se detuvo, mirándola, y Laura no dudó de que había entrevisto la verdadera razón. Sin embargo, permaneció inmóvil, y así él, viendo su impasibilidad,

vaciló, dudó, y, finalmente, no se atrevió a decir lo que había pensado.

Hubo un silencio, que Laura rompió con resolución.

—Padre, ahora ya no hay secretos. Luisa lo sabe todo; yo la he enterado esta misma mañana, y no por eso Marcos se ha ofendido lo más mínimo; él quiere pedirte la mano de Luisa; vendrá en seguida y yo estoy aquí para anunciártelo. Puedes darles tu consentimiento. Luisa, estoy ya segura, lo recibirá con alegría.

Carlos Armando, asombrado, se incorporó un poco en su lecho.

—¿Así es que Marcos va a venir? —murmuró.

Laura vió que aquello le impresionaba. Permaneció un momento su padre como reflexionando, y luego siguió:

—¿Luisa te ha dicho ya que ella acepta con gusto?

—Sí.

—¿Estos mismos días?

—No, hace ya mucho tiempo.

—¿Y eso también eras tú la única que lo sabía?

—Tal creo.

Pero, por escrúpulo, agregó:

—Seguramente.

—Entonces eres tú la única que los ha unido. Puesto que Marcos se había marchado, sin ti ese matrimonio hubiera sido imposible y no se habría hecho nunca. ¿No es verdad?

—Sin duda— dijo Laura. Bien veía qué tendencia llevaban las preguntas de su padre y a qué suposiciones obedecían, viéndole seguir el hilo de un mismo pensamiento. Tembló de que acabara por plantear al

fin la pregunta directa: ¿Llegaría a preguntarle si había querido a Marcos y si Marcos había adquirido compromiso con ella? A tal pregunta le hubiera sido imposible no responder sinceramente. ¡Cuánto mejor hubiera deseado que todo permaneciese secreto! Primero, por ella, y luego, porque suponía que si su padre se enteraba de toda la verdad, aquel matrimonio le afligiría y acaso se negara a consentirlo... Y ella no quería que fuesen ahora estériles sus largos esfuerzos...

Pero no; aquella pregunta Carlos Armando no se atrevió a formularla. Alzó sólo hacia ella sus ojos tristes, inquietos, como si de pronto hubiese penetrado en el fondo de su sufrimiento; pero la mirada de Laura permaneció voluntariamente firme y cerrada.

De este modo, se tranquilizó. Laura se volvió un poco; la emoción había coloreado sus mejillas. Dijo:

—Padre, bien sabes tú cuáles son mis preocupaciones...

De pronto su voz tembló y se apagó:

—Lo sabes bien; sabes que yo no vivo para el mundo...

Luego, agregó más bajo:

—Yo no pienso más que en la eternidad.

Carlos Armando bajó los párpados, como indicando que lo sabía. Acaso comprendió que aquello era al mismo tiempo una apelación dirigida hacia él, hacia su alma eternal. Laura vió una sombra pasar sobre su frente, algo como una pena o un sentimiento.

Sin embargo, no dijo nada.

Volvió sobre el matrimonio de Luisa y Marcos. Explicó que estaban destinados a entenderse perfecta-

mente. Carlos Armando dijo que contaban con su consentimiento, pero que ahora se sentía demasiado débil para recibir a nadie. Pidió que fueran a verle Luisa y Marcos por la tarde, cuando estuviese más descansado. Laura se fué muy conmovida y transmitió su respuesta.

A consecuencia de esta conversación, la asaltaron fúnebres imágenes y presentimientos. Le parecía que acababa de hablar con su padre por última vez. Y luego, aquel silencio con que de nuevo acababa de tropezar respecto de su salvación le causaba un sentimiento punzante.

Se echó un manto y salió. La semiclaridad de la mañana enlutada la atraía, y aquella niebla opaca que fuera envolvía todas las cosas estaba en secreta concordancia con su desolación. En las avenidas, los troncos de los árboles, envueltos en túnicas de blanco vapor, tenían aspecto de fantasmas; paseó algún tiempo, a la ventura, por el parque; luego echó por el camino que conducía a la capilla y las colinas.

El camino conducía también al cementerio, y lo siguió por necesidad de tristeza y de una realidad pareja con sus pensamientos. Andaba por él, pensando en el cortejo que pronto tendría que seguir por aquella misma tierra... Sin embargo, en medio de la obscuridad de su alma y de la fúnebre amargura, poco a poco se reanimó en ella y se encendió una esperanza mística.

Casi a pesar suyo, se puso a mirar, a escuchar. La atmósfera estaba como apagada y silenciosa. Respiraba la niebla fría que traspasa los huesos. Cerca de ella, los árboles a orillas del camino, apenas deshojados, porque hasta entonces no había habido fuertes heladas; sus ra-

mas altas se perdían en la bruma, de donde su espléndido ropaje descendía como silenciosa cascada de oro. Entre los troncos, se divisaban los primeros planteles de viñedos rojos, que daban también con su vestidura una nota de opulencia. Laura no pudo menos de pensar en aquel otoño magnífico que se extendía a su alrededor, velado y adormecido; y así, poco a poco, se encontró asociada a la universal espera que pesaba sobre las cosas. Imaginó que si el Sol desgarraba las nubes estallarían bajo sus rayos mágicos, hasta perderse de vista, las coloraciones de noviembre, bronce, verde y púrpura, más frescas al influjo de la niebla y de la noche. Las gotas de rocío centellearían al sol, todo se despertaría, irían de árbol en árbol las urracas y se vería volar a los zorzales, cuyo áspero reclamo oía de vez en cuando por los viñedos, a través de la neblina.

Y sucedió precisamente que, al sopló de un vientecillo más suave, la cortina de brumas tendida sobre los ribazos comenzó a ser muy lenta y muy misteriosamente levantada, y se hizo blanca, casi azulada a trechos, como invadida por el azul. Eran aproximadamente las once de la mañana; cielo y tierra se iluminaban a un tiempo. Laura vio realizarse poco a poco y extenderse a su alrededor la imagen que se había formado de antemano; y así, acabó de subir la colina, no ya concentrada en sí misma ni encerrada en sus sueños fúnebres, sino, al contrario, y casi sin quererlo, atenta, unificada con lo que sucedía en aquella Naturaleza inmensa, con un peso más dulce sobre el corazón.

Aquí y allá emergían sobre las tierras inmediatas, cúpulas de árboles que relucían como joyas. A medida

que, al avanzar, iba descubriendo mayor horizonte, su espíritu, confundido en aquella segunda aurora, se aligeraba, se liberaba; su propio cielo se desprendía también. Conducida, elevada al centro de aquel paisaje que se abría a la plenitud del sol, con un impulso interior tan vasto como lo que veían sus ojos, dejó lentamente caer y desvanecerse las impresiones sensibles de la muerte a que poco antes se había abandonado.

De este modo, su alma se abrió por entero a las seguridades de la vida eterna y volvió a hallar, intactos, los profundos manantiales de luz y de certeza... Llegó a la capilla, la pasó y acercóse a la verja que cerraba el cementerio pequeño. Pero si había venido hacia ese paraje como hacía una emoción extrema, ahora, al contrario, una vez en él, se encontraba apaciguada, desdeñosa e indiferente a las tumbas y al aspecto fatídico del Destino. Puso su mano en los hierros de la verja y sumergió su mirada a través de la bruma, deshecha y desgarrada, divisando los cipreses negros, como penetrados de vaho, una avenida, una cruz, lápidas entre la hierba; pero estaba como desinteresada de la muerte terrestre.

Una vez más rezó para que la voluntad de su padre se iluminara como se había iluminado la suya. Desde las celestiales alturas, aquella existencia sublime, de cuyo porvenir no dudaba, parecía arrastrar hasta ella sus pliegues en el minuto presente. Para obtener lo que con tanto fuego deseaba, Laura hizo a Dios el sacrificio de su vida, prometió encerrarse en un convento, y cuando, desde el fondo de su alma, elevaba aquella ofrenda al Cielo le parecía que, en efecto, se realizaba

ese cambio, ese trueque místico; algo quedaba en prenda, algo había recibido.

Aquel voto, que desde hacía tanto tiempo venía preparándose en su corazón, le acudió a los labios espontáneamente, y tuvo luego la impresión de una gran plenitud interior y de una altísima libertad. No sólo por razón de aquella esperanza, cuya equivalencia era sublime, sino como si al presente su espíritu descansara más allá de todos los conflictos. Ya no se sentía en lucha consigo misma ni con el mundo interior, que por vez primera le parecía no oponerse a Dios, sino, al contrario, conducirla, elevarla a Él, como había ocurrido con ella en el ribazo de aquella colina.

Los objetos de la Naturaleza le parecían bañados de un misterio místico, revestidos a sus ojos de atavío espiritual; así es que, en vez de separarse de ellos con dureza, como antes, los miró con reconciliada dulzura, como si, liberada del propio renunciamiento, hubiera visto renacer un mundo en rededor suyo. El paisaje, fresco y naciente, acababa de desvestirse su ropaje de brumas y brillaban nubecillas en el cielo azul; el río, curvo y azulado, espejeaba entre las arenas. Las imágenes terrenales no le pesaban ya y en su belleza no quedaba nada que fuese inasequible y amargo. Experimentaba una alegría tranquila, armoniosa, y sólo más adelante, al acordarse de todas las circunstancias de aquel día, fué cuando se preguntó cómo había podido nacer aquella flor de paz y de certidumbre al borde de los abismos.

En tal consonancia se encontró con aquel paisaje, que tuvo la obscura convicción de haber sido en algunos

instantes como su conciencia más profunda, y casi de haberle guardado, encerrado dentro de ella, mientras se encaminaba hacia el instante en que había de sentir el más grande olvido de sí misma. Volvió a caminar, y descendió la pendiente de los ribazos. Después de haber hecho aquella mística donación, como si hubieran caído las barreras de su sér, le acudía al corazón benevolencia y caridad, por decirlo así, impersonales. Divisó a sus pies, entre los macizos de árboles del parque, la casa con sus tejados, sus fuentes, sus paredes con recuadros de ladrillo. Un resto de niebla, blanca, limpia, delicada, se arrollaba a ella como transparente velo de muselina. Pensando en lo que allí ocurría, se imaginó la inquieta agitación, los cuchicheos misteriosos, los pasos ahogados; entonces se detuvo, casi asombrada de sí misma. ¿Cómo era que ella estaba en aquel momento tranquila, serena, abstraída? ¿Era indiferencia? Se lo preguntó con espanto. ¿O era porque realmente llegaba allí como enviada, como mensajera, llevando celestiales promesas?

* * *

Durante gran parte del día Carlos Armando permaneció extenuado. Hacia las tres de la tarde hizo llamar a Laura, y le dijo que deseaba aprovechar aquel momento para recibir a Marcos y a Luisa, según había convenido por la mañana.

Respondió que iba a buscarlos. El la rogó que viniera con ellos, y agregó que le gustaría que estuviera también presente Maximiliano. De manera que pron-

to se encontraron reunidos todos alrededor de su lecho.

Le hallaron tranquilo, con la voz reposada. Dijo a Marcos y a Luisa que su estado de debilidad no le había permitido recibirlos antes y hablar con ellos, como hubiera querido; que, por otra parte, Laura había desempeñado su misión de modo que ya era superfluo volver sobre lo mismo; así es que daba con gusto su consentimiento para un matrimonio que, según el testimonio de Laura, deseaban uno y otro en el fondo de su corazón; pronunció estas últimas palabras como si solicitara confirmación, que ambos se apresuraron a darle.

Permanecían en pie a su lado; Laura se había colocado detrás de ellos a cierta distancia, de pie también, inmóvil, apoyándose un poco en una butaca. Maximiliano, a los pies de la cama. Aquellas palabras habían exigido algún tiempo, porque Carlos Armando se expresaba con lentitud. Todos estaban vivamente impresionados. Laura, que un momento antes juzgábase dueña de sí misma y desasida, ahora que asistía al cumplimiento definitivo de lo que ella había preparado, llegando al final de su heroico y doloroso esfuerzo, sentíase invadida lentamente por la emoción y por las memorias.

Carlos Armando, dirigiéndose siempre a Luisa y a Marcos, les dijo que le afligía entristecer aquel momento con las inquietudes que despertaba su enfermedad; que hubiera querido no hablar de ello, pero se encontraba casi obligado a explicar un deseo que sentía; porque, temiendo que no le fuera posible asistir a su matrimonio, deseaba, al menos, estar presente a sus pri-

meros compromisos y que Marcos pusiera en el dedo de Luisa el anillo de sus desposorios. Así, en vista de la gravedad de su estado, e ignorando lo que le reservaba un porvenir muy próximo, sería feliz si aquella ceremonia se celebraba lo más pronto posible, aquel mismo día, si estaba en su mano, si no había ningún inconveniente y todos se encontraban dispuestos.

Respondieron que le agradecían aquella atención, que consideraban inestimable, y que él podría fijar el día y el momento que le pareciese mejor, porque para ellos lo mismo daba un día que otro.

Carlos Armando asintió con un movimiento de cabeza.

—Está bien —dijo.

Reflexionó y prosiguió luego en tono grave:

—Verdad es que no tenéis anillo... Pero yo he pensado en eso... Para este caso, tomaréis, si os parece, el que yo di a tu madre, Luisa, hace veintiséis años, cuando nuestros propios esponsales; será para mí una alegría volverle a ver en tu mano.

Como aprobaran todos, rogó a su padre que fuera a buscar aquella sortija, que estaba en un mueble de la habitación inmediata.

Cuando Maximiliano hubo salido, y mientras esperaban su regreso, Carlos Armando conversó a media voz con Luisa y Marcos, tomando, después de aquel principio un poco solemne, otro tono más sencillo y familiar. Varias veces preguntó a Luisa si era feliz, satisfecho con escuchar su respuesta; interrogó a Marcos sobre sus proyectos para el porvenir, y en particular sobre si querría más adelante instalarse y vivir en la Mettrie.

Luego, inclinándose un poco, vió a Laura, que, algunos pasos más allá, estaba en pie y sola.

—Y tú, hija mía —le dijo—, ¿qué harás entonces?

Respondiendo a aquel afectuoso llamamiento, Laura se adelantó y luego dijo con sencillez:

—Padre, yo entraré en un convento.

Luisa y Marcos se habían separado para dejarla llegar hasta Carlos Armando, y así, se encontró entre ellos. Los dos se estremecieron al oír aquella declaración inesperada, y con un solo movimiento la miraron; pronto cesaron, sin embargo, de asombrarse de una resolución anunciada ya por tantos indicios. Pero Carlos Armando, más afectado, palideció visiblemente.

—¡Cómo, Laura! —murmuró—. ¿Encerrarte en un claustro?... ¿Y para siempre?

—Sí —dijo gravemente, con un ademán de cabeza.

Carlos Armando continuó:

—¡Pero no me habías dicho nada todavía! Esta mañana, por ejemplo, ¿por qué no haberme hablado de ello?

La miró con intensa expresión de pena.

Laura dijo:

—Esta mañana todavía no estaba decidida.

—¡Cómo! ¿Hoy mismo no estabas decidida? ¡Hoy, para siempre!

Luego, con gran viveza:

—Pero, Laura, ¿por qué?

Las dudas que le habían preocupado la noche anterior y aquella mañana volvieron a su memoria; vió una relación entre sus suposiciones y aquel nuevo acontecimiento, que parecía confirmarlas. Movió la cabeza.

—Laura, Laura —dijo con tono de reproche—; no me lo has dicho todo...

Luego, como si se asombrase de pronto del sacrificio que acaso había hecho ella y de toda su conducta, detuvo su mirada un segundo sobre su hija con un brillo singular, y de nuevo murmuró:

—Laura...

En seguida pareció absorberse en pensamientos muy graves y su reflexión acabó por un gesto de fatiga.

Todos callaron.

Maximiliano volvió trayendo el estuche que había ido a buscar. Se lo entregó a su hijo. Carlos Armando le abrió, sacó la sortija, que todos seguían con los ojos, y la miró algún tiempo; luego pareció examinarla con atención. Laura se había separado, volviendo a su sitio primero. La sombra de la tarde, rápida, de noviembre, empezaba a deslizarse por la habitación, proyectando ya su obscuridad alrededor del lecho de Carlos Armando. En sus dedos brillaba, sin embargo, la sortija. Un hermoso diamante, límpido, parecía recoger los fugitivos reflejos del día, en medio de un cortejo de piedras minúsculas que centelleaban como pequeñas miradas. Después de haberla contemplado, Carlos Armando la tendió hacia Marcos.

—Tome usted —le dijo— este anillo, que tantas cosas me recuerda... Luego le dará a Luisa otro que elijan ustedes a gusto de ella; éste no es mas que un símbolo. Las relaciones de ustedes son precipitadas; yo tengo la culpa...

En aquel momento se interrumpió, y levantando la cabeza dijo:

—¿Por qué lloras, Laura?

Se volvieron, y, en efecto, vieron caer lágrimas de los ojos de Laura. Ésta hizo señas de que la dejaran, de que no se ocupasen de ella. Su emoción no sorprendió a nadie, pues todos tenían la garganta oprimida. Marcos tomó el anillo y se lo puso a su novia en el dedo.

Pero Laura, desde el instante en que cedió a las lágrimas, se encontró sin fuerzas, desamparada. Sus penas, adormecidas, iban despertándose una tras otra; y de lo más profundo de su sér, como arrastrados por la ola de sus lágrimas, subía otra vez a flote una multitud de sentimientos rechazados o reprimidos. No es que le pesase nada de lo hecho; pero no podía defenderse contra el daño que le causaban tantas imágenes del pasado. Fué un brusco desfallecimiento de su voluntad, una debilidad súbita e imprevista. Su padre, persuadido de repente de la verdad de sus sospechas, la miraba consternado. Ella no tuvo ya valor para guardar su secreto; se fué hacia él como hacia un amparo, hacia un refugio; hacia él, que sabía y podía comprender. Estaba sin fuerzas, encogida, con el rostro oculto entre las manos, y parecía sufrir una angustia infinita.

Carlos Armando se había incorporado bruscamente; el rostro se le demudó y de nuevo se puso muy pálido. A su alrededor, la aflicción de Laura se atribuyó a la gravedad de aquella escena; pero él, preparado por sus sospechas y su larga inquietud, veía claro en aquel momento y no conservaba ninguna duda. Laura se detuvo muy cerca de él. Carlos Armando dijo en voz baja:

—¡De modo que esta mañana había adivinado la verdad!

Y ella, deshecha en lágrimas, hizo un signo afirmativo.

Carlos Armando midió el sacrificio de su hija por su desesperación; pensó en su existencia, en adelante consagrada al claustro; en un relámpago, se representó su larga paciencia, su secreto, su grandeza de alma; apenas si en aquella primera ojeada podía sondearlo todo. Sintió una admiración mezclada de una inmensa pena. Dejó caer la cabeza en la almohada, y balbuceó algunas palabras, como dirigiéndose a sí mismo un reproche. Luego, incorporándose un poco por segunda vez, tomó la mano de Laura con ternura, y murmuró:

—Hija mía, hija mía; a unas horas de la muerte, ¿qué puedo hacer todavía por ti?

Al ver los sollozos de Laura y su súbito impulso hacia su padre, Maximiliano y Marcos la habían censurado en su interior, pues temían, por él, la impresión de una escena tan emocionante. Aquel rápido diálogo no llegó a sus oídos; Luisa tampoco lo oyó. Pero vieron a Laura, que se había inclinado hacia su padre, erguirse vivamente con un gesto de terror. Carlos Armando parecía desvanecerse. Marcos se aproximó vivamente.

—Es necesario dejarle que descanse—dijo—. Vea usted, Laura, son demasiados acontecimientos para él. Esto era inevitable. Lo mejor es que se aleje todo el mundo.

Siguieron su consejo. Laura, su hermana y Maximi-

liano se retiraron al extremo de la habitación; luego pasaron al despacho, contiguo a aquella estancia.

* * *

Permaneció allí Laura por espacio de algunos minutos, maldiciendo su debilidad y sus lágrimas irreprimibles. Le parecía que todos habían debido de leer abiertamente en su corazón, y mas que nada temblaba ante la idea de que la emoción que acababa de sufrir su padre le fuese fatal. Su hermana y su abuelo, adivinando este último temor, se aplicaron a tranquilizarla lo mejor que pudieron; por otra parte, nada revelaba en ellos que hubiesen penetrado los verdaderos motivos de su llanto, y poco a poco se serenó. Se había hecho de noche, y se encendieron las lámparas. Carlos Armando, que había perdido el conocimiento, volvía en sí con mucha dificultad: pasó una hora sin que se produjese en su estado ningún cambio notable.

Laura salió y se fué a su habitación. Sin saber cómo, se había extendido la noticia de que su padre se había agravado, y en el vestíbulo encontró varios criados que la interrogaron con palabras inquietas. Una vez llegada a su cuarto, se puso de rodillas y oró; y entonces, en medio del desorden de sus pensamientos, sintió nacer y crecer en sí, borrando, dominándolo todo, la obligación de un imperioso deber.

Ya no había ningún plazo; la hora inexorable había llegado... Las últimas palabras que le había dirigido Carlos Armando volvían a su espíritu, resonaban aún en sus oídos, y cediendo al deseo de salvar el alma de su

padre, quería encontrar en ellas una aquiescencia a lo que le había preguntado. ¿No había declarado que consentía lo que ella desease? ¿En qué podía pensar sino en aquello? ¡Era preciso que así fuese! ¿Qué valían su vida, el don de sí misma, tantas oraciones, tantos sufrimientos, si no valían aquello? Las exaltantes impresiones que había experimentado durante su paseo de la mañana se prolongaban en su alma. Aquella angustia súbita, aquel movimiento irresistible que la había lanzado hacia su padre, aquel incidente de una hora antes, tan imprevisto para ella misma, y que apenas se explicaba, le parecían ahora señalados con el sello de una intervención misteriosa y casi divina.

Salió de su habitación y volvió al despacho de Carlos Armando. Allí encontró de nuevo a Maximiliano, a Luisa y a Marcos. Le dijeron que su padre estaba un poco mejor. Se aproximó a Marcos y le preguntó en voz baja: quería saber lo que pensaba él del estado de Carlos Armando. Marcos le dijo que podía recobrar aún algunas fuerzas, pero al mismo tiempo dió a comprender con un gesto que no esperaba nada de ellas y que, por otra parte, casi era mejor no desearlo tampoco.

Después de oír esta respuesta, que preveía, se separó de Marcos, y colocándose bien enfrente de todos, preguntó que les parecía que se llamase a un sacerdote.

Su voz era un poco conmovida, pero clara, resuelta.

Sabía que esta proposición iba a encontrar resistencia; en efecto, hubo un movimiento general de sorpresa y, sin duda, también de contrariedad. Pero su actitud no cambió. Después de un silencio, Maximiliano le respondió:

—Laura—dijo, en tono afectuoso de reproche, y casi de ruego—. Tú misma nos has confesado que eso no entraba en las intenciones de tu padre. Él te lo ha dicho... ¿Podríamos obrar ahora contra sus sentimientos?

Sabía que apenaba profundamente a Laura; se había acercado a ella, y, como para pedirle perdón por lo que iba a decir, le había cogido la mano, con gesto afectuoso. Laura le abandonó la mano, pero distraídamente, casi sin poner atención con ello, sin que un rasgo de su rostro cambiase. Comprendieron que su voluntad no se doblegaba.

Maximiliano, entristecido por su insistencia, le recordó de nuevo las negativas de su padre.

—Sin duda —dijo Laura—; pero ahora hay algo que ha cambiado.

No repararon en esta respuesta, y nadie trató de saber qué era lo que había cambiado.

Marcos objetó que los sacramentos no eran, sin embargo, señales puramente materiales, y que, por lo tanto, no eran valederos sin consentimiento del interesado.

Laura replicó, con su tono tranquilo y resuelto, que había solicitado de Dios que le inspirase a su padre ese consentimiento; que con esa misma intención había hecho voto de ser religiosa: además, si le eran conferidos a su padre los últimos sacramentos, ¿cómo decir que en ello no había mezclado nada espiritual?

Estas palabras causaron una viva impresión; conocieron la profundidad de su deseo; ¿qué podían contra aquello razones de orden humano? Comprendieron que sería preciso ceder.

Maximiliano, sin embargo, dijo:

—Tu padre no se halla en estado tal que no se dé cuenta de lo que pasa.

Laura hizo un signo de aquiescencia como para indicar que aquello no era de ningún modo una objeción.

—¿Y si no quiere? —prosiguió Maximiliano.

—Querrá —dijo Laura—. Casi ha prometido ya... Pero siempre he pensado que sería preciso interrogarle primero. Voy a hacerlo.

Maximiliano, Luisa y Marcos experimentaron un sentimiento de angustia, pues les era doloroso oponerse a Laura, pero igualmente doloroso les era también que las últimas horas de Carlos Armando fuesen así turbadas. Se daban cuenta de que Laura estaba muy lejos de ellos, de que se movía en otra atmósfera; y, sin embargo, no comprendían hasta qué punto había desaparecido para ella el aspecto material y físico de la muerte.

Laura se dirigió a la habitación de su padre; Luisa quiso seguirla, y entró con ella, pero se detuvo en mitad de la habitación, sin acercarse al lecho de Carlos Armando. La alcoba estaba medio sumergida en la sombra; una sola lámpara, velada por espesa pantalla, ardía sobre la mesa. Laura la cogió. Una vez a la cabecera de su padre, la levantó mucho y la desvió algo a fin de que la luz no le hiriese. En la vasta habitación, tan sólo un reducido espacio alrededor de Laura se encontró en plena claridad. Maximiliano y Marcos se habían quedado detrás.

Entonces dirigió a su padre la pregunta que se había propuesto hacerle. Carlos Armando oyó quizá. Hizo

un esfuerzo como para hablar, y, sin embargo, no respondió. Transcurrieron algunos segundos en espera cruel. Luisa llamó a Laura en voz baja y suplicante. Pero Laura no puso atención en ello, y repitió su pregunta con la misma entonación, clara y precisa.

Tampoco esta vez obtuvo ninguna respuesta, y, sin embargo, no se retiró. Esta obstinación rebeló a Luisa, que llegó hásta ella y, cogiéndola con fuerza por el brazo, le dijo:

—¡Laura, qué cruel eres!

—¡Laura, no la comprendo a usted!—dijo por su parte Marcos, que se había acercado.

Ni Luisa ni Marcos pudieron olvidar aquel minuto, ni perdonárselo. No sabían cuánto había sufrido; no podían concebir tampoco que, inclinada así con la lámpara hacia aquel moribundo, tan amado, era, según su propia visión, otra cosa distinta de lo que aparecía a los ojos de ellos.

Esta vez Carlos Armando respondió. Pronunció una frase, cuyo sentido preciso, a decir verdad, escapó, pero que tenía, sin duda alguna, el tono de un consentimiento. Todos tuvieron la impresión de ello, y, sin embargo, nadie, ni Laura misma, se decidió a obrar, hasta no estar plenamente convencidos de su verdadera voluntad.

Laura cambió unas palabras con Maximiliano, y luego salieron juntos. En el vestíbulo y por las escaleras encontraron un grupo numeroso de servidores, jardineros, criados de la granja vecina, que habían acudido en busca de noticias, y que esperaban, silenciosos, en la semioscuridad. Maximiliano llamó a uno de ellos y le dijo que fuese en busca del párroco. Esta nueva circuló

y se extendió en seguida entre ellos. A Maximiliano le extrañó el ver que la noticia causaba satisfacción real y como un alivio a aquellas gentes, no precisamente piadosas, sino muy ligadas a los ritos y a las costumbres. Nadie dudó de que aquella última decisión se debía a la influencia de Laura, y a su paso se separaron con particular y visible deferencia.

Maximiliano se lo hizo observar, pensando que esta simpatía pudiera complacerla. Pero ella no puso apenas atención... ¿Qué pensaba? Su abuelo no pudo saberlo.

Quiso respirar algunos instantes el aire libre; bajó sola hasta la puerta, que abrió, y llegó a la escalinata. Eran más de las siete de la tarde; la obscuridad, completa; hacía frío; el cielo estaba despejado; no era uno de esos cielos de verano, vivos y cuajados de astros, sino un cielo con extensiones congeladas y sombrías, de donde se desgranaban estrellas solitarias...

Se estremeció ante aquella inmensidad; en el curso de aquellos minutos de fiebre, iba hacia la noche como hacia un refugio, para pedirla un poco de tranquilidad y de calma; pero, por el contrario, tuvo casi miedo de aquellas profundidades desmesuradas. ¿Dónde, pues, refugiarse? No sabía... Vió de nuevo en su imaginación aquella alcoba que acababa de dejar, pequeña, mezquina, bajo la escasa claridad de una lámpara, con su drama infinito. Cuando se llevan en sí semejantes imágenes, no se puede caminar bajo los astros. Volvió temerosa, inclinando la cabeza a la luz de las estrellas.

Acudió un sacerdote, hombre dulce y de edad avanzada. Se le dejó algún tiempo solo con Carlos Armando. Después, administrados ya los últimos sacramentos,

entró todo el mundo. Se abrieron las puertas, y el pueblo que esperaba entró en la habitación, y, con gran recogimiento, se arrodilló frente al lecho de Carlos Armando.

La sala estaba ahora muy iluminada. Carlos Armando no se daba cuenta de nada. Maximiliano, hundido, con el rostro desencajado, se mantenía cerca de él. Luisa, a alguna distancia, arrodillada en un reclinatorio; Marcos, a su lado. Laura, en pie frente a su padre, entre el lecho y las gentes arrodilladas, con el rostro tranquilo y con un reflejo inmóvil en los ojos.

Cuando terminó el sacerdote su oficio salió silenciosamente. Sin embargo, a pesar de haberse marchado él, nadie se movió. ¿Qué esperaban? Nadie hubiera podido decirlo, y, sin embargo, esperaban, como si fuese a pasar alguna cosa. Así transcurrió un minuto, quizá.

En medio de este silencio y de esta inmovilidad, Carlos Armando, después de una larga postración, se reanimó un poco; hizo un movimiento y abrió los ojos. Sin duda buscó a Laura con la mirada, pues cuando la distinguió, un breve y supremo diálogo se entabló entre ambos. Inmenso estremecimiento recorrió la asamblea, pues todos estaban persuadidos de que jamás se le volvería a oír. Con voz débil y dulce, pero que guardaba intactos su entonación particular y su timbre un tanto musical, dijo:

—¡Hija mía!

Y en seguida, añadió:

—¡Qué feliz soy por volverte a ver!...

Por la emoción y la ternura de su acento comprendieron todos que era ella particularmente, con prefe-

rencia a cualquier otra persona, quien le hacía sentir la dicha de ver todavía, sólo que no podían comprender el por qué.

Laura se acercó. Todas las cabezas se inclinaron. Sólo ella permaneció derecha en medio de la luz, y dijo:

—Aquí estoy, padre mío...

Su voz era igual, rígida, clara, y, sin embargo, en el curso del coloquio rápido e imprevisto que siguió, todas sus palabras tuvieron un sonido espléndido, como si cayesen de una altura maravillosa.

—He estado como en un profundo sueño... —balbuceó Carlos Armando.

Y añadió:

—He sufrido, he gritado, quizá...

Laura le dijo:

—Tranquilízate.

—Pero todo ha terminado —continuó Carlos Armando.

Luego, con una solemnidad que hizo de nuevo estremecer a la concurrencia, dijo lentamente:

—Todo ha terminado; ¿dónde voy a entrar ahora?

Laura respondió:

—En el reino de las almas, padre mío.

A estas palabras, sin duda Carlos Armando se representó en un instante todo lo que había sabido de su hija, y quizá también pensó en la fuerza que había tomado de sus esperanzas celestes. Con enternecida admiración, respondió después de algunos segundos:

—En tu reino, Laura... ¿Puedes abrirme las puertas de tu reino?

Ella, nuevamente, con serena certidumbre, le dijo:

—Padre mío: las puertas te serán abiertas.

Después de esto, Carlos Armando dejó caer de nuevo la cabeza, que había levantado ligeramente. Una vez más pensó en el sacrificio de su hija, cuya revelación le había trastornado horas antes, y le dijo con tono amplio, grave, de reconocimiento:

—Hija mía: ¡Gracias por lo que has hecho!

Luego, muy lentamente, agregó este deseo:

—¡Que todo pueda calmarse algún día!

Y todo acabó. Un último suspiro se deslizó por sus labios; hubiera podido creerse que empezaba a dormirse; moderóse la tensión de su rostro y ya no se volvió a oír su voz.

En las últimas palabras de su padre, Laura veía en aquel momento una aprobación sublime de su conducta y de sus voluntades. Se oyó rumor de sollozos entre los presentes, a quienes aquel diálogo había emocionado profundamente. ¡Qué poco podían comprender, sin embargo, todo lo que aquellas palabras justificaban, dulcificaban, eximían, ni sospechar el precio de aquella gran armonía, que, sobre tantas escenas crueles, venía a poner su corona y su reposo!...

La gente fué levantándose y saliendo lentamente y sin ruido. Laura, a su vez, se había arrojado de rodillas delante del lecho de su padre, agotada ahora, deshecha, vencida por aquella larga tempestad. Dejó que las lágrimas inundasen su rostro. Un momento después, unos cuantos rezagados, que se habían quedado en el vestíbulo, frente a la habitación, vieron, por la puerta entreabierta, aproximarse Maximiliano a Laura, posar la mano sobre su hombro, como si quisiera llevársela

de allí, y ella levantar hacia él una mirada vaga que parecía no comprender.

* * *

Algunos días después, Laura tuvo con su abuelo una conversación en la que él quiso hacerla desistir de las resoluciones que había tomado, o, por lo menos, que retardase el cumplirlas. La aconsejó que esperase, que no tomase una decisión definitiva en el curso de una crisis del alma, quizá pasajera, y en medio del dolor que le había producido la muerte de su padre.

—Estos días has estado profundamente lastimada —la dijo—; así es que ahora te parece que ya no puedes recibir nada de la vida; yo ya sé que en la juventud se es de ese modo; en el dolor y hasta en la alegría, nos parece que no podemos esperar nada de la vida; se la desprecia, se la desdeña, se la da, se comprometen los años... ¡Cuánto menos generosa y más prudente quisiera verte yo, para quien el tiempo más limitado ha llegado a ser precioso, y que recibo casi como un beneficio cada uno de los días que se me conceden!... Es para mí muy doloroso que, inmediatamente después de haber perdido a mi hijo, tenga que dar todavía un nuevo adiós... Sin embargo, ya me doy cuenta, ya lo veo: no puedo nada... ¡Sea! Sin duda te hablan voces más imperiosas que la mía; es preciso que cada alma sufra su historia. Después de haber sido espiritualmente hija mía durante mucho tiempo, tu existencia se cumplirá bajo una ley que yo no puedo amar. Imagínate con qué sentimiento te digo adiós, cuando

me abandonas por un universo que ignoro y en el que no entraré...

Pero Laura estaba dispuesta a no ceder y a cumplir el voto que había hecho.

Pocos días después salió de la Mettrie, creyendo a ciencia cierta en aquel momento que no volvería más a ella.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

En las regiones del centro de Francia, el mes de marzo es el momento del año más indeciso y más abrumador. Acá y allá, sobre la extensión de los días deslucidos, se posa un bello atardecer frágil, que irradia por espacio de unas horas una luz cristalina y dulce; entonces, en el aire, flotan perfumes de violetas, jóvenes, tibios, acariciadores. Pero una rápida vuelta al frío borra como un engaño estas conquistas prematuras de la primavera.

La caída de la noche en los campos es, en esta época, triste, trágica y silenciosa, como los crepúsculos del invierno más profundo. Sin duda, los nacientes trigos ostentan ya sus ligeros tapices de tierno verdor; las nevatillas corretean por las carreteras o se componen al borde de los estanques; pero, a despecho de algunas sonrisas, la Naturaleza sigue embotada en un pesado sueño. Está inerte, grave... En algún reducido decorado familiar, en el rincón de un campo, o bien en el recodo de una avenida del parque, apartada y solitaria, cerca de una estatua que se desmorona, se detiene uno de

repente, impresionado por aquel silencio y aquella inmensa quietud. Las ramas de los árboles están secas y negras; el cielo, bajo; el aire, dulce; ningún ruido, ni un sordo murmullo; se escucha, se mira; el corazón está oprimido por aquella gran gravedad. En el muro de piedras secas, bajo el montón de lianas muertas, una ratilla de movimientos listos y ojos redondos, negros, centelleantes, aparece en el borde de su agujero. Se la ve apoderarse de una hoja de yedra, que roe sin ruido; ninguna otra cosa vive ni se mueve.

Tanta inmovilidad aniquila el pensamiento; pero, de repente, del cielo, que se ha puesto negro y cargado, cae la nieve en copos minúsculos, que danzan y revolotean como menudas moscas blancas, al mismo tiempo que agrio golpe de viento levanta de la tierra y lleva en revuelto remolino algunas locas hojas del otoño.

En una tarde de marzo semejante, variable, indecisa, y llena aún de los matices del invierno, Laura camina por la carretera que conduce de la estación de V... a la Mettrie, cerca de un cupé, cuyos caballos van al paso. Es la primera vez que vuelve a aquellos lugares desde la muerte de su padre. Por retardar un regreso que la emociona, ha querido caminar a pie algunos minutos. Aunque el aire no es nada frío, lleva una piel sobre los hombros y las manos hundidas en un manguito.

Sobre estas orillas del Allier, la carretera atraviesa vastos terrenos llanos, que están, de un lado a otro, completamente plantados de álamos y sauces. Cuando

Laura, al marchar, pasó por allí la última vez, era una mañana glacial de diciembre, bajo un cielo brumoso; el camino estaba helado y sonoro; innumerables hebras de hielo ponían una fina felpa blanca sobre los setos. Laura se vió tal y como estaba en aquel momento, en el coche que la llevaba, friolenta y pensativa. Hoy el tiempo es distinto, despejado, vacilante, delicado; a veces, un rayo de luz ilumina en un claro lejano una fiesta dulce y misteriosa; Laura ha experimentado también en su corazón cambios profundos. Desde entonces, ha pasado un invierno, un largo invierno de siete años.

Laura tiene ahora más de treinta. Circunstancias ajenas a su voluntad le han devuelto una libertad imprevisible, y está incierta acerca de cómo ha de disponer del porvenir. Ha estado mucho tiempo enferma, y viene a buscar al lado de su hermana un reposo que restablezca su salud.

Durante los seis primeros años de su ausencia ha vivido en el convento, según la resolución que había tomado. Pero después le había sido preciso salir de él. No era lo bastante fuerte para soportar las austeridades de la regla. Y como a su alrededor todo el mundo había dudado de que pudiese quedarse en la comunidad, habían retardado todo ese tiempo el momento de sus votos.

No habían encontrado nunca en ella ese estado de bienestar interior, de equilibrio y de paz que le hubiesen hecho más fáciles las privaciones; quienes la dirigían estimaron, no sin motivos, que la disciplina de orden contemplativo no convenía a su naturaleza. Ella misma, a despecho de su vocación y de sus preferencias

primeras, se daba cuenta de que la tensión de alma y la incesante meditación que exigía la regla le producían un efecto demasiado violento y casi peligroso, sin que encontrase nadie, sin embargo, que pudiese comprender con claridad el por qué.

Siempre, por lo demás, se había visto amada, solicitada, y hasta rodeada de aquella estimación particular que nacía espontáneamente a su alrededor. Sin embargo, a pesar de tal simpatía, pasó años difíciles, que gastaron sus fuerzas. Finalmente, cayó gravemente enferma y estuvo mucho tiempo en peligro; lograron salvarla, pero sufría con frecuencia de violentos dolores de cabeza, y le quedaron todas las señales de un agotamiento físico, que seguramente la vida del claustro no repararía. Por este motivo se negaron a que continuara en el convento, y la aconsejaron, como el mejor remedio, que compusiese para sí una existencia en la que tuviese cabida cierta actividad exterior y práctica.

Ella se sometió con mucha facilidad. Salió del convento, dejó el hábito. Después de su larga reclusión, experimentó algún asombro al encontrarse de nuevo en el mundo.

Se fué a casa de una amiga, que había fundado en Roubaix, en uno de los barrios más pobres de la ciudad, un dispensario para niños; probó a vivir con ella, ayudándola en el cumplimiento de su tarea. Allí pasó el otoño y el invierno que precedieron a su regreso a la Mettrie.

A aquella casa acudían todas las mañanas un desfile miserable de niños maltrechos, heridos o enfermos. Un médico los examinaba. Laura y su amiga asistían a la

consulta y les aplicaban en seguida los cuidados prescritos. Asimismo distribuían entre ellos vestidos y remedios. Jueves y domingos reunían a los niños en el patio del dispensario, para no dejarlos ociosos por las calles; los hacían jugar y les daban algunas lecciones de religión y moral. Laura llevó allí, por espacio de algunos meses, una existencia ocupada, laboriosa, para la que, a decir verdad, no se encontraba espontáneamente inclinada, y con la que su salud no recibía ningún bien; pero veía la utilidad de esta existencia y cómo iba llenando el afán de sus días.

Entonces vió a su hermana, después de una larga separación. La había dado noticia de su enfermedad y del peligro que había corrido; pero no lo había hecho sino cuando ya estaba un poco restablecida y había decidido al fin instalarse en Roubaix. Luisa le escribió afectuosamente y le anunció que iría a verla en la próxima temporada que pasase en París. Sus relaciones, hasta entonces, habían sido un poco frías: se escribían, pero de tarde en tarde; a Laura le gustaba poco hablar de sí misma, y, por otra parte, apenas tenía acontecimientos que contar. De vez en cuando Luisa la ponía al corriente de lo que pasaba en la Mettrie. Seguramente no había adivinado nunca los sentimientos de su hermana, ni conocido nada de lo ocurrido en otro tiempo entre ella y Marcos. Laura, por lo demás, prefería que así fuese.

Desde su matrimonio, Marcos y su mujer vivían en la casa de la Mettrie; allí pasaban la mayor parte del año; también tenían un piso en París, y a él acudían todos los inviernos a pasar algún tiempo... Habían visto morir

a Maximiliano. Después de llevar seis años sin hijos, les había nacido un niño.

Según su promesa, Luisa fué a ver a Laura a Roubaix, a principios de enero.

Llegó de París por la mañana. En el primer momento demostró mucha alegría por encontrar de nuevo a su hermana, y la estrechó en sus brazos con ternura. Luego, mirándola detenidamente con maneras de amigable autoridad, declaró que tenía las facciones hundidas, desfiguradas por la fatiga; que se la veía aún aspecto enfermizo, y, en fin, que era preciso que tomase la resolución de cuidarse. Quiso saber cómo vivía, y, en la primera animación de su encuentro, le hizo una infinidad de preguntas. Luego pidió ver la casa.

Laura la hizo pasar por las tres o cuatro habitaciones del entresuelo: una sala de consulta, una enfermería, una lencería, de aspecto casi triste y que no contenían sino los muebles más sencillos y más necesarios. En seguida la condujo al primer piso por una escalera oscura, y la hizo entrar en su habitación, pequeña, severa y desnuda. Las paredes estaban blanqueadas; una ventana única daba a la calle, de casas bajas y negruzcas; las dos hermanas permanecieron allí un momento. Laura ofreció a Luisa una silla de paja, y se sentó sobre el borde de la cama. Luisa recorrió la habitación con la mirada, con aire de fastidio.

—Deberías tener otros muebles —dijo como un consejo o un reproche tímido—. Si supiese que ibas a quedarte aquí, yo misma quisiera instalarte mejor.

Laura rehusó con una sonrisa... Pero bien veía que el tocado de Luisa y su misma persona formaba

contraste con la austeridad y la pobreza de aquel local.

Luisa estaba ahora casi bella; las líneas de su cuerpo habían adquirido amplitud, pero favoreciéndola y sin alterar la gracia de sus actitudes y de sus movimientos. Su tez conservaba la frescura rosada de otro tiempo; tenía la misma fisonomía agradable y despejada, la misma espontaneidad en sus maneras. Su aspecto elegante, sus pieles lujosas, su sombrero en el que ondulaba una ancha pluma, el perfume que flotaba a su alrededor, el cuidado aplicado a los menores detalles de su tocado, revelaban gustos de bienestar y hasta de frivolidad, que con aquel decorado y aquel centro no podían menos de contrastar. Evidentemente se encontraba mal allí; en sus labios se había dibujado una ligera mueca; y ahora, mientras que de nuevo bajaba las escaleras con Laura, y pasaba otra vez de habitación en habitación, paseaba una mirada casi de miedo sobre aquella casa en donde vivía su hermana, vivienda que evocaba primeramente en ella la idea de una existencia ruín y mezquina, y que, además, por el objeto a que estaba destinada y por mil indicios, hacía pensar con estremecimiento en toda la miseria del mundo.

Su animación, su vivacidad del principio, y hasta su curiosidad, se desvanecieron. Quizá medía ahora mejor la distancia que la separaba de Laura, en aquel marco de vida. Se le ocurrió la idea de que entre ellas no había gran cosa de común; y quizá porque pensaba en ello, o sencillamente porque faltaban asuntos sobre que hablar, a partir de aquel momento su conversación languideció un poco.

Continuó sin embargo haciendo preguntas a su hermana sobre el empleo que hacía de su tiempo. Laura respondía con voz límpida, igual, explicándose sin precipitación ni molestia. Luisa testimoniaba por aquellas ocupaciones aversión y deferencia a la vez.

—No sé cómo puede convenirte eso... —murmuró varias veces moviendo la cabeza.

Laura le dijo que no estaba decidida a quedarse allí definitivamente: que no tenía proyectos fijos para los años sucesivos. Luisa le propuso vivamente que fuese a pasar algún tiempo a la Mettrie: allí descansaría, recobraría la salud, reflexionaría con tranquilidad y se fijaría para el porvenir obligaciones y un género de vida que la conviniesen realmente.

Almorzaron juntas en la casa, y en seguida salieron. Luisa debía tomar un tren antes de las cinco de la tarde, para volver a París. Se pasearon por uno de los jardines de la población, y luego se dirigieron poco a poco hacia la estación por bulevares poco frecuentados.

Luisa no hablaba casi; Laura pensó con pena que quizá se aburriese.

El sol de invierno, pálido y deslucido, caía sobre las fachadas de las casas de obreros, tristes y sombrías. Hacía un tiempo molesto, de deshielo; se pisaba sobre un lodo negro, y acá y allá se veían montones de nieve. Fueron a lo largo de la tapia de una fábrica. A veces, un grupo de niños jugaba gritando, en aquellos bulevares desanimados.

—¡Dios mío, qué triste es esta ciudad! —dijo Luisa paseando los ojos a su alrededor—. Oprime el corazón. Yo no podría vivir aquí.

Y añadió retractándose:

—Ya sé yo que tú estás por encima de estas impresiones; es mucho mejor...

Pero este elogio sonaba un poco a falso, como cuando se alaba a una persona por un mérito que no se desea para sí mismo.

Laura le habló de su hijo; le pidió noticias de él.

—Me hubiese gustado verle también —dijo—. Ahora tiene diez y seis meses, ¿verdad?

Luisa contó, y luego dijo sonriendo:

—Sí; precisamente los hace en estos días.

Laura pidió igualmente noticias de Marcos. Hacía unas horas que su hermana estaba allí, y en ese tiempo había pensado a menudo en los acontecimientos de otro tiempo; pero cuando se veía tan distante de entonces, le parecía ver una persona extraña, que casi no conocía. En seguida preguntó a Luisa si se divertía en París.

—¡Oh, sí! —dijo Luisa distraída...— Ahora tenemos muchas relaciones allí...

Pero no pareció dispuesta a entrar en más detalles, así es que Laura no insistió. Viendo sus modales muy mundanos, su *toilette* rebuscada, no pudo menos de pensar que su hermana llevaba sin duda en París una existencia de diversiones y de fiestas, de la que se había arrancado aquel día por visitarla. La miró; la fisonomía de Luisa no expresaba, sin embargo, frivolidad ni inconsciencia; llevaba más bien una máscara seria, casi pensativa, una cierta melancolía. Mientras caminaban una al lado de otra en silencio, Laura examinaba sus facciones y fijó su atención largo rato y con ternura en sus

bellos ojos azules, que en otro tiempo se iluminaban tan fácilmente de entusiasmo.

Al llegar a la estación donde debían separarse, Luisa pareció recobrar de repente la animación de los primeros momentos de su llegada. Abrazó a Laura varias veces afectuosamente, diciéndole que era muy feliz por haberla vuelto a ver.

—Y ahora —añadió con tono decidido y como si fuese el final de su conversación—, y ahora, ya está dicho: te espero en la Mettrie en cuanto nosotros regresemos de París.

Laura, sin embargo, no había ofrecido nada. Y aun entonces evitó comprometerse.

Fueron juntas por el andén de la estación, que estaba lleno. Caía la tarde. En los extremos del *hall* veían sobre el rubor del crepúsculo, encenderse globos eléctricos azulados. Llegó un rápido y paró delante de ellas sus largos vagones muy iluminados; Luisa subió vivamente a uno de ellos, escogió un sitio en un departamento; luego volvió al pasillo del vagón, y, bajando el cristal de una portezuela, se inclinó hacia fuera, sonriendo.

Partió el tren.

Al volver a su casa por las calles confusas, Laura pensaba con tristeza que no se habían dicho una a otra nada de lo que íntimamente les concernía, nada de lo referente a sus verdaderas vidas.

Durante las siguientes semanas se familiarizó con el proyecto de ir a la Mettrie, con el cual se había en-

cariñado muy poco al principio. Luisa la escribía varias cartas en las que continuaba invitándola con insistencia. Vió también, por una carta de su hermana, que podía hacer que coincidiese su permanencia allí con una ausencia casi total de Marcos; no trataba precisamente de evitarle; sin embargo, esta circunstancia la animó.

Su regreso a la Mettrie era para ella un grave acontecimiento, y por espacio de unas semanas se preparó a él con emoción; volvería a ver aquellos lugares de su juventud, aquel vallecillo, cómplice querido y secreto de su destino. La parecía que, encontrando a su hermana instalada allí, iba a echar una mirada curiosa y dulce sobre lo que hubiera podido ser su propia vida. Tampoco le desagradaba ahora recobrar el contacto con aquella vida corriente y común que había desdeñado y de la que había huído en otro tiempo; y de esta nueva experiencia aguardaba una indicación para sus proyectos indeterminados.

Ya estaba prevenida de que al llegar a la Mettrie encontraría allí algunos invitados, que debían irse, por lo demás, al cabo de muy pocos días; Marcos marcharía al mismo tiempo que ellos. Había pedido que ni Luisa ni Marcos bajasen a esperarla a la estación, pues prefería hacer sola el trayecto de allí a la Mettrie.

Así, pues, mientras su coche atravesaba las praderas llenas de árboles, que la carretera corta antes de alcanzar el Allier, había querido ir a pie algunos instantes. Hizo pasar el equipaje delante, y caminó lentamente sobre la hierba del talud.

Por encima de la multitud de apiñados sauces, veía emerger algunas hermosas encinas guarnecidas de un

follaje amarillo y lacio, en donde el invierno había abierto hondas heridas; el Sol, por instantes, tocaba e iluminaba su ancha copa. Laura respiraba el aire de su país natal y se asombraba de que tuviera un sabor tan particular; pensó en el inmenso número de días transcurridos desde su marcha... ¡Qué gastada por ellos y qué cambiada se sentía en aquel momento! ¡Cuán diferente y distante de entonces! Y, sin embargo, este pensamiento acudía a ella sin amargura, pues a la vez se encontraba con el alma más rica, más matizada, más fuerte, más despejada, cargada de un saber más equitativo y más profundo. Reconocía la influencia tan pura de los años; y así, reflexionando y recordando, le pareció que veía el hermoso río de los tiempos, que había manado, desde sus sentimientos de antes, vivos, decididos, chispeantes y frescos, hasta aquella hora dorada, más prudente y más madura.

* * *

Al llegar a la Mettrie, fué recibida por Luisa y Marcos, que la esperaban al pie de la escalinata; mientras subía las escaleras a su lado, la hicieron una porción de preguntas sobre su viaje y su salud, pero con cierto matiz de banal cortesía, que Laura observó.

Entró en la casa, y mientras Luisa le ayudaba a quitarse el abrigo, asombrábase al encontrar, en lugar del antiguo vestíbulo estrecho, un *hall* en rotonda, en el fondo del cual se elevaba una escalera que no conocía.

Luisa le dijo que la había preparado un tenteempié.

—Debes tener hambre y nosotros no comemos hasta las ocho —explicó, mientras abría ante su hermana la puerta del comedor. Pero Luisa se detuvo sorprendida en el umbral:

—¡Lo habéis transformado todo! —exclamó.

Este comedor en donde Luisa la introducía no estaba instalado en el mismo sitio que el anterior. Era ancho y espacioso; en las paredes, revestidas de una madera maciza y sombría, se ostentaban algunos tapices de un bello colorido antiguo. Todo un lado de la habitación, cubierto por una vidriera, mostraba el parque.

—Sí —respondió Luisa—; hemos hecho grandes reparaciones en el año que ha seguido a la muerte de nuestro abuelo... Ya te enseñaremos todo eso...

—No sabía nada —murmuró Laura, sentándose.

En la mesa estaba preparado un cubierto. Luisa y Marcos estuvieron allí haciéndola compañía, mientras la sirvieron.

Laura continuó mirando aquella habitación nueva con un sentimiento doloroso; se había imaginado hallar de nuevo lugares amigos, pero no quedaba nada de sus tiempos; en aquella casa de su infancia le parecía no ser sino una extraña, una transeunte. Y, mientras esforzabase por prestar atención a las preguntas que escuchaba, las cosas mismas le producían una decepción sorda y continua.

Esperaba también, sin haber pensado en ello precisamente, encontrar en la acogida de su hermana y de Marcos más cordialidad, más amistad inmediata. No hubiese sabido qué reprocharlos, en resumen; los dos

se esforzaban en sostener la conversación, a la que ella se entregaba poco. Y sin duda les habría agradecido su presurosa deferencia si no hubiese faltado algo que la hubiera costado trabajo definir, y cuyo defecto la helaba, sin embargo.

Evidentemente, su hermana no se representaba la trémula tensión de alma que aquella vuelta a la Mettrie ponía en Laura. Ya en Roubaix, había presentido que Luisa estaba ahora muy separada de ella, pero esta impresión se despertaba allí mil veces más aguda, más dolorosa, a causa del momento y del lugar. Se le representaba con una cruel claridad que durante aquellos siete años que había estado lejos de ellos había salido enteramente de su vida, que no había significado ya nada para ellos, que había estado ausente hasta de sus pensamientos, es decir, verdadera y realmente ausente. ¿Podía asombrarla esto? No; se decía a sí misma que era una cosa natural, inevitable, y, sin embargo, aquella soledad vivamente sentida, aquel tumulto de impresiones que se precipitaban, y, al mismo tiempo, aquella multitud de recuerdos revividos, arrasaron de repente de lágrimas sus ojos.

Se levantó. Fué hasta la pared-vidriera y levantó la ligera cortinilla de seda, como si quisiese mirar el parque; le vió, en efecto, dibujarse ante ella en la bruma de sus lágrimas nacientes. Permaneció allí algunos instantes, apoyando la frente contra el brazo. Sus pensamientos se deslizaban hacia profundidades desoladas. Sintió haber ido; se dijo que habría hecho mejor quedándose en Roubaix... Sin embargo, volvió en seguida a sentarse en su sitio. Marcos salió de la habitación y

Laura permaneció sola con Luisa, que se había quedado inmóvil y que parecía no haberse dado cuenta de nada.

En el fondo del cuarto se abrió una puerta con un ligero crujido, y el pequeño de Luisa entró acompañado de una niñera que lo llevaba para presentárselo á Laura. Vestía todavía falditas, y su paso no era nada seguro, así es que la niñera lo tenía cogido de la mano. Avanzaba con cara sonriente y se oía el ruido que producían sus pasitos en el entarimado.

Laura lo distinguió desde lejos; se volvió hacia el lado por donde venía, y fijó en él su mirada ardiente.

Cuando ya llegaban, la criada lo cogió en brazos. Laura se levantó.

—Dicen que se parece a nuestro abuelo Maximiliano —dijo Luisa, mientras se levantaba también y se acercaba.

—Tiene la misma frente —murmuró Laura pensativa. Parecía muy impresionada al verle.

Sin decirle nada, sin acariciarlo, lo examinaba con curiosidad. El no se asustaba; la miraba, por el contrario, con aire de amistad.

Era un niño muy hermoso. Su frente, bien modelada, y singularmente ancha, estaba rodeada de largos cabellos de oro sombrío, de puntas rizosas. Tenía ojos azules, semejantes á los de su madre: frescos, brillantes, dulces, y en los labios una continua sonrisa.

De su cuello colgaba una medalla de plata sobredorada. Después de haber mirado largo rato á Laura, cogió de repente la medalla entre sus dedos, y se la alargó.

—Es para ofrecértela —explicó Luisa—. Mi hijo es muy generoso...

Laura tomó la medalla, puso un beso en ella, y después la colocó de nuevo en la mano del bebé, cerrando luego sus deditos. Entonces él, echando la cabeza un poco atrás, se echó a reír con aire inteligente, como si hubiese conocido en aquellos gestos un sentido misterioso.

Laura, encantada, le pasó la mano por los cabellos.

—No ha dicho todavía nada desde que está en tu presencia —dijo Luisa—. Sin embargo, ya sabe hablar un poco...

Le hizo decir «buenos días». Luego, señalando a Laura con el dedo, dijo recalcando las sílabas: «Tía Laura», animándole a que lo repitiera.

El niño no se hizo rogar: «Tía Laura», repitió muy claramente, e inmediatamente después, con un gesto vivo, espontáneo, tendió hacia ella los brazos.

Esta muestra de ternura, sencilla y súbita, en medio de su pena y de su soledad, la llenó de reconocimiento y alegría. El, por lo menos, a falta de otro, la acogía con ímpetu. Le cogió bruscamente y le estrechó contra su pecho con un movimiento casi apasionado. El niño le rodeó el cuello con sus bracitos; ella, inclinando la frente, apoyó el rostro contra la cabecita cálida y dulce. Y de este modo quedó sellado en unos segundos un afecto perpetuo.

Estuvieron con el niño algunos momentos; luego Luisa acompañó a Laura a su habitación, donde permaneció sola hasta la hora de la comida.

Allí se reprochó su pena como una debilidad, se

prometió ser en adelante más razonable y también menos exigente.

Pero fué inútil que se censurase; cuando a la hora de la comida bajó al salón, le asaltó el mismo malestar que antes.

* * *

Tampoco allí se reconocía; tres salones muy iluminados se sucedían en fila: los dos primeros, altos y espaciosos; el tercero, pequeñito, coquetón, y adornado como un *boudoir*. Estaban decorados con lujo, pero sin demasiado esplendor, y de un modo que no hubiese desagradado a Laura si aquel sello de mundanidad y aquellos aires de castillo no se hubiesen encontrado precisamente en el corazón de aquella antigua casa. Luisa le presentó a sus amigos, dos matrimonios jóvenes de París que Laura desconocía; le llamó la atención una de las jóvenes, de veintiocho a veintinueve años, de tipo muy parisiense, delgada, nerviosa, flexible, rubia, de rostro ajado y bonito, que formaba contraste con su marido, excesivamente pequeño y gordo. La otra pareja no tenía nada de notable. Le testimoniaron mucha cortesía, y, sin embargo, se sintió observada a hurtadillas, como si fuese una persona muy singular, cosa que la molestó. Miró su vestido negro, que era sencillo y liso; las otras damas se habían puesto para la comida *toilettes* elegantes, de colores chillones y de hechuras que a ella no le eran familiares.

Se sentaron a la mesa. Se habló de un automóvil que Marcos quería comprar, de París, de distracciones

mundanas, de gente que Laura no conocía, sin gran animación, por lo demás, y sin decir nada ingenioso. Le pareció que era la conversación de personas que no tenían ni sentimientos ni intereses comunes. Ella, por su parte, no dijo casi nada; la misma Luisa se mezcló poco en la conversación, haciendo solamente acá y allá observaciones breves, de preferencia irónicas. Como llegó un momento en que la conversación iba por caminos un poco libres, Marcos indicó por señas que se guardase más reserva; callaron inmediatamente, echando hacia donde Laura se encontraba algunas rápidas ojeadas. A Laura no le chocó aquel modo de hablar, pero se dijo, sin embargo, que en tiempo de su padre y de su abuelo había en la casa otra atmósfera, que reinaba en las conversaciones un tono más serio, más elevado. Después se reprochó su falta de benevolencia; ¿sería verdad que después de su larga ausencia se inclinaba a censurarlo todo?

Sin embargo, a despecho de sí misma, le fué preciso comprobar una observación hecha desde los primeros momentos en que se había encontrado al lado de Marcos y de Luisa; en su manera de ser recíproca, en sus actitudes, en sus conversaciones, no distinguía nada que recordase su profunda unión de otro tiempo. No encontraba aquella intimidad, aquella armonía, aquella forma continua de consultarse, de adivinarse, que se había figurado en los últimos años, siempre que pensó en ellos. Parecían bastante despreocupados el uno del otro, muy semejantes, en suma, a las otras dos parejas que había allí. Si no hubiese sido testigo de un pasado muy diferente, no hubiera puesto en ello atención; no eran sino

pequeñas señales, ligeros detalles, pero que la afectaban penosamente y con una pena casi personal, sin que pensase todavía en preguntarse el porqué.

Después de comer, cuando regresaron al salón, vió ir a Marcos hacia una de las jóvenes y conversar con ella aparte, de una manera familiar, que la admiró. Buscó a Luisa con la mirada y la vió de pie al lado de una mesa, hojeando un álbum, distraída... Sin querer le atravesó el espíritu la idea de que también ella, quizá, en París, en otros salones, tendría charlas semejantes. Rechazó esta suposición y esta imagen. «Decididamente —se dijo— esta noche estoy en una disposición huera». Se levantó y se apartó algunos pasos.

Marcos y sus invitados se instalaron alrededor de una mesa de juego, y cogieron las cartas. Luisa, en aquel momento, se acercó a Laura.

—Son insoportables —dijo señalando a los jugadores, entre risueña y enfadada—. Ahí tienes en lo que emplean todas las veladas; todos los días lo mismo. Yo no me mezclo con ellos nunca.

—¿En qué te ocupas mientras juegan? —preguntó Laura.

Luisa respondió por un gesto vago, que parecía significar que pasaba el tiempo como podía.

Invitó a Laura a que se sentase; ella permaneció, sin embargo, en pie delante de su hermana, y le dijo, a la vez que la consultaba con la mirada con expresión de sentimiento:

—Todo esto te aburre, ¿verdad?

—¿El qué? —dijo Laura.

—¡Pues todo! —respondió Luisa, haciendo un gesto

que parecía indicar a la vez los convidados y el conjunto de la velada.

Laura se defendía.

—Sí, sí; bien lo veo —dijo Luisa.

Y se sentó a su lado.

Estaban a poca distancia de la mesa de juego.

Laura veía de perfil a la joven rubia que la había llamado la atención desde los primeros minutos; se la indicó a su hermana con un ligero movimiento de cabeza, y se aventuró a decir:

—¿Te gusta esa joven?

Luisa se inclinó un poco, miró a la interesada, buscando, sonriente, lo que había podido hacérsela juzgar mal a su hermana. Luego, volviéndose hacia Laura, dijo negligentemente:

—Te imaginas cosas que no son...

Laura protestó:

—Pero, Luisa, ¡si no me he imaginado nada absolutamente! Quería solamente informarme...

Luisa, interrumpiéndola, dijo con tono de broma:

—¿Informarte? ¡Oh! Esa es una cosa que yo no intento nunca.

Laura no comprendió, y preguntó ingenuamente:

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió Luisa un poco admirada de aquel candor—. Pues porque es muy peligroso, porque es mucho más cómodo no saber nada.

—¿Puedes hablar así de tus amigas? —le reprochó Laura con dulzura.

Luisa replicó sin vivacidad:

—Ya ves que bromeo... En segundo lugar, esas no

son amigas mías... En resumidas cuentas —añadió—, yo no tengo amigas.

Después de este diálogo, se levantó y se alejó. Fué al salón vecino, se acercó al piano, y buscó música en el musiquero. Laura, un tanto sorprendida, la seguía con la vista a través de la mampara de cristales que separaba los dos salones. Luisa abrió el piano, tocó un momento, luego, interrumpiéndose, volvió hacia Laura, que precisamente estaba a punto de retirarse.

—Escucha —le dijo—; en este momento me recuerda la conciencia, en lo que se refiere a ti. Hubiese debido arreglármelas de manera que no te encontrases aquí cuando tenemos invitados. Desde el principio de la velada he visto que esto no es de tu agrado; y como la culpa es mía, he estado nerviosa todo el tiempo.

Luego, con un tono de súbito más afectuoso:

—Pero tú estabas dispuesta a venir, y no he querido dejar que retardases tu viaje una vez más.

—No te atormentes por eso, te lo ruego —dijo Laura—. No hay por qué.

—Son gente sin pretensiones —continuó Luisa— y llegarías a acostumbrarte a ellos. Pero, en fin, se van dentro de dos días. Marcos se marcha también; pasará cuatro o cinco semanas en Inglaterra. Me alegra pensar que vamos a estar las dos solas en la casa.

Laura preguntó:

—Dime: las demás veces, cuando yo no estoy aquí, ¿te alegra también ver marchar a tus huéspedes?

Luisa, a quien esta pregunta podía poner en un apuro, reflexionó algunos segundos, y respondió con tono decidido:

—Sí; la mayor parte de las veces me alegra.

—Pues entonces, ¿por qué recibes?

—Porque es necesario —dijo de una manera indolente—. Nos reciben a nosotros, y nosotros recibimos también. Hay ocasiones en que tenemos muchos invitados... Después de todo, esa es nuestra vida... En el otoño, Marcos va de caza en casa de unos o de otros; a veces yo le acompaño.

Por lo demás, no parecía quejarse de aquel género de vida. Laura, para llevarla a una respuesta más precisa, le dijo:

—En suma, que te agrada.

—¡Oh!, ¡oh!... —dijo Luisa con tono incierto, como ante una cuestión demasiado vasta y delicada, que no quería profundizar.

Laura se separó de su hermana y subió a su habitación.

Allí experimentó un alivio al encontrarse sola.

Abrió el balcón, avanzó hasta la balaustrada y permaneció un momento de codos en ella. La noche era fría, negra. El viento agitaba los largos ramajes despolados de los árboles; de lejos venía un rumor sordo y monótono, que hacía el Allier royendo sus orillas.

En medio de aquellos ruidos familiares, mil visiones de otro tiempo se despertaban en su memoria, pero no con un rostro amigable, como hubiese podido ocurrir en su cuna, sino, por el contrario, con un aspecto prodigiosamente triste y desencantado. Le invadió un sentimiento desesperado de la vanidad y de la inutilidad de todo, que alcanzaba hasta las lejanías del pretérito. Su existencia se le aparecía sin valor, vacía, perdida. Su

antiguo amor por Marcos ya no lo veía sino como cosa vulgar y pueril, y si pensaba en su dolor y en su sacrificio de entonces, no sabía si habían sido algo o nada. ¿Por qué aquel exceso de laxitud? No hubiera sabido decirlo. Quizá era todo por su regreso a aquellos lugares, quizá tenía la culpa la noche.

Arrastrada por aquella pendiente dolorosa, llegó a pensar en la muerte de su padre; pero en seguida desechó aquel recuerdo con una especie de terror. Aquello era, desde hacía mucho tiempo, un lugar del pasado peligroso y hermético, donde temía penetrar; no es que se reprochase precisamente su conducta de entonces, pero como poco a poco se había vuelto más prudente, más sosegada, más mesurada en sus certidumbres y en sus deseos, se había acostumbrado a conceder precio a las consideraciones de orden terrestre y humano que en un momento de dolor y de exaltación había apartado, anonadado, rechazado. Aquel poderoso recuerdo que alejaba de sí con todas sus fuerzas, volvía, a pesar suyo, con frecuencia a la memoria, suspendido por encima del período siguiente, vacío de acontecimientos; y entonces le acometía una sensación de angustia, porque experimentaba el inquietante escrúpulo de haber cedido demasiado, en aquella circunstancia capital, a sus deseos particulares, de haber olvidado, ignorado y descuidado todo, por realizar su voluntad violenta. En tales momentos, sobre la blanca almohada de un lecho de agonía, a la luz de una lámpara, luz un poco amortiguada por ocho años lentamente vividos, volvía a ver el rostro de su padre, sobre el que ella se había inclinado exigente, imperiosa...; y aquel pobre rostro muy ama-

do, que ya invadía la muerte, se contraía y sufría bajo aquel requerimiento... Cuando surgía esta imagen, Laura sentía en el corazón un golpe sordo, y comprendía que participaba ella misma, por un movimiento de alma inevitable y temido, del juicio que en aquella ocasión habían formado de ella los que la rodeaban.

Aquella noche se apresuró como siempre a desviar su pensamiento de aquel lugar. Vió, en larga perspectiva, sus años de convento, su monótona historia, su secreta e indefinible decepción. ¿De qué había sido hecha su vida? ¿Qué le quedaba en la actualidad entre las manos? ¡Cuán tristes eran aquellas tinieblas!

Acudían a ella reunidas tantas imágenes, señaladas todas con el mismo signo de universal insignificancia, que la abrumaron en un momento, hasta el punto, por decirlo así, de que no quedara nada de ella misma. En aquel instante, un largo grito trágico y extraño, como sube a veces de las noches de invierno o de otoño, rasgó el espacio: probablemente el clamor de agonía de algún pájaro atacado en los pantanos del río. Aquel grito le hizo sufrir a Laura físicamente; alargó el oído con angustia, con el alma temblorosa y suspensa: sin duda, si ella se hubiese quejado, se hubiese quejado de aquel modo.

Entró y cerró el balcón descontenta de sí misma y de un desaliento al que no tenía costumbre de abandonarse. Pero mientras volvía a la luz de la habitación, de súbito se presentaron a su espíritu imágenes muy diferentes: aquella casa nueva, aquel salón de donde salía Marcos con sus invitados, Luisa aburrida y nerviosa, aquella unión sin intimidad, aquella atmósfera de lujo

vulgar. Y sintió distintamente que las dos visiones, la del presente futil por un lado, y por otro la de su sufrimiento y su destino, se conjugaban, se respondían. ¡Era para aquello, para aquel resultado mezquino para lo que se había dado a sí misma! ¡Tan sólo para aquello! Había esperado más... Sí; y por eso todo lo que hacía un instante contemplaba de su vida pasada, le había parecido ceder, derretirse y vacilar.

Quiso desechar estos pensamientos, que juzgó excesivos e inútiles a la vez. Como estaba acostumbrada a dominarse, llegó en seguida a sentir más calma y más desinterés. Y, sin embargo, quedó en ella algo: una susceptibilidad particular, un sentimiento secreto de injusticia, una amargura oculta, y el recuerdo de aquella angustia que había vibrado al unísono en todas las quejas de la noche.

Al día siguiente, hacia mediodía, se paseó un momento en compañía de Marcos, que le mostró los cambios hechos en el interior de la casa y también algunas construcciones nuevas levantadas en las dependencias y en la granja.

Laura no podía menos de observarle atentamente, mientras él le hacía ver, complaciente, los detalles de aquellas reconstrucciones. Le parecía que había cambiado muy poco, y apenas envejecido; sus rasgos eran ahora más acusados, pero también más sueltos, más móviles; en sus maneras y en su lenguaje había una cierta facilidad, una cierta seguridad también, que ella no había conocido. Creía observar en él un aire de satisfacción, y mientras le oía hablar, se decía que seguramente tenía hoy la vida que le convenía en absoluto; ¿qué le quedaba

en el espíritu de las horas de antaño, en que habían estado próximos el uno del otro? Nada, sin duda. «¡Pero qué importa!», pensaba, y se aplicaba a escucharle.

Se engañaba, sin embargo, ya que Marcos, mientras conversaba, hacía aparte reflexiones paralelas a las suyas. Recordaba, precisamente, los tiempos en que Laura expresara su desprecio por aquella vida de castellano rústico, que llevaba él ahora, y se acordaba de las aspiraciones que experimentaba entonces; tan bellas, tan nobles y conmovedoras, pero tan peligrosas. Había creído siempre que esas mismas inclinaciones eran las que la condujeron al convento, pues Marcos no acabó de adivinar nunca con exactitud lo que había pasado en ella; prefirió, por lo demás, no profundizar y dejar este punto en la sombra, de acuerdo en ello con su mujer. Los dos habían encontrado a Laura, en el momento de la muerte de Carlos Armando, dura, inflexible, como persona a quien la religión hubiese secado el corazón; y, desde entonces, este juicio había subsistido, sin que Laura lo ignorase.

Sin embargo, a Marcos, al hablar de nuevo con ella en aquella mañana, se le venían a la memoria los detalles de sus conversaciones de antaño y los deseos que entonces le confiaba ingenuamente. Si continuaba siendo la misma, debía en aquel momento hacer poco caso de lo que veía, de él y de sus gustos. Y, seguramente —se dijo—, tiene razón... Pero, por otra parte, ¿dónde le han llevado a ella sus ambiciones? Aquí está ahora débil, incierta, errante...

Así pensando, levantó los ojos hacia ella, y sucedió que en aquel segundo sus miradas se cruzaron, se su-

mergieron la una en la otra. La de Marcos, conmovida por la piedad, pero por una piedad sin desprecio, acompañada, por el contrario, de respeto, hasta de admiración. Laura desvió la suya inmediatamente, muy asombrada, casi temerosa... Ya Marcos había comenzado a hablar con el mismo tono que antes. Luego, durante los cuatro o cinco días que precedieron a su marcha, no testimonió a Laura mas que una indiferente cortesía.

En cuanto a Luisa, continuó, en los primeros tiempos de la presencia de su hermana en la Mettrie, mostrándose con ella a la vez afectuosa y distraída, amable y un poco distante. Suponía a Laura demasiado enamorada y hasta deformada por su vida de convento, para que pudiese entrar en sus preocupaciones y sus pensamientos personales; y se atuvo bastante tiempo a esta opinión sumaria, que Laura adivinaba.

Bien cierto era, por lo demás, que Laura conservaba, hasta en lo exterior, el sello de los años pasados en el claustro: no se parecía a ninguna de las personas con quienes Luisa estaba acostumbrada a tratar: no tenía sus modales ni su lenguaje. Sus movimientos no eran vivos ni variados; sus gestos, un tanto mezquinos, pobres, forzados o demasiado enérgicos. En todos los momentos se veía que su espíritu estaba ausente, o bien al hablar revelaba singular ignorancia sobre las realidades comunes de la vida, y después, al darse cuenta de ello, se ruborizaba de repente. Cuando hablaba con el niño, usaba, como para ponerse a su alcance, expresiones pueriles y entonaciones poco naturales, que irritaban a Luisa, hasta el punto de que varias veces se lo hacía observar.

Esta clase de reproches lastimaban a Laura más de

lo que Luisa pudiera imaginarse. Veía entonces claro, y sentía el sello indeleble que había puesto en ella el pasado.

Sin embargo, cuando los invitados, y luego Marcos, se hubieron marchado, cuando se encontraron solas en la casa y vivieron juntas, poco a poco, en aquel contacto continuo, observó Luisa en Laura un aire ordinario de seriedad que la impresionó, y cuyo encanto e influencia comenzó a sufrir en seguida. Ella, que se sabía variable en sus deseos, sumisa a las circunstancias, caprichosa, se asombraba de verla siempre bien dispuesta, siempre complaciente, de humor igual, de oírla explicarse siempre con mesura y reflexión, y se preguntaba si su espíritu estaría constantemente tan tranquilo y límpido como su voz... Laura iba todas las mañanas a misa; luego pasaba una o dos horas con el niño. Por la tarde se paseaba con Luisa por el parque o por los alrededores, cuando el tiempo lo permitía. Hasta en el curso de aquellos días monótonos, Luisa tenía ocasión de darse cuenta de que Laura no era indiferente, sino, por el contrario, muy sensible. Con frecuencia, una contracción de sus labios o un breve parpadeo de sus ojos delataba que estaba conmovida o apenada; pero en seguida su rostro volvía a quedar impassible y sus ojos claros, como si se hubiese desprendido de su turbación y, por decirlo así, de sí misma, para tornar a verlo todo conforme a una visión tranquila y pura.

Luisa la observaba, pero sin decir nada; así es que Laura no sospechaba esta curiosidad y estas simpatías renacientes, ni la autoridad que comenzaba a emanar de ella, que iba muy pronto a crecer y a afirmarse. Se veía,

por el contrario, sola, desconocida, herida en sus más altas esperanzas, y llevaba en silencio sus inmensos secretos.

Durante estos días empañados, su única alegría era su afecto por el niño de Luisa, que, por su parte, se había encariñado con ella casi tanto como con su madre. Era afectuoso, tierno, y no podía soportar el verla triste. Cuando estaba con él, sentía en su corazón un sentimiento muy dulce de esperanza, ya que de un niño se puede esperar todo.

Recordó por mucho tiempo una mañana que habían pasado juntos en el parque. Laura lo tenía en brazos. El sol brillaba: todo era nuevo, joven, resplandeciente, el agua del canal, el cielo azul, los brotes nacientes. Luego pasaba una especie de niebla, como si las nubes vagasen al nivel del suelo, y a unos pasos de distancia no se veía; los objetos parecían enormes, extraños; el aire refrescaba. Esto duraba uno o dos minutos; luego volvía el sol, radiante... En los momentos de niebla, el niño se ocultaba contra el pecho de Laura, se agarraba a su cuello, como si tuviese miedo y frío; después, cuando el sol reaparecía, se desprendía bruscamente y se volvía riendo hacia el sol. Sus ojos se animaban: flotaban los dorados bucles sobre sus hombros. Laura le miraba con ternura; se sentían de acuerdo los dos, como si de antemano se hubiesen entendido y juntos hubiesen convenido un juego.

Estaban ya en los primeros días de abril.

CAPÍTULO II

Laura y Luisa llegaron poco a poco a conversar de una manera más íntima.

Una vez que paseaban juntas, Laura quedó admirada al oír a su hermana —que nunca le había hablado de aquella manera—, decir lentamente y con tono penetrado:

—¡Cuánto te echaré de menos, Laura, cuando te marches! Pues bien sé que no querrás estar aquí mucho tiempo; no tienes nada en qué ocuparte... Sí; te echaré mucho de menos; tu presencia me hace bien...

Laura, sorprendida, se volvió hacia ella, tratando de leer en su rostro lo que motivaba estas reflexiones imprevistas.

—No es la primera vez que pienso en esto —dijo Luisa—. Entre las personas que nosotros vemos, no hay ninguna que dé la impresión de reposo que se siente a tu lado.

Laura se puso encarnada, y al principio no respondió. Después de un instante, dijo:

—¿Así es que te parece que mi presencia trae la paz?

Y movió la cabeza, como dudando.

—Sí; sí que me parece —dijo Luisa.

—Después de todo, es posible... Por lo menos desearía que así fuese.

—Tú no sospechas —continuó Luisa— que a veces te envidio. Quisiera ser como tú; me gustaría... ¡por una parte!

—¡Ah! ¡Por una parte! —dijo Laura sonriendo.

—Evidentemente —dijo Luisa—. No llevar la misma vida que tú. ¡Hubiese necesitado hacer tantos sacrificios!... Pero siendo de tu modo de ser, se está tranquila, confiada... La vida es sencilla.

—¡Oh! ¿Por qué? —dijo Laura—. No es a la fuerza sencilla.

—Sí, sí —dijo Luisa, con un signo de cabeza—; el espíritu está lleno, la conducta se muestra clara; ¿qué hay que no sea sencillo?

Laura cedió. Pero Luisa tuvo pronto ocasión de corregir esta opinión superficial...

Así comenzaron las conversaciones que iban poco a poco a unirlas, y que, continuándose, prosiguiéndose, debían acabar por llevar un día, como un tesoro magnífico —y peligroso—, el pasado enterrado desde hacía ocho años.

Poco tiempo después, entre otras conversaciones, Luisa dijo a su hermana:

—Laura, no creo engañarme; estoy persuadida de que me juzgas severamente; no dices nada, pero, sin embargo, a veces lo comprendo.

Aunque Laura intentaba protestar, Luisa continuó:

—Y sé muy bien por qué; a tus ojos soy una persona absorbida por frivolidades. Quizá tengas razón si me comparas contigo. Sin embargo, no hay nada malo en lo que yo veo del mundo, en que acepte invitaciones, etc. No trato siquiera de justificarme; pero si ese reproche que adivino me desagrada, es porque no es justo, pues los placeres que me censuras no me tientan por sí mismos, y si los busco, es sencillamente porque necesito distracción.

—Eso es más bien lo que yo no comprendo —dijo Laura, después de un silencio—. ¿De qué tratas de distraerte?

Luisa hizo un gesto como para indicar que esta pregunta era verdaderamente superflua.

—¡Dios mío! —dijo de un modo indolente—; está claro: ¿qué ves tú que pueda ocuparme? Mis días pasan en balde, monótonos...

Se interrumpió, frunció las cejas, pareció detener la mirada sobre un objeto lejano, con expresión de contrariedad, y luego volvió a la conversación.

—Es difícil de explicar... Tengo horas de profundo aburrimiento en las que la vida me pesa hasta el punto de hacerme llorar... Pero, ¿para qué hablarte de esto? Me parece que sé por anticipado cómo piensas; eres de opinión de que, puesto que tengo marido y un hijo, no tengo más que ocuparme de ellos: es la regla; siguiéndola, se debe estar satisfecha, y si no se está, hace una mal, y hasta es culpable. Además, como tú me miras despiadadamente, me juzgas incapaz de reflexiones elevadas..., ¿verdad?

No había nada agresivo en su tono.

—Me veo en un apuro para contestarte —dijo Laura—. Creo poder representarme sin trabajo ese malestar que me haces entrever, y hasta, al contrario de lo que te imaginas, en el fondo del corazón siento más simpatía por ti en ese aburrimiento que si te viese contenta de una vida fácil y vacía... Sí; eso por un lado —continuó—; pero, por otra parte, estás en lo cierto: me parece que sería mejor vivir según la regla, como tú dices, completamente según la regla; sería mucho mejor...

Estas últimas palabras las pronunció casi con emoción.

Luisa no comprendió bien.

—Eso está un poco obscuro —dijo.

—Para ti, quizá, pero no para mí —replicó Laura con dulzura—. Y añadió con firmeza: «Para mí todo está muy claro».

Al contrario de lo que se había figurado los primeros días, Luisa encontraba a Laura, cuando conversaba con ella sobre esta clase de materias, desprovista de prejuicios; hasta reconocía en sus palabras un sello superior de independencia y de equidad, y por esto le agradaba consultarla.

—¡Se desprende de ti una espontánea autoridad! —le dijo un día—. Tú sabes, comprendes, y al mismo tiempo ves más lejos que los demás. Es una cosa muy rara. En otro tiempo ya eras así...

Laura no se apresuraba nunca a responder; reflexionaba algunos segundos, y luego se expresaba con una entonación siempre igual, casi sin inflexión de un extre-

mo a otro de sus frases; sin embargo, sus palabras dejaban una impresión de suavidad, porque el sentimiento que las inspiraba se reflejaba en ellas espontáneo, y además se adivinaba que hubiera podido decir siempre más sobre la materia que fuese.

Una tarde de buen tiempo permanecieron largo rato en la terraza, junto a la balaustrada que la bordeaba, sentadas las dos en sillones de mimbre. El tibio sol de abril derramaba sobre el parque su luz rubia.

Luisa dijo:

—Ya nos queda poco tiempo de estar así, solas...

—¿Por qué? ¿Vuelve Marcos?

—Sí, me ha escrito; estará aquí dentro de cuatro días. Ha estado ausente, por lo demás, el tiempo conveniente.

Observando Laura melancolía en su tono, preguntó a su hermana si aquel regreso no le causaba placer.

—Sí —dijo—, siempre me causa alegría el volverle a ver... Sin embargo —añadió—, pronto hará seis semanas que estás aquí conmigo. ¡Estábamos tan bien las dos así!... Esto recuerda nuestra vida de muchachas...

Laura preguntó:

—En suma, ¿os entendéis bien Marcos y tú?

—¡Oh!, sí, bastante bien —respondió Luisa.

Hizo un gesto evasivo, y:

—Claro está que las emociones del principio no duran siempre...

Y con este motivo entró en algunos detalles; elogió a Marcos diciendo que era un carácter muy seguro, muy razonable; luego contó que ella misma, después de su matrimonio, se había cansado en seguida de su

soledad en el campo. Entonces Marcos había hecho todo lo posible por distraerla; habían transformado la Mettrie, cambiado de tren de casa, alquilado un piso en París donde habían hecho relaciones...

—En efecto, yo he sido más feliz que ahora —dijo—; mis días estaban llenos. Pero es singular cómo separa esta vida... Marcos la ha tomado el gusto más que yo, pues se adapta fácilmente a todo. Poco a poco se interesa uno menos por los sentimientos del otro, y llega un día en el que nos damos cuenta de que apenas estamos unidos mas que por costumbres comunes. Hay una infinidad de matrimonios así. Por lo demás —añadió— ¿lo siento yo que sea así? ¡No lo sé siquiera!

Se volvió hacia Laura, esperando una respuesta, y vió el rostro de su hermana inmóvil y frío.

Contrariada, dijo:

—Hago mal en hablar contigo de este asunto; ya veo que te desagrada.

—Siento solamente que sea así —respondió Laura.

Y continuó pensativa:

—Sería preciso, sin duda, ponerse por encima de sí misma; si no, ¿cómo no sentirse a menudo inquieta y desengañada?

Como Luisa no respondiese, dijo con tono indiferente, pero prosiguiendo, sin embargo, el mismo pensamiento:

—Piensa en esto, Luisa: ¿nunca se te ha ocurrido la idea de preguntarte si yo por mi parte soy feliz?

Luisa la miró con expresión inquieta:

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? ¿No eres tú dichosa?

—No hablo de eso. Decía solamente que pen-

sases por qué no se te ocurría nunca hacerte esa pregunta.

Luisa se sonrojó:

—¡Dios mío! Tú, Laura, por lo general, tienes el aspecto de estar satisfecha.

—No —murmuró Laura—. Yo no tengo aspecto ni de descontenta ni de satisfecha. Solamente...

Luisa la interrumpió:

—Parece que en tu situación no se puede estar nunca desengañada.

—Esa no es la razón —dijo Laura—. O más bien no es la sola razón... Pero cuando se entra en un convento, se da uno a algo más importante que sí mismo, todo el mundo lo sabe, y la felicidad no es el bien capital que está en juego.

—Quizá —dijo Luisa—. Y, entonces, ¿dónde quieres ir a parar?

—Pensaba que no es ésa, ni mucho menos, una pregunta esencial, y que, por consiguiente, es inútil preguntarse: ¿Es ella dichosa? ¿Soy yo feliz? Y, en el fondo, tú misma bien lo sabes...

—Eso ya lo decías en otro tiempo, Laura, y que si no se aspira a los fines más altos, la vida no es sino una mísera e insoportable sucesión de días. ¿Continúas siendo la misma?

—Claro que sí.

Esta respuesta pareció no ser la prevista por Luisa.

—¿No lo creías? —preguntó Laura—. ¿Por qué?

Luisa hizo un gesto que indicaba que tenía muchas razones para ello. Luego, pensativa:

—Sin embargo —dijo—, es verdad que la religión

propone fines como aquellos de los que tú hablabas entonces.

Pero al mismo tiempo hacía una mueca ligeramente escéptica y desdeñosa.

Y murmuró:

—En aquellos tiempos eras libre, ardiente.

Luego agregó pensativa:

—¡Dios mío! ¡Qué lejos están aquellos tiempos!

Ambas permanecieron calladas un momento.

—Sin embargo —continuó Luisa—, en toda mi vida no he conversado con nadie mas que contigo sobre estas cuestiones que moran en el fondo del alma... Y me agradan, no obstante; es algo que me conmueve, que me emociona. Me atrae de otra forma que antes; ahora es de una manera casi más grave; han pasado los años; está uno como sobre otra vertiente; desea mirar hacia atrás... ¿Te acuerdas cuántas veces hemos conversado en este mismo rincón de la terraza?

—Sí; sí que me acuerdo —dijo Laura— y estoy contenta por volver a encontrarte un poco después de tanta ausencia, de tanto silencio.

—Yo también he pensado con frecuencia en aquellas conversaciones de entonces, sobre todo desde que estás tú aquí... Y luego, ya te lo he dicho, muchas veces estoy aburrída, tengo mis penas, y esto obliga a reflexionar; mira uno a su alrededor, piensa en el pasado, en el porvenir, en lugar de dejar correr los días sin darse cuenta siquiera.

—Tienes razón —dijo Laura—; yo también lo he observado y me lo he dicho a mí misma con frecuencia: los días bellos no presentan ningún problema...

Para mejor explicar su pensamiento, hizo un gesto breve como si tomase por testigo el azul claro, descubierto, nacarado, y la calma de la tarde declinante, en aquel rincón del parque inundado de sol.

—Pero toda inquietud comienza cuando llega el dolor —añadió.

Luisa la miró.

—¿Qué dolor?

Laura no respondió.

—¡De qué modo tan extraño hablas a veces! —dijo Luisa—. Es asombroso cómo, cuando se está contigo, todo se vuelve serio, las cosas cambian, adquieren bruscamente profundidad; se diría que se descubre otra vida.

Continuó pensativa:

—¿Sabes que Marcos me dijo un día que te había escuchado demasiado, y que me habían quedado en el espíritu sentimientos raros?... Es verdad, yo he sido, por decirlo así, tu discípula... Era muy bonito, a mí me gustaba. ¡Qué singular! ¡Haber sido tan semejantes, y ser después tan diferentes!...

—Quizá no tan diferentes —dijo Laura.

Y Luisa añadió:

—Quizá nos parezcamos todavía...

Caía la tarde, a pesar de que eran escasamente las cinco. El sol, que había desaparecido tras de los árboles, hacía flamear todo el Occidente con rutilante color cereza.

Luisa propuso ir hasta el Allier. Se levantaron, salieron del parque por el lado del río y siguieron un camino que terminaba a la orilla del agua. Ya había

transpuesto el sol. Al final del camino, encontraron dispersas algunas piedras grandes. Laura se sentó en una de ellas. Luisa permaneció de pie, envuelta en su manto.

Estaban ante un recodo muy ancho del Allier, que había crecido desde hacía unos días: al primer deshielo de las nieves. Frente a ellas, en la orilla opuesta, se erguía un macizo de árboles majestuosos y sombríos, que mezclaban sobre la extensión del agua su inmenso reflejo negro con los esplendores del poniente. El río corría, rápido, liso, pulido, tornasolado; a lo lejos, hacia el horizonte, parecía ensancharse aún más, desvanecerse en una inmensa capa rosa, que dominaban algunos álamos pensativos.

Con voz indolente y fresca, una pastora invisible llamaba a sus ovejas con el grito de costumbre: «¡Aquí, aquí!», arrastrando largo rato las sílabas, como un lamento lanzado en la noche prematura.

Aquel paisaje magnífico y familiar llevaba a Luisa y a Laura hasta las profundidades de su común infancia.

—En suma —dijo Luisa como si reanudase sencillamente la conversación interrumpida—, ¿no es el día de hoy semejante a los de antaño? Charlamos las dos; yo te pregunto, te escucho; tú me vuelves a encontrar atenta y dócil como hace diez años... ¡Sería tan bonito no tener de nuevo secretos la una para la otra y estar de acuerdo! Me parecería volver a entrar en el pasado maravilloso.

Laura sonrió, pero movió la cabeza con aire de profunda duda, y dijo:

—Han ocurrido demasiadas cosas.

Luisa pensó en la vocación religiosa de su hermana.

—No es necesario que nuestras ideas sean idénticas —dijo.

A Laura la impresionó su insistencia y su acento de ruego. Permaneció, sin embargo, en la misma reserva, conservando en los labios una sonrisa medio borrada.

Aquel nuevo sentimiento que Luisa experimentaba, aquella adhesión que habían reanimado la presencia y las palabras de Laura, era sincera y profunda; así es que la fría acogida de su hermana la dejó un poco sorprendida y lastimada.

Siguió diciendo Luisa que hasta aquellos últimos días la había creído muy lejos y hasta extraña a su propio pasado; ahora comenzaba a comprenderla mejor. Pero, ¿debía asombrarse Laura de este error, si en un momento de su vida había sacrificado todos sus sentimientos antiguos y naturales, con una indiferencia y hasta una dureza que no dejaban prever que volviese a ellos?

Laura, siempre sentada, había levantado los ojos hacia Luisa y la miraba fijamente. Adoptó una expresión de dolor, y dijo con voz temblorosa:

—Ya sé en qué piensas.

Ambas, en un relámpago, vieron al mismo tiempo las últimas horas de Carlos Armando. Laura se puso pálida y murmuró varias veces: «Sí, lo sé; lo sé...», con una entonación nueva cada vez, primero de laxitud abrumadora; luego, en una especie de desesperación. Ocultó el rostro entre las manos y permaneció así, encorvada.

Luisa se quedó estupefacta. ¿Qué cosa tan grave había dicho? Sin embargo, sentía que acababa de lasti-

mar algo inmenso. Al borde del agua bañada de rosa que se obscurecía, veía a Laura siempre inmóvil, sentada, con la cabeza entre las manos, cubriéndose los ojos. Después de mirar algún tiempo la extensión de las arenas:

—Laura —dijo—; se alza un viento tan helado como si fuerade invierno... No queda mas que una banda deluz en el horizonte. Volvamos, Laura... Mira cómo ese viento hace estremecer y palpar al agua por algunos sitios.

Pero Laura apenas parecía oírla. Contrariada, Luisa se dirigió a ella de una manera más directa:

—Escucha; no te comprendo; ¿qué es lo que ha pasado? Yo no te reprochaba nada. ¿Está prohibido decir que te separaste de la familia y de los que te rodeaban para encerrarte en un convento? ¡Si es sencillamente la verdad!... ¡Si aún ahora te mantienes aparte, no vives como las demás personas, no tienes ni sus gustos, ni sus costumbres, ni sus maneras! ¿Es que no se puede decir esto?

A estas últimas palabras, Laura replicó con un gesto y un tono que revelaban impaciencia:

—En todo caso, lo dices con demasiada frecuencia.

Luisa se quedó asombrada, pues nunca la había oído hablar así. Pero comprendió lo justo del reproche y se sonrojó.

Laura, lamentando ya aquel movimiento y aquella frase de mal humor, se levantó con aspecto tranquilo. Se sacudió un poco el manto para que marchase el polvo, le quitó las arrugas, y luego, en el momento de echar a andar, se volvió hacia Luisa, y dijo con su acento sencillo y firme:

—Por causa tuya, Luisa, es por lo que yo estoy así.

Luego se internó por el camino en dirección a la casa.

Luisa, en el primer momento, apenas pudo creer lo que acababa de oír. Siguió a Laura, que andaba deprisa; no osaba interrogarla, pero por sus ojos pasaban inquietudes que los ensombrecían como tormentas; varias veces se detuvo estupefacta ante las ideas que se le venían a la imaginación.

—Es singular —dijo a media voz en un momento en que había quedado un poco atrás—; cuando se habla contigo, parece siempre que se camina al borde de un abismo.

* * *

Cuando Laura entró en el comedor a la hora de la comida, Luisa, que se encontraba allí todavía, sola, salió a su encuentro en seguida y la dijo que quería hablar con ella sobre las mismas cosas de que habían tratado aquella tarde. Laura, que lo esperaba, soportó aquel deseo contrariada. Sin detenerse, dijo con negligencia mientras ocupaba su sitio:

—Dejemos eso, te lo ruego... He hecho mal aludiendo a preocupaciones íntimas que a nadie conciernen mas que a mí.

—Que bien parecen concernirme a mí también —dijo Luisa.

Y se fué al lado de Laura, que se había sentado ya.

—Ya sabes, Laura, que puedes contármelo todo.

Su tono expresaba, a la vez que un ruego, una firme resolución de saber.

—¡Me alegraba tanto pensar que volveríamos a ser amigas! Pero en todo lo que dices hay como claros, lagunas, sobre algo inmenso y oculto, a veces sobre una inmensa amargura. Vamos, debes comprenderlo; es preciso que yo lo sepa todo.

—Escucha: esta noche estoy muy fatigada, no me hables más de eso. Por lo demás, son cosas antiguas, acabadas; me es desagradable volver a ellas.

Luisa no se atrevió a apremiarla; sin embargo, permaneció en el mismo sitio, haciendo comprender que su voluntad no había cambiado.

Durante un momento, Laura pareció muy absorta; en una meditación rápida, se representó el alcance de las explicaciones que pedía Luisa, y comprendió que, a poco que cediese, estaba expuesta a revelar toda su antigua conducta; sin embargo, no sentía menos repugnancia ahora a dejar penetrar aquel secreto capital que en otro tiempo había guardado tan severa, tan resueltamente; no menos que antes la desagradaba que una mirada extraña descendiese al fondo de su sér y creyese poseer el secreto de su vida. Y si su hermana supiera las cosas, ¿no llegaría a estar enterado de todo Marcos a su vez? Esta perspectiva, hasta entonces imprevista, la rebeló de súbito. Marcos se persuadiría, sin duda, de que todo su destino, todas sus resoluciones, hasta sus pensamientos, los más ocultos, los más libres, los más altos, habían dependido de él, del sentimiento inspirado por él. ¡Que él creyese esto, que ella pudiese leer un día esta suposición en sus ojos, en su conducta con respecto a ella, en sus pesares, en su piedad quizá!... ¡No! No podía admitirlo; antes huiría.

Luego, tras estos pensamientos, la acometieron otros de distinto orden: pensó en su hermana. ¿No valía más que Luisa siguiera ignorando? Entonces, ¿por qué tanto buscar, preguntar? ¿Qué fatal deseo la empujaba? Sobre todo en aquel momento, en que Luisa le demostraba de nuevo mucho afecto, el conocimiento de un acontecimiento tan grave, al que ella estaba unida, ¿no le produciría una inmensa pena, una inmensa responsabilidad? ¡No! ¡Valía más que todo permaneciera en la sombra! Luisa era generosa, sensible, entusiasta, tan prontamente exaltada como abatida; en medio del tedio que la producía su vida actual, ¿qué turbación podía producir en ella la revelación de un sacrificio tan grande, fuente de aquella mezquina dicha?... Estas reflexiones se sucedían con extraordinaria rapidez en el espíritu de Laura; de pronto, volviendo al presente, se estremeció al ver a Luisa de pie a su lado, obstinada e insistente, que seguía reclamando aquel conocimiento peligroso. Se levantó con brusquedad y la dijo casi con ímpetu, con voz llena de advertencias, de ruego, de temor, y que se destacaba violentamente de su indiferencia anterior:

—Pero, Luisa, ¿qué haces? ¡Deja eso..., déjalo!...

Luisa, asombrada, retrocedió un paso.

Entraron a servir la mesa. Luisa fué a ocupar su puesto y dijo con calma:

—Laura: dejemos, pues, este asunto para más adelante.

Al día siguiente, a primera hora de la tarde, salieron juntas, como de ordinario.

Tres o cuatro días duraba ya el buen tiempo. En su paseo subieron a la colina.

Luisa, andando al lado de su hermana, observó que ésta tenía en el rostro una expresión de cansancio, como si estuviese atormentada por pensamientos penosos. Luisa sabía que después de lo dicho la víspera sería preciso que Laura se explicase de alguna manera. No la preguntó nada; dejó correr los minutos, persuadida de que aquel silencio mismo valdría tanto como la pregunta más apremiante.

En lo alto del ribazo, pocos pasos antes de llegar a la capilla, se encontraba una vieja cruz de encina, gris, carcomida y muy gastada por el tiempo. A su alrededor se erguían varios árboles, desprovistos todavía de follaje, pero cuyas ramas, entrelazadas, servían de tamiz al nuevo sol.

Allí se detuvieron, sin haber dicho nada aún.

Como Laura estuviese muy cerca de la cruz, que conocía mucho, y a la que en otro tiempo había acudido con frecuencia, con un gesto familiar y dulce colocó la mano sobre ella. En la madera se veían profundos surcos que los hielos y las lluvias habían cavado en la encina al cabo de los años. Por un momento permaneció allí, recogida, grave, siguiendo con la punta del dedo las sinuosas nervaduras.

Luisa la miraba, un tanto conmovida.

Laura, al fin, se volvió hacia ella y respondió a su muda interrogación:

—Ayer tuve un momento de impaciencia —dijo—,

cosa que me ocurre rara vez... Me parece preferible que te explique el porqué. . Con frecuencia, desde que estoy aquí, he observado con pena que me consideras como una persona medio muerta...

Luisa protestó.

—Sí, sí; apagada, muerta..., porque he pasado algunos años en un convento. Lo que ayer decías a orillas del Allier lo testimonia una vez más. No te asombres, pues, si a la larga he llegado a sentirme lastimada.

—Te sorprende —continuó— ver en mí tanta vanidad. Pero ¿por qué admitir siempre y declarar que, aparte de las circunstancias ordinarias de la existencia, lo que pasa en el espíritu viene a ser insignificante y como regulado de antemano; que los acontecimientos no existen y, por decirlo así, tampoco la vida del alma? ¿Por qué no suponer, solamente por una vez, que puede, por el contrario, al abrigo de los azares del mundo y por encima de los accidentes comunes, comenzar una verdadera historia?

Se expresaba de manera tranquila, reposada, después de medir por anticipado lo que iba a decir.

—Quería añadir una cosa: tú estás demasiado persuadida de que el renunciar al mundo no cuesta nada, que es siempre una inclinación, un gusto, mientras que, por el contrario, no sucede casi nunca sin que el corazón se haya desgarrado dolorosamente. Dejas ver con demasiada frecuencia esa opinión tuya, y a veces puede causar pena... Tú no lo sabes, claro... Y eso es todo —concluyó, indicando que sus explicaciones habían terminado.

—No comprendo —dijo Luisa— cómo no me has

hablado así antes. ¡Era tan sencillo y nos hubiésemos puesto tan pronto de acuerdol... Pero hay, sin embargo, una cosa que todavía no está clara para mí, aun cuando te haya herido: ¿por qué me dijiste que si tú eres... como eres, yo soy la causante?

Laura se sonrojó y parpadeó un momento. Luego dijo rápidamente:

—¡Oh! ¡En cuanto a eso..., precisamente evitaba recordarlo; ya lo has visto! Acudió a mis labios una expresión desagradable y enfadosa. No pienses más en ello.

Luisa la miraba con fijeza, sin dejarse convencer fácilmente.

—¡Pues bien, sea! —dijo, cediendo más bien que persuadida—. ¡No hablemos más de ello!

Pero puesto que en adelante no la ofendería más y puesto que volvían a ser amigas, le pidió que le explicase aquella historia interior a la que Laura había aludido.

—¿Es verdad que has sido desgraciada en el convento? ¿Soy indiscreta al hacerte esta pregunta? ¿Es cosa que debe permanecer oculta?

Laura movió la cabeza como para responder que no, que no había indiscreción en ello. Sin embargo, por el momento no añadió nada, retenida por un presentimiento al que más tarde lamentó no haber prestado más atención.

Dieron algunos pasos y se sentaron sobre el césped, al pie de una pared baja medio derruida.

Por debajo de ellas, en la extensión de los viñedos, secos y grises, un solo almendro en flor hacía resplan-

decer su nieve rosada en todo el ribazo. Desde el punto en que estaban dominaban la llanura. A lo lejos, sobre los campos, vagaba la sombra de las nubes. La Naturaleza, adormecida y desnuda, sin follaje, sin verdor, no despertaba aún a los besos del sol...

Un mirlo silbaba en las ramas su sonoro y dulce refrán. Todo aquel paisaje, con sus líneas sueltas, desprendidas, claras, hacía pensar en alguna magnífica bandeja de plata centelleante y cincelada. En el lecho del Allier corrían las bellas aguas de abril, frescas, abundantes, trémulas, que acogen la luz hasta en sus profundidades.

—¡Qué vista tan hermosa se domina desde aquí!
—dijo Luisa.

—Sí; muy hermosa.

—Yo vengo con frecuencia a este lugar —continuó Luisa—. Este espectáculo calma, sosiega el corazón y es capaz de borrar muchos enojos.

—¡Es verdad! —dijo Laura.

Otro silencio. Luego, Luisa, tímidamente, se aventuró a preguntarle si no había experimentado nunca dudas en sus creencias, si su fe no había vacilado alguna vez.

Laura se sorprendió y respondió negativamente. Luego añadió con una sonrisa indulgente:

—¡Niña, niña! ¡Hermanita mía! ¡Qué ignorante eres! Porque he hablado de historia del alma, de inquietud interior..., te imaginas que no puede haber en el claustro sino las crisis de la duda y de la fe.

Y como Luisa continuase preguntándola con la mirada:

—Bien comprendes, por ejemplo, que se puede ser creyente y, sin embargo, no tener la vocación necesaria para la orden en que se ha ingresado. Ese es, sin duda, mi caso; pero para explicarlo todo tendría que entrar en demasiados detalles. Es complicado y quizá extraño también.

Quedó pensativa un instante, y luego dijo con otro acento más vibrante, más raro:

—En un momento de mi vida quise ser completamente pura, estar enteramente separada del mundo... Y, sin embargo, para que veas, ya era entonces lo bastante pura.

Luisa la miraba conmovida.

—Es verdad —continuó Laura—: yo he sufrido decepciones. No he encontrado el reposo, la calma que buscaba; al contrario, vinieron a perturbarme las mismas ideas de las cuales yo había esperado la paz.

Luisa dijo que no comprendía.

—¿De qué ideas hablas?

—¡Oh! —dijo Laura—. Ya recordarás cómo era yo antes y la atracción que sentía por las cosas infinitas...

Pero en este punto se detuvo, vacilante, preguntándose si debía proseguir. Vió los ojos atentos de su hermana llenos de una expresión a la vez inquieta y amorosa, y cedió al deseo de decirle sus penas ocultas. Al internarse en aquellas confidencias, no pensó que podía deslizarse un rayo de luz sobre los antiguos acontecimientos.

—Hay personas —dijo— que acuden a la religión y a Dios precisamente porque experimentan esos sentimientos de una manera viva, particular, que les arras-

tra, a pesar suyo, y porque nada en el mundo responde a ellos. Yo era una de éstas, ¿sabes?, y esos pensamientos conmueven...

—Sí —dijo Luisa con un movimiento de cabeza—, conmueven...

—Creí que me turbaban, que me aniquilaban, sobre todo porque aun vivía lejos de ellas. Creí que me sería posible no vivir sino entre ellas, en un mundo de claridad espléndida y de la más alta y serena alegría. Pero ya ves cómo para ciertas personas éste es, sin duda, un fermento demasiado fuerte que no se puede soportar: no me han satisfecho..., ha sido inútil aproximarme a ellas...

Laura no puso atención en que aquello podía también ser un peligro, puesto que ponía al descubierto ante su hermana, después de ocho años de silencio, su verdadera y secreta naturaleza, haciéndola participar de su experiencia profunda y llevándola otra vez frente a un absoluto del que Luisa había desviado las miradas desde hacía mucho tiempo.

No se dijo que, dada la vida actual de su hermana, era preferible que aquella especie de voluntad mística, base de su antigua amistad, permaneciese lejana y dormida. No pensó en ello; se recreó sólo en tenerla cerca de sí, unida a ella como en otro tiempo, reflejando sus pensamientos, experimentándolos a la vez, mezclándose en ellos. Después de una juventud igual, educadas en principios semejantes, le parecía que sólo ella había intentado una lejana aventura, y que ahora, de regreso en la costa, le refería su desencanto con un sentimiento de fatiga, pero generoso y noble.

Así, pues, prosiguió en tono de confianza ardiente y misteriosa:

—Sí; ha sido inútil que me aproximase a ellas; no me han satisfecho; en algunos casos la angustia que llevan consigo crece precisamente a causa de la meditación de lo ilimitado sobre esta ribera del cielo, de la que no se aleja uno jamás. Es como una playa del océano, sin límites al parecer; hay personas a quienes agrada esta imagen de lo infinito, pero hay otras a quienes inquieta de por sí. ¿Y qué decir cuando lo que se costea es el infinito mismo, la eternidad, el tiempo inmóvil, la imagen de los méritos inaccesibles del alma? Nos sentimos atraídos hacia esos jardines encantados por el más sublime amor y hacia las fuentes de la vida eterna, y, sin embargo, estamos allí abrumados, enfermos, en una tensión demasiado fuerte de espíritu, sin abrigo, sin refugio, ora inundados de rocíos místicos, ora errantes bajo el melancólico cielo.

—¡He vivido yo tan lejos de la vida! —dijo Luisa—. ¡He estado tan por debajo!...

Su hermana continuó:

—Entonces, entre aquellos que poseen la paz y aquellos de quienes huye sin cesar se abre un abismo... Y allí comienza la mayor de las soledades.

—Lo comprendo bien —dijo Luisa.

Laura continuó con acento más tranquilo, como si quisiese corregir la impresión que hubiese podido causar en su hermana:

—Sin embargo, no creas que yo he sido jamás rebelde, sino todo lo contrario. Por lo demás, renunciar a la vocación no es tan raro ni tan extraño, y sólo en el

mundo es donde se considera como cosa maldita. Yo he visto sencillamente que me convenía familiarizarme con las condiciones más comunes de la vida, de las que al principio me había querido separar; por un lado, esto no es mas que un pequeño cambio, y, sin embargo, para mí ha sido una amarga decepción, puesto que recaía sobre lo que yo había escogido como lo más grande y sublime que pueda existir.

Luisa preguntó:

—¿Ocurre eso con frecuencia?

—¡Oh! Yo no hablo mas que de mí —dijo Laura—. Todo depende de las disposiciones que cada una lleve al convento, de los motivos que la conduzcan a él. En muchos casos es una ansiedad, una inmensa necesidad del alma, que siente una vez y que no vuelve a sentir; es un grito que lanza una vez y que no vuelve a lanzar. Pero en cuanto a mí, fué una cosa muy distinta.

—¿Por qué? ¿Por qué, di? ¿Por qué tu caso es único?

—Ya te lo he dicho —replicó Laura después de vacilar—. Todo depende de las disposiciones con que se llega... Yo envidio a las que han vivido siempre en el seno de Dios y no han cambiado nunca de mundo, por lo que su vocación no ha tenido historia.

—No comprendo bien... —murmuró Luisa.

—Quiero decir que hay jóvenes que tienen una vocación libre, desinteresada, espontánea, a la que no sabrían renunciar; otras, por el contrario, buscan un amparo, un refugio; acuden al convento, sobre todo, para desviar los ojos de otra cosa. Pues bien: yo he cometido esa falta capital... Pero... me dejo arrastrar y digo más de lo que quisiera; temo que me pese al final; y

lo sabes tú: todo va enlazándose, enlazándose... Así es que añadiré esto y nada más: que sufría mucho y que por esta razón quise abandonar el mundo e ir hacia Dios. Ahora bien: como no debiera haberlo hecho, ello ha sido la causa de todo. Quería, como te he dicho, ser absolutamente pura; sólo que ignoraba una cosa: hubiera sido preciso también purificarme del dolor... Pero basta por ahora, y dejemos ese asunto, demasiado personal.

Luisa reflexionó un momento; luego, continuando de nuevo sus insistentes preguntas, dijo que no vislumbraba ninguna relación entre aquellas penas de que Laura hablaba y la decepción que después sobrevino.

—Es inútil que busque —dijo—. No encuentro la relación que pueda haber entre ambas cosas.

Como Laura pareciese poco dispuesta a responder, exclamó con tono de ruego:

—Si supieses con qué sentimientos te escucho, me abrirías de buen grado tus secretos, me los confiarías sin escrúpulo, pues lo que tú dices vibra en mí de una manera muy particular y tan pura, que no sé por qué no confías en mi alma tanto como en la tuya.

En efecto: en aquel momento se asociaba por entero con el pensamiento al destino de Laura, sin sospechar que ella misma llevaba todo el peso de él.

Laura no quiso responder sino en términos muy vagos.

—A cualquier cosa que uno se consagra —dijo—, ¿no es preferible que sea por inclinación espontánea y no como consecuencia de golpes sufridos, con el alma intacta y no con el alma destrozada?

Sin embargo, esta explicación no satisfizo a Luisa, que replicó:

—No, no comprendo. En aquellos tiempos experimentabas ese sentimiento del infinito en toda su verdad y toda su fuerza, y ahora te acusas de que te hacías ilusiones con respecto a ellos.

Laura movió la cabeza.

—Precisamente experimentaba con tanta vivacidad esos sentimientos porque sufría mucho, y me entregaba enteramente a aquel sufrimiento; hasta entonces todo estaba confuso... ¡Oh! Bien sé que puede parecer singular, y quizá la explicación que te diese no sería toda la verdad sino para mí...

Después de una espera continuó:

—Sí; es a la vez sencillo y complicado, a la vez raro y casi común. Hubo un momento, como te acabo de decir, en que cedí demasiado al dolor; no medí su valor; creí que lo era todo en el mundo, y esto fué una fuente de grandes mentiras... Mira un pensamiento que se me ha ocurrido a veces, un reproche que me he hecho, y cuya expresión te parecerá, sin duda, extraña: me he dicho que había amado demasiado al dolor.

Luisa hizo un movimiento de sorpresa.

—Sí, sí; ya lo sé —continuó Laura—; ya te lo he dicho antes: es cosa que asombra. Quizá también la expresión no sea muy exacta; resulta un poco exagerada, un poco forzada. Pero, sin embargo, se comprende: quiero decir que he tenido siempre en el espíritu algo grave, un tanto triste, que tenía necesidad de esparcirse, de vivir, y eso basta en el curso de la juventud dichosa. Era, si así te parece, el deseo, la necesidad de

un destino difícil en lugar de un destino demasiado cómodo, y además una afinidad naciente y misteriosa con todo aquello que exalta y endurece. Sí; cuanto más lo pienso, más comprendo que era eso; tenía por anticipado el sentimiento, muy oscuro entonces, de que había en el dolor algo a mi medida, a la conveniencia mía, y en lo que, por decirlo así, había de sumergirme muy complacida.

Y, en efecto, cuando me llegó la ocasión de tener que sufrir mucho, en lugar de considerar mi pena como cosa pequeña y mezquina, me era preciso sufrir con sencillez, expiar en algún rincón; pensé, por el contrario, sin duda en virtud de esa inclinación profunda, que sobre la tierra sólo el dolor era real y verdadero; que todo lo demás era ilusión, apariencia; así es que me abandoné a él y experimenté una satisfacción singular, una especie de alivio al extender por el infinito el mal que llevaba yo dentro... También he sentido a veces, por casi todo lo que existe, una inmensa piedad. Y puedes comprender que cuando se experimenta lo infinito en el dolor, es preciso lo infinito en todas las demás cosas, es preciso lo infinito en la alegría. Cuando aparece el mundo como el dominio predestinado del sufrimiento, por un impulso del alma, no quizá el más valeroso, pero sí el más humano, el más natural, se trata de escapar de él, se va hacia las fiestas celestes, no se quiere ver más que la eternidad.

—Pero, ¿qué importa eso —dijo Luisa—, y qué es lo que te reprochas?

—Me reprocho el haber ignorado que la forma más alta y más libre de renunciar a las cosas mundanas no

es aquella que nace de la desgracia, y que, refugiándose así en un cielo místico, con frecuencia se vive, en lugar de una historia divina, una historia demasiado humana.

Pues acaso llegue después un día en que se aprenda a sufrir de manera más prudente, en que se mida mejor el lugar que al dolor corresponde en la vida, y desde donde se ve que se ha dejado una seducir por él, y que se ha llegado al corazón de lo infinito, guiada por sus engaños.

—Pero tú, sin embargo —objetó dulcemente Luisa—, hasta en nuestra más remota juventud experimentabas ya ese atractivo de un orden infinito, y me parece que sin que hubiese intervenido ninguna desgracia.

—Es verdad —respondió Laura—; siempre aspiré a una especie de bien que excediese de la realidad y la experiencia comunes; pero, ¿estoy segura de que fuese tan grande y tan noble ceder completamente a ese deseo?... Para tal inclinación, existen quizá otras vías que las que yo he seguido, o, por lo menos, quizá existan algún día... En todo caso, por lo que a mí se refiere, no me hubiese abandonado tan enteramente a esa inclinación si no hubiese creído tanto en el dolor, y, sobre todo, no me hubiese abandonado a él de esa manera dura y cruel que no quería ver nada más del mundo.

Después de callar unos segundos, repitió en voz baja las últimas palabras: «de una manera dura y cruel», como si acabase de evocar en su espíritu una multitud de nuevos y abrumadores pensamientos...

Luisa, que reflexionaba, murmuró:

—Lo que dices tiene mucho más alcance de lo que

a ti te parece, pues son numerosísimos aquellos que, semejantes a ti, se entregan a pensamientos místicos, precisamente porque la vida del mundo les ha herido. Así es que tu historia, si encierra una verdad profunda, es una inmensa historia... Pero dejemos eso; en todo caso, me maravilla y me exalta volver a esas fuentes de vida espiritual, a las que no me he acercado nunca sino gracias a ti. Laura, ya te lo he dicho: es extraño cómo eres tú. Se creería que hay en el fondo de ti una luz desconocida que irradia sobre tus pensamientos...

Y dirigiéndose a ella de una manera más directa, añadió:

—Dime, ¿es eso verdad? ¿Es efectivamente así? ¿Sabes tú cosas que no sabe nadie?

Laura, al principio, no respondió a esta pregunta, juzgándola, sin duda, demasiado vana; pero como Luisa insistiese, dijo al fin lentamente:

—No, no, Luisa; nada de luz desconocida... —y dejando caer las palabras, agregó muy bajo:

—Es quizá el reflejo de un constante y muy grande peligro...

Los ojos de Luisa vagaron un momento perdidos en la lejanía, y luego dijo muy bajo, temblorosa:

—No puedo pensar sin horror en ese dolor capital y misterioso, que ha decidido, no sólo de tu vida terrestre, sino también de toda la vida de tu alma.

Sin embargo, no se atrevía a interrogar a su hermana.

Laura fué quien reanudó la conversación.

Como consecuencia, de aquellas confidencias se le representó el día de la muerte de su padre y su con-

ducta para con él. Conmovida ella misma por aquella grave conversación, pensó que se le presentaba ocasión de atenuar un reproche en el que se sentía envuelta desde mucho tiempo ha.

Con acento en el que se reflejaba una emoción violenta y contenida, dijo:

—Puesto que casi sin quererlo he llegado a hablarte así, quizá deba aprovechar esta circunstancia para justificarme, si ello es posible, de un recuerdo que de mí guardas..

Luisa frunció las cejas con inquietud.

—Es una materia sobre la que no me gusta volver —continuó Laura—. ¡No! ¡Bien lo sabe Dios que no me gusta!... Pero, después de lo que te he dicho, me es fácil explicarme en este momento; lo haré, y de una vez para siempre... ¿Te acuerdas, ¿verdad?, de lo ocurrido en la muerte de nuestro padre...?

—Sí —dijo Luisa, y su mirada ansiosa se hundió en aquellas lejanías.

—Lo recuerdas... Así es que es inútil que precise. ¡Pues bien! Sea cual fuere mi conducta de aquellos momentos, no hay que reprocharme nada, pues sufría mucho, sufría demasiado para poder ser semejante a vosotros...

Luisa, conforme la escuchaba, se decía a sí misma:

«Sí; veo de nuevo aquel día, aquella hora, que parece que hasta aquí no lo había recordado nunca... ¡Sin embargo, he pensado en ello con mucha frecuencia!»

Laura continuaba:

—Yo entonces, como ya te he explicado, vivía sin

que nada significase nada, sin que nada tuviese sentido ni precio, aparte de la eternidad...

Y añadió:

—No sé si te acuerdas exactamente...

—Sí, sí —murmuró Luisa.

Y pensaba: «¡Qué ciega estuve en aquel momento, y luego también!... Pero ahora, por haberme confesado su desgracia, por todo lo que acabo de saber, se rasga a mis ojos un velo...»

Se había puesto pálida, y sus manos temblaban. Laura, sin embargo, demasiado absorta, no lo observó.

—¿Qué era, pues, lo que tanta pena te causaba? —preguntó Luisa, dirigiendo a su hermana una rápida mirada cargada de ansiedad.

—Todo lo tocante a la muerte despertaba en mí sentimientos sin medida —dijo Laura pensativa.

—No comprendo bien —exclamó Luisa—. ¿Había entonces otra cosa? —murmuró.

Laura respondió de una manera evasiva y muy bajo:

—A buen seguro que había algo más...

Luisa se levantó, y, dejando caer las manos, dijo con tono de desesperación:

—¡Oh! Laura, ¡he comprendido lo que había!

Laura experimentó en seguida un amargo pesar. No hizo ningún movimiento; no dió señales de estar trastornada. Miró un momento al suelo, y luego, para tranquilizar a Luisa, dijo, levantando la cabeza:

—Déjalo; todo eso está muy lejos...

Pero entonces, viendo la inmensa emoción impresa en el rostro de su hermana, no pudo menos de expre-

sar el reproche que se hacía interiormente. Con un acento de profunda pena, dijo:

—¡Es una materia sobre la que jamás quería yo hablar! Bien a mi pesar he...

Luisa la interrumpió, y al mismo tiempo que se ponía el dedo sobre los labios, exclamó:

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡Espera! No digas nada. Déjame medir, comprender...

—Yo no quería... —insistió Laura.

—No; no lamentes nada; es mejor que hayas hablado. Pero, espera...

Y quedaron en un gran silencio.

Después, Luisa continuó:

—Sí; ya me explico aquello que dijiste ayer: yo soy la causante de que tú seas todo lo que eres ahora. ¡Cómo no lo comprendería en seguida! ¡Y entonces, hace ocho años, estaba yo ciega! ¡Estaba loca! Tú eras ya casi su novia, y yo lo sabía; vine, y entonces, por mi causa... ¡Oh! ¡Perdóname!

No acabó la frase. Se pasó la mano por la frente y los ojos como para rechazar increíbles ideas.

—¡Oh, Laura! A pesar de todo, tú, tú sola fuiste quien quiso, quien hizo nuestro matrimonio. ¡Sin ti no se hubiese realizado nunca!

Había vuelto a sentarse; apoyó el codo sobre las rodillas de su hermana, y así, inclinada hacia ella, con la cabeza baja, dijo:

—Y ahora, ¿qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer ahora?

Laura se había puesto muy pálida. Obligó a Luisa a levantar el rostro, que vio bañado en lágrimas, y la dijo:

—Te acusas inútilmente... ¿Qué es lo que te reprochas? ¿El haber estado aquí? ¿El haber existido?

—¡Sí, sí; fuí demasiado egoísta no sospechando nada! Tenía una venda en los ojos... Pero, Laura, ¡no hubieras tenido mas que decir una palabra y todo se habría evitado!

Y añadió, cruzando las manos fuertemente:

—¡Mientras que por mi causal...

Laura la interrumpió; quiso impedir que exagerase su papel y sus faltas, que no hiciese caer sobre este encuentro de la inclinación de ambas un remordimiento demasiado desgarrador. Trató de explicar que no había perdido tanto por haber roto aquel noviazgo, y que aquel mstrimonio, tan natural como cualquier otro, no hubiese convenido sin duda a su naturaleza difícil y rebelde.

Con el mentón apoyado en la palma de la mano, y la vista fija en el espacio, dijo con voz grave y soñadora:

—¡Bah!, no te imagines lo que no es. No creas que entré en el convento por despecho o para llorar allí un amor perdido, no; las cosas pasaron de otro modo; aquel fué un acontecimiento de otra naturaleza. Tú bien sabes que en todo tiempo ha habido en mí una inclinación que me arrastraba fuera de las condiciones de existencia de la mayoría de las gentes, una necesidad que me llevaba a otra parte. ¿Hubiese podido, a pesar de eso, permanecer en el mundo y ser dichosa? Ahora lo dudo mucho, y, en todo caso, en aquellos tiempos, lo dudaba Marcos... Una noche, hacia las nueve, poco antes de tu regreso, salí del parque con él y vinimos a

esas praderas que ves por debajo de nosotras; la noche estaba aérea y espléndida y el cielo lleno de estrellas. Casi involuntariamente, levanté los ojos hacia ellas, hacia sus abismos, y, cosa extraña, aquella noche me asaltaron esas mismas ideas que más tarde he sufrido. Se lo dije, y él me aconsejó que retuviese mis miradas, que no las dejase ir más allá de la banda de luz que formaba en el borde del mundo el crepúsculo, no borrado del todo aún; esto, como tú comprendes, era a la vez verdad y parábola. 'Pues bien, aquella noche consentí, prometí, dije que mis pensamientos no irían más lejos, que permanecerían ligados aquí abajo. ¿Podía ser esto? No lo sé, o más bien sé que no; estate segura de que no hubiera podido ser. De todos modos, pronto me hubiera dado cuenta de que aquel compromiso estaba más allá de mis fuerzas. Y en efecto, cuando fui desgraciada, fué como si se rompiese mi promesa, como si arrojase fuera de mí el anillo de aquel noviazgo con todo lo que me rodeaba. Eso es todo, sencillamente. En aquel momento, mi padre moría, todo moría, todo se marchaba, todo era para mí como un sueño; él mismo estaba en los sueños de la agonía, y la realidad y la muerte corrían entre aquellos dos sueños...

—¡Oh!, Laura —dijo Luisa sollozando—. ¡Y yo que a veces te he censurado!

Se quedó pensativa, y luego dijo: «Hubiese debido adivinar, comprender.» Después de un momento de silencio, continuó: «Y así es como se decidió tu vocación desolada...»

—No exageres —respondió Laura—. Es posible que aquellos días de pena despertasen en mí una es-

pecie de deseo fatal que por consecuencia apenas se ha apaciguado. Pero no te hagas responsable de ello; un día u otro hubiese tropezado con el sufrimiento, pues el sufrir depende menos de los acontecimientos exteriores que de las disposiciones de cada uno, y yo estaba predestinada al dolor.

«Es verdad; sentía demasiada necesidad de una esperanza que no tuviese absolutamente nada de terrenal. Pero en aquel tiempo, no había mas que la decepción de que tú hablas, y también la muerte...»

Después de un silencio:

—¡Oh! Laura —dijo Luisa, transida de nueva emoción—; ¿cómo podré vivir yo ahora?

Y exclamó:

—¡Y Marcos que viene mañana!

Después de algunos momentos, añadió con tono de profundo desaliento:

—¡Y yo ya no le amo!

—Luisa, ¿qué dices?

—No, no; tú lo sabes; ya no le amo. Me entiendo todavía con él, pero ya no le amo. Ya te lo he contado todo... Por lo demás, tú misma te habrás dado cuenta de ello al llegar a nuestra casa... Laura, tú que venías de tan lejos, de tan alto, ¿qué has pensado al descender a nuestra vida tan vulgar? Tú que habías comprado todo esto, que lo habías dado todo por ello, que lo habías pagado con un tan gran sacrificio, ¿qué has pensado?

Laura respondió con benévola dulzura:

—He estado a veces un poco apenada...

—Ahora que lo sé todo —continuó Luisa—, ¿cómo podré...?

No acabó la frase. Se cubrió la cara con las manos. Pero Laura, viendo su desesperación, se las cogió y la obligó a apartarlas del rostro.

—¡Bah! No te atormentes —dijo con calma—; harás que me arrepienta de no haber sido más discreta. Comprendo que estos recuerdos te emocionan, pero haces mal en acusarte. Es preciso ser más prudente; a pesar de cuanto pudiésemos pensar y decir ahora, los destinos se han cumplido, y es una historia pasada... Así es que ¿para qué insistir y mortificarse y herirse? Es mejor aceptar sencillamente lo que existe; por mi parte, es el partido que tomo siempre ahora; he perdido el gusto de buscar sin cesar en el fondo de las cosas su veneno más secreto.

Explicándose con esta serenidad, pensaba dulcificar la pena de su hermana y apaciguar el desorden en que estas revelaciones la habían lanzado. Pero se engañaba, pues su mismo tono exaltaba más a Luisa.

—No hay que lamentar —dijo— el que me hayas dejado conocer un secreto que trastorna el presente y hasta el pasado. No; no lo lamente, pues es un bien que compensa todo lo que he perdido: aprender a quererte más. Es más noble para mí saber lo que te he debido. Tu vida se ha elevado sobre el plano de la libertad más inaccesible de lo que realmente eso no es; yo, por el contrario, he vivido entre sombras; pero, a tu voz, todo cambia... Hay en ti cierta fiebre extraña que me eleva por encima de mí misma; quisiera parecerme a ti, someterme a ti como antes, más que antes; ¿qué otra cosa puedo hacer para demostrarte mi agradecimiento?

Se apoyó contra Laura en un movimiento de abandono. Luego, señalando el paisaje que se ostentaba ante ellos:

—Después de lo que acabo de saber y de un drama tan profundo, ¡qué verdad es que nada vale nada! ¡Qué importan ese azul y ese soll... Laura, ¿te acuerdas de una frase que en otro tiempo leímos un día juntas, y que decía poco más o menos: «Las almas se encienden las unas a las otras como antorchas...» Desde que te escucho, esta frase ha despertado en mi memoria, como si ahora la comprendiese mejor, y, sin embargo, ya en otro tiempo me gustaba mucho esta imagen; esas antorchas que se inclinan la una hacia la otra, esa llama que estalla, que las consume después.

Pero Laura, mientras la escuchaba, movía la cabeza tristemente con un aire muy reservado:

—Seguramente —dijo— eso es lo que más puede conmoverme: que una amistad más sincera nace de nuestros antiguos adioses... Sin embargo, temo que te hagas ilusiones; no hay que esperar demasiado de mí... Sé, de fijo, que, después de ciertos pensamientos, todo lo que se despliega ante la vista no es sino apariencia o engaño. Quizá, sin embargo, sería preciso saber amarlo... Pues si se quisiera llorarlo, ¡cuántas lágrimas serían necesarias! Yo lo he sabido, ¡ay!, son precisas las lágrimas de un Dios... Ve cómo la tarde se prolonga sobre las praderas, semejante a tantas otras tardes. ¡Cuántas, desde aquellos acontecimientos, han pasado semejantes e iguales, indiferentes, monótonas, de las que hubiésemos podido aprender a echar sobre esas cosas una mirada más apacible!...

Así trataba Laura de tranquilizar a su hermana, sin adivinar todavía hasta qué punto se había ésta conmovido, ni prever las consecuencias que iban a seguir.

Antes de que cayese por completo la noche, volvieron a la casa.

* * *

Al día siguiente, se encontraron a la hora del almuerzo. No salieron después a pasear, porque Marcos debía llegar hacia las dos de la tarde, y lo esperaron en la casa.

Apenas hablaron. Unos momentos antes de la llegada de Marcos, Luisa preguntó:

—Cuando oigamos entrar el coche en el parque, ¿vendrás conmigo a la terraza?

Laura hizo un signo de asentimiento, pero comprendió que aquel encuentro con Marcos iba a serle desagradable. Su rostro se oscureció:

—¡Luisa! —murmuró—, después de lo pasado ayer, voy a estar violenta en adelante entre Marcos y tú...

—Yo también lo estaré —respondió Luisa—. Y sacudió la cabeza con aire pensativo y melancólico.— Entre él y yo habrá un secreto muy pesado... No sé si tú te das perfecta cuenta...

Luego, mirando a su hermana, preguntó de una manera a la vez brusca y tímida:

—Laura, ¿y si se lo contase todo?

Laura, muy sorprendida, hizo un gesto de terror.

—¡Oh!, Luisa, ¿piensas contarle lo que yo te he dicho? ¡Pero si eso es imposible!

Se recobró, sin embargo, y, después de reflexionar, añadió:

—Por lo menos, quiero decir que es imposible estando yo aquí, y que sería ponerme en situación de no volver a veros nunca más.

Luisa hizo un signo de asentimiento, indicando que admitía las razones de Laura. Pero añadió en un suspiro:

—¡Habrá en adelante tantas cosas que Marcos no comprenderá!

—¿El qué?

Luisa no respondió sino por un gesto vago. De nuevo el rostro de Laura se obscureció; Luisa, que ponía oído a los ruidos de fuera, dijo:

—Creo que llega el coche... Ven conmigo...

Vió vacilar a Laura, y dijo, con tono de súplica:

—¿Vas a abandonarme ahora?

—¡Oh! ¡A abandonarte! Luisa, ¡a abandonarte!

Mientras seguía a su hermana repitió esta frase varias veces con tono de reproche, como para hacer comprender que en aquella situación nada justificaba su empleo.

Se oyeron las ruedas del coche sobre la arena de la terraza, y luego los caballos, que se pararon. Luisa fué rápidamente hacia el vestíbulo y abrió la puerta exterior. Laura se quedó en lo alto de la escalinata. Luisa bajó al encuentro de Marcos, que la abrazó. Después se acercó a Laura y le preguntó cómo habían pasado aquellas semanas que habían estado solas.

Laura, turbada, respondió de una manera breve y violenta. Al ver de nuevo a Marcos, experimentó un

malestar más vivo aún de lo que había previsto. Su voz, a causa de su mismo acento franco y cordial, le fué penosa. Pensó con desagrado en el secreto abierto entre ella y Luisa.

Entró con ellos a la casa, pero al cabo de pocos instantes se alejó. Fué al parque y se paseó por él con un sentimiento de inquietud que no se explicaba. El tiempo había cambiado desde la víspera: hacía frío. El cielo estaba bajo, como si fuese a nevar; el viento pasaba por ondas bruscas y violentas.

Oía en el fondo de sí misma una advertencia secreta, que parecía repetir el rumor triste del viento en los árboles: era como anuncio imprevisto de que su estancia en aquellos lugares tocaba a su fin, que debía decirles adiós... Sin duda, el regreso de Marcos, y más aún sus confesiones, la obligaban a ello... Sin embargo, pensó cuán querida le era ahora su hermana. ¡Y ahora precisamente era cuando tenía que separarse de ella!

Hacia las cuatro volvió a entrar en la casa; subió a su cuarto, de donde no bajó hasta la hora de la comida. Pero entonces la intención que había tenido de marchar se precisó y se convirtió en una resolución fija.

No se pasó la tarde sin que Marcos observase que en el espíritu de su mujer se había producido un cambio singular; hasta se dió cuenta con mucha más claridad de lo que había hecho Laura. En realidad, Luisa había sido impresionada hasta el fondo del alma, y esta sacudida, demasiado fuerte, la dejó vacilante y desorientada. La abnegación de Laura, súbitamente revelada, y más aún este brusco rompimiento sobre lo infinito, había destrozado sus sentimientos habituales y

hasta la idea que tenía de su propia vida. En aquella crisis, que un sordo malestar había preparado, tenía necesidad de Laura, de su presencia, de su afecto, como si el ambiente de grandeza que encontraba en su conducta y sus palabras fuese lo único que pudiese socorrerla y tranquilizarla.

Pensar que después de lo que había sabido iba a seguir todo igual en su existencia, hería su generosidad nativa. Pero ¿qué hacer? No lo sabía.

Marcos, sentado junto a ella y conversando, le traía el rumor y los ecos de aquel mundo exterior del que había estado separada varias semanas. Le veía atraído por objetos o acontecimientos insignificantes e incapaces, en aquel momento por lo menos, de interesarla. El tono mismo de su conversación, ¡cuán diferente era de aquel al que Laura la había acostumbrado ya! Para romper aquel penoso error, varias veces le acometió el deseo de confiar a Marcos todo lo que había pasado; el secreto de Laura subió hasta sus labios; sin embargo, no era dueña de revelarlo. Y, por otra parte, ¿para qué? ¿Podría, ni aun a ese precio, hacer comprender a Marcos la especie de agitación que la había conmovido?

El se daba cuenta de que Luisa le escuchaba distraída, como si tuviese el espíritu cautivado por otras preocupaciones. Esta acogida le sorprendió un poco; pero supuso que sería el humor y el capricho de un momento, y al principio no quiso darle importancia. Sin embargo, en el curso de la tarde su contrariedad creció poco a poco, y, finalmente, aun cuando no estuviere acostumbrado a una intimidad profunda con su mujer, observó en ella con impaciencia esa ola de pen-

samientos continuos y, por decirlo así, visibles que la ponía muy lejos de él.

Hasta entonces no había visto a Laura mas que un instante. Pero a las ocho de la noche se reunieron los tres en el comedor. Allí, al cabo de unos momentos, algunos gestos, pequeños indicios, las señales de una inteligencia que no existía entre Laura y Luisa cuando él marchó, le sugirieron bruscamente la idea de que Laura, mientras él había estado ausente, había adquirido gran ascendiente sobre su mujer. Esta suposición se afirmó en cuanto pudo llegar a su espíritu. Había juzgado siempre a Luisa de carácter flexible, móvil, y de súbito le pareció natural y casi inevitable que Laura, saliendo de un convento, con toda su exaltación, se hubiese esforzado en llevarla por su camino. La actitud de su mujer, así interpretada, le hirió grandemente. Miró a Laura; sus maneras disimuladas y discretas le desagradaron, y pensó que harían falta muy pocas certidumbres en el sentido de sus temores para destruir las simpatías que hasta entonces la había guardado.

Estuvo largo rato sin decir nada; en silencio, cada uno proseguía sus reflexiones particulares. Laura, en aquel momento, tenía la sensación viva y directa de que la situación presente no podía prolongarse.

Al encontrarse con su hermana después de unas horas de separación, había hecho frente a Marcos la misma observación que él precisamente: que entre las dos se había formado una alianza, una indefinible y secreta unión, de la que él estaba excluído. Y hasta sospechó que Marcos se daba cuenta de ello y entrevió sus suposiciones; así es que por primera vez se dió cuenta de

que su presencia podía tener como resultado dividirlos; y comprendiendo su falta, en el silencio glacial, que se prolongaba, experimentó un gran malestar. Tomó la resolución de marcharse lo más pronto que le fuese posible. «Dentro de dos o tres días», pensó. Además, de todas maneras su posición allí se había hecho demasiado penosa... Cuando hubo decidido así su marcha, experimentó un verdadero alivio, a pesar del dolor que le causaba abandonar el único afecto que había llegado a resplandecer en su soledad.

Después de la comida se dirigieron al salón. Laura se retiró temprano.

Cuando se hubo marchado, Marcos se levantó; se paseó un momento por la habitación, pasando cerca de Luisa, que estaba sentada en un sillón en el ángulo de la chimenea.

Después se paró a su lado y le preguntó con tono neutro, casi indiferente, casi conciliador:

—¿Va a estar aquí Laura mucho tiempo todavía?

A pesar de esta benévola entonación, Luisa presintió el deseo secreto que se abrigaba bajo la pregunta.

—Dios mío... así lo espero —dijo sencillamente.

Marcos no respondió y se puso otra vez a pasear. Pero, un minuto después, se detuvo de nuevo y, como si continuase el mismo tema, dijo que al pasar por París había invitado a varios amigos para una fecha bastante próxima, y añadió:

—Si Laura está aquí todavía para cuando vengan, temo que sea molesto..., por lo menos para ella... ¿Te acuerdas de cuando llegó?

Como Luisa permaneciese indiferente, preguntó:

—¿Es que he hecho mal en invitarlos?

Luisa dejó escapar un gesto de molestia.

—No me divierte el tener gente a quien será preciso atender y distraer.

—¡Vamos a ver! —dijo— ¡vamos a ver! —La primera vez con un ligero acento de reproche, y luego como si quisiera dirigirse a ella de una manera directa y muy seria.

Luisa se levantó bruscamente.

—¿Qué es lo que pasa? —continuó Marcos—. ¡Resulta que ahora no quieres ver a nadie!

Y añadió con una ironía bastante suave, como si hubiese penetrado sus secretos motivos: «¿Quieres meterte en el convento tú también?»

Ella le miró inquieta.

—Laura es quien te ha inculcado esas ideas —afirmó con viveza—. Era fácil de prever desde luego —continuó con tono de descontento—. Respóndeme: es cierto, ¿verdad?

Luisa hizo un gesto que podía pasar por un signo de asentimiento.

—Laura se ha mezclado en lo que no la importa —continuó con el mismo acento un tanto áspero, que ofuscó a Luisa—. No es difícil reconocer en ello su mano.

Y añadió:

—Yo sé lo que ella es...

Luisa, levantando la cabeza, replicó:

—Ya sé que lo sabes.

Marcos quedó asombrado; frunció las cejas, sus miradas se cruzaron; en los ojos de su mujer vió la inde-

cisión, la súplica, un misterio extraño. De súbito le pesó su vivacidad, aquel movimiento de mal humor. Después de dar algunos pasos por la habitación, fué a sentarse frente a ella, y abordó otros asuntos, sobre los que intentó en vano retener su atención.

A Luisa la habían ofendido sus palabras y le había afligido también el que tuviese hostilidad contra Laura y lo diese a comprender. Además, los sentimientos que Marcos testimoniaba no le permitían dudar ya de la inminencia y de la necesidad de una solución que había de ser indudablemente penosa. Experimentó un deseo muy vivo de estar al lado de Laura. Después de esperar algunos momentos salió y subió al cuarto de su hermana.

Laura se había acostado ya, y al entrar Luisa se inquietó por aquella visita imprevista. Encendió una lámpara que tenía cerca, y:

—¿Qué pasa? —preguntó.

Luisa se acercó, se sentó en el borde de la cama, y luego, sin dar explicaciones, se echó a llorar. Desde la víspera tenía el espíritu y los nervios en tensión, así es que las lágrimas la aliviaban. Laura, de codos sobre la almohada, la miraba llorar, con vivo dolor por su parte.

—No te entiendo —dijo—. No te atormentes así...

Y añadió:

—Escúchame. En cuanto me marche yo de aquí, podrás explicarte con Marcos a tu gusto. Entonces ya no subsistirá el malestar que te causan en este momento mi presencia o mis confidencias y el secreto en que estás obligada a mantenerlas.

Luisa hizo señas de que no se trataba de eso.

Dijo moviendo la cabeza:

—Marcos no me comprenderá.

Fuera se oía un rumor, como si la lluvia y el grani-zo azotasen los muros y las persianas. Laura lo observó, pero Luisa ni siquiera reparó en ello; se inclinó hacia Laura murmurando:

—¡Laura, es preciso que no te separes de mí! ¡Te necesito tanto ahora! ¡No puedo entenderme sino contigo!

Laura se conmovió.

—A Marcos no le gustará que me quede —dijo.

Luisa hizo un pequeño signo de cabeza, como para convenir en ello.

—Ya lo ves —concluyó Laura.

Luego, sonriendo y refiriéndose al lugar en que conversaban:

—Tendremos casi el aspecto de estar de conciliábulo...

Luisa se encogió ligeramente de hombros, indicando que poco le importaba.

—¡Si supieras, Laura, cuán culpable me encuentro respecto a tí! Ahora que conozco tu vida, me parece que te he quitado lo que te pertenecía; todo aquello de que se compone mi vida me parece falso y usurpado; es una sensación de todos los minutos, y si esta sensación se extiende sobre el porvenir, no sabré cómo soportarla.

Y añadió:

—En comparación contigo, ¡eras tú de una materia tan preciosa!

Laura, viendo lo emocionada que estaba, deploró

sus confidencias de la víspera. Lo que la había afectado así no eran tanto los acontecimientos mismos como el relato de sus voluntades secretas, de sus experiencias y de sus inquietudes. ¿Qué necesidad había tenido de hablarla de aquel modo? Toda la vida había guardado cierto deseo oculto de dominar el alma de los demás, de poner en ellas el sello de la suya. En aquel momento se lo confesaba y se lo reprochaba... Después de que su hermana se marchó, continuó largo rato reflexionando. Sentía escrúpulo de abandonar a Luisa en la confusión en que la veía, y, sin embargo, después de lo que aquella noche había observado y sabido, no le convenía quedarse. ¿Qué partido tomar?

Permaneció en la misma incertidumbre toda la mañana del día siguiente; luego sobrevino una circunstancia que puso fin a sus dudas.

Antes del almuerzo, se había encontrado unos instantes sola con Marcos en el comedor, pero no había cambiado con él ninguna palabra. En seguida llegó Luisa, excusándose por su tardanza; se quejaba de jaqueca y tenía en sus facciones las huellas de la fatiga; terminado el almuerzo, tardó muy poco en subir a su cuarto. Como Laura se dispusiese a salir al parque, Marcos se ofreció a acompañarla.

Se había propuesto hacerla algunas preguntas con referencia a lo que había observado la víspera, y juzgó favorable esta ocasión. Laura presintió sus intenciones.

El tiempo estaba, como la víspera, frío, gris, amenazador; el cielo, cargado de nubes. Pasearon un momento por la terraza.

Marcos experimentó gran turbación para abordar

punto tan delicado. Dijo que al llegar, había encontrado a su mujer distraída, preocupada, muy distinta de como él la dejara. Preguntó a Laura si lo había observado también, y si sabía por qué. Ella hizo un gesto evasivo y no respondió.

Marcos prosiguió, revelando esta vez su pensamiento de una manera más directa:

—Como yo no podía comprender este cambio, me he preguntado, Laura, si su presencia aquí no habrá ejercido sobre ella una influencia imprevista. ¿La asombra a usted esta suposición? En realidad, no tendría nada de extraordinario, y hasta hubiera podido ser sin que usted lo quisiera.

Laura no se apresuró a responder; Marcos creyó al principio que tampoco ahora contestaría. Pero en seguida vió que se había hecho comprender con más claridad de lo que había imaginado. Con su voz igual y tranquila, le aseguró que ella no había intentado de ningún modo modificar las ideas o la manera de vivir de su hermana, según sus propios sentimientos de piedad. «No porque yo vea en ello un crimen —dijo—, pero, en fin, prefiero justificarme, puesto que no es verdad». Después se apresuró, sin embargo, a añadir que la víspera precisamente había hecho la misma observación que él, de manera que se le había ocurrido la misma suposición. En consecuencia, no dudaba que los dos sacasen la misma conclusión de aquellas circunstancias; que lo preferible era que ella se marchase cuanto antes...

Su tranquilidad desconcertó a Marcos, que protestó; dijo que tal resolución, que sería preciso con-

siderar como motivada por sus palabras, le apenaba mucho.

Laura le rogó que desechase aquellos escrúpulos, asegurándole que antes de todo reproche estaba ya persuadida de las ventajas que aportaría su marcha.

Marcos entonces dejó adivinar, quizá sin darse cuenta, que no le causaba una verdadera repugnancia esta solución. De manera que siguió un momento en el que los dos se sintieron de acuerdo sobre este punto.

Pero en seguida experimentó Laura una nueva y molesta preocupación. Después de prometer que pronto se marcharía, ¿qué actitud adoptar ante Marcos hasta el instante en que abandonase la casa? ¿Podía permanecer allí un día más con dignidad? Le pareció que no, que no podía, que debía marcharse lo antes posible. Vaciló solamente un momento a causa de su hermana... Luego, volviéndose hacia Marcos, le dijo, como final de su silenciosa reflexión, que cuanto más pensaba en ella, más necesario encontraba abreviar las cosas, y que se iría aquella misma noche.

Aquella segunda decisión, radical y precipitada, fué mal interpretada por Marcos. No dudó que sus palabras la habían picado en lo vivo, y que trataba, si no de hacérselo comprender, por lo menos de ponerle en una situación embarazosa, sacando de sus advertencias las consecuencias más duras para ella misma. Marcos se encontró a su vez molesto y cortado. Procuró explicar mejor sus palabras y excusarlas. Pero Laura le interrumpió en seguida:

—Ya se lo he dicho a usted, Marcos; tiene usted razón, y pienso exactamente lo mismo.

Era sincera; pero él no quería creerlo. En una palabra, no se entendieron.

Por despecho, cesó de hacer objeciones a aquella marcha precipitada. Laura preguntó a qué hora debía dejar la casa para tomar el tren que la condujese a París. Marcos respondió que sería preciso estar prestos a las siete, que el coche la esperaría al pie de la escalinata.

Cuando se separaban, Laura le preguntó si quería prevenir él a Luisa.

—Sí —respondió Marcos.

Laura fué hacia el parque y paseó por él algunos momentos. Su corazón latía con violencia. Ahora sentía más vivamente el lado penoso de la conversación entre Marcos y ella. Sin embargo, ¿hubiera podido obrar de otro modo? No; había sido obligada, realmente, por las circunstancias... Así, pues, dentro de unas horas ya no estaría allí.

Marcos se había encaminado hacia las cuadras, en busca del cochero; allí dió las órdenes oportunas para que el coche estuviese dispuesto a la hora indicada. Luego quiso ver a su mujer para ponerla al corriente de lo que había pasado, según prometiera; volvió a la casa, pero cuando llegó al pie de la escalera que conducía al cuarto de Luisa, se detuvo perplejo. ¿No hubiera sido mejor que se hubiese encargado Laura de prevenirla? Si él mismo refería el incidente, ¿no se persuadiría Luisa de que él había querido, provocado quizá, aquella separación? Vaciló un momento; luego, convencién dose de que Laura no podía tardar en ir al lado de su hermana, abandonó el proyecto de aquella explicación difícil, y se encaminó a su despacho.

Sin embargo, una vez allí se preguntó: «Y después de todo, si Luisa piensa que yo soy el causante de que su hermana se marche, ¿se equivocará mucho? ¿No es esta la verdad?» Tuvo remordimientos. Se acordó de todo lo que había debido a Laura en otro tiempo; verdaderamente, él no debería aceptar ni las apariencias de una injusticia. Pensó también que si su cuñada no hubiese renunciado a su fortuna, a la muerte de Maximiliano, hubiese heredado sin duda aquella casa, que iba a abandonar aquella misma tarde... Sin embargo, ¿debía él por estos motivos prohibirse la menor observación, aceptar que Laura trajese la desunión entre su mujer y él? No; su derecho era indudable... Irritado a la vez contra Laura y contra sí mismo, paseó largo rato por la habitación con paso nervioso.

Laura anduvo algunos momentos por el parque; luego, cuando se repuso de su primera turbación, subió a su cuarto. Eran ya más de las tres. Llamó a una doméstica, que esperó en vano, y ella sola se ocupó en preparar su marcha. Hizo la maleta; lo arregló todo lentamente, metódicamente; aplicándose a retener sus pensamientos sobre aquel único cuidado, presente y material, librándose con aquella ocupación de reflexiones demasiado graves. Pasó así mucho tiempo. Antes de que fuesen las cinco siquiera, obscurecieron el día las nubes bajas de un cielo lluvioso. La noche deslizó sus sombras en aquella habitación. Laura miró hacia el exterior: sobre la fachada de la casa, que veía sesgada, acá y allá se iluminaban las ventanas una tras otra. El viento pasaba a ráfagas sobre el parque, haciendo gemir los árboles, despojados de hojas. Por momentos, en el

día agonizante, la nieve y el granizo caían en chubascos bruscos, y con su caída oblicua y violenta velaban el paisaje lo mismo que una cortina. Amarga pena se elevó poco a poco del corazón de Laura, que se acercó a la ventana y apoyó la frente contra los cristales, como hacen los niños tristes en los días de lluvia.

Y pensó en su hermana... ¿Por qué Luisa no había ido a buscarla? ¿La había herido, quizá, con su repentina decisión? ¿Debía separarse de ella dejándola descontenta y fría? Por otra parte, no volvería a verla, sin duda, en mucho tiempo; ¿quién sabe?, quizá no volvería a verla nunca... Y ella misma, ¿dónde iba a ir al día siguiente? Su corazón se oprimió; una inquietud sorda y trágica invadió su alma; experimentó la necesidad imperiosa de ver a su hermana, de pasar junto a ella los breves momentos que la separaban aún de aquella marcha irreparable, decidida por voluntad suya.

Salió de su cuarto, bajó la escalera y se llegó al salón donde esperaba encontrar a Luisa. Entró: las dos habitaciones estaban vacías; parecían deshabitadas, bajo la luz inmóvil, en el silencio melancólico. Laura las pasó rápidamente; atravesó la sala del entresuelo, donde el niño tenía sus juguetes y donde pasaba la mayor parte del tiempo. Entreabrió la puerta: Luisa no estaba allí tampoco; más allá de un vasto espacio de sombra, distinguió en el fondo de la habitación al niño con su niñera, a la luz de una lámpara. Vió de frente su rostro rodeado de cabellos rubios. Estaba de pie; apoyaba los codos sobre las rodillas de la muchacha, que permanecía sentada. Con las manos bajo la barbilla, levantaba hacia ella sus grandes ojos límpidos, con el aspecto de escu-

char una apacible historia. Laura volvió a cerrar la puerta sin entrar.

Se dijo que, sin duda, Luisa no había salido de su habitación después de comer. Se dirigió a ella, y allí la encontró. Vió a Luisa, en un ángulo cerca de la ventana, tendida en el diván, que una funda oriental cubría con sus pliegues. La habitación, bastante amplia, estaba toda guarnecida de tapices raros, muebles antiguos y *bibelots*; en el suelo, cerca del diván, se ostentaba la piel de un oso de boca enorme, cerca de la cual alta lámpara de globo deslustrado posaba su pie de cobre, delgado y retorcido. Luisa tenía en la mano un libro que no leía. Cuando Laura se hubo acercado a ella, se incorporó un poco, y al mismo tiempo que le cogía la mano, le dijo con una expresión de pesar afectuoso y apenado:

—¿Por qué me has dejado sola esta tarde? Me ha dolido la cabeza todo el tiempo... Ahora me encuentro un poco mejor...

A Laura le asombró esta acogida tan tranquila.

—¿Ha venido Marcos? —preguntó.

—No...

—¡Cómo! ¿No ha venido? —dijo, y retrocedió un paso y se puso pálida.

Luisa, súbitamente asustada, se levantó.

—¿Por qué? ¿Qué hay? —preguntó.

—¿Que qué hay, Luisa? Pues que me marchó...

—¿Cuándo?

—En seguida... Es decir, dentro de dos horas... Marcos debía prevenirte...

—¡Que te marchas! ¿Y ya no volverás?

—No.

Luisa quedó algunos segundos inmóvil, mirando hacia adelante con rostro sombrío.

—Marcos es quien lo ha querido... —murmuró.

—No, Luisa; yo misma me he determinado a ello.

—¡Oh!, Laura, ¡no me digas eso! —dijo con gesto vehemente.

Y añadió:

—Yo os he visto pasar conversando por la terraza entonces es cuando lo habéis resuelto todo, ¿verdad?

—Marcos no me ha pedido que me vaya —protestó Laura.

—¡Oh! claro está, ya lo comprendo... El no te ha dicho «quiero que se marche usted esta noche...»; es evidente. Pero te ha hablado de tal manera, que tú has tenido que decidirte.

—Luisa; yo también juzgaba que haría bien marchándome... Ya lo ves: yo traigo la discordia entre Marcos y tú. Lo mejor es que me vaya. El coche me espera a las siete.

—¡No! ¡No te irás! —dijo Luisa resueltamente—. No te irás, o, por lo menos, no te irás así...

Y añadió, con gran vivacidad;

—No me abandones; ¿qué haría yo después?... —Y luego—: ¿Y tú? ¿Dónde irás tú? ¿A aquella casa fría en que te vi una vez?

Y agregó con el mismo acento de resolución:

—Marcos se ha portado mal contigo, hasta el punto de que no ha osado venir a decírmelo; esto me extraña en él... En su nombre te pido perdón; pero todo cuanto él pueda hacer que te lastime, será reparado por mí.

Laura le dijo:

—¡Dejá eso; no te atormentes!

Y creyó hacer bien añadiendo que nada la obligaba en absoluto a marcharse aquella misma noche.

Luisa llamó. Acudió su doncella, y después de abrir la puerta, permaneció de pie en el umbral.

—Vaya usted a decir —ordenó Luisa— que es inútil que enganchen el coche. La señorita Laura no se marchará.

La doncella, sorprendida por el tono imperativo de Luisa, esperó un instante, se hizo repetir la orden, y salió. Fué a buscar al cochero, a quien Marcos le había hablado, y le transmitió las nuevas instrucciones; éste, como había recibido la orden de Marcos, quiso tener de él también la contraorden. Y por esto, después del conciliábulo, la doncella se fué en busca de Marcos, que continuaba en su despacho.

Marcos la hizo referir exactamente lo que había visto y lo que la habían dicho.

—¿Le ha encargado a usted la señora que me previniese?

—No, señor.

Esta circunstancia le hirió, le representó con precisión lo que había debido pasar. No tenía ningún empeño en que Laura se marchase aquel día; pero comprendió que había hecho muy mal no yendo al encuentro de su mujer al terminar la conversación con Laura, y para no dejar que la situación se agravase más, se dirigió inmediatamente al cuarto de Luisa.

En cuanto entró en la habitación, donde se encontraban las dos todavía, Luisa, adelantándose algunos pasos, dijo vivamente:

—¿Vienes a saber por qué no se va Laura?

Marcos se volvió hacia Laura y le dijo:

—Vea usted; es la primera vez, desde hace muchos años, que entre mi mujer y yo se alza una discusión grave. Reconozca usted en ello la verdad de lo que la decía... Sin embargo, Laura, usted debe convenir en ello, yo no he pedido que se separase usted de nosotros; ¿por qué Luisa no sabe esto?

Laura iba a responder; pero Luisa, adelantándose, se dirigió a Marcos:

—Importa poco que hablando con Laura hayas dicho esto o lo otro precisamente, puesto que sé que en realidad tú deseabas que saliese de casa, y, además, no has ocultado tu deseo.

Marcos la reprendió con bastante dulzura, diciéndola que no debía usar aquel lenguaje. Luego, con más autoridad, dijo que había temido, en efecto, ver reinar en su casa los sentimientos y las ideas de Laura, ideas que había conocido en otro tiempo, que juzgaba peligrosas, y por las que no le gustaría ver a su mujer impresionada. Y sólo por esto había querido hacer a Laura una pregunta; si él se había engañado en sus temores, nada más sencillo que tranquilizarle.

—No, Marcos —dijo Luisa con tono resuelto—; no te habías engañado.

—¡Luisa, oh! ¡Te lo suplico! —dijo Laura como para reprocharle aquella frase e impedir que continuase... Observaba que el rostro de Marcos se había contraído y obscurecido; y veía con ansiedad aquel conflicto, del que ella era la causa, crecer y desarrollarse en torno suyo sin que ella pudiese hacer nada por apa-

ciguarlo. Se había quedado un poco atrás, en pie junto a la lámpara.

Pero Luisa no la escuchó, y con los ojos muy encendidos continuó con aquella misma exaltación cuyos signos había visto Laura varias veces ya desde hacía dos días.

—No; no te has equivocado; has adivinado la verdad, por el contrario... Yo no he pasado toda mi juventud al lado de Laura sin que me quedara de ella un profundo recuerdo; que a veces ese recuerdo me haya hecho sufrir, es posible; que a veces, a causa de esta influencia oculta, haya sentido pena y hayan asomado las lágrimas a mis ojos, es posible también, y con frecuencia, no sabía el por qué... Pero ahora, ya no podré olvidar; es verdad, es demasiado tarde, no te engañabas. Y, sin embargo, es otra cosa aún lo que hace que me sea imposible causar disgusto a mi hermana, ni consentir que sea obligada a marcharse de aquí, como ha estado a punto de ocurrir esta tarde por tu culpa. Esto, tú mismo lo hubieses lamentado un día. Sí; lo hubieses lamentado; en lugar de irritarte, Marcos, agradéceme lo que he hecho.

—¡Oh, Luisa! ¡Te lo ruego! —dijo de nuevo Laura, inquieta por su tono ardiente y sin saber dónde podía arrastrarla el impulso de sus palabras y de sus pensamientos.

Pero ella no la escuchaba.

—Sí; hay algo que hace que esa separación brutal sea una cosa que subleve, una cosa imposible que yo no puedo aceptar; algo que tú has ignorado sin duda y que hace imposible que mi hermana se marche...

A estas palabras, Laura, horrorizada, se acercó a ella.

—Pero, Luisa, ¿qué quieres decir? ¿Lo que yo te he contado?

No veía relación alguna entre aquel acontecimiento y la situación presente. Cogió a su hermana por el brazo y le dijo con impaciencia:

—¡Luisa, te lo suplico! ¡Cállate! Me habías prometido el silencio...

—¿Pero por qué ocultarlo? Es preciso, por el contrario, que me explique; el momento es este o nunca...

—¡Cómo! ¿Es entonces verdad que vas a decirlo?... ¡Oh, Luisa! ¡cállate! ¡Cállate, te lo suplico! Esas palabras que vas a pronunciar no podrás nunca repararlas: estoy segura que te pesará haberlas dicho. Ya te lo he prevenido: entre vosotros y yo se abrirá un abismo; ¡será un adiós eterno!

A pesar de estas invocaciones de Laura, Luisa, en algunas frases rápidas y decididas, dijo a Marcos a qué precio se había realizado su matrimonio. Desde las primeras palabras, Laura había retrocedido algunos pasos, hasta el rincón más iluminado, hasta aquél en que se encontraba Luisa cuando ella llegó. Marcos, desconcertado, se volvió hacia Laura como solicitando que protestase, que desmintiese a su hermana. Ella permaneció inmóvil. Marcos murmuró después de algunos segundos de silencio:

—Luisa, pienso, como Laura, que no debías haber hablado.

Ella replicó.

—Pero tú me has obligado a ello...

Y continuó con ímpetu:

—¡Oh!, es que no me comprendes... No se trata de ti, Marcos; no he querido dirigirte reproches, ni siquiera por lo que ha pasado esta tarde; no, no es eso. Imagínate tan sólo lo que sufro yo en esta circunstancia, yo que no he sospechado nada, o más bien, que, he sido egoísta, que he estado ciega, que he sido la causa de un tan profundo cambio en Laura; ella no me ha guardado rencor sin embargo, y, por el contrario, se ha sacrificado por hacerme dichosa... Y ahora, sabiéndolo todo, ¿puedo consentir en que sufra ella ninguna ofensa aquí? ¿Es que puedo no rebelarme? Tú me comprendes ahora... No; te lo repito, Marcos; no es que yo haya tenido la idea de censurarte nada; no pensaba en ello; no pensaba siquiera en ti; si no, hubiese preferido, quizá, en efecto, no decir nada. ¡Pero yo! Yo que tengo la culpa de su soledad, ¿puedo no preguntarme siquiera dónde va a ir? ¿Puedo dejarla marchar así, bruscamente, con esta tempestad y esta noche? Piensa, piensa en mí...

Laura, después de un primer momento de extrema turbación, se irguió con orgullo. Por el contrario, la actitud de Marcos manifestó incertidumbre y un gran malestar. Su primer movimiento había sido de sorpresa y de pena; pero inmediatamente después, descubriendo las consecuencias de aquella súbita revelación, experimentó también contrariedad y despecho, pues se vió, en aquel instante decisivo y que mandaba en lo porvenir, obligado a inclinarse ante Laura, a disimular, a ceder, a despecho de todo lo que pudiese pensar del presente. En seguida, volviéndose hacia ella, dijo con voz conmovida y un poco temblorosa:

—Ciertamente hubiese sido mil veces mejor que abandonase yo mismo esta casa antes que dejarle a usted marchar descontenta y lastimada...

Luego sus frases se sucedieron entrecortadas, vacilantes.

—En todo caso, no aumentaré mis culpas para con usted. Nunca más la reprocharé nada... Luisa ha hecho bien enterándome.

Se detuvo, y luego, como retractándose y como si su pensamiento se sumergiese en perspectivas graves y lejanas, añadió:

—Es preciso agradecerse... quizá, o quizá hubiese valido más el olvido...

—No —dijo Laura—, no hay que censurar a Luisa. Pero sus palabras han de ir contra lo que ella quería; ha hecho mal rompiendo un silencio que era lo único que podía diferir nuestra despedida; ahora ha llegado el momento.

—Sí —respondió Marcos pensativo y convencido—; es verdad: ha llegado el momento.

—Pero ¿por qué? —dijo Luisa vivamente dirigiéndose a Laura.

—¡Oh! Luisa, ¡por Dios!

Hizo un gesto que iba de ella a Marcos, para indicar que, sabiendo ya lo que sabía, ella había de sufrir quedándose a su lado. Luisa comprendió y no dijo nada más; entonces aquella necesidad de una definitiva separación, que Luisa había querido desviar y que, sin embargo, desde hacía dos días no cesaba de afirmarse y de crecer, se cernió por encima de ellos, perceptible para todos, apremiante, inevitable; y la misma pregun-

ta osciló en el alma de los tres: ¿quién será el que debe decir adiós!

Pasaron algunos segundos en la espera y la inmovilidad. Laura iba a hablar, pero Luisa, con voz a la vez tímida y clara, murmuró:

—Laura no se irá...

—¿Soy yo, Luisa, quien debe marchar entonces?
—dijo Marcos como para hacerla comprender el alcance inmenso de semejante elección.

Pero estas palabras no detuvieron a Luisa. Al contrario, con un movimiento espontáneo abrió los brazos, los tendió hacia su hermana y avanzó hacia ella diciendo:

—¡No; Laura no se irá! ¡No! ¡Tengo demasiada necesidad de ella! Ella sabe bien por qué. Sólo ella en el mundo puede saber por qué...

Atravesó una parte de la habitación y llegó junto a Laura, que, temerosa y desolada, veía en sus ojos una llama inquietante. Luisa la estrechó en sus brazos.

Marcos repitió, no sin amargura:

—Por consecuencia, lo has decidido, Luisa; soy yo quien se irá de aquí.

Laura había comprendido que no podía, en aquel momento, rechazar a su hermana sin causarla una decepción capaz de destrozarla... Ella misma, por otra parte, no se defendía de un sentimiento de gratitud por aquel impulso de amor profundo; así, no supo sino murmurar varias veces el nombre de Luisa, como si la suplicase que tuviese cuidado y reflexionase.

Pero Marcos le interrumpió:

—No, Laura; cese usted en su requerimiento. Es

demasiado tarde ahora; ¿a qué añadir una sola palabra, puesto que entre usted y yo era preciso escoger, y puesto que mi mujer ha escogido? Aun cuando me fuese dado el quedarme, ¿piense usted a qué precio sería! No; no ofrezca usted nada ni pida nada; me marchó... Y además, ahora que ha pasado usted entre nosotros, ¿de qué me serviría estar aquí?

Al pronunciar estas palabras, una sorda irritación hizo temblar su voz, a pesar de su firme voluntad de guardar consideraciones a Laura. Esta, al oírle, no dudó de que Luisa le había herido cruelmente, y adivinó que en aquel minuto les envolvía a una y a otra en el mismo resentimiento. Luisa también se daba cuenta de ello, y cada vez se separaba más de él.

Ahora, fatigada por la emoción, se apoyaba contra su hermana, como si se hubiera entregado a ella.

Marcos prosiguió:

—Así, pues, quédese usted con Luisa... Puesto que usted me la ha dado, recóbreala usted. —Y añadió: O más bien ¿qué digo? ¡Ya está hecho! ¡Ya la ha recuperado!... Nuestra unión merecía quizá más respeto, a pesar de lo que se pudiera criticar en ella. Pero no me permitiré siquiera defenderme contra usted; ya se lo he dicho, renuncio a mi derecho. Es justo y natural que sea yo quien me marche. Ha llegado mi vez, Laura. Y después de todo, la casa es de usted; hubiese sentido vergüenza si por mi causa hubiera usted tenido que salir de ella.

Laura no intentó responder; le parecía que todo esfuerzo resultaría nulo para impedir que la situación se desenlazase conforme ahora era necesario. Pero ya

se prometía aplicarse a reparar cuanto antes aquel tumulto, nacido de sus acciones pasadas. También Marcos pensó, sin duda, que aquel adiós no era irreparable.

—Laura, ya reflexionará usted —dijo antes de alejarse.

—¡Marcos! —dijo Laura—. No se trata de mí... Espere; la paz volverá...

Marcos declaró que al marcharse se llevaría a su hijo. Luisa, a estas palabras, se irguió como para tomar a Laura por testigo de que aquello era una cosa abominable.

Pero Laura, cuyo pensamiento todo estaba en el porvenir, estimando que Marcos se llevaba la mejor prenda para una reconciliación futura, y temiendo, por otra parte, quizá, palabras demasiado vivas, impidió a Luisa que protestara.

Marcos dijo:

—Ya sé, Laura, que, si me lo rogase, debería dejarlo. Pero comprenderá que si se lo quito a usted no es por ofenderla, ni por ofender a su madre. Es tan sólo que tendría escrúpulos para confiárselo a ustedes; tendrá otros maestros distintos.

Laura y Luisa se quedaron solas.

Pasó un espacio de tiempo bastante largo. Laura se preguntaba si no se arrepentiría Luisa de lo que había hecho, si no iría a impedir, por un cambio brusco, lo que estaba a punto de cumplirse. Esperaba, sin atreverse a decir nada, mirándola. Pero Luisa, sentada, inmóvil, con la mirada vaga, parecía ajena al presente.

Se oyó rodar un coche sobre la terraza. Luisa entonces se estremeció, se levantó, como si de repente se

hubiese acumulado en su corazón una realidad que la hería. Se levantó y se llegó hasta la ventana, que abrió; el viento zumbaba en la noche oscura. Volvió a sentarse; luego, como comprendiendo mejor lo que había pasado, se echó a llorar.

Atrajo a Laura hacia sí, y la preguntó:

—¿He hecho mal?

Laura, de pie a su lado, deseosa en el momento de consolarla ante todo, dijo:

—Recuerda que en su lugar habría de marchar yo...

Luisa dijo:

—Es verdad. Es verdad...

Y añadió:

—¡No me queda nadie mas que tú!

Por la ventana, todavía abierta, entró una gran bocanada de viento tenebroso, que hizo vacilar la luz de las lámparas, echó unas gotas de lluvia sobre el entarimado brillante, movió las cortinas y hasta fué a sacudir en el vaso que le contenía un manojo de flores, del que se desprendieron algunos pétalos.

Junto a su hermana que, inclinada, lloraba, en aquella habitación testigo de la violenta escena, Laura sintió pasar, con escalofrío, un soplo destructor venido de las profundidades de la noche, el mismo soplo que otra vez la había revelado un poder trágico y casi familiar.

Luisa dijo a su hermana:

—Ya ves; ahora estoy entregada, soy semejante a ti. Dime, ¿no vale ya esto algo para ti?

No dudaba obtener una respuesta afirmativa. Pero, por el contrario, aquella pregunta hizo dar a Luisa un cambio muy grande sobre sí misma; no, ya no era nada

aquel dominio sobre las almas; no, ya no aspiraba a aquella soberanía, antes inapreciable. La víspera ya se había reprochado esta inclinación antigua y secreta. Y desde entonces, ¡cuánto había aumentado su saber!

Así es que, siguiendo un sentimiento interior más bien que respondiendo a la pregunta hecha, dijo a media voz:

—No, Luisa, no; ya no soy así...

CAPÍTULO III

Al día siguiente por la mañana, cuando salió Laura de su cuarto, quedó extrañada ante el aspecto de tristeza que flotaba por toda la casa. Ni animación ni ruido; por todas partes se advertía algo helado, inquieto. No es que se hubiese interrumpido la marcha ordinaria de la vida; los criados estaban entregados como de costumbre a sus ocupaciones, pero en silencio, con aspecto temeroso, o como si estuviesen espiando. No habían podido menos de interpretar la brusca partida de Marcos como una ruptura entre su mujer y él, ni de suponer que Laura tenía parte en aquel acontecimiento. Le pareció ver esta suposición, mezclada quizá con un reproche, en algunas miradas rápidas que se cruzaron con la suya... Impresionada por aquel triste aniquilamiento, que parecía alcanzar hasta a las mismas cosas, salió a pasear por la terraza. Estos efectos de su presencia, visibles a su alrededor, esta sorda acusación dispersa por todas partes, hacía acudir de todos lados y pesar sobre su conciencia un sentimiento punzante de responsabilidad.

Este sentimiento era tan poderoso, que la envolvía por entero y penetraba hasta lo último de su ser. Pues se decía que si ella era causa de aquellos acontecimientos penosos, se habían cumplido, sin embargo, fuera de ella, no sólo sin que ella los hubiese conducido, sino sin que hubiese participado siquiera libremente de ellos; y por esto se veía culpable, no en su voluntad, sino, lo que era más grave, en su naturaleza misma. Así pensaba mientras se paseaba frente a la casa inerte, con las persianas medio cerradas, en la bruma ligera de aquella mañana sin sol.

Había ido allí algunas semanas antes como para una nueva tentativa; después de aquella tristeza interior que encontrara en el fondo de la soledad y del renunciamento, deseó saber si hallaría más reposo y mayor bienestar entre las personas que habían aceptado la vida con sencillez. Pero, ¿qué había resultado de esta experiencia? Lo que tenía ante sus ojos, los presagios de desgracia sobre aquella casa, la más querida de todas las que había habitado.

Veía que a cualquier sitio que se dirigiese su alma estaba predestinada al fracaso.

Esta comprobación, aunque muy amarga, no la sublevó; se sometió a ella como a una necesidad en adelante inevitable. Le pareció con evidencia que al nacer había traído consigo, y arrastrado en seguida por todas partes, cierto saber sobre la vida, cierto peligroso saber. Y allí, ante oídos demasiado propicios, había osado hacer confidencias secretas sobre aquel conocimiento fatal, a la vez ciencia e inquietud, y levantar una punta del velo. Pero, en adelante, no que-

ría ya esparcir a su alrededor el tumulto que ella sentía.

Una cosa, sin embargo, permanecía para ella casi inexplicable: ¿cómo era que ella, viajera cansada de sí misma, desilusionada, llevando en el corazón el desencanto de las cosas eternas, fatigada de las riberas lejanas, cómo había podido, sin quererlo, casi contra su voluntad, suscitar tanto entusiasmo por aquello mismo que la había defraudado? ¡No bastaba, pues, poner en guardia, prevenir! ¡No servía de nada ni la experiencia de los demás, ni confesiones, ni advertencias, ni consejos! Era como un mal que irradiaba de sus pensamientos; si quería ahorrárselo a otros, debía callarse rigurosamente, no dejar traslucir nunca más su naturaleza verdadera, encerrando en un silencio único a la vez sus esperanzas y desilusiones, deseos y lágrimas.

Sí, al lado de su hermana, tal era la conducta que debía seguir en adelante; nunca más dejaría deslizar en sus actos o sus palabras un reflejo de sus sentimientos íntimos... Se prometió atenerse estrictamente a este proyecto durante los días siguientes, pero sin sospechar bien todavía cuánto valor y hasta dureza precisaría para esta prueba.

En el curso de aquella misma mañana, se fué en busca de Luisa, que estaba dispuesta a salir. Le dijo que hacía mucho que se había levantado, que había en la casa una penosa atmósfera de melancolía, y que, sobre todo, la había entristecido la ausencia del niño. Una sombra pasó por el rostro de Luisa, que sufrió, no sólo por lo que Laura decía, sino sobre todo por decirlo ella. Sin demostrarlo, se asombró de aquel cambio en

sus maneras. Así comenzó este obscuro y doloroso conflicto.

Laura no modificó en lo exterior, ni aun visiblemente, su actitud para con su hermana; pero tuvo en adelante como el aspecto de no saber nada de los sentimientos que la habían conmovido. Esto sin afectación, sin hacerlo a propio intento; no rehuía las preguntas, hablaba con el mismo tono que antes; no eran sino alteraciones insensibles, un ligero cambio de matices, como si todos sus pensamientos se hubiesen vuelto a la vez de un grado más vulgar. Si se trataba de la escena de la víspera, parecía no ver en ello mas que un incidente bastante común, lamentable por lo demás, que la afligía por ser ella quien lo había ocasionado, pero sin testimoniar en nada que conocía el verdadero sentido del asunto. Sin dejar de ser afectuosa, apartaba, sin embargo, dulcemente la ternura viva de su hermana, deteniendo de lejos todo ímpetu, evitando toda palabra que pudiese provocar la expresión de sentimientos de orden profundo; en fin, después de haber ocasionado aquella gran conmoción de alma, no quería conocerla ya, y no la reflejaba sino a modo de un espejo defectuoso que disminuye y deforma.

Luisa sintió desasosiego y malestar crueles aun antes de que hubiese comprendido el porqué. Luego, poco a poco, su inquietud se aclaró y creció; no distinguiendo ninguna señal de las intenciones de Laura, y muy lejos de penetrar su silencio, en el curso mismo de aquel primer día llegó a preguntarse si sería verdad que su hermana había dejado de comprenderla.

Laura, viendo su pena, le dijo que se arrepentía

cada vez más de haber dejado conocer los acontecimientos ocurridos hacía ocho años; pero Luisa, moviendo la cabeza, murmuró:

—No, Laura, no... No se trata ya de eso.

Sin embargo, no sabía cómo explicarse.

Laura, en distintas ocasiones, le dijo que la agradecía el haber querido evitar a todo precio el que partiese de una manera que, en rigor, hubiese podido parecer humillante, y una vez añadió:

—En efecto; ahora me iré sin que a nadie se le pueda ocurrir la idea de que he sido obligada a ello.

A estas palabras, Luisa, con tono un poco brusco y amargo, dijo:

—¡Cómol Entonces, ¿quieres marcharte?

Parecía estupefacta ante esta perspectiva, y Laura, por el contrario, parecía no haber visto jamás otra solución.

En todo el transcurso de aquel día Luisa trató de provocar palabras que, por lo menos, la trajesen a la realidad de su situación presente, pero no lo logró. Laura, dulcemente, sin efectos, reducía las frases de su hermana a proporciones prudentes y vulgares; su calma, su indiferente serenidad no se desmintieron, y no se apresuraba a traicionar el proyecto que se había propuesto seguir.

Cuando por la noche, después de cenar, Luisa, atormentada por un nuevo terror, se encontró en el salón sola en compañía de Laura, que no decía nada, murmuró de repente:

—Laura; si tú te marchas, yo quiero irme contigo...

Esta frase, lanzada tímidamente en su silencio, tenía un acento de súplica que Laura hubiese debido oír.

De una manera distraída, aunque amable, respondió:

—¡Qué idea!, ¡no te has parado a pensarlo!

Visiblemente no había tomado un segundo en serio lo dicho por su hermana.

—Sí, sí —insistió Luisa—, quiero hacerlo...

Laura le dijo:

—¿Has renunciado entonces a ver a tu marido y a tu hijo? —pero se lo dijo como si le presentase una opinión absurda, en la que ni siquiera era posible detenerse.

Luisa, confusa, se vió obligada a responder «No», y Laura, tras esta contradicción, abandonó el asunto; luego se ocupó en otra cosa, sin parecer acordarse siquiera de lo que acababa de decir. Sin embargo, añadió con voz clara:

—Cuando yo me haya ido, Marcos volverá...

Luisa, que estaba persuadida de que su ruptura con Marcos era grave y profunda, no respondió nada, pero movió varias veces la cabeza tristemente, y pensó: «No; decididamente, Laura no se da cuenta... Estaba allí, todo pasó ante ella, a su alrededor, y, sin embargo, se diría que ha sido como una extraña; véa, y es como si no hubiese visto... Si no, comprendería que lo que dice y hace ahora no basta. Pero a mí, que tanto he creído en ella, ¿qué me queda en adelante?» Sin duda se le ocurrió la idea de que aquella reserva podía ser meditada; pero, fuera lo que fuese lo que faltaba: comprensión, simpatía o buena voluntad, en todo caso faltaba algo con lo que ella había contado en absoluto, y sobre lo

que se apoyaba todo el porvenir. ¡Y por donde no era sino ilusión, espejismo! ¿Era aquéello posible, de verdad? ¿Se había engañado hasta ese punto? ¡Y lo había sacrificado todo! Su imaginación excitada llevaba su decepción al extremo... Con las manos colocadas sobre los brazos del sillón, miraba fijamente hacia adelante como si viese desfilar visiones dolorosas, y su actitud expresaba cansancio y desaliento.

Pero Laura no puso atención ni en la mirada suplicante que de vez en cuando la dirigía, ni en su angustia, visible para ella. Se daba cuenta de todo, pero estaba resuelta a permanecer a su lado inflexible e ignorante, a pesar de su ternura y de su piedad. Era preferible que Luisa, en su angustia, no recibiese ni ayuda ni consejo, a fin de que llegara un momento en que, aniquilada por aquella espera inútil y juzgándola para siempre infecunda, consintiese de nuevo en doblegarse a una dicha más sencilla de la que había perdido. Laura se decía que, cuando hubiese sonado esta hora de amargura última y de olvido, se iría ella para siempre, pero antes iría en busca de Marcos y le rogaría que olvidase a su vez y que volviese... Sólo que para esto era preciso que Luisa no oyese una palabra de socorro, que en sus dudas no brillase un resplandor, que ni una mirada amiga atravesase su soledad; así esta crisis se desencadenaría en el silencio, en la soledad de la noche, allí donde perecen solamente los males profundos.

Al día siguiente Luisa, recogida en sí misma, sombría, no trató siquiera de preguntar a su hermana, como si ya estuviese convencida de que toda tentativa resultaba perdida por anticipado. Y Laura continuó, como

la víspera, evitando pronunciar ninguna palabra que condujese a su verdadera pena. Pero tuvo necesidad de toda la energía que se había prometido para no hacer ningún movimiento hacia aquella angustia en la que reconocía la suya propia. Pues también ella había lanzado aquel mismo llamamiento doloroso e inútil, había sufrido también una espera semejante, que hería en todo momento, y que en todo el universo no encontraba un eco, ¡y ahora era preciso que fuese ella quien, con relación a otra persona, realizase aquella repulsa y extendiese aquel silencio!

Sin embargo, era preferible que su hermana sufriese unos días aquella experiencia decisiva y breve, que no que fuese arrastrada donde ella misma no había hallado consuelo, ni se había encontrado satisfecha... Pero ¡qué duro combate para destrozar en el corazón de otro los sentimientos más íntimos y más queridos a uno mismo, para destruirlos después de haberlos hecho nacer! Sabía que apartaba la sola amistad que el destino la había ofrecido, el único reposo, la única dicha para ella. Varias veces se sintió tan próxima a su hermana por el pensamiento, tan semejante, tan unida, tan íntima que ella misma se asombraba de que bastase aquella apariencia helada para abrir un abismo entre las dos.

Al día siguiente salieron juntas después de almorzar. Luisa, con intención, sin duda, dirigió sus pasos hacia los caminos que conducían a la colina; y así llegaron hasta el mismo lugar en que habían conversado unos días antes.

* El cielo aparecía hasta el horizonte triste y gris.

Con voz de resignación, dulce, a penas quejumbrosa, Luisa dijo:

—Ya ves, Laura; aquí fué, aquí, no lo olvidaré nunca... Aquí, un día, no sólo aprendí lo que tú habías sido para mí, sino que me sentí transformada por tu presencia, y, por decirlo así, iluminada interiormente. Aquel día pensé que, si tú querías, podrías elevarme por encima de lo que yo había sido hasta entonces. Lo creí, pero, por donde, ahora tú ya no me entiendes; ¡se diría que se ha cerrado una puerta entre nosotras! Sin embargo, por ti he dejado todo lo que tenía, diciéndome: «Si obro así, Laura sabe el porqué.»

Su voz se entristeció, y añadió dejando caer las manos:

—Y al decírmelo me engañaba; Laura no lo sabía.

Y murmuró aún:

—Entonces había algo que a mis ojos tenía valor, y ahora ya no lo tiene.

Este reproche, velado y melancólico, no añadía nada a lo que Laura había adivinado. Esta no respondió, así es que Luisa continuó con tono insistente:

—En verdad, me es difícil aceptar que no sabes ya lo que quiero decir; si desapruebas lo que he hecho, sería mucho mejor que lo dejases comprender, pues hasta un reproche sería para mí preciso en esta ocasión. Mientras que negándome esta ayuda dejas sospechar que a tus ojos yo no represento nada y que no te ocupas mas que de ti... No piensas mas que en marcharte; pareces desinteresarte por todo lo que me concierne; y quizá, sin embargo, no tienes tanto derecho a hacerlo como tú piensas.

Hablaba ahora más alto, con voz más firme y precisa, casi acusadora, y Laura creyó distinguir en ella un matiz de resentimiento. No respondió sino sobre el último punto, con indulgencia, de la manera como se rechaza un reproche injusto, sin ser duro para quien lo ha dirigido. Le dijo a Luisa que no tenía razón si quería hacerla responsable de lo que había pasado; ella no era causa de que Marcos se hubiese marchado, puesto que, por el contrario, había hecho lo posible por oponerse.

Luisa hizo un breve signo aprobatorio de cabeza, que era al mismo tiempo casi desdeñoso, como si indicase que concedía aquel punto y puesto que era inútil, no volvería a tratarlo.

Pero repitió con amargura una de las preguntas que había hecho:

—¿No es verdad que ahora ya no esperas sino el momento de marcharte?

Y como Laura, aunque conmovida, no se apresurara a responder, dijo con tono muy serio:

—Eres dura, Laura...

Laura estaba con los ojos bajos mirando al suelo. Esta última frase la llegó al corazón. Pensó: «Es verdad, Luisa tiene razón; varias veces en mi vida he sido dura, pero bien sé por qué; y precisamente porque lo sé no arrastraré nunca a nadie a estas vías de lo infinito donde se aprende a ser dura.»

Sin embargo, abandonando sus pensamientos, se contentó con responder a la pregunta hecha por Luisa:

—Antes de irme, esperaré algún tiempo si tú lo quieres; pocos días, sin embargo, para que Marcos no pueda reprocharme nada.

—¡Qué importa el número de días! —murmuró Luisa, a la vez con desaliento e impaciencia.

Dejó vagar la vista hacia las lejanías, y luego: «¡Qué fosca es la luz hoy!; a lo lejos la explanada se extiende bajo un manto sombrío.»

Luego, después de reflexionar, se dirigió de nuevo a Laura:

—Tienes el aire altivo y como de despego, pero eso no es sino apariencia; en realidad no estás tan tranquila, y juraría que en el fondo sufres y no lo sabes.

Casi de un modo imperativo añadió:

—Laura, ¡mírame!

Laura volvió lentamente la cabeza hacia ella; Luisa trató de leer en sus ojos, pero los encontró inertes y velados y su mirada se estrelló en ellos.

«No sólo sufro y no sé nada —pensaba Laura— sino que estoy condenada a no revelarlo nunca, y nunca me quejaré de ello. Así es que pasarán por mi lado otros sufrimientos, aun los más puros, aun los más queridos, aun hijos de los míos, y no me será permitido tener para ellos una lágrima o una mirada amistosa.» Pero al mismo tiempo, como Luisa continuase mirándola fijamente, le dijo:

—¿Por qué tratas de leer así en el fondo de mis ojos? ¿Los crees llenos de engaños?... ¿Qué es lo que te inquieta? ¡Dios mío! ¿Por qué me has traído otra vez a esta colina?

—Ni una ni otra vez he venido en vano. A pesar de todo, contra tu misma voluntad, algo quedará...

Con acento desolado Luisa añadió, siguiendo el mismo pensamiento:

—Laura, puesto que ahora eres así, valía más que no hubieses venido, que no hubieses entrado nunca en mi casa...

A estas palabras el rostro de Laura se contrajo penosamente; sin embargo, asintió en seguida y dijo:

—Así lo creo, en efecto; más hubiese valido...

Luisa, una vez más, tuvo la sensación de que Laura no distinguía su verdadero pensamiento.

Al volver hacia la casa, caminaron largo rato una al lado de otra sin decir nada, como si en el curso de aquella inútil conversación se hubiesen herido recíprocamente.

En los dos días siguientes apenas se dirigieron la palabra. Laura demostraba el mismo humor que antes, complaciente, tranquilo, y parecía no observar siquiera que su hermana la evitaba. Ahora era Luisa quien se mantenía aparte, ofendida, melancólica, respondiendo apenas, queriendo sin duda oponer a la indiferencia de Laura otra indiferencia igual. Y, sin embargo, al segundo día Laura comprendió que aquella voluntad altanera ya cedía, vacilaba, se inclinaba; que su hermana se aproximaba a ella, sin haberla comprendido probablemente, pero sin duda impresionada a la larga y vencida por la grandeza austera de su silencio.

En la noche de aquel mismo día, sentadas como de ordinario en el salón, en medio de la casa sin ruido, Laura recorría con la vista los periódicos, y Luisa estaba a su lado sin hacer nada. En un momento dado, Laura sintió que la mano de Luisa se posaba dulcemente sobre su brazo; no se movió, y en seguida oyó estas palabras lentas, deslizarse ante ella, cuchicheadas, pero distintas:

—Laura, mi querida Laura, respóndeme por una vez... Márchate, si lo quieres, puesto que ya me has abandonado. Pero, te lo suplico, por lo menos dime si finges de intento no comprenderme; pues si sé que es así, me habré equivocado menos y te perdonaré mejor.

Laura no pronunció una sola palabra, pero su mirada se apartó de la lectura, y, cargada de un sentido muy grave, se detuvo algunos segundos sobre el rostro de su hermana. En seguida sus ojos se sumergieron fijamente a lo lejos en la sombra, rígida ante su hermana. Varias veces su pecho se alzó y su respiración conmovida hizo un ligero ruido, y, sin embargo, no trató de reprimir estas señales que le traicionaban... Así, pues, Luisa no recibió ninguna respuesta, pero vió aquella mirada inmóvil, y comprendió aquella respiración precipitada; y fué lo bastante para que presintiese un mundo de intenciones misteriosas; de repente, persuadida y arrepintiéndose tal vez, se volvió, en actitud sumisa, inclinó bajo la mirada de Laura la masa de sus cabellos negros, dejando reposar aún sobre su brazo una mano temblorosa.

Permanecieron así algunos instantes, comprendiéndose a medias, en una especie de tregua tácita, fuera de la trama de los incidentes y de las horas. Pero para romper esta confidencia muda, que ya rebasaba sus planes, Laura se levantó y dió algunos pasos por la habitación. Comprendió que había quedado libre, que su hermana ahora era dócil y estaba destrozada, y estuvo a punto de llorar.

Y dijo:

—Me marcharé, Luisa...

Aun cuando esta frase fuese precipitada y casi brutal, no tuvieron ni la una ni la otra la impresión —tan envuelta estaba todavía esta resolución— de lo que había pasado misteriosamente.

Así es que Luisa no protestó.

Después de algunos segundos, Laura dijo, casi como si diese una orden:

—Tú te quedarás aquí y no harás nada mientras yo no te escriba.

Luisa asintió con un ligero signo de cabeza.

Había permanecido sentada; Laura se acercó a ella, colocó la mano sobre sus cabellos y preguntó:

—¿No me guardas rencor?

—No.

Laura, después de este principio de acuerdo, temió ser en adelante más débil, y que por aquella primera hendedura escapase todo su secreto. Y por esto, viendo posible su marcha, se había apresurado a decidirla. Además, sabía que Marcos estaba por el momento en su propiedad de Vauxcelles, situada a una docena de kilómetros; tenía el proyecto de ir a buscarle allí; pero Marcos podía alejarse de un día a otro...

Así, pues, al día siguiente mismo abandonó la Mettrie.

Hacia la una de la tarde, el carruaje que debía conducirla esperaba al pie de la escalinata. Luisa llegó con ella hasta el umbral. Las nubes tenues y frías de la semana precedente habían desaparecido; el cielo estaba azul, el sol brillaba, y en el momento de atravesar las dos jóvenes la puerta de la casa, una bocanada tibia y acariciadora oreó sus rostros. De todo el año, aquel

era el primer día verdaderamente hermoso, no parecido a las otras tardes luminosas, que habían aparecido de vez en cuando en el mes de abril; no era aquel fulgor frágil y seco, sino que reinaba en la atmósfera una singular dulzura, penetrante, nueva; en el verde jardín, cada rama se adornaba de brotes, como si para todos los seres de la creación la primavera se anunciase.

Laura bajaba ya los peldaños de la escalinata, y su hermana le dijo:

—Me abandonas, y te vas en medio de esta luz espléndida...

Y continuó mirando el jardín:

—Es extraño cómo, durante estos últimos días brumosos, ha trabajado todo sordamente para que hoy estallase esta primavera tardía... Pero las casas están todavía frescas...

Laura, antes de separarse de ella, la abrazó y le pidió que tuviese confianza. Luisa retuvo su mano y le dijo:

—Una vez más debo convencerme de que te retenía aquí por la fuerza, y de que estabas contra tu voluntad. Sé la importancia de esta despedida. Pero acepto y no pido nada. Ya ves, ni siquiera he preguntado qué es lo que esperas del porvenir para ti o para mí... Y, sin embargo —continuó en tono suplicante—, piensa en todo lo que te llevas y que no volverá aquí jamás.

Acompañó estas últimas palabras con un gesto afligido, y que parecía designar a la vez a ella y a la encantadora naturaleza primaveral.

Laura subió al coche, que echó a andar; llegó al pueblo sobre los ribazos, y luego bajó hacia el puente

para pasar el Allier. Una vez allí, Laura dió al cochero la orden de que la condujese al castillo de Marcos, en Vauxcelles, en lugar de llevarla a Moulins, como había convenido; de manera que atravesaron la explanada, y luego subieron las alturas que la bordean por el lado opuesto.

Laura no se volvió para ver la casa ni el anfiteatro de las colinas; pues aun rechazando toda impresión del interior, aun cerrada así y recogida en sí misma, la costaba ya trabajo sostener su voluntad y no dar rienda suelta a las lágrimas. No había, sin embargo, a su alrededor sino paz y universal benevolencia; el viento que corría sobre los trigos, haciéndolos encorvarse, ponía en ellos reflejos plateados; los árboles eran semejantes a ramilletes rosas o de un blanco de nieve; las casitas de campo blancas de techos rojos brillaban sobre el tapiz de verdura fresca y cargada de botones de oro, sobre el que parecían colocadas como juguetes. Pero su corazón se henchía de una desesperación áspera, inmensa, llena de abismos, como si en aquellos minutos sufriese todo lo que había sufrido en su vida, a la vez, y como si el pasado y el porvenir convergiesen allí, sobre aquel momento vacilante. La dulzura esparcida a su alrededor, la claridad, los perfumes, tantas novedades acumuladas sobre su despedida, en lugar de ayudarla, formaban con sus sentimientos un contraste que la hacía más amarga. Tenía sin duda conciencia de guardar en el alma algo grande de lo cual su conducta llevaba el sello hasta en aquel último acontecimiento; sentía sobre ella esa especie de belleza, pero a la manera de un crepúsculo de últimos y tristes resplandores; y en aquel

coche que rodaba sobre la carretera se veía mezquina, aniquilada, miserable, como un punto de angustia en medio de la luz infinita que caía del cielo puro y revestía las praderas.

Y no es que se inquietase, sin embargo, por la acogida que la haría Marcos. Apenas pensaba en ella; por el contrario, y sobre este punto, tenía secretamente una confiada seguridad. Y era verdad, en efecto, sin que ella pudiese adivinarlo, que Marcos, desde hacía algunos días, había reflexionado sobre los últimos acontecimientos, y estas reflexiones preparaban la ida de Laura y allanaban sus pasos.

En su soledad, había lamentado aquel movimiento de sorpresa y de mal humor, causa de su brusca marcha. Se había reprochado su falta de paciencia. Había experimentado un melancólico remordimiento al imaginarse con qué peso habían gravitado sobre la vida de Laura los días de antaño, en que los dos se habían encontrado próximos el uno al otro; y aquellos momentos, a los que ningunos otros se habían parecido después en el transcurso de los años siguientes, y en los que se había asombrado él con frecuencia por las palabras de Laura, en las que había visto al mismo tiempo una voluntad elevada y magnífica, habían reaparecido en su memoria en diversas ocasiones, con el frescor de un antiguo sueño renovado.

El coche que conducía a Laura siguió algunos instantes las tapias de un parque, y luego se detuvo ante la verja de una portada. A través de los barrotes, se distinguía el camino hacia el que se inclinaban los árboles. Laura bajó del coche y entró. Su corazón comenzó a

latir con violencia, y, sin embargo, se hubiese dicho que penetraba en un asilo de silencio, de sombra y de recogimiento. Siguió el camino bajo los arcos en ruina y llegó ante el pequeño castillo Luis XIII de alas cortas y techos de pizarra, que no había vuelto a ver desde su infancia. Las ventanas del entresuelo estaban abiertas; en una de ellas apareció un viejo doméstico, guardián de la vivienda, ocupado en el momento en una de las habitaciones, y que había sido atraído a la ventana por los pasos de Laura.

A la pregunta que ésta le dirigió, respondió que Marcos estaba en el parque con su hijo, «probablemente al final de la gran avenida». Laura recordaba que la avenida que desde hace mucho tiempo denominaban así estaba en el lindero del parque, hacia la explanada, y que una balaustrada la bordeaba por encima de las praderas.

El criado había observado que todos aquellos últimos días Marcos paseaba por allí con frecuencia. Pues bien, aquella tarde, en efecto, había ido allí de nuevo y se había sentado en un banco, mientras que su hijo jugaba con la arena a sus pies. Al cabo de un momento, invadido de laxitud o quizá agobiado por el calor nuevo, se había tendido sobre aquel banco corvo y profundo; luego, cruzando las manos y colocándolas debajo de la cabeza, poco a poco había cerrado los ojos en un sopor.

Laura se dirigió, pues, hacia el lugar que la habían indicado. Pero al principio se encontró desorientada entre el follaje de las avenidas mal cuidadas. En la espesura, donde se perdían estas avenidas estrechas y de la que salían revoloteando los pajarillos, reinaba cierta

obscuridad, no tanto a causa de la hoja apenas naciente, como por la masa de ramaje, nunca cortado; las zarzas se le enganchaban en la ropa; tenía necesidad de separar las ramas con las manos para abrirse paso. Hubo un momento en que pensó extraviarse. Llegó al borde de un estanque, del que no conservaba ningún recuerdo. La superficie del agua estaba cubierta por un musgo verde claro, y, al acercarse Laura, de todas partes se lanzaron a él ranas. Laura se detuvo sin saber dónde dirigir sus pasos. Varias avenidas convergían hacia aquel punto; hacia un sitio imprevisto, en el extremo de una de ellas, distinguió, encuadrado en un óvalo de luz, un ala del castillito de ladrillos rojos y blancos. Así pudo orientarse, e internándose de nuevo en la espesura, alcanzó en seguida la linde del talud. Salió de él y descubrió frente a ella toda la explanada, y aunque en los primeros momentos quedó deslumbrada por aquel vasto horizonte y por el hermoso sol, descubrió en seguida a poca distancia la avenida desnuda y sin árboles que buscaba.

Se aproximó a Marcos y al niño, y, al avanzar, se asombró de que ni el uno ni el otro la viesan. Pensó que Marcos estaría dormido. En cuanto al pequeño, estaba inclinado hacia el suelo con aire muy atento; Laura lo veía de perfil; sus bucles rubios le caían sobre las mejillas, hacia adelante, y le ocultaban el rostro casi por completo. Cuando llegó a su lado, Laura descubrió con sorpresa que lo que le ocupaba hasta aquel punto era retener en la arena un lagarto prisionero. El niño se levantó de repente en cuanto la vió; al principio, en sus ojos brilló un relámpago; sin embargo, en lugar de lan-

zarse hacia Laura, se acercó a su padre con aspecto casi temeroso. Se apoyó contra el banco, y, con un dedito en la comisura de la boca, levantó hacia su tía una mirada de asombro, muy seria.

Laura se llegó hasta Marcos, cuyos ojos continuaban cerrados.

De pie a su lado, observó una vez más cuánto habían cambiado en ocho años sus rasgos. Permaneció allí un instante inmóvil, y su pecho oprimido se alzaba con irregularidad.

Luego le llamó varias veces; lo hacía en voz baja, y a pesar de eso, su voz tenía el acento de llamar a una persona que se encontrase muy lejos:

—¡Marcos! ¡Marcos! ¡Marcos: despierte!...

Marcos apenas dormía. Se incorporó, y, estupefacto al ver a Laura a su lado, se pasó la mano por los ojos como para apartar los restos de un sueño.

—Sí; soy yo, Marcos, que he venido... Usted no me esperaba; le cuesta trabajo creer que realmente estoy aquí; pero a mí no me sorprende, y me vé, en efecto, por última vez.

Marcos, que se había levantado, la invitó a que se sentase; ella aceptó porque estaba muy cansada. El vasto paisaje se extendía ante ella, un poco oculto por la balaustrada que bordeaba la avenida.

Como Laura no dijese nada, Marcos preguntó qué motivo la llevaba allí. Ella respondió:

—¡Oh!, puede usted adivinarlo... Basta el verme aquí... He querido pedirle a usted que vuelva al lado de Luisa. No deseo mas que eso. Puede usted hacerlo ahora sin ningún temor, pues la he dicho adiós, a pesar

de todo lo que haya podido costarme, y no volveré más.

Después de esto pareció muy abrumada. Marcos vió en aquellas palabras un reproche, que no encerraban en realidad. Dijo que él no había deseado ni pedido una solución tan radical y, sin duda, tan dura para ella.

Pero Laura movió la cabeza:

—Sí, sí, eso es lo que usted ha pedido, lo que ha deseado, y, por lo demás, tenía razón al hacerlo... Lo que estaría mal en usted sería el hacer expiar a mi hermana su afecto por mí; pero hacía bien queriendo que me separase de ella; era precisamente lo necesario.

Tuvo un gesto de extrema laxitud, como si al mismo tiempo que hacía esta confesión se le escapase la fuerza que la había sostenido hasta entonces y ahora se esparcía su pena largo tiempo acumulada.

Marcos vió que los ojos de Laura se arrasaban de lágrimas.

Sintiendo remordimientos y piedad, miró aquellas lágrimas, que poco a poco desbordaban de los párpados y comenzaban a deslizarse a lo largo de sus mejillas. Observó que su rostro estaba pálido y fatigado; vió su busto fino, en aquel momento un poco inclinado hacia adelante, prieto en un ajustado corpiño negro; de repente le pareció infinitamente frágil, débil, delicada, como mimada por algún mal implacable; estaba pálida, encorvada. Marcos tuvo la impresión muy fuerte de que desde hacía años había soportado una larga continuidad de fatalidades.

Muy conmovido, dijo a Laura:

—Esta separación le es a usted muy costosa y quizá

no sea necesaria... ¿Debo yo acaso afligir a usted todavía y ser de nuevo causa de una desgracia para usted?

A esta breve alusión a los acontecimientos de antaño, Laura le interrumpió, también con un movimiento de cansancio:

—No se acuse usted; usted no podía nada... Todo lo ocurrido, bien sea en estos últimos días o bien sea antes, no dependía de su voluntad.

Y añadió:

—Lo que yo misma he hecho en mi vida, ha estado siempre decidido por encima de mí.

Pronunció estas últimas palabras como si sintiera la fatiga de llevar una penosa carga y haciendo un gesto vago para mostrar que, en efecto, se cumplía algo por encima de ella.

—Laura, ¿puedo yo hacer algo por usted? —dijo Marcos con ímpetu—. Le prometo a usted obedecerla. No tiene mas que hablar...

Laura tuvo confianza en aquel movimiento de generosidad, y respondió:

—Le pido a usted solamente esto: que olvide lo que ha pasado desde mi llegada a la Mettrie. Sí; bórrelo usted de su memoria, que no queden rastro ni recuerdo. Supóngase usted que no he ido nunca a su casa. De la misma manera que si yo hubiese permanecido en mi convento sin salir de él jamás, o bien como si desde hace diez años estuviese muerta; vuelva y viva en su casa.

Marcos no respondió al principio porque comprendía la amargura inmensa de aquellas palabras. Sin embargo, Laura no dudó de su consentimiento.

Después de un momento de espera, dijo:

—Laura, ¿qué importa que yo borre de mi memoria lo pasado? Busco y no veo...

Y añadió:

—¿Es a mí a quien era preciso pedir la promesa de un olvido semejante?

Laura, comprendiendo el sentido de esta última pregunta, replicó gravemente:

—No reproche nada a Luisa... No ha podido oír lo que la he dicho sin conmoverse; pero nadie en el mundo, Marcos, hubiese podido tampoco.

Después de esto, hubo un momento de silencio. En seguida Laura dijo:

—Mi vida ha terminado ahora; del porvenir no puedo esperar nada ya.

Marcos trató de consolarla; pero, para reconfortarla, no supo sino murmurar las palabras corrientes que se repiten en semejantes casos.

Movió la cabeza con tristeza, y le dijo que las palabras eran superfluas, que por todas partes había tropezado con semejantes decepciones, que siempre había sido herida, rechazada.

Como al responderla pronunciase Marcos la palabra «valor», Laura le interrumpió y dijo:

—Valor, lo he tenido hasta agotarme; he tenido, Marcos, más valor del que yo misma hubiese sospechado; he tenido lo bastante para la más grande de las mentiras.

Marcos no la comprendía, y se sorprendió:

Así, Laura continuó para explicarse:

—Si yo hubiese dicho a Luisa, como hace un mo-

mento parecía usted haberlo deseado, si le hubiese dicho sencillamente, lo mismo que acabo de hacer con usted: «¡Olvídame!», ¿cree usted que me hubiese obedecido y que esta palabra hubiese bastado?

Marcos no sabía qué responder y vaciló.

Así, Laura respondió por él:

—No, Marcos, no; no hubiese bastado.

Y continuó:

—Yo no me imaginaba que mis confidencias la removerían hasta ese punto; había creído poderle decir mis más secretas voluntades y todo lo íntimo de mi vida. Pero cuando he visto levantarse, surgir tanto tan hondo tumulto a mi alrededor, he comprendido mi culpa; me he dicho que en adelante debía callarme sobre esas materias, y eso es lo que he hecho en seguida... ¿No me comprende usted? Es verdad; es una cosa extraña, y yo misma me pregunto cómo he podido hacerla; he permanecido al lado de Luisa sin comprender ya lo que había pasado de mi alma a la suya... Hace un instante me veía usted llorar, pero no podía adivinar de qué fuente profunda salía mi llanto. He permanecido a su lado como una extraña, en apariencia cerrada a su llamamiento... al único llamamiento que podía llegarme al corazón; y dado, Marcos, lo que ha sido mi vida, y todo lo que es, puede usted comprender por qué le decía hace un instante que esa ha sido una de las más grandes mentiras...

Después de estas palabras volvieron a sus ojos las lágrimas, pero mucho más abundantes, como lluvia del alma; para ocultarlas, se cubrió la cara con una mano. Marcos la miraba, con el rostro contraído por la triste-

za, pero sin atreverse a decir nada, pues comprendía que aquel dolor le dejaba infinitamente lejos. El niño se acercó a ella, se apoyó en sus rodillas y quiso cogerle la mano con que se cubría el rostro. Pero Laura no la abandonó; su garganta se contraía a veces, y por un momento, en el silencio, bajo el hermoso sol, inmóvil, no se oyó mas que el ruido suave de sus sollozos.

Marcos acabó por decir:

—Laura, usted ha sufrido una larga injusticia... Sin duda yo soy de otra raza que usted, pues lo que a usted más le conmueve, me ha parecido a mí siempre lejano, singular, y hasta un poco quimérico. Es preciso perdonármelo; ¡tantos otros serán como yo!... Quisiera a mi vez hacer algo por usted. Una vez más le pregunto, ¿qué puedo hacer, Laura?, dígamelo... Vuelva usted sola al lado de Luisa; no la guardaré a usted rencor... O, si le conviene más, quédese con nosotros, pues usted necesita amistad y cariño.

Laura había levantado la cabeza y enjugado las lágrimas; viendo al niño a su lado, lo había abrazado, y ahora, mientras Marcos hablaba, acariciaba sus cabellos.

—Marcos, se lo agradezco —respondió—, pero es demasiado tarde; para mí todo ha acabado... Ahora sé harto del mundo y de mí misma. Sé de sobra que, si aceptase su ofrecimiento, no resultaría nada bueno de ello. No trate de sacarme del destierro a que estaba predestinada... No diga tampoco que se equivocó en otro tiempo en sus juicios sobre mí; no se excuse si, cuando yo todavía era ignorante e ingenua, sabía usted lo que había de locura y de sueño en lo que mi juventud pedía a las noches de verano. Ahora ya no ignoro que

lo que viene de esas profundidades desorganiza nuestras vidas mezquinas; he aprendido esto en el dolor, en la soledad y al lado de la muerte, y he aprendido también, poco a poco, a detener mis pensamientos al borde de lo infinito.

Hizo un gesto breve dirigido hacia el inmenso horizonte, como para indicar que se aplicaba aquella frase precisamente a aquel momento y a aquel lugar.

Se calló y reflexionó; luego murmuró:

—¡Y sin embargo! ¡sin embargo!... Si fuese posible alguna alianza para mí desconocida, ¿qué cosa más grande ni más preciosa habría?

Su mirada distraída se detuvo en el cielo azul, frente a ella, y añadió lentamente:

—Allí donde yo he fracasado, otro triunfará quizá...

Se levantó y se apartó del banco, como para disimular sus últimas lágrimas, o para enjugarlas más secretamente. Llegó hasta la balaustrada del otro lado de la avenida, y desde allí miró hacia las praderas.

Por debajo de ella, el ancho valle que desde aquel punto se divisaba, con el festón de sus colinas lejanas, parecía encorvarse como una cuna. Laura lo vió de un extremo a otro, cubierto de oro y verdura primaveral; aquel paisaje del que iba a alejarse le pareció resplandeciente de juventud y adornado como para un arribo maravilloso... Ella misma sintió en su corazón esa espera espléndida y confusa; no era solamente el anuncio de las estaciones más bellas, la promesa de un magnífico estío; le pareció oír una música alada, sublime; y su mirada, descendiendo hasta las brumas del horizonte, cargada de imágenes grandiosas, creyó entrever en

una lejanía de luz una maravillosa prudencia venida del otro lado del mundo, que ofrecería a sus hijos las castillas de la vida.

De manera que cuando se volvió sus pupilas estaba la vez claras por las lágrimas y por una sonrisa misteriosa.

En aquel momento vió al bebé, que se había quedado de pie a unos pasos detrás de ella; lo cogió en sus brazos y lo contemplo con emoción.

—Ya no te veré más —dijo— ser dulce y encantador, que tantas veces me has consolado. Mis pesares irán hacia ti; tienes el alma intacta y tierna; has buscado con frecuencia un abrigo en mi corazón, que no sabe dónde refugiarse...

Mientras lo tenía así y lo mecía un poco en sus brazos, vió que sus párpados se cerraban y que su mirada se hacía flotante. Sonrió al ver que cedía de aquel modo al sueño.

—Es verdad —dijo—; todas las tardes, regularmente, te duermes; no pensaba ya en ello; pero la hora de costumbre al pasar te ha traído el sueño.

El niño volvió el rostro hacia el hombro de Laura al mismo tiempo que extendía la mano en sentido opuesto como para rechazar la luz. Frente al paisaje inmenso, Laura continuó mirando con aire pensativo la carita del niño acurrucado contra ella.

—¿Qué serás luego tú —murmuró— a quien he visto en el alba de tus días, colmado de los más bellos presagios? ¿Qué gracia habrá faltado a tu infancia?... Sin embargo, ¿será preciso que, a través de los años, se despierten en tu corazón tan puro los instintos vulgares de la raza, uno tras otro? ¿Será preciso?... ¿Qué serás

tú? ¿Serás hombre, simplemente hombre, arrastrando indefinidamente los mismos deseos y las mismas pasiones vulgares en el círculo que ya sabemos? ¡Eso solamente! ¡Eternamente eso! A esta perspectiva, toda mirada se entristece y todo pensamiento se desanima ..

Se calló un instante, y luego continuó:

—¿Quién sabe, sin embargo, si no levantarás la mirada más alta? Quizá esta pureza de tu infancia permanecerá sobre ti como una armadura espléndida, y sabrás romper un largo cautiverio.

Y añadió pensativa:

—Sí; ¿por qué no ha de ser así?

Le dió un beso en la frente, y luego, levantándole en alto en sus brazos:

—He permanecido poco tiempo a tu lado, y apenas me habrás conocido; ¿debo temer, sin embargo, que haya pasado a tu alma alguna partícula de mi destino? ¿Puedo, por el contrario, desear que se imprima en ti, aun antes que en tu memoria frágil, la huella de mis rápidos besos?... No lo sé. Me voy por evitar a otros el mal de un deseo que me ha destrozado a mí misma; pero, ¿te haría ceder a ti también ese peso, o serías, por el contrario, lo bastante fuerte para llevarlo mejor? ¿Es una maldición funesta? ¿Es, por el contrario, un tesoro que sabrías salvar? ¡Bah! Duerme, querido niño... En el momento en que te abandono para siempre, séame permitido dejar en el lugar de tu sueño la esperanza que todavía me queda... Quizá un día otra persona que no sea yo verá brotar a la luz el sueño mío bajo tus pasos.

Le llevó hasta el banco que estaba tras ella; lo en-

volvió en la capa de Marcos, formó también con la misma un cojín para la cabecita, y luego lo acostó allí con precaución.

—Quiero acostarte en este sitio donde estaba acostado tu padre, mi niño amado... Esperando que los años te despierten, rodeado de las esperanzas que mi corazón te confía, duerme el más bello sueño...

Marcos le dijo:

—Yo no sé si, después de haber permanecido este corto tiempo entre nosotros, el retiro en que quiere usted volver a entrar le parecerá más dulce o menos amado... Temo que no quede mucho tiempo en su alma ese sentimiento de amargura que testimoniaban sus lágrimas; sin embargo, a pesar de la melancolía que haya podido acompañar sus pasos, no es cierto que sea inútil y perdido ese regreso efímero a un mundo que había usted abandonado. Si su presencia suscitó un momento alguna emoción, ese tumulto, prontamente apaciguado, dejará tras él un beneficio que nosotros recibiremos. Para nosotros, que no lo conocíamos o que lo habíamos olvidado, la venida de usted ha restablecido el precio de aquello que usted nos había dado. Todo se gasta y se borra con los días demasiado fáciles. Es justo que sobre una felicidad que declina pase la sombra de lo que ella ha costado. Sin duda, es egoísta estimar su presencia o sus lágrimas según la ventaja que ellas nos reporten. Pero puesto que usted no acepta nada de lo que nosotros podríamos ofrecerla, no puede tratarse sino de lo que usted nos da.

—Es verdad —dijo Laura—; he estado algunos días apenada al ver que Luisa y usted no defendían como el

bien más precioso el afecto que les había unido. En ello perdía mucho yo misma, y la alegría que les faltaba a ustedes me faltaba a mí también.

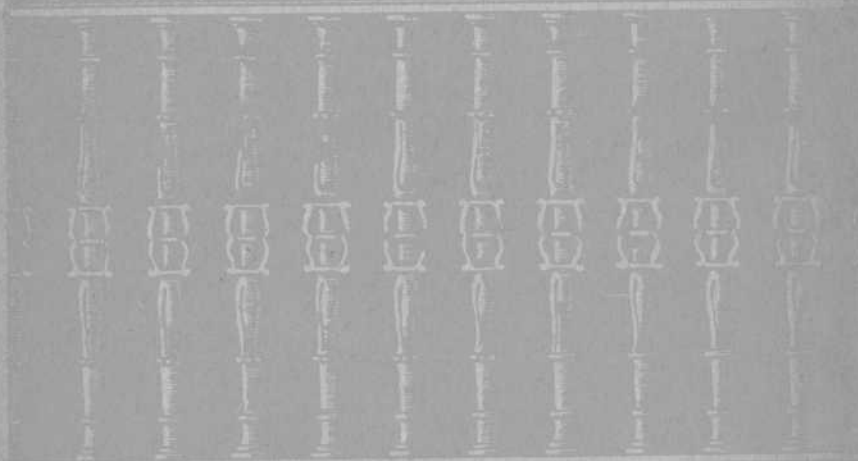
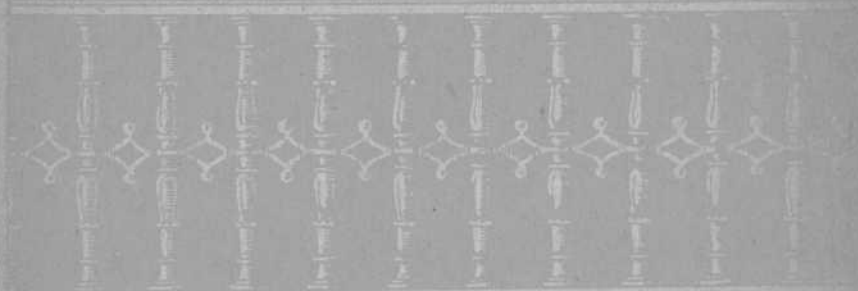
Marcos le dijo que en la vida de su mujer y en la suya algo cambiaría necesariamente en adelante.

—La generosidad de sus sentimientos, que teme usted dar como ejemplo y ocultar en un último destierro, dejará en nosotros, a pesar de lo que pueda pensar, un profundo surco. De él nacerá para Luisa y para mí, que la hemos conocido mejor, una profundidad y una seriedad nueva. Ya no me ofenderá el encontrar en ella aspiraciones misteriosas, cuya fuente había yo ignorado hasta aquí, y que no había sabido comprender en su plenitud y su grandeza. Y para Luisa, haya sido cual fuere el silencio de su despedida, su paso al lado de ella la apartará para siempre, ya de los fútiles placeres, ya del tedio fatal. Puede ser, Laura, que sus deseos, su saber y sus mismas virtudes deban permanecer muy reservadas. Usted lo piensa así, será preciso creerlo. Pero para los que no tienen sino una vida sencilla y vulgar, el saber que existe usted es ya una gran cosa. Su desinterés absoluto y su destino, tan peligroso y tan elevado, conceden una especie de dignidad aun a los mismos que no han de imitarla.

En estos términos y otros semejantes le aseguró Marcos varias veces que de su retirada había surgido un resplandor que vendría a refluir sobre ellos.

Así acabó su adiós, preñado de promesas.

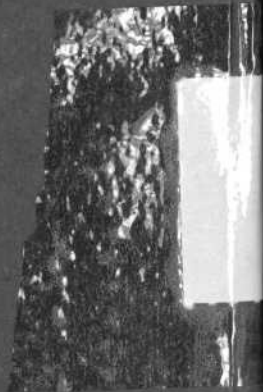
FIN



B.P. de Soria



61163115
DR 215



EMILIO
CLERMONT

2

LAURA



DR
215